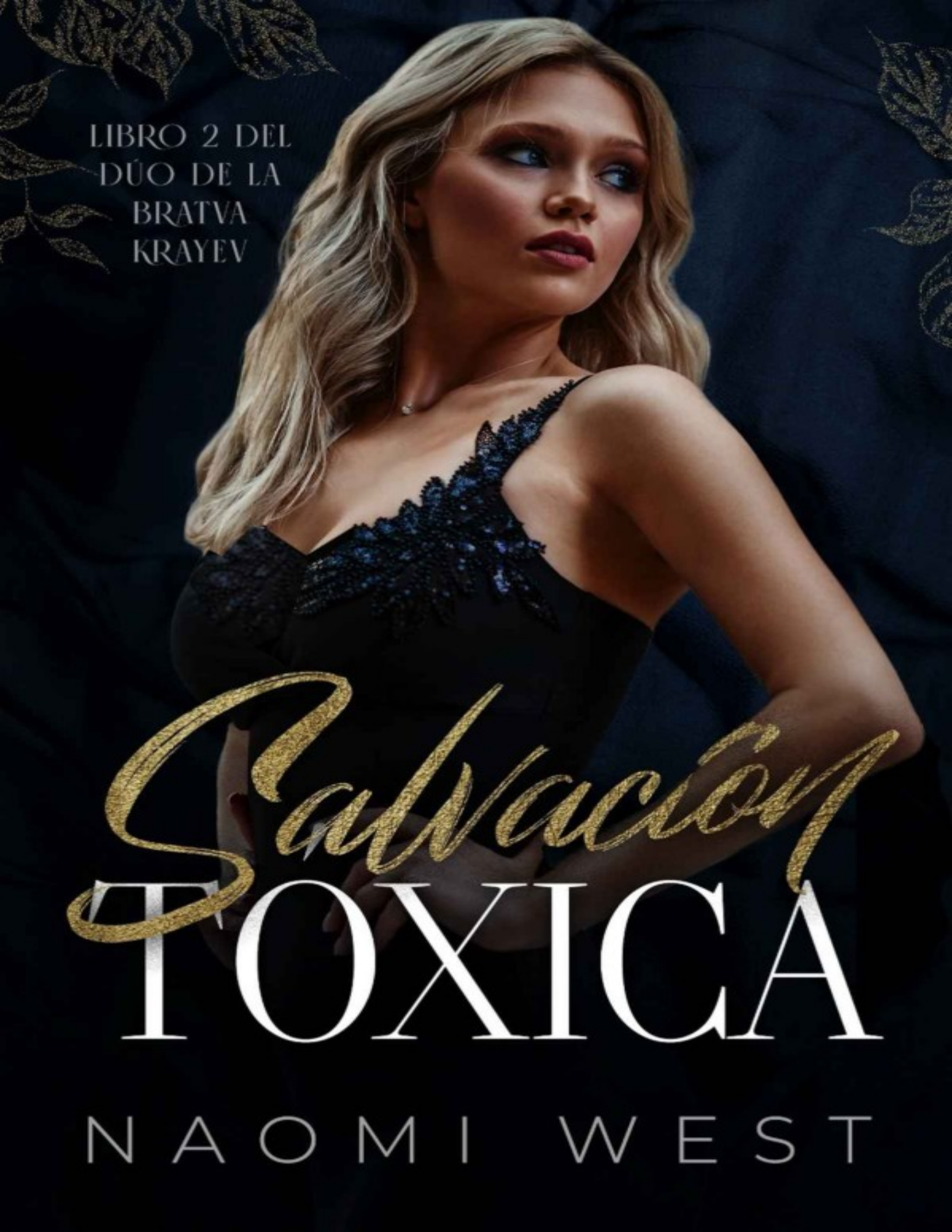

LIBRO 2 DEL
DÚO DE LA
BRATVA
KRAYEV
Salvación
TOXICA
NAOMI WEST

SALVACIÓN TÓXICA

LA BRATVA KRAYEV

LIBRO 2

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Salvación Tóxica

1. Vesper
2. Vesper
3. Kovan
4. Vesper
5. Kovan
6. Vesper
7. Vesper
8. Kovan
9. Kovan
10. Vesper
11. Kovan
12. Vesper
13. Vesper
14. Kovan
15. Kovan
16. Vesper
17. Kovan
18. Kovan
19. Vesper
20. Kovan
21. Vesper
22. Vesper
23. Vesper
24. Kovan
25. Vesper
26. Vesper
27. Vesper
28. Kovan
29. Vesper
30. Kovan

31. Vesper
32. Vesper
33. Kovan
34. Kovan
35. Vesper
36. Vesper
37. Kovan
38. Vesper
39. Vesper
40. Kovan
41. Vesper
42. Kovan
43. Kovan
44. Vesper
45. Kovan
46. Vesper
47. Kovan
48. Vesper
49. Kovan
50. Vesper
51. Vesper
52. Kovan
53. Vesper
54. Kovan
55. Kovan
56. Vesper
57. Kovan
58. Kovan
59. Vesper
60. Vesper
61. Vesper
62. Kovan
63. Vesper
64. Kovan
65. Vesper
66. Kovan

Epílogo: Vesper

Copyright © 2025 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Pavlov

Daño Ardiente

Penitencia Ardiente

La Bratva Adamov

Rey Marcado

Reina Marcada

La Bratva Chekhov

Resplandor Pecaminoso

Novia pecaminosa

La Bratva Kulikov

Pecados del Crepúsculo

Lágrimas del Crepúsculo

La Bratva Zakharov

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

SALVACIÓN TÓXICA

LA BRATVA KRAYEV LIBRO 2

Hice un juramento: No hacer daño.

Lástima que Kovan no juró lo mismo.

Porque el jefe de la mafia acaba de romperme el corazón.

Estoy embarazada de su hijo.

Mi madre se está muriendo.

Y el hombre que amo… el hombre que me rompió… se niega a dejarme ir.

Pero espera… hay más.

Luka se está desmoronando, enojado con el mundo por perder a todos los que alguna vez amó.

La trabajadora social ronda, dispuesta a arrancarlo de nuestra casa.

E Ihor Makhova… el enemigo más antiguo de Kovan… ha descubierto mi nombre.

Mi embarazo.

Mi debilidad.

Hay momentos… los desayunos tranquilos, las canciones de cuna susurradas a Luka, la mano de Kovan sujetándome cuando el bebé patea… que me hacen creer que podríamos ser una familia.

Y entonces, vuelan balas, explotan secretos, y veo la sangre en las manos de Kovan.

Y no puedo evitar preguntarme…

¿Qué sentido tiene protegernos, si ya no queda nada por proteger?

SALVACIÓN TÓXICA es el Libro 2 del dueto de la Bratva Krayev. La historia de Kovan y Vesper comienza en Libro 1, TENTACIÓN TÓXICA.

1

VESPER

UN MES DESPUÉS

Hay dos maneras de ver esta situación.

Uno: Puede que haya salvado la vida de mi madre.

Dos: Sacrifiqué mi ética, mi dignidad, mi felicidad, mi trabajo y mi cordura para hacerlo.

Ahora mismo me aferro a mi punto de vista número uno. *Soy una heroína,* me repito. *Hice lo correcto.*

…A pesar de que Mamá ha estado mirando al techo durante las últimas tres horas, negándose a hacer contacto visual conmigo desde que se despertó de la cirugía experimental a la que básicamente accedió por mi chantaje.

Vale. Si el precio de mantenerla con vida es su odio, lo pagaré.

—¡Dra. Nass! —me levanto de golpe cuando la oncóloga de mi madre aparece en la puerta—. Mamá lleva despierta más de dos horas. Lúcida, responde, sin problemas de habla. Eso es bueno, ¿verdad? ¿Es lo que queremos ver?

La Dra. Nass asiente con un optimismo cauteloso. —Es excelente, la verdad. Mejor de lo que esperábamos —se acerca a la cama—. Hola, Annabelle. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera atropellado un camión —mamá suena como si llevara medio siglo fumando un paquete al día. Tiene los labios agrietados y descoloridos. Le he ofrecido agua seis veces en la última hora, pero siempre la rechaza.

—Es completamente normal después de una cirugía mayor —dice la Dra. Nass—. Tu cuerpo ha pasado por mucho. Pero tengo buenas noticias: el procedimiento salió muy bien.

Empiezo a preguntar—: ¿Eso significa que…?

La Dra. Nass me interrumpe con la mirada. —Vesper, sabes mejor que nadie que el cáncer en etapa cuatro no se cura de la noche a la mañana. Este protocolo experimental está diseñado para reducir los tumores y ganar tiempo. Así medimos el éxito.

Me obligo a respirar. —Así que no sabremos nada definitivo por…

—Días. Quizás semanas. —la Dra. Nass se vuelve hacia mamá—. Te estaremos vigilando de cerca, Annabelle, pero el hecho de que hayas salido tan bien de la cirugía me dice que eres más fuerte que esta enfermedad. Ahora, veamos cómo estás.

Ella empieza a tocar y hurgar en el cuerpo marchito de mamá. Me siento a su lado, con las manos cruzadas sobre el regazo, e intento no intervenir.

Después de que la Dra. Nass termina su examen, la sigo al pasillo. En cuanto nos alejamos, su entusiasmo se desvanece.

—Oye, Vesper —mira hacia la habitación de Mamá—. Dieciséis pacientes participaron en este ensayo. Siete sobrevivieron a la cirugía, incluyendo a tu madre. Eso por sí solo es una victoria.

Se me seca la boca. —¿Y los otros nueve?

—No lograron salir de la operación con vida.

Dios mío. Sabía que los riesgos eran altos, pero oírlo tan claramente me marea. —¿Qué hay de los siete supervivientes? ¿Cómo se ven

sus resultados?

La Dra. Nass vacila. —No debería hablar de otros pacientes…

—Por favor —la agarro del brazo—. Necesito saber con qué estamos lidiando.

Suspira y mira a su alrededor para asegurarse de que estamos solas. —Dos de los siete mostraron una reducción significativa del tamaño del tumor. En los demás… el cáncer no cambió. Su pronóstico es de seis a doce meses, igual que antes.

Dos de siete. Veintiocho por ciento de posibilidades de una mejora real.

—Esas no son grandes probabilidades —murmuro.

—No, pero son mejores que las que tenía antes —la Dra. Nass me toca el hombro—. Le diste una oportunidad, Vesper. Es lo único que podemos hacer.

—Gracias. Por todo.

—Por supuesto —empieza a alejarse, pero se detiene—. ¿Ya le contaste? ¿Lo del embarazo?

Miro por la ventana a Mamá, que ha vuelto a fijar su mirada en el techo. —Todavía no.

—Quizá deberías considerarlo. Querer conocer a su nieto podría ser una motivación poderosa.

Ojalá fuera así de sencillo. Ojalá pudiera entrar y decir: *¡Sorpresa, Mamá! ¡Vas a ser abuela!* Pero la verdad es que ni yo misma puedo asimilar este embarazo.

Porque bien podría ser una concepción inmaculada. Digo, este bebé no tiene padre. No de verdad. Solo tiene un donante de esperma que decidió que no valía la pena luchar por mí. Un hombre que echó a perder lo que teníamos en cuanto las cosas se complicaron.

¿Y? Este bebé me tiene *a mí*. Una mujer que ha pasado el último mes viviendo en salas de espera de hospitales, sobreviviendo con café de máquina expendedora y una dosis inagotable de negación.

—Descansa —dice la Dra. Nass—. Te ves fatal.

Probablemente porque me siento fatal. Pero esbozo una sonrisa y vuelvo a la habitación de mamá.

—¿Oíste eso? —me acomodo en la silla junto a su cama, intentando darle entusiasmo a mi voz—. La cirugía fue un éxito. Tienes muchas posibilidades de superar esto.

Ella gira su cara hacia otro lado y no dice nada.

—¿Mamá? —me acerco rápidamente—. Sé que no querías la cirugía, pero…

—Quería morir con dignidad —cierra los ojos—. No quería pasar mis últimas semanas siendo cortada como un experimento científico.

—No eres un experimento científico. Eres mi madre, y no iba a quedarme de brazos cruzados viendo cómo te rendías.

—Me siento peor que antes.

—Es normal. Una cirugía mayor lleva tiempo de recuperación. Créeme; en unos días…

—No —finalmente me mira, y el dolor en sus ojos casi me destroza —. Sigo teniendo cáncer, Vesper. Sigo muriendo. Ahora solo tengo la oportunidad de sufrir más antes de irme.

Le agarro la mano y la aprieto fuerte. —Hablaré con la Dra. Nass para que te aumente la dosis del analgésico. Solo tienes que aguantar un poco más…

—Te quiero, cariño. Sé que estos últimos meses han sido duros para ti, pero salvarme no traerá de vuelta a tu padre.

Mis manos se aflojan alrededor de las suyas. —No entiendo lo que intentas decir.

—Has estado cargando con mucha culpa por no haber podido salvarlo, pero él estaba listo para irse, cariño. Igual que yo.

Me separo de ella, las lágrimas me queman los ojos. —No se trata de eso. No intento compensar lo de papá salvándote.

—No quise insinuar… —cierra los ojos, con aspecto exhausto—. Lo siento. Es que… lo extraño mucho. Pensé que pronto estaría con él.

El temblor en su voz me aprieta el pecho. —Él fue el amor de tu vida.

—Él *es* el amor de mi vida. En presente.

Dudo, y luego hago una pregunta que lleva un mes en mi cabeza. —¿Crees que lo conocías de verdad? O sea, ¿completamente?

Mamá me observa. —No creo que ninguno de nosotros pueda conocer a otra persona por completo. Pero, si alguien conocía a tu padre, esa era yo. No era perfecto, Vesper. Pero era mi esposo. Mi corazón. Cuando amas a alguien tan profundamente, no te detienes.

Sé exactamente a qué se refiere. Sentí lo mismo por alguien una vez. Alguien que resultó ser todo lo que debería haber evitado.

Pero claro, papá también tenía sus secretos. Oscuros. Y Mamá lo apoyaba de todas formas.

Más preguntas… preguntas más difíciles… me queman la garganta. ¿Sabía ella del tráfico de órganos? ¿Decidió ignorarlo o intentó detenerlo? ¿Cómo se ama a alguien cuando se descubre que es capaz de cosas tan terribles?

Tengo tantas preguntas. Simplemente no tengo el coraje de hacerlas.

En lugar de eso, tomo su mano nuevamente y rezo para no haber sacrificado todo por nada.

2

VESPER

Cuando alguien dice mi nombre detrás de mí, grito y giro tan rápido que casi me provoco un latigazo cervical.

—¡Dios mío, Vesper! —cuando me giro hacia él, Waylen tiene los ojos abiertos de par en par, alarmado—. Te estaba saludando, no intentando asaltarte.

—Perdón —me llevo la mano al pecho, intentando que mi pulso se tranquilice—. Estaba distraída.

—Sí —le tiembla la mandíbula con irritación—. Llevas semanas "distraída".

Antes de que pueda protestar, me agarra del codo y empieza a guiarme por el pasillo del hospital. Su agarre es firme, pero no doloroso… igual que cuando solía alejarme de los problemas cuando éramos niños.

—Waylen, ¿qué haces? Suéltame.

No responde. Solo sigue caminando hasta que encuentra una escalera vacía y me jala adentro. La pesada puerta se cierra de golpe tras nosotros, amortiguando los sonidos del hospital.

—Vale —se planta justo delante de mí, impidiendo cualquier escape —. Empieza a hablar.

Cruzo los brazos sobre el pecho, intentando parecer desafiante en lugar de aterrorizada. —No tenías que secuestrarme para esto. La cirugía salió bien. Mamá está estable. Todavía tienen que monitorear su progreso, pero la Dra. Nass se muestra optimista…

—No me refiero a mamá —interrumpe—. O sea, sí, me alegra que esté bien. Pero me refiero a ti.

Llevo semanas temiendo esta conversación. Sabía que iba a ocurrir… he estado viendo a Waylen cada día más desconfiado. Me observa la cara cuando cree que no lo veo. Me hace preguntas precisas y directas sobre mi salud, mi estado de ánimo, mi sueño, mis sueños. No sabe exactamente qué busca, pero sabe que hay algo ahí… y yo debí haber sabido que no podía ocultárselo para siempre.

Aunque eso no significa que no seguiré intentándolo.

—No sé a qué te refieres.

—Ahórratelo —pone los ojos en blanco—. No te atrevas a mentirme en la cara. No de nuevo.

Intento esquivarlo, pero él me bloquea el paso. —Esto es ridículo. Yo estoy bien. Tú estás bien. Mamá está bien. Todo está…

Saca su teléfono. —¿Quieres seguir jugando? Vale. Pero yo ya no seguiré fingiendo que todo está bien cuando tú estás desmoronándote.

—¿Qué estás haciendo?

—Llamando a Kovan.

Se me corta la respiración y, por un instante, la escalera flota ante mis ojos. —Tú… no lo harías.

—Pruébame —su dedo se acerca a la pantalla—. Sé que lo odias a muerte ahora mismo, y créeme, estoy contigo. Pero algo grave te está pasando y, si no me dices qué es, quizá se lo digas a…

—¡Espera! —extiendo la mano para coger su muñeca—. No lo llames. Por favor.

Waylen entrecierra los ojos, pero baja el teléfono. —Entonces, habla. Y me refiero a hablar de verdad, Vesper. Basta de evadir. Basta de cambiar de tema. ¿Qué demonios está pasando?

Me recuesto contra la pared de hormigón, repentinamente exhausta. El peso del secreto que he estado guardando me oprime el pecho, dificultándome la respiración.

—Es complicado.

—Tengo tiempo.

Observo el rostro de mi hermano: su mandíbula tensa, las arrugas de preocupación que le marcan la frente. No va a dejarlo pasar. Y quizá sea lo mejor. Quizá estoy harta de cargar con esto sola.

—Se trata de la ruptura —admito al fin—. Pero no de la forma en que crees.

—¿Qué significa eso?

—Significa que me enamoré de él —confieso—. Dios, suena tan estúpido cuando lo digo en voz alta. Pero lo hice. Me enamoré perdidamente, y pensé… pensé que lo que teníamos era real.

Waylen inclina la cabeza hacia un lado. —V…

—Por favor —levanto una mano—. No me vengas con eso de "hay más peces en el mar". Sé que piensas que es un imbécil arrogante y probablemente tengas razón. Pero eso no cambia lo que sentí por él. Lo que todavía siento por él.

—Él te hizo daño.

—Me *arruinó* —corrijo—. Sí. Pero esa ni siquiera es la peor parte.

—¿Cuál es la peor parte?

Cierro los ojos y reúno el valor que me queda. Cuando los abro de nuevo, Waylen me observa con una intensidad que me eriza la piel.

—Estoy embarazada.

A mi hermano le toma mucho tiempo reaccionar. Cuando por fin lo hace, se queda completamente inmóvil, con el rostro entre la confusión, la sorpresa y el horror.

—Estás… —traga saliva con dificultad—. ¿Estás embarazada?

—Tres meses —llevo la mano instintivamente a mi estómago, que apenas empieza a curvarse bajo mi suéter enorme—. Y antes de que preguntes… sí, lo voy a tener.

Durante un largo instante, ninguno de los dos habla. Puedo oír los sonidos distantes de la vida hospitalaria al otro lado de la escalera: voces, pasos, el pitido de las máquinas. Sonidos normales de un mundo normal que parece imposiblemente lejano.

—Mierda —susurra finalmente Waylen.

—Así es.

—¿Él lo sabe?

—No —digo apresuradamente—. Y no lo sabrá. Jamás.

—Vesper…

—Hablo en serio, Waylen. Kovan dejó muy claro que yo era desechable. Un arreglo conveniente que ya no le interesaba. ¿Por qué sometería a mi hijo a ese tipo de rechazo?

—Porque también es su hijo.

—¿Lo es? Un padre es alguien que te ama incondicionalmente. Alguien que aparece cuando lo necesitas. Alguien que lucha por ti — las lágrimas empiezan a brotar, así que me doy vuelta para taparme la cara—. Kovan se marchó en cuanto las cosas se complicaron. No me parece madera de padre.

Waylen se pasa las manos por el cabello, dejándolo erizado en ángulos extraños. —Esto es enorme, V. No puedes tomar esta decisión tú sola.

—No lo estoy haciendo sola. Te estoy diciendo a ti.

—No es eso lo que quiero decir y lo sabes.

Lo sé. Pero la idea de volver a ver a Kovan, de ver esa fría indiferencia en sus ojos cuando le cuente lo del bebé… No soy suficientemente fuerte para eso. Todavía no.

Quizá nunca.

—Necesito sentarme —me dejo caer en uno de los escalones de cemento, repentinamente mareada—. Esta conversación no está saliendo como la había planeado.

Waylen se sienta a mi lado, tan cerca que nuestros hombros se tocan. —¿Qué creías que iba a pasar?

—No sé. Pensé que quizás estarías contento. ¿Emocionado por ser tío?

—Lo estoy —su voz es más suave ahora—. Pero también estoy aterrorizado. Vesper, apenas puedes mantener viva una planta de interior. ¿Cómo vas a criar a un bebé?

—Vaya. Gracias por tu confianza.

—No intento ser cruel; intento ser realista. Trabajas ochenta horas a la semana. Sobrevives con comida de la máquina expendedora del hospital y cuatro horas de sueño. Eso no es sostenible con un recién nacido.

—En realidad, puede que lo del trabajo ya no sea un problema por mucho tiempo —tiro de un hilo suelto de mi pantalón—. Estoy suspendida a la espera de una investigación.

—¿Suspendida? —refunfuña Waylen—. ¡Me dijiste que te tomaste un tiempo libre para estar con mamá!

—Es un poco de ambas cosas.

—V… —se frota los ojos—. ¿Cuál es la investigación?

Respiro hondo y le cuento todo. No tardo tanto como esperaba, honestamente. La esencia de la historia es bastante simple: Jeremy es un monstruo respaldado por monstruos aún peores que él, y está decidido a arruinarme la vida antes de que yo pueda arruinar su negocio sórdido. Estoy impotente y atascada y ellos pueden seguir haciendo lo que quieran. No podemos esperar ningún "felices por siempre".

—Dios mío, Vesper —dice Waylen cuando termino—. ¿Por qué no me lo contaste antes?

—Porque no quería que supieras lo fracasada que soy —susurro—. Quería creer que podía con esto sola. Además, admitirlo en voz alta lo hace real y no estaba preparada para que lo fuera.

Waylen se queda callado un rato, asimilando todo lo que le conté. Cuando por fin habla, tiene esa terquedad en la cara que siempre me ha encantado.

—¿Qué necesitas de mí?

No puedo contener las lágrimas que resbalan por mis mejillas. —Necesito que me ayudes a averiguar cómo hacer esto —digo—. Tengo muchísimo miedo de arruinarlo todo. Y necesito que estés ahí para este bebé cuando inevitablemente falle.

—Oye —me choca el hombro—. No vas a fallar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque te he visto estas últimas semanas con mamá. Eres una luchadora, Vesper. Has luchado por ella como luchaste por papá y por cada paciente que se ha cruzado en tu camino. Si fuera yo el que estuviera en esa cama, sé que lucharías con todas tus fuerzas por mí también —hace una pausa—. Vas a ser una madre increíble.

—¿Aunque tenga que hacerlo sola?

—No estás sola. Me tienes a mí. Tienes a mamá, una vez que supere esto. Tienes a Charity —su boca se curva hacia arriba—. Demonios, probablemente también tengas a Osip, si Charity tiene algo que decir al respecto.

A pesar de todo, me encuentro sonriendo. —¿Siguen saliendo?

—Si es que se le puede llamar "saliendo" a esa locura que están haciendo. Pero sí. Él está completamente loco por ella.

—Eso es realmente dulce.

—No dejes que Osip te oiga decir eso. Tiene una reputación que mantener.

Nos sentamos en un cómodo silencio por un momento, y siento que parte de la tensión desaparece de mis hombros. Por primera vez en semanas, no siento que me ahogo.

—Debería ir a ver cómo está mamá —dice Waylen finalmente.

—Sí. Yo también debería volver —empiezo a levantarme, pero luego me detengo—. ¿Oye, Waylen?

—¿Sí?

—Gracias. Por no salir corriendo y gritando cuando te lo dije.

—¿A dónde iría? Estás atrapada conmigo, ¿recuerdas? —sonríe—. Además, voy a ser el tío más genial del mundo. Tengo que empezar a prepararme.

—No le compres una motocicleta.

—Demasiado tarde. Ya pedí un par igual.

Me río cuando mi teléfono empieza a sonar. El sonido resuena en la escalera y me sobresalta. Lo saco del bolsillo, esperando ver el nombre de Charity en la pantalla.

En cambio, veo ***Prepa Cordingly.***

Mi sangre se vuelve helada.

—¿Hola?

—¿Es Vesper Fairfax? Soy Janet, de la oficina del decano Thomas en la Preparatoria Cordingly. Ha habido un incidente con Luka Krayev. Necesitamos que alguien venga a recogerlo de inmediato.

Me aferro a la barandilla para no desmayarme. —¿Está herido?

—Está físicamente ileso, pero bastante alterado. Hemos intentado contactar con su tío, pero no pudimos…

—Estaré allí en quince minutos.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más. Waylen me mira preocupado.

—¿Qué ocurre?

—Luka está en problemas —ya me dirijo hacia la puerta—. Pasó algo en la escuela. No pueden contactar con Kovan.

—Vesper, espera…

Pero ya me he ido, corriendo por los pasillos del hospital como si mi vida dependiera de ello. Quizás no dependa de ello, pero el bienestar emocional de Luka podría depender de ello. Y a pesar de todo lo que ha pasado entre Kovan y yo, a pesar de todo el dolor, la traición y las promesas incumplidas, no puedo ignorar a un niño que necesita ayuda.

Incluso si ayudarlo significa regresar directamente al fuego que me quemó viva.

—Luka, cariño… —jadeo mientras corro—. Ya voy.

3

KOVAN

—¿Dónde diablos has estado?

Pavel se sobresalta como si le hubiera dado una bofetada, casi tira su termo. Verlo me hace apretar la mandíbula… es el mismo que Vesper solía llevar consigo en esas mañanas caóticas en las que se saltaba el desayuno y sobrevivía solo con cafeína.

Todas las malditas mañanas.

—Jesús, ¿qué se te metió en el culo y murió? —murmura Pav, dejando el termo con deliberado cuidado.

—No le hagas caso —refunfuña Osip desde el otro lado de la habitación—. Ha sido un encanto desde que… —su voz se apaga, pero todos sabemos lo que no dice.

Desde que destruí lo mejor que me pasó en la vida.

Me giro de golpe para mirar a Osip. —Se supone que me traerías esos archivos de Keres.

—Ya lo hice —señala la pila de papeles sobre mi escritorio—. Te los puse delante hace veinte minutos.

—Excepto que nada de esto tiene el más mínimo sentido —los tiro al suelo con un golpe seco—. Mira esta mierda. No son más que símbolos y galimatías.

Pavel coge uno de los documentos dispersos, recorre las páginas rápidamente con la mirada. Tras un instante, suelta un silbido. —Todo esto está en código. Y bastante sofisticado, además.

—Fantástico —me aparto del escritorio con tanta fuerza que mi silla se estrella contra la pared—. Simplemente perfecto. Creía que tenía el mejor equipo del mundo, pero, por lo visto, estoy atrapado con un montón de aficionados.

—¡Oye! —protesta Pavel.

—Eso está fuera de lugar —añade Osip.

Los ignoro a ambos y me vuelvo a mirar la pared vacía detrás de mi escritorio. Ahora mismo, el espacio vacío es mi amigo. El vacío es mi aliado. Porque, si miro a Pavel o a Osip, los voy a liquidar.

También es apropiado porque coincide con el vacío que ha ido creciendo en mi pecho durante el último mes.

—¿La has vigilado? —la voz de Osip baja a lo que probablemente piensa que es un susurro, pero bien podría ser un megáfono.

Todo mi cuerpo se pone rígido. Todos mis músculos se tensan como si me hubieran dado con una pistola eléctrica.

Han pasado treinta y dos días desde la última vez que vi a Vesper. La saqué de mi vida sin piedad y me está matando poco a poco.

Dormir solía ser mi escape. La única vez que mi cerebro dejaba de obligarme a pensar en ella. Pero hace dos semanas, empezaron los sueños. Cosas vívidas y tortuosas que me hacen despertar con fuerza, dolorido y más miserable que al acostarme.

A veces sueño con salvarla de peligros que no existen.

A veces sueño con tenerla debajo de mí, gritando mi nombre.

A veces sueño con un futuro que nunca tendremos.

Todos terminan de la misma manera: recuerdo que *yo* elegí dejarla ir.

—Sí, ella está… —la voz de Pavel baja aún más y no puedo entender sus palabras.

El muy cabrón lo hace a propósito. Añádelo a la lista de razones por las que se merece una nariz rota.

Me doy vuelta y la conversación se detiene de golpe. Pavel, de repente, se queda fascinado con su taza de café mientras Osip mira por la ventana como si nunca hubiera visto el cielo.

—¿Llevaste a Luka esta mañana? —pregunto, ansioso por hablar de cualquier cosa que no sea ella.

Los hombros de Pavel se tensan. —Sí, pero…

—¿Qué?

—No quería irse. De hecho, se resistió muchísimo.

Mis manos se cierran en puños. —Últimamente ha estado luchando contra todo.

El niño dulce y tranquilo que solía pasar los fines de semana en museos de ciencias ha sido reemplazado por un extraño demacrado y vehemente al que apenas reconozco. Luka discute sobre la hora de dormir. Se niega a comer. Hace preguntas que no puedo responder y exige cosas que no cumpliré.

¿Lo peor? Sé exactamente por qué actúa así.

—¿Qué tan tarde llegaste? —pregunto.

Pavel hace una mueca. —Como una hora.

—¿Una hora? —estallo—. Pavel, ¿qué demonios…?

—¡Oye, lo intenté! —se defiende con las manos—. El niño se encerró en el baño y no quería salir. Cuando por fin lo subí al auto, se pasó

todo el trayecto preguntando cuándo podía ver a…

—No lo hagas —hago crujir mi cuello de un lado a otro—. No digas su nombre.

—Esto es una locura, Kovan. Ha pasado un mes. Él solo quiere…

—Me importa un bledo lo que quiera —miento descaradamente y todos lo sabemos—. Tiene que aprender que hay gente que se va y no vuelve. Más le vale aprenderlo ahora.

Pavel se deja caer en el sillón. —Lo estás matando.

—Lo estoy *protegiendo*.

—¿De qué? ¿De una mujer que lo ama?

Tiene razón, aunque lo odie por ello. Vesper sí amaba a Luka. Lo amaba lo suficiente como para luchar por él, consolarlo, prometerle que todo estaría bien.

Más de lo que jamás he podido darle yo.

—Ella no es su madre —gruño.

—Es lo más parecido a una que tuvo jamás —Pavel ahora está serio, lo que de alguna manera empeora todo—. Y tú le quitaste eso.

Osip se aclara la garganta. —¿Quieres mi consejo?

—No.

Continúa de todos modos. —Que un equipo de criptoanálisis trabaje con estos archivos. Alguien con *software* profesional y experiencia real —da un golpecito a los documentos codificados—. Y quizás considera que el chico podría saber de lo que habla.

Después de que Osip se va, Pavel y yo nos miramos fijamente el uno al otro a través de la habitación.

—Se avecina una guerra —digo finalmente, respondiendo a la pregunta que ni siquiera me hizo—. Ihor no va a dejar que esto

pase. No puedo permitirme distracciones.

—Luka no es una distracción. Es de nuestra sangre, Ko —Pavel apoya los codos en las rodillas—. Y ella también, aunque no quieras admitirlo.

—Ella tomó su decisión cuando intentó exponernos.

—Ella tomó su decisión cuando intentó salvar a niños de que les trafiquen sus órganos —replica. Se levanta y se acerca—. O sea, lo mismo que tú llevas meses intentando hacer.

—Eso es diferente.

—No, Kovan, no lo es —está tan cerca que puedo ver la ira que arde en sus ojos—. Tienes miedo. Encontraste algo real con ella y te aterra, así que lo saboteaste antes de que pudiera irse.

Lo agarro por la pechera de la camisa y lo atraigo hacia mí. —Cuidado con lo que dices.

—¿O qué? ¿Me vas a dar una paliza por decir la verdad? —Pavel no se inmuta—. Adelante, hermano. No cambiará el hecho de que seas miserable. No cambiará el hecho de que Luka llora hasta quedarse dormido todas las noches preguntando por ella.

Mi agarre se aprieta en su camisa. —No sabes de lo que hablas.

—Sé que no has dormido más de tres horas seguidas desde que se fue. Sé que has estado bebiendo más y comiendo menos. Sé que pareces un muerto recalentado —parte de su ira se desvanece—. Te estás muriendo en la oscuridad, hombre. Te estás matando.

—No quiero saber más de ella.

—Qué lástima. Porque a alguien le tiene que importar su seguridad y, como has decidido hacerte el mártir, me toca a mí.

Antes de poder responder, mi teléfono empieza a vibrar sobre el escritorio. La pantalla se ilumina con una llamada entrante.

Cuando veo el número, frunzo el ceño.

Luego, empiezo a correr.

4

VESPER

Espero ver a Luka.

Estoy preparada para ver a Luka.

¡Diablos, estoy desesperada por ver a Luka!

Para lo que no estoy preparada es para la pared de músculos que bloquea el escritorio de la secretaria de la escuela… un metro noventa de rabia irradiante envuelta en un costoso traje negro.

Kovan.

Se me corta la respiración como si me hubieran dado un puñetazo. Está de espaldas a mí, con esos hombros increíblemente anchos, rígidos por la tensión que hace que la gente inteligente corra en dirección contraria. Su voz resuena por toda la recepción, grave, peligrosa y absolutamente furiosa.

—¿Por qué *carajo* la llamaste?

La pobre secretaria, Janet… una mujer de unos cincuenta años con gafas gruesas y un cárdigan lleno de broches de gatos… parece a punto de desmayarse. Le tiemblan las manos mientras rebusca entre papeles, buscando claramente una vía de escape inexistente.

—S-Sr. Krayev —balbucea—, le pido disculpas, pero el nombre de la Srta. Fairfax figuraba como contacto de emergencia secundario de

Luka. Cuando usted no contestó el teléfono…

—Su nombre debería haber sido eliminado. Vesper Fairfax ya no está…

—Aquí estoy —interrumpo antes de que pueda terminar la frase. Antes de que pueda decir algo que me haga llorar de rabia—. Vesper Fairfax está aquí mismo.

Kovan se da vuelta.

Esos ojos. Dios, esos ojos. Verdes con destellos dorados que antes me hacían sentir como si me estuviera ahogando, de la mejor manera posible. Ahora, simplemente me hacen sentir como si me estuviera ahogando, y punto.

Se ve fatal. No fatal como la mayoría de la gente… Kovan probablemente podría levantarse de la cama después de tres días de juerga y aun así poner celosos a los hombres y embelesar a las mujeres. Pero conozco su rostro mejor que el mío, y puedo ver los cambios. Los ángulos más marcados de sus pómulos. Las ojeras que delatan la falta de sueño y el exceso de whisky. Tiene la mandíbula tan apretada que me sorprende que no se le rompan los dientes.

Bien. Espero que haya estado tan miserable como yo.

—¿Vesper?

La voz que me salva de quedarme mirando a Kovan con la mirada perdida viene de detrás del escritorio de la secretaria. La cabeza de Luka asoma desde lo que debe ser la oficina del director, y verlo casi me hace caer de rodillas.

—¡Luka! —grito.

Corre hacia mí y, por un instante, todo lo demás desaparece. No soy consciente de nada más. Ni del ceño fruncido de Kovan. Ni del carraspeo nervioso de la secretaria. Ni del hecho de que estoy parada en la recepción de la escuela intentando no llorar.

Solo Luka. Mi niño. El niño que he extrañado tanto que a veces me despierto en mitad de la noche buscándolo.

Lo agarro en mis brazos y lo hago girar, riendo cuando se ríe, ese sonido brillante y musical con el que he estado soñando.

Pero, cuando lo bajo, la risa muere en mi garganta.

Ha perdido peso. Demasiado. El uniforme escolar le queda suelto, y esos hermosos ojos grises que antes brillaban con curiosidad ahora lucen apagados. Cansados. Tiene ojeras que lo hacen parecer mayor de nueve años.

—Sabía que vendrías —susurra, envolviendo sus delgados brazos alrededor de mi cintura y aferrándose a mí como si fuera a desaparecer.

El dolor que me golpea es tan agudo y repentino que tengo que morderme el labio para no gritar. Porque este niño nunca conocerá a su medio hermano. El bebé que crece en mi interior nunca conocerá el ejemplar perfecto de hermano que podría haber sido Luka. Nunca construirán castillos de almohadas juntos, ni mirarán las estrellas desde el jardín de Kovan, ni compartirán chistes que los hagan estallar de risa.

Todo porque su padre es un cobarde y un matón.

—No puedo creer cuánto has crecido —murmuro, alisándole el cabello oscuro. Está más largo que antes, como si nadie le estuviera cortando el cabello. Solo ha pasado un mes, pero parece mucho mayor.

—No he crecido realmente —protesta Luka, pero aun así se para más erguido.

—Sí, lo has hecho. Eres prácticamente un gigante.

No es del todo mentira. Ha crecido… pero no como yo quisiera. La inocencia de su rostro se ha desvanecido. Se ha endurecido como piedra. Me duele por él.

—Esto no es una reunión —los pasos de Kovan resuenan al acercarse—. Es un error. La escuela nunca debió llamarte.

Me obligo a mirarlo. —Pero sí me llamaron. Y aquí estoy.

—Así que ahora puedes irte.

—¡No! —el grito de Luka resuena en la recepción—. ¡No quiero que Vesper se vaya!

—Luka, ya hemos hablado de esto…

—¡NO! —esta vez, el grito de Luka es tan fuerte que retrocedo por instinto. Me llevo la mano al estómago y luego me contengo, recordando dónde estoy y quién me observa.

El niño que conocí era tranquilo. Reflexivo. Hacía preguntas en lugar de exigir, y jamás alzaba la voz.

Este niño es otra persona.

—¡No dejaré que la eches! —Luka se interpone entre Kovan y yo como un pequeño guardaespaldas, temblando de rabia—. ¡Es mi amiga! ¡Déjala en paz!

Lo miro boquiabierta. La transformación es tan completa, tan impactante, que por un instante no puedo procesar lo que veo. ¿Dónde está el niño tímido que solía esconderse detrás de mis piernas cuando los desconocidos le hablaban?

—Luka —susurro—, cariño, necesitas calmarte…

—¡No me calmaré! —se da vuelta para encarar a Kovan, y la furia en su pequeña carita es aterradora—. ¡Porque él no me escucha cuando estoy calmado!

—Ya es suficiente.

Pero Luka no se inmuta ante el tono de Kovan, ni se acobarda. Solo alza la barbilla y mira a su tío con nueve años de desafío

acumulados. —No puedes decirme de quién ser amigo. Yo puedo elegir, y elijo a Vesper. Me da igual lo que me hagas.

Dios mío. Si no estuviera tan desconsolada, quizá me impresionaría. Este niño tiene más agallas que la mayoría de los hombres que conozco.

Pero también me dice todo lo que necesito saber sobre cómo ha ido este último mes. Luka ha estado librando una guerra y la está perdiendo. Y por mucho.

—¿Hay algún problema aquí?

El decano Thomas nos mira a Kovan y a mí con una apariencia de calma encima del pánico. Sabe lo suficiente de nosotros… bueno, sobre todo de Kovan, aunque mi último encuentro con él no fue el más amistoso… como para tener miedo.

—Decano Thomas —Kovan aprieta los dientes—. Necesitamos hablar sobre por qué contactaron a la Srta. Fairfax para informarle sobre la situación de mi sobrino.

—De hecho, creo que primero debemos hablar de la situación de Luka —el decano Thomas mira a Luka—. Luka, ¿por qué no vas a recoger tus cosas de tu casillero? Necesito hablar con tus tutores.

—No me iré —Luka cruza los brazos—. Vesper acaba de llegar.

El decano Thomas ni siquiera pestañea. —No te lo estaba preguntando, jovencito.

Por un instante, la rebeldía de Luka flaquea. Vislumbro al niño inseguro debajo de toda esa ira, y se me encoge el corazón.

—No te preocupes —le digo en voz baja—. Estaré aquí cuando vuelvas. Te lo prometo.

Luka me observa la cara como si intentara determinar si miento. Lo que ve ahí debe satisfacerlo, porque asiente una vez y se dirige al pasillo.

Pero no sin antes lanzarle a Kovan una mirada desagradable.

Una vez que se va, el decano Thomas señala su oficina. —Sr. Krayev, Dra. Fairfax, ¿podrían acompañarme?

—Eso no será necesario —dice Kovan de inmediato—. La Dra. Fairfax no es de la familia. No tiene por qué estar involucrada en esta discusión.

Quizá sean las hormonas. Quizá sea el hecho de que he pasado tantos días extrañándolos a ambos con tanta desesperación que apenas he podido funcionar. Quizá sea darme cuenta de que Kovan sigue intentando borrarme de sus vidas como si nunca hubiera importado.

Sea lo que sea, la mecha de mi ira se enciende.

—¿Crees que puedes simplemente insultarme hasta que me vaya? —pregunto, acercándome un paso más a él. Suficientemente cerca como para ver las motas doradas en sus ojos, oler esa colonia familiar que todavía me hace temblar las rodillas—. Porque no va a funcionar. Me llamó la escuela. Luka me quiere aquí. El decano Thomas quiere hablar con los dos. Así que me quedo, te guste o no.

La mandíbula de Kovan se mueve de un lado a otro. —No te necesitamos aquí, Vesper.

—De hecho —interviene el decano Thomas con naturalidad—, creo que es importante que la Dra. Fairfax nos acompañe en esta conversación. Por favor… —se hace a un lado y señala su despacho —. Me gustaría empezar.

Kovan parece querer discutir, pero al final solo gruñe y me empuja sin decir nada más, rozando mi hombro al entrar en la oficina. El contacto es breve, menos de un segundo, pero suficiente para que una descarga eléctrica me recorra el sistema nervioso.

Lo sigo adentro, esperando encontrar una oficina vacía. En cambio, hay una mujer sentada en el pequeño sofá, contra la pared del

fondo. Es de mediana edad, de cabello castaño brillante y un suéter de puntitos que, de alguna manera, logra parecer profesional y accesible al mismo tiempo.

—¿Quién es? —pregunto antes de que el decano Thomas pueda hacer las presentaciones.

—Ella es la Dra. Christina Paige —explica el decano Thomas—. Es nuestra consejera escolar y psicóloga infantil colegiada. Ha estado trabajando con Luka.

—¿Trabajando con él? —gruñe Kovan—. ¿Qué demonios significa eso?

La Dra. Paige no se inmuta. Responde a la mirada intimidante de Kovan con serena profesionalidad, completamente indiferente a su muestra de ira.

Me gusta de inmediato.

—Significa —dice la Dra. Paige con serenidad— que Luka ha estado pasando un mal momento, Sr. Krayev. Y, después de las conversaciones que he tenido con él durante las últimas semanas, diría que esta reunión era necesaria desde hace tiempo.

—Nadie me dijo que él estaba viendo a un terapeuta —dice frunciendo el ceño.

—Es un protocolo estándar cuando un estudiante interrumpe constantemente en clase —explica el decano Thomas—. Luka lleva varias semanas portándose mal.

—¿Cómo? —no puedo evitar preguntar.

Kovan me lanza una mirada de advertencia, pero lo ignoro.

—Peleas, más que todo —dice la Dra. Paige—. Discusiones verbales y físicas con otros estudiantes. Desafío hacia los profesores. Rechazo a participar en las actividades del aula.

Se me encoge el estómago. No se parece en nada al Luka que conozco.

—Se está adaptando —dice Kovan con tono tenso—. Ha sido una transición difícil, pero…

—¿Así lo llamas? —interrumpe la Dra. Paige—. Porque Luka lo describe de otra manera. Me dice que está enojado todo el tiempo. Que no puede dormir. Que no entiende por qué las personas que ama siguen desapareciendo de su vida.

Me hundo en la silla junto a Kovan sin pensar; de repente, mis piernas no me sostienen. —No voy a desaparecer —susurro—. Jamás…

—Pero lo hiciste —dice la Dra. Paige en un tono suave—. Desde la perspectiva de Luka, un día fuiste parte de su familia y al siguiente te fuiste. Igual que su padre.

El paralelismo que traza es inconfundible, y me dan ganas de vomitar. O de llorar. Quizá ambas.

—Esa no fue mi elección —digo, odiando lo defensiva que sueno.

—Lo sé. Luka también lo sabe, por eso está tan enojado con su tío —la mirada de la Dra. Paige se dirige a Kovan—. Lo culpa por su ausencia, Sr. Krayev. Y esa ira está afectando todos los aspectos de su vida.

Kovan aprieta los puños sobre los muslos. —¿Qué sugieres?

—Sugiero que le permitas a Luka pasar tiempo con la Dra. Fairfax. Visitas supervisadas, quizá, con límites claros sobre…

—Absolutamente no —Kovan se levanta de golpe, la silla rozando el suelo—. Ya terminamos.

—Sr. Krayev… —empieza el decano Thomas.

—Aprecio su preocupación, pero yo sé qué es lo mejor para mi sobrino —la voz de Kovan es plana, tajante—. Espero que el nombre

de Vesper se elimine de la información de contacto de emergencia de Luka de inmediato.

Ya se dirige a la puerta cuando la Dra. Paige vuelve a hablar. —Sr. Krayev, hace poco obtuvo la custodia legal completa de Luka, ¿es correcto?

Kovan se queda congelado con la mano en el pomo de la puerta.

—Si quiere conservar la custodia —continúa la Dra. Paige, aún tranquila, pero con una expresión de firmeza que empieza a asomar —, le sugiero que reconsidere su postura. Porque, ahora mismo, Luka muestra signos de grave angustia emocional. Si esto continúa, podría tener que intervenir Servicios Sociales.

Los hombros de Kovan están tan tensos que puedo ver cómo se tensan los músculos contra su chaqueta. —¿Me estás amenazando?

—Le informo —responde la Dra. Paige—. Como defensora de Luka, es mi responsabilidad asegurar su bienestar emocional. Y en esta etapa de transición de su vida, necesita estabilidad. Necesita que las personas que ama sean una presencia constante.

—*Yo soy* una presencia constante.

—Eres su tutor, sí. Pero según Luka, últimamente has estado distante. Ocupado. Él siente que también te ha perdido a ti de alguna manera.

Kovan se estremece como si le hubieran dado una bofetada.

—La solución no es eliminar a más personas de su vida —continúa la Dra. Paige—. Es reconstruir el sistema de apoyo que lo hacía sentir seguro.

—Su familia es su apoyo. Los Krayev. Nada más.

—Con todo respeto, Sr. Krayev, eso no ha funcionado muy bien.

La Dra. Paige mira a Kovan sin pestañear. Kovan la observa fijamente como si estuviera considerando si intimidarla para que se someta o

simplemente irse. El decano Thomas parece querer desaparecer en su silla.

Y yo me siento allí, completamente sola, sintiendo como si mi corazón se partiera lentamente en dos.

—Necesito un poco de aire —murmura Kovan finalmente, y abre la puerta de un tirón.

Tanto el decano Thomas como la Dra. Paige parecen confundidos mientras Kovan se aleja. Pero, al parecer, nadie está dispuesto a sujetarlo físicamente, ni a obligarlo a entrar en razón.

Dudo que yo tenga mucha suerte, pero sí que lo voy a intentar.

El problema es que no tengo oportunidad de intentar nada… ni palabras ni violencia… porque salgo de la oficina del director justo a tiempo para ver a Kovan casi chocar con alguien en el pasillo.

Alguien a quien reconozco de inmediato.

Eliza Murphy, la trabajadora social.

Ay, mierda.

Esto no puede ser bueno.

5

KOVAN

Justo la mierda que necesitaba.

De todas las personas con las que me podría topar, hoy de todos los días, tiene que ser la maldita Eliza Murphy.

Pensé que la había dejado atrás cuando el juez Latimer dictó la orden de custodia. Pero claro, nada en mi vida ha sido tan sencillo.

—Srta. Murphy —fuerzo mi voz a sonar como algo parecido a la cortesía. Siento a Vesper detrás de mí, tan cerca que su presencia me arde la piel—. ¿Qué la trae a la Preparatoria Cordingly?

Su mirada se posa en Vesper, y sé que estamos jodidos. Vesper tiene todas las razones para destruirme ahora mismo. Una palabra suya sobre nuestra ruptura y Murphy tendrá a Luka de vuelta bajo la custodia de Yana antes de que acabe el día.

—No es casualidad, Sr. Krayev —dice Eliza—. Estoy aquí por Luka. El seguimiento judicial forma parte de su acuerdo de custodia, como seguramente recuerda.

Aprieto la mandíbula. —Por supuesto.

—Dra. Fairfax —Murphy se gira hacia Vesper con lo que parece ser calidez—. Me alegra volver a verla.

Vesper se toma con calma la aparición de Eliza. —Eliza, qué sorpresa —dice mientras se acerca a mí—. ¿Supongo que vienes a ver cómo se adapta Luka?

—Entre otras cosas —la mirada de Murphy rebota entre los dos—. Aunque debo decir que encontrarlos aquí sugiere que las cosas podrían no ir tan bien como esperaba.

Estoy completamente fuera de control por dentro. Aquí acaba todo. Aquí es donde Vesper se venga. Donde le dice a Murphy qué clase de hombre soy en realidad y observa cómo mi mundo se derrumba a mi alrededor.

En cambio, ella sonríe. —Luka ha tenido problemas con acosadores en la escuela. Ya sabes lo crueles que pueden ser los niños.

La miro fijamente, esperando que diga algo más. Esperando que añada: *"Ah, y por cierto, Kovan es un mentiroso de mierda que me tiró como basura".*

Pero no lo hace.

Las cejas de Murphy se elevan hacia la línea del cabello. —¿Acosadores?

—Nada grave —continúa Vesper con suavidad—. Solo unos chicos que se meten con él. Vinimos a hablar con el decano Thomas.

Antes de que Murphy pueda responder, se oyen pasos por el pasillo. Luka aparece por la esquina, con el rostro iluminado al ver a Vesper. Echa a correr y se lanza sobre ella como si fuera un salvavidas.

—¡Vesper! ¡Te quedaste! Pensé que el tío Kovan te echaría otra vez.

Mi estómago se hunde en mis malditos zapatos.

La sonrisa de Vesper no flaquea, pero veo que sus nudillos se ponen blancos allí donde agarra los hombros de Luka. —Luka, cariño, eso no es justo para tu tío.

—Pero Vesper…

—¡Oye! —su voz se vuelve más alegre, más frenética—. ¿Qué te parece si planeamos ir al museo de ciencias este fin de semana? ¿Solo tú y yo?

Los ojos de Luka se abren de par en par de la emoción, pero Murphy no se cree la distracción. Su mirada penetrante va de Vesper a mí, una y otra vez.

Ella no se distrae tan fácilmente.

—Luka —dice Murphy, agachándose hasta quedar a su altura—, ¿qué quisiste decir cuando dijiste que tu tío echó a Vesper?

Luka se queda paralizado. Su rostro se transforma en confusión antes de reconocerla. —Eres la trabajadora social. La que decide dónde vivo.

—Así es —la sonrisa de Murphy es tenue—. Y necesito asegurarme de que te están atendiendo como es debido.

Por primera vez desde que empezó esta pesadilla, Luka me mira en busca de ayuda. Le tiembla la barbilla y veo el miedo asomarse a sus ojos. —Pero el juez dijo que podía quedarme con el tío Kovan. No ha cambiado de opinión, ¿verdad?

Eliza se sobresalta, con aspecto alarmado y sin palabras. —No, no, nada de eso. Solo necesito verte de vez en cuando. Es parte del acuerdo.

—¿Tienes una cita con el decano Thomas? —Vesper interviene suavemente.

—Prefiero las visitas sin previo aviso —responde Murphy, sin apartar la mirada del rostro de Vesper—. Me dan una visión más precisa de la situación.

No he dicho ni una palabra. Siento que todo por lo que he luchado pende de un hilo, de lo que diga Vesper a continuación.

—Claro —dice Vesper—. Tiene todo el sentido.

Murphy asiente lentamente. —Ya que me he encontrado con todos ustedes aquí, quizá deberíamos hablar. Parece que ha habido algunos cambios desde nuestra última reunión. Cambios que deberían haberse informado al tribunal, Sr. Krayev.

Me aclaro la garganta y por fin hablo. —Nada ha cambiado, Srta. Murphy.

—Pero Luka acaba de decir…

Veo a Vesper apretar el brazo de Luka y abrir mucho los ojos al encontrarse con los de él. Él asiente una vez, y ambos comprenden.

—A Luka le gusta repetir lo que oye —explica Vesper, acercándose a mí—. Y antes estaba siendo dramática. Tuvimos que mudarnos temporalmente por renovaciones y no me gustó en absoluto. Ya sabes cómo es… me estaba quejando.

Se desliza bajo mi brazo como si lo hubiéramos hecho mil veces. Su mano se posa en mi pecho y tengo que obligarme a no reaccionar ante la proximidad. Su tacto me quema la camisa como si estuviera en llamas.

Murphy no parece convencida. —No estoy segura de entenderlo… ¿Ustedes no han terminado?

Vesper se ríe como histérica. —¿Terminado? ¡Claro que no! Estamos muy juntos.

Murphy se gira hacia Luka, cuya cara de póquer es inexistente. Puedo ver que le cuesta seguir la conversación, aunque se esfuerza al máximo.

—Luka, cariño —dice Vesper rápidamente—, ¿por qué no vas a buscar tus cosas a tu casillero? Nos vemos allí en unos minutos.

Luka asiente y desaparece por el pasillo, dejándonos a los tres en un silencio incómodo.

—¿Qué está pasando aquí exactamente? —pregunta Murphy en cuanto Luka ya no puede oírnos.

La mano de Vesper me aprieta el pecho. Siento el temblor en sus dedos, pero su voz se mantiene firme. —Hay algo que le ocultamos a Luka. Todavía es pronto, así que no estamos listos para decirle.

Murphy se cruza de brazos. —¿Y qué sería eso?

—Estoy embarazada.

Si mi vida no dependiera de ello, podría haberme destrozado. Tal como están las cosas, tengo que tensar todos los músculos de mi cuerpo para no reaccionar, para mantener la máscara de calma que tan bien me ha funcionado a lo largo de los años.

Tiene que ser mentira, claro. Un intento desesperado por despistar a Murphy.

Pero la forma en que lo dijo… El temblor en su voz, la presión de sus dedos sobre mí como si estuviera tratando de anclarse…

—¿Embarazada? —repite Murphy, escéptica.

—Así es. Nos enteramos hace poco, y esperamos el momento oportuno para decirle a Luka.

Murphy saca su libreta y anota algo. —Necesito documentación para mi informe. Ya sabes… requisitos judiciales.

—Por supuesto —Vesper mete la mano en el bolsillo sin dudarlo y saca un papel doblado—. Y, por pura suerte, aquí está mi primera ecografía.

Se lo da y puedo ver brevemente el nombre en la parte superior antes de que Murphy lo tome.

FAIRFAX, VESPER.

No puede ser…

Pero lo es. Es real. La ecografía es real, lo que significa que…

También lo es el bebé.

—Bueno —susurra Murphy, estudiando la imagen—. Eso es… Felicidades.

—Gracias. Estamos muy emocionados.

Murphy dobla el papel y se lo devuelve, con un cambio total en su actitud. —Debería dejar que vuelvan a sus asuntos familiares. Puedo ver al decano Thomas en otro momento.

—Claro —coincide Vesper—. Debes estar ocupada.

Murphy asiente brevemente y empieza a caminar por el pasillo. El taconeo se desvanece lentamente antes de desaparecer por completo. La observo irse, esperando a perderla de vista por completo antes de girarme para mirar a Vesper.

Está mirando fijamente la ecografía en sus manos, pálida salvo por las tres pequeñas marcas de nacimiento en la mejilla derecha. El cinturón de Orión. Solía trazar esas marcas con el pulgar cuando dormía a mi lado.

La urgencia de tocarla ahora es tan fuerte que me duele físicamente. Quiero atraerla hacia mí, hundir mi cara en su cabello, disculparme por cada palabra cruel que le he dicho.

En cambio, fuerzo mi voz a un tono neutral. —¿De quién es eso?

Se estremece como si la hubiera abofeteado. Cuando me mira, sus ojos brillan por las lágrimas contenidas.

—Mío —dice con voz hueca—. Es mío. Pero no te preocupes, Kovan. No tienes que preocuparte por nada de esto.

—Vesper…

—No —retrocede, poniendo distancia entre nosotros—. Lo dejaste muy claro hace un mes. No soy de la familia. No soy de tu sangre.

No soy nada para ti.

—Eso no es…

—Ahórratelo —se gira hacia el pasillo por donde desapareció Luka—. Necesito despedirme de él. Y luego me iré de tu vida para siempre, tal como querías.

Ella empieza a alejarse y el pánico me atenaza el pecho. —Espera —gruño.

Se detiene, pero no se da vuelta. —¿Qué?

Mil palabras me ahogan, pero ninguna sale de mis labios. ¿Cómo decirle que me muero sin ella? ¿Que cada día desde que me marché ha sido un nuevo infierno? ¿Que verla hoy me ha hecho darme cuenta de que prefiero vivir con ella alocadamente que a salvo sin ella?

¿Cómo le digo que el bebé que lleva dentro… *mi* bebé, *nuestro* bebé… lo cambia todo?

Abro la boca para hablar. La disculpa está ahí, esperando a ser pronunciada, y con ella yace toda esa estúpida esperanza. La esperanza de que nos espera un final feliz, en algún lugar, si tan solo uno o ambos somos lo suficientemente valientes para alcanzarlo.

En cambio, lo que sale de mi boca es—: Bien. Vete. Aléjate. Ya no te necesitamos.

6

VESPER

Me duele tanto que casi le doy una bofetada.

Quizá debería. Como mínimo, me haría sentir mejor. ¿Y si deja cicatriz? Bueno, Kovan puede añadirla a su maldita colección.

Me doy vuelta lentamente, segura de haberlo oído mal. Pero una simple mirada a su rostro me dice que lo oí perfectamente.

Su expresión es de piedra, esos ojos verdes fríos y distantes. Los mismos ojos que antes me miraban como si fuera su todo ahora me observan con total indiferencia.

Ya no te necesitamos.

—Me alegra saberlo —consigo decir—. Y qué amablemente lo has dicho. ¿Algo más que quieras añadir antes de que desaparezca para siempre?

Su rostro se endurece aún más, si es posible. Esos iris verdes se convierten en pedernales de hielo brillantes. Niega con la cabeza. —Que te llamaran fue un error. No volverá a suceder.

—Genial. Ahora, me despediré de Luka y me largaré para siempre, para que puedas…

—No.

Hago una pausa. —¿Qué?

—Dije que no —se acerca—. No le dirás ni una palabra más a Luka. No quiero que tengas más contacto con él. Solo le harás daño.

Miro a Kovan con total incredulidad. Acabo de mostrarle una ecografía de su bebé, y ni siquiera se atreve a mirarla. Ni siquiera se atreve a *reconocerla*. ¿Y ahora intenta arruinar también este breve momento de alegría?

—No se mete en peleas en la escuela porque le va bien sin mí, Kovan —me acerco un paso más y lo obligo a mirarme—. ¿De verdad eres tan testarudo que no puedes ver lo que tienes delante?

—Estamos bien.

Se me escapa una carcajada áspera y desquiciada. —¿Qué parte de esto está bien? ¡Te acabo de salvar el pellejo con la trabajadora social! Estuvo a punto de descubrir que rompimos. Si no hubiera mentido…

—¿Quieres una puta medalla?

Le empujo el pecho con un dedo. —Lo que *quiero* es que te comportes como un adulto durante cinco putos minutos. Pero, por lo visto, es demasiado pedir.

—Deberías irte, Vesper.

—Eliza cree que seguimos juntos. Lo que significa que, si quieres conservar la custodia de Luka, tenemos que mantener esta farsa.

Sus ojos se entrecierran. —Puedo ocuparme de mis propios problemas. No necesito que me salves.

—Claro —levanto las manos, mi voz roza la histeria—. Qué tonta por olvidarlo. El gran y malvado Kovan no necesita a nadie, ¿verdad? No importa que solo obtuviste la custodia porque te ayudé. ¡Eso no cuenta para nada!

Su mandíbula trabaja en silencio, esos ojos verdes me queman agujeros.

—Lo que sí importa es que puedes aislarte de todos los que te quieren y encargarte de todo solo —las lágrimas amenazan con desbordarse, y sé que necesito salir de aquí antes de que lo hagan —. Pero tenías razón en una cosa: venir aquí fue un error. No lo volveré a cometer —lo empujo, mi hombro golpea su brazo mientras corro hacia la salida—. Dile adiós a Luka por mí —grito por encima del hombro sin detenerme—. Dile que lo siento.



ESTOY JUGANDO con las llaves de mi auto en el estacionamiento cuando una mano enorme golpea la puerta del lado del conductor.

—Qué demonios…

—¿Es mío? —pregunta Kovan, desquiciado. Crudo, desesperado. Salvaje.

La risa brota de lo más profundo de mi pecho. —¿Importa?

—Solo responde la maldita pregunta.

—Que te follen.

—Estoy bastante seguro de que follar conmigo fue lo que nos trajo aquí. Contéstame. ¿Es mío?

Considero cerrarle la puerta de golpe. En cambio, hago algo mucho más cruel. Salgo del auto, asegurándome de verle la cara con claridad antes de destrozarlo.

—No. No es tuyo —miento—. Justo después de que me dejaras, fui a un antro y me acosté con un desconocido en el baño.

Cada músculo de su cuerpo se pone rígido, y prácticamente puedo ver la violencia que está conteniendo. —Ah, ¿sí?

—Así es —me obligo a seguir hablando, aunque su expresión me remueve los huesos—. Y estuvo increíble. Muchísimo mejor que tú. ¿Quieres saber cuántas veces me corrí, Kovan?

Quizá me pasé, porque ambos sabemos que miento descaradamente. Nadie podría ser mejor que Kovan. Nadie podría hacerme sentir lo que él me hizo sentir.

—Ahora me estás mintiendo en la cara.

—Solo déjame en paz.

—Muéstrame esa ecografía otra vez.

—Absolutamente no.

Antes de que pueda reaccionar, mete la mano en mi bolsillo delantero y me arrebata el papel doblado. Ese roce leve de sus dedos en mi ropa es suficiente para que mi cerebro se vuelva loco. Piensa que todo lo bueno está por suceder, pero no es así.

Todo lo que está sucediendo ahora es muy, muy malo.

—¡Devuélveme eso! —salto a por él, pero él lo sostiene en alto sobre su cabeza como si fuéramos niños en un patio de recreo.

Ni siquiera tiene que estirarse. Solo mantiene el brazo recto y eso es suficiente para mantenerlo alejado de mí.

—¡Bastardo! —le golpeo el pecho con los puños, pero es como chocar contra una pared. Ni siquiera se inmuta. Está demasiado ocupado observando la imagen.

—Tres meses —lee—. Estás de tres meses.

Mis manos caen a los costados. Retrocedo lentamente, dándome cuenta de repente de lo atrapada que estoy. Debí haberme marchado en cuanto tuve la oportunidad.

Puedo verlo haciendo cálculos mentales, contando hacia atrás. —Estábamos juntos.

Retrocedo hasta que choco con la puerta de mi auto y no tengo a dónde correr.

—El bebé es mío —ya no es una pregunta. Sus cejas se juntan, y no sé si está enojado o sorprendido o qué.

No es que debería importarme de ninguna manera.

—Sí —susurro, demasiado cansada de repente para luchar—. Él es tuyo.

—¿Él? ¿Es un niño?

Tengo la cara roja, la piel erizada de inquietud. —¿Qué te importa? ¿No recuerdas hace cinco minutos, cuando me dijiste que no necesitabas mi ayuda? Bueno, yo tampoco necesito la tuya. Así que acordemos no meternos en… ¡OYE!

Él me quita las llaves de la mano.

—No lo creo, cariño. No te irás a ninguna parte —me rodea la cintura con un brazo fuerte, alejándome del auto como si no pesara nada—. Puedes venir con nosotros.

—¡No voy a ir a ningún lado contigo!

—¿Por qué no, Vesper?

La vocecita desinfla nuestra discusión. Luka se encuentra a seis metros de distancia, con la mochila colgada de sus delgados hombros y el dolor reflejado en su rostro.

—Por favor, ven a casa con nosotros —añade—. Hace siglos que no te veo.

—Sí, Vesper —el gruñido de Kovan es burlón, peligroso—. Ha pasado una eternidad.

—¿Y de quién es la culpa? —murmuro en voz baja.

—No te preocupes, *malysh* —Kovan le lanza a Luka las llaves del auto sin apartar la vista de mí—. Vendrá con nosotros. Guarda tus cosas atrás. Enseguida llegamos.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Luka se va dando saltitos. Espero a que esté fuera del alcance del oído antes de estallar. —Eres increíble. ¡Hace dos minutos no querías saber nada de mí!

—Eso fue antes de saber que estabas esperando a mi hijo.

—Y eso lo cambia todo, ¿verdad? Ahora, de repente, ¿te importa?

Un músculo de su mandíbula se tensa. —Ahora tengo responsabilidades. Esto cambia las cosas, lo queramos o no.

Parpadeo para contener las lágrimas, esperando que me mire a los ojos. Esperando alguna señal de que soy más que un simple cabo suelto.

No viene. Me da la espalda y empieza a caminar hacia su auto.

El mensaje es clarísimo: no soy su novia. No soy la mujer que ama. Solo soy el recipiente que lleva a su heredero y eso me convierte en su responsabilidad.

Nada más.

No ahora.

Nunca.

7

VESPER

No puedo enojarme cuando estoy con Luka. Cada vez que miro esas mejillas hundidas o la chispa que lentamente, con cautela, se enciende en sus ojos, siento una punzada de culpa que amenaza con abrumarme.

No puedo estar enojada y amar a este niño que necesita amor al mismo tiempo.

Así que guardo mi furia en una caja. La cierro bien. La guardo en un rincón de mi mente donde no pueda hacerle daño.

—Te he extrañado mucho —le digo, atrayéndolo hacia mi costado mientras nos desparramamos sobre la alfombra bajo el techo de su planetario.

Se ríe, con esa risa alegre y despreocupada que tanto extrañaba, y se acerca hasta quedar prácticamente pegado a mi cadera. Sobre nosotros, las estrellas y los planetas flotan en círculos perezosos, proyectando sombras cambiantes en las paredes de su habitación.

Desde aquí abajo todo parece más manejable. El mundo parece más pequeño, más tranquilo. Menos propenso a desmoronarse y aplastarnos debajo de los escombros.

—¿Era en serio lo del museo de ciencias? —pregunta con la voz cautelosa, como la de los niños que temen decepcionarse—. Porque

no he ido desde la última vez que fuimos.

Giro la cabeza para mirarlo. —¿En serio? ¿Por qué no?

Se encoge levemente de hombros. —Estaba enojado con el tío Kovan. Quería ir contigo.

Le tomo la mano y entrelazo nuestros dedos. —Parece que últimamente estás enojado con todo el mundo.

Se queda rígido a mi lado, intenta soltarse, pero lo sostengo. Al cabo de un momento, se le pasa la resistencia y se relaja de nuevo en la alfombra.

—No sé qué me pasa —admite—. Solo odio cómo es todo ahora. Y eso me da ganas de lastimar a la gente.

—¿Es por eso que has estado buscando peleas en la escuela?

—Pensé que, si me metía en suficientes problemas, el tío Kovan acabaría perdiendo una llamada y tendrían que contactarte —gira la cabeza para mirarme a los ojos—. Qué listo, ¿verdad?

Me duele el pecho. Este niño tiene nueve años y ya ha aprendido a manipular el sistema para conseguir lo que necesita. —Eres brillante, Luka. Que nadie te diga lo contrario. Pero también eres demasiado listo para andar dando puñetazos en la escuela.

—No pretendo empezar peleas *de verdad* —protesta—. Simplemente pasa. Alguien dice una estupidez y me enojo tanto que no puedo pensar con claridad.

—Lo sé —me incorporo apoyándome en el codo para poder verle bien la cara—. Y lo entiendo. A veces, el mundo parece estar fuera de control y eso nos hace reaccionar mal. Es normal. Pero también empeora las cosas.

Se queda callado un buen rato, mirando las constelaciones artificiales. —No entiendo por qué rompió contigo.

Dudo. Sería tan fácil destrozar a Kovan ahora mismo. Podría decirle a Luka qué clase de cobarde es su tío. Explicarle que hay gente que huye en cuanto la cosa se pone seria.

Pero soy mejor que eso. Al menos, eso es lo que me sigo diciendo.

—Algunas cosas no tienen sentido hasta mucho tiempo después —me agacho y le doy un beso en la frente—. Vamos. Hora de dormir.

Acomodar a Luka lleva más tiempo de lo habitual. Siempre encuentra excusas para retrasarlo: necesita agua, luego no encuentra su peluche favorito, luego recuerda una pregunta sobre su tarea. Sé lo que está haciendo en realidad. Intenta que este momento dure lo máximo posible, aterrorizado de que, en cuanto salga de su habitación, vuelva a desaparecer.

Finalmente, está metido bajo las sábanas, con el cabello oscuro esparcido sobre la almohada. Le estoy ajustando las mantas… cuando algo extraño sucede. Aparece una imagen de fantasía.

Por un instante, no es Luka el que está ahí tumbado. Es otro niño. Más pequeño, de cabello rubio rojizo y ojos verdes profundos que me miran con total confianza. Extiende sus dedos regordetes, intentando tocarme la cara, y me agacho para besarle la frente, y él me mira y sus labios empiezan a fruncirse como si fuera a decir *"Mamá"* y yo le respondo…

—Pareces preocupada.

Parpadeo con fuerza y Luka está allí nuevamente, la preocupación arruga sus rasgos infantiles.

—Estoy bien —miento, con el pulso acelerado en las sienes—. Solo pensaba.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo mucho que te he extrañado.

Me observa el rostro un buen rato. —No quiero que te vayas otra vez, Vesper.

No debería hacer promesas que no puedo cumplir. No debería darle falsas esperanzas a este niño cuando su tío dejó claro mi lugar en sus vidas.

Pero cuando miro el rostro de Luka… el miedo, la necesidad desesperada… las palabras que él necesita se escapan de todos modos.

—Haré todo lo posible por no hacerlo.



—Está dormido.

Osip y Pavel están en la sala cuando bajo, con los puros en equilibrio entre los dedos. Los apagan en cuanto me ven y se ponen de pie de un salto con la expresión de culpabilidad de los hombres a los que pillan haciendo algo que no deben.

—No terminen la fiesta por mí —digo con sarcasmo, dirigiéndome a la puerta—. Ya me iba.

Intercambian una mirada y salen de la habitación sin discutir.

Lo que me deja sola con Kovan.

Está recostado en su silla, con la atención fija en el vaso de whisky de cristal que sostiene. Parece que lleva un buen rato bebiendo, pero, conociéndolo, probablemente se necesiten más que unas copas para hacer mella.

—Es tarde —comenta sin levantar la vista—. Deberías quedarte a pasar la noche.

Me río. —¿En serio? Por si no te has enterado, nos saltamos la parte de la "pijamada" de nuestra relación. De hecho, estoy bastante

segura de que se acabó cuando me dijiste que no significaba nada para ti. Voy a pedir un Uber de vuelta a la escuela para poder buscar mi auto y…

—Osip ya buscó tu auto en la escuela y lo envió a tu apartamento. De nada.

—Genial. Entonces, tomaré el Uber directo a mi…

—No. No lo harás.

La inexpresividad con la que lo dice me sube la presión. —¿Qué es esto, Kovan? ¿Ahora no me vas a dejar ir?

—Tenemos cosas que discutir.

—De acuerdo —cierro los puños en las caderas—. Hablemos de Luka y de que sus problemas de comportamiento son una llamada de auxilio que estás eligiendo ignorar.

—Vesper…

—O, ¿qué tal esto? Podríamos hablar de cómo me dejaste porque te dio miedo. ¿Eso te gustaría?

Resopla mientras toma la botella de whisky y se sirve otra generosa medida. —¿De qué demonios tengo que tener miedo?

—¿Amarme? ¿Perderme? No lo sé. Elige.

Se bebe la mitad del vaso de un trago, y observo cómo le tiembla la garganta. —Tienes muy buena opinión de ti misma.

—¡La verdad es que me importa un bledo! Si no quieres hablar de eso, hablemos de los Keres. ¿Qué te parece *eso* para empezar la conversación?

Todo su cuerpo se queda inmóvil. —Los Keres no son asunto tuyo.

—Excepto que operan desde mi hospital. Y tú tienes algo que ver con ellos. Y, aparentemente… —mi voz se quiebra a pesar de mis

esfuerzos—. Mi padre también.

—Cuanto menos sepas, mejor.

—Me mentiste desde el principio.

—Estaba tratando de protegerte.

—Patrañas —espeto—. Intentabas cubrirte las espaldas. Y yo estaba tan locamente encaprichada contigo que me creí todas las excusas que me dijiste —me acerco un paso más, con los puños apretados a los costados—. No somos amigos. No somos pareja. No nos debemos nada, salvo honestidad. Me debes eso, Kovan.

Deja su vaso con cuidado. —Bien. ¿Qué quieres saber?

—Me dijiste que ibas a detener el tráfico de órganos. Dijiste que se había acabado.

—Para mí, sí —sigue impasible—. El mercado de órganos fue creación de mi padre. Él e Ihor lo desarrollaron, reclutando cirujanos que creían que serían buenos soldados.

—¿Cirujanos como mi padre?

No dice nada. Ni una confirmación ni una negación.

—Dime la verdad —grazno—. ¿Ihor mentía cuando me habló de mi papá? ¿Solo intentaba hacerme daño, abrir una brecha entre nosotros?

Kovan mira hacia otro lado, fija los ojos en la chimenea en lugar de mirarme.

El sollozo que me arranca suena como si viniera de otra persona. Siento como si mi pecho ardiese, cada respiración es una lucha.

—¿Entonces es cierto? ¿Mi padre era parte de los Keres?

—Fue antes de mi época, Vesper. Nunca conocí a tu padre ni manejé sus cuentas —hace una pausa y se pasa una mano por el cabello

oscuro—. Pero revisé los archivos a los que tengo acceso. Parece que fue su cirujano jefe durante varios años.

De repente, la habitación no tiene suficiente aire para mantenerme en pie. Todo lo que creía sobre mi padre… su integridad, su dedicación a salvar vidas, su moral recta… se derrumba en un instante. El hombre que me enseñó que la medicina se basaba en el servicio, en priorizar a los pacientes, extraía órganos de víctimas involuntarias.

Siento náuseas.

—Quiero irme a casa —consigo decir, hundiendo las manos en los bolsillos para disimular el temblor—. Déjame ir a casa.

—Eso no es posible. Este es el lugar más seguro para ti y nuestro hijo.

Nuestro hijo. Lo dice con tanta naturalidad, como si ya se hubiera adaptado a la idea. Mientras tanto, yo estoy aquí, al borde de un brote psicótico.

—¿De verdad quieres que me quede?

—No *quiero* nada de esto —me corrige—. Pero estás embarazada y estás aquí, así que tengo que cuidarte.

—No soy tu caso de caridad…

Se levanta de la silla y me mira a la cara antes de que pueda terminar la frase, con esos ojos verdes encendidos de furia y angustia. —¡Ya viste de lo que son capaz los Keres, Vesper! ¡Sabes lo que Ihor está dispuesto a hacer! Ya sabe demasiado sobre ti. ¿De verdad quieres poner en peligro a nuestro bebé?

Quiero discutir. Puedo cuidar de mí misma, y no necesito su protección ni su lástima.

O, al menos, eso es lo que me gustaría creer. Pero la verdad es que estoy aterrada. De Ihor, de los Keres, del futuro que crece en mi

interior.

Pero sobre todo del hombre que se encuentra demasiado cerca para que me resulte cómodo.

—No —susurro—. No quiero.

—Bien. Entonces está decidido. Te quedarás.

8

KOVAN

La habitación de invitados se siente como una tumba recalentada. Vesper está acurrucada en el asiento de la ventana, abrazándose como si intentara mantenerse unida. La luz de la luna atrapa las lágrimas que no deja caer, convirtiéndolas en hilos plateados en las comisuras de sus ojos.

He visto a hombres derrumbarse bajo tortura. He visto a grandes asesinos llorar al darse cuenta de que la muerte los acechaba. Pero esto… ver a Vesper derrumbarse mientras todo lo que creía sobre su padre se desintegra… es peor que todo.

Porque fui *yo* quien dio el golpe mortal.

—Hace calor aquí —digo—. Pero estás temblando.

Ella no responde. Solo mira fijamente el jardín oscuro.

Me retiro al pasillo y regreso con un montón de mantas. Debajo de la pila, he escondido uno de mis suéteres de cachemira, el gris que solía robar cuando creía que no la veía. No sé si lo hago por mí… para seguir creyendo que puedo consolarla… o para que lo encuentre si decide que necesita consuelo.

—Toma —lo dejo todo en el asiento junto a ella—. Hace frío por la noche.

Ni siquiera mira las mantas. —¿Soy tu prisionera ahora?

—No —meto las manos en los bolsillos para no tocarla—. Puedes trabajar, ver a tus amigos, visitar a tu familia, pero tendrás seguridad contigo.

—Ah. Guardias armados. Qué romántico.

Me quedo quieto. —¿Tienes alguna otra pregunta? —pregunto, lo cual suena aún más tonto en voz alta que en mi cabeza.

—Mañana tendré preguntas —murmura—. Sobre mi padre, los Keres, todo. Pero ahora mismo… —se hunde contra el marco de la ventana—. Solo quiero sentarme.

La derrota en su voz me destroza. Debería irme. Darle espacio para que lo procese. Pero no puedo moverme.

—Lo siento —digo—. Me refiero a tu madre.

Se vuelve hacia dentro. Su cabello cae hacia delante, ocultando su rostro. —¿Me has estado espiando?

—Waylen me lo dijo.

—Por supuesto.

—¿Cómo está?

—Tiene cáncer, Kovan. ¿Cómo crees que está? —luego, cierra los ojos—. Lo siento. Eso fue… No lo estoy llevando bien.

—No te disculpes —me acerco medio paso y me obligo a detenerme —. Me gusta más cuando te defiendes. Al menos así sé que sigues ahí dentro.

Entonces me mira, y veo el cansancio grabado en cada línea de su rostro. —Tengo que luchar por ella, porque ella no lucha por sí misma. Se está rindiendo, igual que…

—¿Igual que qué?

—Nada. Olvídalo.

Hago una pausa. Espero, pero ella no llena el espacio vacío. —Si necesitas algo para ella —digo con cuidado—, lo que sea, solo pídelo. Si la quieres más cerca, puede venir aquí.

Por un instante, algo suave se refleja en su rostro. Luego, hace una mueca y desaparece. —Gracias —se levanta bruscamente para poner distancia entre nosotros—. Quiero irme a la cama ahora.

—Vesper…

—Si necesito algo, te lo haré saber.

Solo puedo asentir. Pero cuando me doy la vuelta para irme, ella me llama.

—Ya que vivo aquí —dice—, ¿puedo ver a Luka? ¿O también lo vas a mantener alejado de mí?

Mi ceño se frunce. —Parece que, por mucho que lo intente, no puedo separarlos.

—¿Por qué querrías hacerlo? ¿Qué hice que fue tan terrible?

—No hiciste nada terrible.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque *yo* sí —explico, sin apartar la vista del suelo—. Te mentí. Te oculté cosas. Dejé que te metieras en una situación en la que podrían haberte matado —me froto la nuca, repentinamente agotado—. ¿Quieres la verdad, Vesper? Tenía miedo. Miedo de perderte, de lo que pensarías si supieras todo. Así que me dije a mí mismo que te estaba protegiendo cuando en realidad solo estaba siendo una cobarde.

Me mira fijamente y, por un instante, creo que podría perdonarme. Luego, niega con la cabeza. —Ya no importa —dice en voz baja—. Lo hecho, hecho está.

—Mira, Vesper…

—La verdad es que no puedo con esto ahora mismo, Kovan. No puedo resolver nuestra jodida relación mientras mi madre se está muriendo y estoy embarazada y mi comprensión de mi padre se ha desmoronado por completo —se queda sin aliento—. Simplemente… no puedo.

Silencio.

Más silencio.

Más silencio terrible y vacío.

—Si quieres ver a Luka —le digo—, ve a verlo. Ha estado miserable sin ti.

—¿Y tú?

—¿Qué hay de mí?

—¿Has estado miserable sin mí?

Levanto la vista, con una mentira a punto de salir. Pero estoy harto de mentir. —Todos los días —admito—. Todos los putos días.

Cierra los ojos y una lágrima le resbala por la mejilla. —Eso no lo hace más fácil.

—Lo sé.

—Estoy cansada, Kovan. Estoy tan cansada que apenas puedo pensar con claridad.

—¿Es el bebé?

—Es todo —susurra—. El bebé, mi madre, el trabajo, tú, mi padre… —se seca los ojos con el dorso de la mano—. Siento que me ahogo.

—¿Tu madre sabe? ¿Lo del bebé?

—Nadie lo sabe excepto Waylen.

—Genial. Probablemente ahora quiera matarme aún más.

—Es mi hermano. Se supone que está de mi lado. Piensa que eres… —se toma un buen rato para pensar cómo debería terminar esa frase—. Bueno, no importa lo que él piense. Yo sé lo que eres. No eres un hombre malo.

Solo puedo reírme. —¿No lo soy?

—No —niega con la cabeza—. No lo eres. Solo… Mira, sé que las cosas no siempre son blanco o negro. Ahora entiendo mejor hasta dónde llega una persona para proteger a sus seres queridos. Cuando la familia está de por medio, no siempre se puede pensar con claridad. Solo digo… no siempre es blanco o negro, ¿de acuerdo? Eso es todo. Sé que no es muy inteligente ni poético, pero es cierto.

Los dos nos quedamos en silencio por un rato, respirando al unísono.

—Sí —digo al fin—. Se complica —me froto la nuca una vez más y salgo por la puerta, dividido entre todo lo que debería decir y todo lo que quiero decir.

Estoy a mitad del pasillo cuando oigo su voz una vez más, tan silenciosa que casi no la escucho.

—Buenas noches, Kovan.

Dejo de caminar. Toco la pared como si ella pudiera comunicar todo lo que pienso, como si la pared pudiera encontrar las palabras que yo no puedo pronunciar en voz alta y dárselas a Vesper en mi nombre. —Buenas noches —le susurro, aunque sé que no puede oírme—. Que tengas dulces sueños.

9

KOVAN

—Huele a lavanda abajo —anuncia Osip en el momento en que él y Pavel entran en mi oficina.

Pavel se detiene en seco en la puerta, entrecerrando los ojos en la oscuridad hacia el salón donde estoy despatarrado en el sillón orejero, mirando absolutamente a la nada.

—Es la forma discreta en que Osip pregunta si Vesper está aquí —explica Pavel mientras enciende una luz—. Mi pregunta es… ¿por qué esto parece una cripta de vampiros?

—Quería oscuridad y tranquilidad. Y ahora ambas están jodidas, gracias a ustedes dos.

—Definitivamente está de mal humor —declara Osip, y se sienta en el sofá sin que nadie lo invite—. Vesper debe estar aquí. Nadie más puede ponerlo de este humor.

—Si te vas a quedar aquí, siéntate y cállate —gruño—. Necesito pensar.

Pavel se sienta en el otro extremo del sofá mientras Osip ve la botella de vodka que abrí hace una hora. Se sirve una copa generosa y le ofrece otra a Pavel, que le hace un gesto de rechazo.

—¿Estamos celebrando algo? —pregunta Osip, demasiado alegre para mi estado de ánimo.

—¿Qué pasa, Kovan? —Pavel usa ese tono cauteloso que reserva para cuando cree que voy a estallar.

Me remuevo en la silla, bajo las piernas del brazo. El vodka que me serví antes por inercia sigue intacto en mi vaso. Es extraño cómo las ganas de beber desaparecieron en cuanto supe que Vesper estaba bajo el mismo techo.

—Ella está aquí —confirmo.

—¡Lo dije! —exclama Osip, girándose para mirar a Pavel—. Me debes cien.

Pavel le da un golpe en la nuca. —No sabemos por qué está aquí, idiota.

—Me importa un bledo por qué está aquí. Aposté a que la recuperaría, y aquí está. Paga.

—No la recuperé —interrumpo, tomando por fin un sorbo de vodka. El ardor me hace estremecer y lo dejo enseguida—. No estamos juntos. Está aquí porque… —hago una pausa, sopeso mis opciones y luego decido: *Al carajo*—. Porque está embarazada.

Llevo más de una hora sentado en esta silla, dándole vueltas a esas palabras. Al parecer, solo necesitaba decirlas en voz alta para que se hicieran realidad.

—¿Embarazada? —Pavel parece ahogarse—. ¿Estás seguro?

—Vi la ecografía. Tres meses de embarazo. Es un niño —no puedo creer que lo esté diciendo en voz alta—. Voy a tener un hijo.

Osip suelta un silbido bajo mientras Pavel aplaude. —Joder, Ko. Vas a ser padre. ¡Felicidades! —su sonrisa se desvanece al ver mi expresión—. No estás contento con esto.

—No sé qué pensar de esto —admito—. No se suponía que pasaría nunca.

—¿Desde cuándo se planea algo así para hombres como nosotros? —Osip se acerca, repentinamente serio—. Ah. Ya veo. Te preocupa Ihor.

El nombre por sí solo me aprieta la mandíbula. —Si se entera, irá por ellos. Por los dos. Lo vería como la venganza perfecta… un hijo por otro hijo.

—No se acercará a Luka —dice Pavel, crujiendo los nudillos—. Y desde luego que no tocará a tu bebé.

—Tienes razón. Porque lo vamos a eliminar antes de que tenga la oportunidad.

—¿Eliminarlo? —pregunta Osip con entusiasmo—. ¿Por fin lo haremos?

Pavel parece mucho menos entusiasmado. —Kovan, lo hemos dejado en paz tanto tiempo porque el bastardo es demasiado poderoso. La mitad de la Bratva aún lo considera el legítimo *pakhan*.

—¿Y qué tiene de malo esa imagen? —gruño—. No debería haber ninguna duda sobre quién está al mando. Mantenerlo con vida fue un error. Mantenerlo cerca fue peor. Es hora de solucionar ambos problemas.

—Mátalo ahora y lo convertirás en un mártir —advierte Pavel.

—¿Y qué? —Osip se encoge de hombros—. Los mártires muertos no pueden hacerle daño a nadie.

—Algunos fantasmas tienen una forma de volver para atormentarte.

—¿Desde cuándo le tienes miedo a los fantasmas…?

—¿Desde cuándo eres tan sanguinario…?

—Basta —interrumpo su discusión antes de que se intensifique—. Necesito que ambos estén concentrados. Tenemos que estar alerta si queremos vencer a este hijo de puta. Tiene experiencia, pero eso no significa que tenga todas las de ganar.

—Solo la mayoría —murmura Pavel.

Osip lo fulmina con la mirada, pero Pavel no cede. —¿Qué? Es cierto. No digo que te equivocaste al cortar lazos con los Keres, pero sí duplicó el poder de Ihor. Aunque lo despojes de su puesto, tiene el apoyo de toda la organización Keres.

—Lo sé —bebo el resto de mi vodka de un trago—. Por eso esto no será una guerra abierta. Primero trabajamos en la sombra.

Pavel se endereza, ahora interesado. —¿Qué significa?

—Desmantelamos su sistema de apoyo. Lo aislamos de sus aliados. Cuando finalmente actuemos contra él, estará débil y solo.

—Eso podría llevar meses —señala Osip.

—A veces, solo vale la pena jugar a largo plazo. No necesito que esto se haga rápido, sino bien.

Osip sonríe. —Entonces, a jugar.



Cuando terminamos de discutir la estrategia, ya pasó la hora de dormir de Luka.

Hubo una época en la que no podía programar nada entre las siete y las ocho porque estaba ocupado con su rutina nocturna. Ahora tengo suerte si siquiera me deja entrar a su habitación. Hace dos semanas, pegó un cartel dibujado a mano en su puerta que decía: ***NO ENTRAR. ES CONTIGO, TÍO KOVAN.*** Debajo, añadió un dibujo con tiza de lo que supongo que es un monstruo enseñando los dientes.

He tenido demasiado miedo de preguntar si se supone que yo soy el monstruo.

El cartel sigue ahí cuando llego a su puerta, pero noto que la luz se filtra por debajo. Empujo la puerta y encuentro a Vesper tumbada en la cama junto a Luka, leyéndole un cuento en voz baja.

Me deslizo dentro, me quedo en las sombras cerca de la puerta. Luka duerme profundamente, pero ella sigue leyendo de todos modos, sosteniendo el libro con una mano mientras la otra descansa sobre su vientre ligeramente inclinado.

La vista me deja paralizado.

En seis meses tendré un bebé. Mi bebé. La idea es tan extraña que apenas puedo asimilarla. Nunca quise tener hijos. Ver lo que le pasó a Vitalii me convenció de que la familia te hace débil, te hace vulnerable.

Pero, cuando miro a Vesper ahora, gentil y protectora incluso en su estado de falta de sueño, no puedo evitar pensar que tal vez estaba equivocado en algunas cosas.

Termina el cuento y cierra el libro, extiende la mano hacia la mesita de noche. Luka está acurrucado a su lado, lo que le impide dejarlo sin molestarlo.

Doy un paso adelante y le quito el libro de las manos. Ella se sobresalta y me mira sorprendida. —¿Cuánto tiempo llevas ahí parado?

—Lo suficiente para escuchar el final feliz.

—Disfrútalo mientras puedas —con cuidado, saca el brazo de debajo de la cabeza de Luka y lo reemplaza con una almohada—. Solo existen en los cuentos de hadas.

Me muevo al otro lado de la cama para que no tenga que estirar el cuello para mirarme. —¿Cuándo te volviste tan pesimista?

—Más o menos cuando te conocí —se sonroja al instante—. Lo siento. Eso fue injusto.

—Estás lidiando con mucho. Lo entiendo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante.

Ajusta la manta de Luka. Cada movimiento me muestra exactamente qué tipo de madre será: protectora, paciente, devota. Si tengo que tener un hijo, no se me ocurre nadie que prefiera para criarlo.

—¿Conociste a tu padre? Es decir, ¿sabías realmente qué clase de hombre era?

Lo pienso un momento. —No era un mal padre —digo lentamente—. Pero he aprendido que ser un buen padre y ser una buena persona no es lo mismo. Nos cuidó. Nos enseñó todo lo necesario para sobrevivir. Pero también era despiadado cuando le convenía. Un buen padre, tal vez. ¿Un buen hombre? —niego con la cabeza—. Eso es discutible.

Su mirada se pierde mientras hablo, como si estuviera en otro lugar. Cuando termina, vuelve al presente, aunque sus ojos permanecen vidriosos.

—Cuando Waylen le habló a Mamá de ti por primera vez, pensé que lo desaprobaría. Esperaba que intentara convencerme de terminar nuestra relación. Pero fue comprensiva. Casi como si supiera lo que significa amar a alguien que no es…

—¿Un buen hombre?

Se estremece y se lleva la mano al estómago de nuevo. —Creo que ella lo sabía. Lo de Papá, quiero decir. En qué andaba metido.

—Pero ella lo amaba de todos modos.

—¿Eso lo hace correcto?

—Quizás no. Pero el amor no siempre sigue las normas morales.

Se pone de pie lentamente, el cansancio se refleja cada línea de su cuerpo. —Gracias por responder a mi pregunta. Buenas noches, Kovan.

Se dirige a la puerta, y sé que debería dejarla. Debería dejar que se aleje y ocuparnos de lo que sea que esté pasando entre nosotros en la mañana, cuando ambos pensemos con claridad.

Pero en el momento en que pasa lo suficientemente cerca como para que pueda percibir ese aroma a lavanda que parece vivir en su piel, pierdo el control.

Extiendo la mano y la agarro del brazo.

Ella jadea, paralizada al instante, y sus ojos se encuentran con los míos. —Kovan…

Puedo ver la guerra desarrollándose en su rostro, la misma batalla que he estado librando desde el momento en que vi esa ecografía.

—No puedo —susurra—. No quiero ser como mi madre.

Habla de amar a alguien a pesar de saber quién es. Alguien que siempre antepondrá su mundo al de ella, sus responsabilidades a su felicidad.

Alguien exactamente como yo.

Así que hago lo único que puedo hacer, lo único que es justo para ambos.

Suelto su brazo.

La dejo alejarse.

Aunque me mate.

10

VESPER

Me despierto con diez dichosos segundos de ignorancia.

Mi cuerpo se siente descansado. La cama está calientita. Por esos preciosos momentos, no estoy embarazada. No estoy aterrada. No vivo en casa de mi ex-no-sé-qué porque hombres peligrosos quieren hacerme daño.

Entonces, mi teléfono suena desde la mesita de noche y rompe mi paz. Supongo que olvidé ponerlo en "No Molestar" anoche.

—Buenos días, querido hermano —murmuro.

—¿Dónde demonios te has metido? —pregunta Waylen furioso antes de que me despierte del todo—. Desapareciste ayer después de nuestra conversación.

Aparto las sábanas y balanceo las piernas por el borde de la cama. Mi estómago protesta de inmediato por el repentino movimiento con una oleada de náuseas. —No desaparecí. Te envié un mensaje.

—Preguntando cómo estaba Mamá. Eso fue todo. No me dijiste dónde estabas ni cuándo volverías a casa. Pensé que te quedabas con ella.

—Lo estaba. Más o menos.

—¿Qué pasó?

Cierro los ojos y apoyo la frente en la palma de la mano. —Kovan sabe lo del embarazo.

—Mierda. Me lo temía.

—¿Mamá está bien esta mañana? ¿Cómo está de humor?

—No estamos hablando de Mamá ahora. Hablamos de ti. ¿Dónde estás?

Se me revuelve el estómago de nuevo, esta vez más fuerte. —En casa de Kovan. Parece que viviré aquí un tiempo. Fue idea suya, obviamente. Ahora que llevo en el vientre a su heredero, de repente le importa.

El tono amargo en mi voz me sorprende incluso a mí.

—Voy para allá.

—Espera, Waylen…

La línea se corta. Lo llamo dos veces, pero no responde a ninguno de los dos intentos.

Perfecto. Lo último que necesita esta situación, ya de por sí delicada, es que mi hermano sobreprotector asalte la fortaleza de Kovan para defender mi honor. Me pongo la ropa de ayer y bajo corriendo para advertirle a Kovan que el huracán Waylen se dirige hacia nosotros.

La cocina huele increíble: pan recién hecho, huevos revueltos, algo dulce horneándose. En circunstancias normales, los aromas me harían agua la boca. Hoy, me revuelven el estómago.

—Buenos días —me saluda Kovan desde detrás de la estufa, con la espátula en la mano—. Pensé en prepararte el desayuno.

Busco mi salvación con la mirada en el mostrador y noto que falta algo. —¿Dónde está la cafetera?

—La trasladé a mi oficina. No tiene sentido torturarte innecesariamente.

Me quedo boquiabierta. —¿Cambiaste la cafetera de lugar por mí?

—Ya no puedes tomar cafeína, y ambos sabemos que eres adicta. Estaba siendo considerado.

Me deslizo en uno de los taburetes frente a él. —Un poco de café durante el embarazo no es peligroso.

Se gira para mirarme de frente y capto la determinación protectora en sus ojos. —Vesper.

—Tranquilo. No he estado tomando café —refunfuño—. Lo echo de menos. Puede que tú también lo eches de menos, cuando ande por aquí con un culo enorme del tamaño de Texas.

Su boca se curva en una sonrisa. —Siempre me ha gustado Texas.

Me sonrojo y me escondo detrás del vaso de agua que desliza por la encimera. —¿Qué estás haciendo?

—Huevos y tostadas —sirve lo que parece una tortilla perfecta—. Pensé que tendrías hambre.

Se me revuelve el estómago al pensarlo. —No puedo comer huevos. Me dan ganas de morirme.

—Entonces, ¿una tostada?

Niego con la cabeza. —Demasiado pesado. Me hace sentir hinchada y asquerosa.

Deja la espátula y me observa. —¿Qué *puedes* comer?

—No tienes que cocinar para mí.

—Estás embarazada de mi hijo. Necesitas nutrición, y soy perfectamente capaz de proporcionártela. Solo dime qué te parece bien.

—¿Esa oferta se extiende más allá de la comida?

Sonríe, una sonrisa auténtica que le transforma el rostro por completo. —Cuidado, o pensaré que estás coqueteando conmigo.

Ni hablar, pienso. En voz alta, digo, —¿Qué tal unas papas hash brown? Sin cebolla.

—Enseguida —retira la tortilla y regresa a la estufa.

—Por cierto —digo—, Waylen viene en camino.

Kovan ni siquiera se detiene en la preparación de las papas. —Haré más.

No sé si está bromeando. —Sonaba bastante enfadado por teléfono.

—No te preocupes. Puedo lidiar con tu hermano.

—¿Podrás encargarte sin derramar sangre? Esa es la verdadera pregunta.

—Es su decisión, no la mía —saca un cartón de jugo de naranja del refrigerador y me sirve un vaso—. El bebé necesita vitamina C —explica. Lo pone frente a mí y luego apoya las manos en la encimera —. Deberíamos hablar de esto. Del embarazo.

Tomo un sorbo de jugo para ganar tiempo. —No hay nada que discutir. Es mi bebé y me lo quedo.

—Ya lo suponía. Te digo que quiero involucrarme. Por ti y por nuestro hijo.

Lo miro, buscando en su rostro la mentira. —No quieres tener hijos.

—Tú tampoco.

—Ya no tengo elección. Tú sí.

Algo se endurece en sus ojos. El hombre juguetón que me tomaba el pelo con Texas desaparece, reemplazado por el asesino a sangre fría que conozco demasiado bien. —Yo no evado mis responsabilidades,

Vesper. Me aseguraré de que tú y el bebé tengan todo lo que necesiten.

—Es generoso, pero innecesario. Puedo con esto sola.

Se endereza en toda su altura y, de repente, la extensión de la encimera de granito entre nosotros parece demasiada distancia y, al mismo tiempo, no suficiente.

—¿Qué dices exactamente, Vesper? ¿No me quieres en la vida de mi hijo?

La parte racional de mi cerebro sabe que debería ceder. Aceptar su oferta y agradecerla. Pero la parte herida… la que recuerda que me dijo que no era nada, que no era de la familia… quiere devolverle el dolor. Quiere hacerle *mucho daño.*

—Tal vez eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Me preparo para la explosión. Para los gritos y las acusaciones. Para que esos ojos verdes se derritan de rabia.

En cambio, solo asiente una vez. —Que así sea. Voy a cuidar de ambos, lo quieras o no. Si decides que no me quieres cerca cuando nazca, lo hablaremos entonces. Hasta entonces, trabajaremos juntos.

Lo miro boquiabierta. —¿Sabes siquiera cómo hacer eso? ¿Trabajar juntos?

—¿Y tú? —responde él.

La injusticia de eso duele. —¿Qué se supone que significa eso?

—¿Hace cuánto tiempo que sabes que estás embarazada?

Me estremezco. —Un mes.

—Y no dijiste una palabra.

—¿En serio intentas culparme de esto? —mi ira se dispara tan rápido que me sorprende—. ¡Tú fuiste quien terminó todo! ¡Me dijiste que habíamos terminado y me prohibiste ver a Luka! ¿Por qué iba a pensar que querrías saber de mí?

—Hiciste una suposición.

—¡No lo supuse, imbécil! Me dejaste clarísimo que no me querías en tu vida. No puedes enojarte ahora porque yo decidí que no te quería en la mía.

Las papas hash brown se están quemando, pero no parece importarle. Su mandíbula vibra de tensión y aprieta la espátula con los nudillos blancos como si quisiera que fuera una espada.

Antes de que cualquiera de los dos pueda escalar más, se oyen gritos desde el frente de la casa.

—¿Qué…? —entonces, lo entiendo—. Dios mío. Waylen. Se adelantó.

—Quédate aquí —ordena Kovan, abandona la estufa y camina hacia el vestíbulo.

Y una mierda.

Lo sigo hasta la entrada, donde Waylen está discutiendo con uno de los guardias de seguridad, un hombre enorme que parece que hace press de banca con autos pequeños por diversión.

—Quítate de mi camino, Grisha. Sabes perfectamente quién soy.

—No te han dado permiso para entrar hoy, Sr. Waylen —gruñe el guardia—. No puedo…

—¡Ahí está! —Waylen ve a Kovan y su actitud cambia de frustrada a asesina—. El hombre del momento. Solo necesito unos minutos con el imbécil de tu jefe, Grisha. Ahora, muévete.

—¡Waylen, detente! —me abalanzo sobre él, pero Kovan me agarra por la cintura y me jala hacia su pecho.

—No te metas en esto —gruñe.

—¡Suéltame!

—Ya la oíste —gruñe Waylen—. Suéltala.

—¿De qué se trata todo este ruido? —Pavel aparece en lo alto de la escalera con Luka a su lado, ambos con aspecto más curioso que preocupado.

Maldita sea. Esto está a punto de convertirse en un espectáculo.

—Tranquilos todos —suplico—. Podemos hablar de esto como adultos racionales.

Por un instante, un bendito silencio se apodera del vestíbulo. De hecho, creo que podrían entrar en razón.

Entonces, Waylen retira el puño y golpea a Kovan directamente en la cara.

El crujido de los nudillos al chocar con el hueso resuena por el espacio. Oigo a alguien gritar y me doy cuenta de que soy yo.

La mirada de mi hermano se desborda mientras se prepara para otro golpe, pero esta vez Kovan está listo. Esquiva el golpe y agarra a Waylen con una llave de cabeza tan suave que parece coreografiada.

—Te lo concedo —dice Kovan con calma, como si no estuviera sujetando a mi hermano que se está revolcando—. Desde tu perspectiva, probablemente me lo merezco. Pero no tendrás otra oportunidad.

—¿Quieres apostar? —jadea Waylen, intentando liberarse.

—¡Esto es una locura! —les grito a ambos—. ¡Se están portando como niños! ¡Basta ya!

Ninguno de los dos me presta atención. Es como si estuviera hablando con los muebles.

—Lleva a Luka arriba —me indica Kovan sin soltar a Waylen—. Tu hermano y yo necesitamos hablar.

—¡No voy a dejarlos solos, neandertales!

Empieza a arrastrar a Waylen hacia el pasillo que lleva a su oficina. —Todo está bien. Solo necesitamos arreglar algunas cosas.

—¡Lo creería más si no lo estuvieras reteniendo!

—Tranquila, V —consigue decir Waylen entre jadeos—. Tenemos asuntos pendientes. Esto lleva un tiempo pendiente.

—¡Te tiene en una llave de cabeza!

Way guiña un ojo. —Lo tengo justo donde quiero.

Los dos desaparecen por la esquina, todavía encerrados el uno en el otro, dejándome mirándolos con incredulidad.

—Bueno —dice Pavel alegremente desde la escalera—, esto debería ser interesante.

Me giro para mirarlo fijamente. —Estás disfrutando esto.

—Un poco. Tu hermano tiene brío, eso sí que lo reconozco.

Luka me tira de la manga. —Vesper, ¿van a pelear el tío Kovan y Waylen?

Miro su cara preocupada y fuerzo una sonrisa. —No, cariño. Solo van a tener una conversación muy ruidosa.

—¿Como tenían Mamá e Ihor?

Se me parte el corazón. —No, cariño. Para nada. Esto es diferente.

Pavel se aclara la garganta. —¿Qué tal si hacemos chocolate caliente mientras resuelven todo?

Luka se anima al instante. —¿Podemos usar los mini malvaviscos?

—Tus deseos son órdenes para mí, joven príncipe.

Mientras Pavel conduce a Luka hacia la cocina, no puedo evitar preguntarme qué exactamente están "resolviendo" Kovan y Waylen en esa oficina.

Y si quedará una casa en pie cuando terminen.

KOVAN

—¿A eso le llamas puñetazo? —me río en la cara de Waylen.

Waylen golpea con fuerza la colchoneta de entrenamiento, rebota la cabeza contra el acolchado de espuma. Avanzo hacia él, donde yace despatarrado y con una mueca de dolor.

—Haré que el próximo cuente más —escupe.

—No era necesario montar una escena —le aconsejo.

Waylen se incorpora lentamente, con una rodilla pegada al pecho para mantener el equilibrio. La sangre le gotea del labio partido. —Quizás. Pero el puñetazo fue bien merecido.

—Fue de aficionado. Si planeas defender el honor de tu hermana, tendrás que hacerlo mucho mejor que un puñetazo débil de sorpresa.

Waylen se pone de pie, con los puños todavía apretados. Las venas de sus antebrazos se hinchan por la tensión. —Me prometiste que no le harías daño.

—Aunque no lo creas, hacerle daño nunca fue el plan —aprieto la mandíbula—. Lamento lo que pasó, pero…

—¿Qué pasó realmente? —interrumpe Waylen.

Me quedo paralizado. —¿No te lo dijo?

—No habla de ti para nada, por eso sé que la jodiste de verdad.

—Ya no importa. Lo que importa es que está embarazada…

—Para ser tan listo, a veces te comportas como un idiota —la cara de Waylen se contrae de asco—. ¿No lo entiendes? Está embarazada… por eso *mismo* es que importa. No solo le rompiste el corazón… sino que también la dejaste embarazada.

Se cree listo, preparándose para otro puñetazo sorpresa mientras habla como un loco. Lo veo venir a kilómetros de distancia y me aparto, así que su puño solo atrapa el aire.

—¡Que te jodan! —maldice, tropezando hacia adelante en el espacio vacío que acabo de dejar.

—Qué elegante —resoplo—. Debería reclutarte para la Bratva. Mis enemigos se morirían de risa antes de sacar un arma.

—Cállate la boca. No soy un gánster.

—Yo tampoco.

Waylen se ríe como si acabara de contar un chiste. Luego, se endereza y encoge los hombros. —Vesper dice que planeas retenerla aquí contra su voluntad. ¿Qué tal eso para "no ser un gánster"?

—Es por su seguridad. La suya y la del bebé. Puede ir a donde quiera… solo tendrá un equipo de seguridad.

—No puedes esperar que en realidad vuelva aquí. Después de lo que hiciste.

—Este es el lugar más seguro para ella.

—Yo diría que el lugar más seguro para Vesper está a unas mil millas de ti, más o menos.

—Quizás. Pero ese bebé lo cambia todo. Voy a estar en su vida les guste o no.

Waylen se toca la nuca donde golpeó la lona, aún con el ceño fruncido. —¿Quieres a Vesper aquí? Entonces, me tendrás a mí también. Estaré aquí todos los días, vigilando cada uno de tus movimientos.

—Adelante —me encojo de hombros—. Demonios, múdate. Facilita el viaje.

Waylen me mira fijamente. —¿Hablas en serio?

—Es una casa grande. Y Luka te echa de menos. No entiendo el gusto del niño, pero solo tiene nueve años.

—Lo único que quieres es una niñera incorporada.

—¿Tan difícil es creer que quiero lo mejor para él? Me acabo de tragar mi orgullo y te ofrecí tu trabajo de vuelta. ¿Acaso eso no te dice algo sobre mis motivaciones?

Waylen no parece convencido. —¿Se supone que me estabas devolviendo mi trabajo?

—No me iba a arrodillar, si eso era lo que esperabas.

Finalmente, abre los puños. —Vas a tener que hacerlo si quieres que diga que sí.

—¿Disculpa?

—Hablo en serio. ¿Quieres que vuelva? Vas a tener que rogar.

—Estás jodidamente loco, maldita sea.

—Volveré de todas formas, Kovan. Créeme… me quieres de tu lado si quieres que este acuerdo funcione.

—Dios mío, eres molesto.

—¿Vas a empezar a rogar pronto? —Waylen mira su reloj con aire teatral—. Tengo cosas que hacer.

Aprieto los dientes. —De acuerdo. Waylen Fairfax, eres un pesado, pero eres bueno en tu trabajo. De hecho, eres excelente. Quiero que vuelvas. Quiero que vuelvas a ser el tutor de Luka.

—No está mal —se cruza de brazos con aire de suficiencia—. Ahora hablemos de la compensación.

—Tenías un sueldo generoso.

—Luego me despediste. Así que, si quieres que vuelva, tendrás que hacer que valga la pena.

—Maldito extorsionador. Vale. Un aumento del diez por ciento.

—Si me pagas el doble, tendrás un trato.

—¿Quieres que te *duplique* el sueldo? —me río a carcajadas—. ¿Por el mismo trabajo que hacías hace un mes?

—¿Qué puedo decir? —encoge un hombro—. Las malas decisiones tienen consecuencias duras. No deberías haberte acostado con mi hermana y luego haberla tratado como basura. Considéralo un impuesto para imbéciles.

Hago una mueca, pero al final, extiendo la mano. —Hecho.

Parece sorprendido de que ceda tan fácilmente. —¿Así nada más?

—Mi mano se está cansando, Waylen.

La agarra y la aprieta con tanta fuerza que casi rompe huesos. La presión parece deliberada. —También quiero una habitación bonita. Una con vistas al jardín.

—Elige la que quieras. Me da igual.

—Y mi madre también necesita una habitación.

Cree que me está presionando, poniendo a prueba mis límites. Pero ya voy diez movimientos por delante. —Ya le ofrecí eso a Vesper. Annabelle puede mudarse cuando esté lista.

Waylen parpadea, asimilando la situación. —¿De verdad te parece bien? Nuestra madre está muy enferma. Necesitará cuidados constantes. Medicamentos. Visitas al hospital. Tratamientos caros.

—Puedo con todo eso. En cuanto a la atención las 24 horas, conozco a una excelente enfermera de oncología. Después de que mi equipo la evalúe, tendrá una habitación junto a la de tu madre.

Waylen me mira con los ojos entrecerrados un buen rato. —Son muchas concesiones para una mujer a la que supuestamente dejaste hace un mes.

—No la dejé por gusto. Terminé todo porque tenía que hacerlo.

Una línea se dibuja entre las cejas de Waylen. Parece desconcertado, pensando en algo. —La amas —dice al fin.

—Olvídalo, *mudak.*

—Joder. De verdad la amas.

—Dije que lo olvides. Acepta el trabajo y la habitación y quítate de mi vista.

En cambio, Waylen se acerca, con la mandíbula sobresaliendo agresivamente. —¿Sabes qué? Estabas empezando a gustarme.

—No necesito gustarte. No necesito nada de ti.

—Ves, ese es tu problema, Kovan. Crees que puedes con todo solo. Pero nadie es una isla, por muy poderoso que se crea.

—No me conoces.

—No, no lo hago. Y le doy gracias a Dios por ello todos los días. Pero mi hermana tuvo el terrible error de enamorarse de alguien como tú.

Peor aún, está embarazada de tu bebé. Así que necesito saber: ¿Tienes algún plan para mantenerlos a salvo? ¿A ambos?

—¿Qué demonios crees que intento hacer? —esto me saca de quicio más de lo que debería—. Eso mismo hacía cuando rompí con ella. Y luego aparece al mes y me dice… —me paso las manos por el cabello—. El bebé me pilló por sorpresa, ¿vale?

—A alguien nunca le dieron la charla, ¿eh? ¿Has oído hablar del condón?

Le lanzo una mirada asesina, solo para darme cuenta de que el bastardo en realidad está sonriendo.

—Mira, entiendo que ahora intentas dar un paso al frente —continúa Waylen, más serio—. Pero necesito que mantengas las distancias emocionales con Vesper. Últimamente lo ha pasado fatal. No necesita que te vuelvas loco según tu estado de ánimo. Ella no es tu bola de estrés personal.

—Yo sé eso.

—Bien. No te preocupes… estaré aquí para recordártelo todos los días.

—*Blyat'* —lo empujo hacia la puerta—. ¿En qué demonios me he metido?

—En una familia —me grita Waylen—. Más vale tarde que nunca, ¿no?

12

VESPER

Cuando Luka y yo entramos corriendo en la oficina de Kovan, hay cristales rotos por todo el suelo. Los restos de lo que solía ser un vaso de cristal brillan sobre la madera, y Kovan está de pie en el centro de todo, con los nudillos rotos y ensangrentados.

—¿Todo bien? —pregunto, aunque la evidencia sugiere lo contrario.

—Todo está bien —responde Kovan, pero su postura revela otra historia. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que él es el responsable del desastre. Parece que también se cortó la palma de la mano.

—No, no lo está —el comportamiento juguetón de Luka de hace unos momentos se ha desvanecido—. Ya he visto esa mirada antes. Algo anda mal.

—Luka…

—No soy un bebé —Luka levanta la barbilla desafiante—. Sé cuándo pasa algo malo.

Kovan se pasa la mano sana por el cabello. —No son malas noticias. Son solo… complicadas.

Le pongo la mano en el hombro a Luka. —Si le afecta a él, quizá deberías decirle la verdad. Tiene razón: ya no es un bebé.

La mirada de Kovan se posa en la mía, y lo veo sopesando su próximo movimiento. Por un momento, espero que ignore por completo mi sugerencia. En cambio, exhala lentamente y señala el sofá de cuero.

—Siéntate, *malysh*. Tenemos que hablar.

—Les daré un poco de privacidad —comienzo a decir, pero Kovan niega con la cabeza.

—Quédate. Esto también te afecta.

Me ruge el estómago. Nada bueno empieza con esas palabras.

Luka me toma de la mano mientras nos acomodamos en el sofá. Kovan se sienta al borde de la mesa de centro, frente a nosotros, con los antebrazos apoyados en las rodillas. De cerca, puedo ver el cansancio en sus ojos.

—Se trata de tu madre —comienza.

Luka me agarra la mano con más fuerza al instante. —Pensé que estaba en la cárcel.

—Sí. Pero Ihor pagó su fianza la semana pasada. Han solicitado al tribunal que le restablezca el derecho de visita —Kovan hace una pausa—. Y… el juez accedió a su petición.

—¿Qué? —pregunta con voz áspera—. ¡No! No quiero verla.

—Sé que no. Y luché con todas mis fuerzas, pero el tribunal cree que los niños se benefician del contacto con ambos padres, incluso cuando… —se detiene.

—¿Incluso cuando qué? —presiona Luka.

—Incluso cuando esos padres no lo merecen.

La cara de Luka se desdibuja. —De todas formas, ella no quiere verme. Siempre se enfada cuando estoy cerca. Siempre me grita o me dice que hice algo mal.

Cada instinto protector en mí me grita que diga algo, que lo consuele, que me enfurezca por la injusticia de obligar a un niño a pasar tiempo con alguien que lo hace sentir inútil.

Pero esta conversación les pertenece a Kovan y Luka. Necesito que la tengan.

—Tienes razón —dice Kovan con sencillez—. Mereces algo mejor. Pero no voy a dejar que la enfrentes sola. Las visitas son supervisadas: una vez cada dos semanas, máximo una hora. Pavel, Osip o yo estaremos allí todo el tiempo.

—¿Qué hay de Vesper? —pregunta Luka, apretando mi mano con más fuerza.

—Vesper tiene mucho que hacer en estos momentos.

—Pero estarás aquí cuando vuelva, ¿verdad? —Luka se gira hacia mí, con los ojos muy abiertos por el pánico—. ¿No volverás a desaparecer? Ni siquiera te despediste la última vez. ¿Y si te vas y no vuelves nunca?

Sería tan fácil decirle la verdad: que su tío me echó, que no fui yo quien decidió irse. Pero empezar este nuevo arreglo echando a Kovan por los suelos me parece mal, por mucho que se lo merezca.

—Siento no haberme despedido como es debido —le digo—. Fue un error mío. Pero esta vez es diferente. No me voy a ninguna parte.

—Dice la verdad —añade Kovan—. Te lo aseguro.

Luka nos mira, mordiéndose el labio inferior. —Igual no quiero ver a Mamá.

—Ven aquí, Luka.

El niño no lo duda. Se lanza a los brazos de Kovan, y Kovan lo abraza fuerte, con una mano grande acariciando su espalda en círculos lentos. La ternura del gesto me llena de añoranza, no solo

por lo que teníamos, sino por lo que desearía poder darle a *este* niño.

Necesito moverme. Darles espacio. Poner distancia entre mí y la atracción imposible que aún siento hacia Kovan.

—¿Qué tal si hacemos algo divertido hoy? —sugiere Kovan, apartándole el cabello de la frente a Luka—. Lo que tú quieras.

Luka se anima un poco. —¿Puede venir Vesper?

La mirada de Kovan se cruza con la mía brevemente antes de apartarse. —Si ella quiere.

La cuidadosa neutralidad en su tono me dice todo lo que necesito saber. Está tolerando mi presencia por el bien de Luka, nada más.

—Hoy no puedo —digo, levantándome del sofá—. Tengo que visitar a mi mamá. Pero ustedes dos deberían ir a divertirse. Te veré después.

—¿No puedes verla mañana? —la cara de Luka se ensombrece.

—Me temo que no, cariño. Está muy enferma y necesito hablar con sus médicos hoy.

—¿Enferma? —pregunta Luka en voz baja.

—Ella tiene cáncer.

Su rostro se ensombrece. —Eso es muy malo, ¿verdad?

—Es serio —admito, esforzándome por mantener la calma—. Pero tiene excelentes médicos y un buen plan de tratamiento.

—¡Pero tú eres doctora! —la fe de Luka en mí es absoluta y desgarradora—. Puedes salvarla.

Fuerzo una sonrisa. —Lo intentaré, sin duda.

—¡Tú puedes! Eres la mejor doctora del mundo.

La confianza inquebrantable en su declaración casi me desmorona. Siento que mi compostura empieza a resquebrajarse. Kovan debe de haberlo notado, porque se levanta y conduce con cuidado a Luka hacia la puerta.

—Coge tu mochila y ponte zapatos cómodos. Salimos en unos minutos.

Luka me da otro abrazo fuerte antes de subir corriendo las escaleras. En cuanto se va, las lágrimas que he estado conteniendo se derraman.

—Maldita sea —murmuro mientras me seco las mejillas.

Kovan me pasa un pañuelo de la caja de su escritorio. —¿Estás bien?

—Ay, ya sabes, es la cruel ironía de todo esto —me sueno la nariz e intento recomponerme—. Soy médico y parece que nunca puedo salvar a la gente que más me importa. Eso es todo.

—No puedes salvar a alguien que no quiere ser salvado.

—Sigo pensando en mi padre —admito en un susurro—. Creo que se estaba castigando. Por eso rechazó el trasplante. Se sentía culpable por todos esos órganos que ayudó a robar.

Kovan no responde de inmediato. —Es posible —dice finalmente.

—No hay otra explicación. Le rogué que luchara. Lloré, grité, le dije que nunca lo perdonaría si se rendía —el recuerdo aflora con dolorosa claridad—. Dijo que había gente más merecedora de un hígado que él. Que no quería tomar más de lo que ya había tomado.

—Suena como un hombre que llevaba una carga pesada.

—Al menos es algo, ¿no? —mi risa sale hueca—. Si se sentía culpable, no pudo haber sido tan malo.

Kovan se acerca a mí instintivamente, pero se detiene y su mano cae. —Vesper…

—Lo siento. No debería decirte esto. Es solo que creía conocerlo. Todo lo que creía sobre mi padre resultó ser mentira.

—Está bien estar enojada con él. Dios sabe que yo estoy enojado con el mío. Él fue quien inició el tráfico de órganos.

—¿Cómo vives con eso?

—No lo hago. Solo puedo intentar deshacer lo que hizo. Intentar hacer el bien suficiente para compensar el daño.

Observo su rostro, buscando algo que no estoy segura de querer encontrar. —¿De eso se trata esto? Acogerme, ofrecer ayuda a mi madre… ¿Es esta tu forma de devolver el favor?

Por primera vez desde que empezamos a hablar, Kovan me mira directamente a los ojos. Parece cansado. Inseguro.

—Tal vez.

La honestidad duele más que una mentira. Pero quizá sea mejor así. Más simple. Hay demasiada historia entre nosotros ahora, demasiado dolor y traición y sangre.

Nuestros padres trabajaron juntos para destruir vidas. Esa no es la base de una gran historia de amor. Es el preludio de una tragedia.

Y ya he tenido suficiente tragedia para toda una vida.

—Debería irme —digo, dirigiéndome a la puerta—. Dile a Luka que lo veré cuando vuelva.

Kovan asiente y regresa a su escritorio. —Conduce con cuidado.

Cuando llego a la puerta, me detengo. —¿Kovan?

—¿Sí?

—Gracias. Por intentar protegerlo.

Una sombra le cubre el rostro antes de exhalar y asentir. —Es un buen chico. Se merece algo mejor de lo que le ha tocado.

—Tú también.

Nos miramos fijamente durante un largo y tenso momento. —Hasta luego, Vesper.

Lo dejo allí, entre los vidrios rotos, preguntándome si algunas cosas están demasiado destrozadas como para poder volver a reconstruirse.

13

VESPER

—¿A dónde vamos? —Mamá se detiene en seco en el pasillo del hospital, agarrando sus papeles de alta.

Le lanzo una mirada a Waylen. —¿No te explicó Waylen?

—Dijo que me darían de alta hoy y que nos iríamos a casa. Supuse que se refería a *mi* casa.

—Bueno, técnicamente, volveremos a vivir todos juntos —fuerzo la alegría en mi voz, intentando ignorar cómo la bata de hospital de Mamá cuelga de su cuerpo encogido. Está desapareciendo ante mis ojos y no puedo hacer nada para detenerlo.

—Cariño, no necesito supervisión las 24 horas.

—Sigues en tratamiento intensivo. Los medicamentos por sí solos causarán estragos en tu organismo…

—Lo sé perfectamente, cariño. Puede que seas doctora, pero yo llevo más de un año viviendo con este cáncer.

Me muerdo la lengua con fuerza para no gritar lo obvio: *Y nos lo ocultaste casi todo ese tiempo.* Ahora no es el momento para esa pelea.

—El cáncer no es algo que se combata solo. Al igual que la crianza de los hijos, se necesita un equipo.

Waylen se aclara la garganta y me da un codazo en las costillas. —Hablando de hijos…

—Claro —se me encoge el estómago—. ¿Por qué no le dijiste a dónde íbamos?

—Este desastre es tuyo —sisea—. Asúmelo.

—Imbécil —le siseo de vuelta.

—¿Pueden dejar de discutir? —suspira Mamá—. El cáncer no me afecta la audición.

Respiro hondo y me sumerjo. —Mamá, me voy a vivir con Kovan. Y tú vienes a vivir conmigo.

Mamá frunce el ceño mientras nos observa el rostro. —¿Tú y Kovan están juntos de nuevo?

Le pido ayuda a Waylen, pero él simplemente se encoge de hombros. Quizás *imbécil* fue demasiado amable. *Cobarde* es mejor.

—Es complicado. La cosa es que… —estoy sudando de verdad. En zonas donde no sabía que podía sudar—. ¿Puedes ayudarme? —le doy un codazo a Waylen, igual al que él me dio.

Suelta un gruñido exagerado. —Vesper está embarazada.

—¡¿Qué?! —el jadeo de Mamá resuena en el pasillo.

Me doy vuelta para mirarlo fijamente. —¿En serio? *¿Así* es como querías manejar esto?

—Pediste ayuda —responde, impenitente—. Así te ayudo.

Me vuelvo para encontrarme con la expresión de sorpresa de Mamá. —Sé que esto es inesperado. Para mí también lo fue. Esto no estaba precisamente planeado, pero…

—¡Ay, cariño…! —a Mamá se le llenan los ojos de lágrimas, pero sonríe con una sonrisa como no había visto en meses. Quizás jamás

—. ¿De verdad?

—Sí, Mamá —me pongo la mano en el estómago—. Vas a ser abuela.

Me toma de la mano y me atrae hacia ella con más fuerza de la que había mostrado en semanas. La alegría transforma todo su rostro, borra años de enfermedad y dolor. —Esta es la mejor noticia que podría haber pedido. Voy a ser abuela. Voy a ver a mi bebita formar una familia.

Waylen hace una mueca y le doy otro codazo. Por suerte, Mamá está demasiado ocupada secándose los ojos como para darse cuenta.

—He estado muy preocupada por ti este último mes —ella continúa —. Era obvio que tenías algún problema. Pero me alegra mucho que hayas decidido arreglar las cosas con Kovan.

—Mamá, no estoy segura de que debamos asumir…

—La familia lo es todo —interrumpe—. Sé que estás comprometida con tu carrera, igual que tu padre, pero necesitas a alguien que te acompañe en casa. Incluso cuando las cosas se pusieron difíciles en el hospital, tu padre siempre me tuvo. Y ahora, tú tendrás a Kovan.

Me agarra la mano con fuerza, y siento la esperanza que irradia. Así que tomo la salida débil y me quedo callada, dejándola creer lo que la haga feliz.

—¿Estás lista para ver la casa de Kovan? —pregunto—. Hay una habitación preciosa esperándote.

Ella sonríe radiante. —Estoy lista. Sácame de aquí.

Waylen se me acerca mientras retomamos el camino hacia el mostrador de alta. —Todo salió bien —su sarcasmo es intenso a pesar de su falsa sonrisa—. ¿Por qué no empiezas a planificar la boda? Eso sí que venderá la imagen de familia feliz que estás pintando.

—No estoy pintando nada —espeto—. Ella misma sacó esas conclusiones.

—Y tú no la corregiste.

—¡Tiene cáncer!

—Cobarde.

Le doy un golpe en el brazo. —Hasta que no estés en mi lugar, no puedes juzgar.

Resopla. —Yo nunca estaría en tu lugar porque jamás me acostaría con Kovan. No es mi tipo.

—Es el tipo *de todos* —murmuro.

Waylen me señala la cara. —¿Qué fue eso?

Rápidamente cambio mi expresión. —¿Qué fue qué?

—Esa mirada. Como si quisieras devorarlo. ¿Aún lo deseas?

—¡No!

—Vesper.

Me doy por vencida. —No *quiero* desearlo, ¿vale? Mi vida sería infinitamente más fácil si no lo deseara. Pero aquí estamos.

Waylen niega con la cabeza. —¿Y cuál es tu plan? ¿Mudarte con el gánster, tener su bebé y criar a sus hijos mientras él se acuesta con otras mujeres?

Siento una punzada de frío en las venas. Ni siquiera había considerado esa posibilidad. No he pensado más allá de la crisis inmediata.

—Aún no he… resuelto todos los detalles.

—Claramente.

—¿Qué quieres que haga, Waylen? Necesito distanciarme de Kovan, pero él es el padre de este bebé. No puedo cambiarlo. Y nuestra situación de convivencia no es permanente. Solo hasta que se resuelva el asunto de Keres…

—¿El asunto de qué?

Me arde la cara. —No importa. Olvida lo que dije.

—¿Qué demonios es Keres? Me suena ese nombre —frunce el ceño —. Creo haberlo oído antes, cuando… Mierda, no recuerdo dónde. ¿Era algún proyecto en el que trabajaba Papá?

¿Debería decírselo? Waylen nunca fue tan cercano a Papá como yo. Quizás la verdad no lo destroce como a mí. Quizás pueda soportarlo.

Pero no… decírselo destrozaría su realidad. Ahora mismo, todavía cree que nuestro padre era un buen hombre. Ese es un regalo que puedo darle: un poco más de tiempo en la luz antes de que la oscuridad se apodere de él.

—Solo necesitas saber que son personas peligrosas —digo con cautela—. Kovan está trabajando para eliminar la amenaza. Una vez que se solucione, estaré a salvo, el bebé estará a salvo y podré construir una vida separada de Kovan Krayev.

Waylen parece escéptico, pero no insiste. —Espero que sepas lo que haces, Ves.

Entrelazo mi brazo con el suyo mientras nos acercamos a la mesa de alta. —¿Y si no lo hago?

Me da un golpecito en el hombro. —Entonces, estaré aquí para ayudarte a resolverlo.

—Contaba con eso.



NO BASTA con que el hombre tenga músculos que podrían aparecer en portadas de revistas y hombros lo suficientemente anchos para cargar el mundo.

Él tiene que *cocinar* también.

Al menos esta vez lleva camisa. Pero el risotto que está revolviendo huele tan bien que bien podría ser un afrodisíaco.

—Risotto de mantequilla quemada —explica cuando me pilla mirando dentro de la olla.

—El favorito de Mamá.

—Lo sé. Por eso lo hago.

Me quedo boquiabierta. —¿Recuerdas que a mi madre le encanta el risotto de mantequilla quemada?

—Lo mencionó el día que organizaste la fiesta de cumpleaños improvisada de Luka.

—Eso fue hace como seis semanas.

—Presto atención a los detalles.

Añade caldo al risotto y lo remueve con facilidad mientras intento no mirar cómo flexiona los antebrazos. Me digo a mí misma que mi reacción se debe exclusivamente a la comida.

—Su habitación es preciosa —digo, ansiosa por cualquier distracción —. Y las peonías… son sus favoritas.

—Quería que se sintiera bienvenida.

—¿Qué había en la nota que dejaste en su mesita de noche?

Me sonríe. —¿No lo compartió?

Intento no parecer molesta. —No.

—Entonces, yo tampoco lo haré.

—¿Qué? ¡Vamos, Kovan!

Su sonrisa se ensancha. —Si Annabelle quiere mantener nuestra correspondencia en privado, lo respeto —me extiende la cuchara de madera—. Prueba esto. Cuidado… está caliente.

Primero, cocina para mi madre. ¿Y ahora me alimenta a mí? Me van a explotar los ovarios.

Giro la cara. —Soy fatal saboreando. Pregúntale a Waylen.

Pone los ojos en blanco y lo prueba. —Le falta sal —sazona el risotto con la seguridad de un chef profesional—. ¿Dónde está Luka?

—En la habitación de Mamá. Están jugando al Scrabble.

—Necesita descansar. ¿Le dijiste que le pidiera que se fuera cuando se cansara?

—Lo intenté. Me echó en cuanto lo sugerí. Creo que disfruta de ser abuela —en cuanto las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de lo que he dicho—. No es que sea su abuela ni nada. No quise insinuar…

—Tranquila, Vesper. Entiendo lo que querías decir.

—Bien, porque no quería que pensaras que estaba dando por sentado nada —*deja de hablar. Deja de hablar—.* Es que, para empezar, ni siquiera quería que supieras lo del bebé.

Deja caer la cuchara con un ruido metálico.

Sí, debí haber dejado de hablar.

—Sí —dice con frialdad—. Lo has dejado clarísimo.

Cualquier otro día, estaría satisfecha por ponerlo nervioso. Pero hoy se ha desvivido por recibir a mi madre en su casa. Le ha dado la habitación de invitados más bonita, ha contratado a una enfermera privada para que la cuide y me ha dado una tarjeta de crédito para cualquier gasto médico que pueda necesitar.

Para alguien que supuestamente no quería tener nada que ver conmigo, ciertamente está trabajando duro para incorporarme a su vida.

No es de extrañar que las mariposas en mi estómago hayan resucitado por completo.

No es de extrañar que cada vez que lo miro sienta la misma necesidad desesperada que me dejó embarazada en primer lugar.

Waylen tiene razón en preocuparse por mí. Soy patéticamente débil.

Pero, gracias a la advertencia de mi hermano, sigo imaginando a una rubia guapísima que Kovan inevitablemente traerá a casa para que conozca a nuestro hijo. Será todo lo que yo no soy: sencilla, sin la carga de un conflicto moral, alguien que pueda amarlo sin reservas.

Pero yo estoy casada con mi carrera, ¿no? No debería importarme. *No* me importa.

—¿Todo bien? —pregunta Kovan—. Pareces preocupada.

—Estoy bien.

Apaga el quemador y se acerca. Demasiado. —Sé que estás preocupada por tu madre, pero haré todo lo posible por ayudarla.

Por un momento, considero contarle lo que realmente me preocupa. No el cáncer de mi madre, sino mi propia y patética falta de voluntad. Mi propia determinación desmoronándose. Todos estos sentimientos por él que no puedo ocultar por mucho que lo intente.

—Me aseguraré de que reciba la mejor atención posible. No morirá bajo mi cuidado —hay algo personal en su tono, como si la supervivencia de mi madre le importara más que una simple obligación.

—¿Por qué haces todo esto? —pregunto en voz baja.

—Porque estás esperando a mi hijo, y Annabelle es la única abuela que nuestro bebé tendrá jamás.

—*Si* mi madre sobrevive al tratamiento.

—Lo hará. Es fuerte… igual que tú.

—Solía pensar que yo me parecía a mi padre. Ahora, me pregunto si soy más hija de mi madre —me tapo la cara con las manos—. Lo irónico es que no quiero ser como ninguno de los dos.

—No lo eres —cuando levanto la vista, lo veo peligrosamente cerca. Siento una opresión en el pecho—. Eres tú misma. No te menosprecies comparándote con nadie más.

Debería alejarme.

Ahora mismo.

En cambio, me encuentro mirando fijamente esos imposibles ojos verdes, acercándome, tratando de captar otro indicio del aroma que hace que respirar sea más fácil y más difícil al mismo tiempo.

—A veces no puedo saber si me amas o me odias.

En el momento en que Kovan se desmorona, sé que cometí el error de expresar mis pensamientos en voz alta. Parece torturado por un instante, con el ceño fruncido por lo que podría ser dolor.

Entonces, se aclara. Se vuelve serio, con una serenidad perfecta. —Lo que siento por ti no importa, Vesper. No soy el indicado para ti. Estás mejor sin mí. Y más segura.

Quiero discutir, pero estoy demasiado ocupada imaginando a esa futura rubia con su vida perfecta y su sonrisa fácil, sus manos cuidadas envueltas posesivamente alrededor del brazo de Kovan.

La posibilidad me hace querer arrancarme el corazón y reemplazarlo con algo más fuerte. Algo que no se pueda romper.

Así que solo digo—: Sí. Quizás tengas razón.

14

KOVAN

El hombre chilla al vernos esperándolo en su apartamento. *Chilla* como un maldito cerdo. Un chillido agudo e indigno, peor que el de una adolescente en una película de terror.

Cuando él se da cuenta de lo patético que suena, se aclara la garganta y baja el tono dos octavas. —*Pakhan*… No te esperaba.

—Ese es el punto —responde Osip desde su posición junto a la ventana. Está haciendo burbujas con su chicle. *Chasquido. Chasquido. POP.* Una y otra vez.

Cada vez que explota, Vasily se estremece.

Observo el apartamento del hombre con asco. Es un antro de proporciones épicas: revistas apiladas hasta la cintura, platos mohosos esparcidos por todas partes, botellas de cerveza vacías formando su propio ecosistema en un rincón. El hedor a comida rancia y ropa sucia me hace llorar los ojos.

Pero son los periódicos los que me llaman la atención. Docenas de ellos, abiertos por la misma sección y apilados junto a una caja de madera que se hace pasar por una mesa de centro. Los números de las carreras de caballos.

—Qué pasatiempo tan interesante —comento, acomodándome en su viejo sillón reclinable. La tela se me pega con un sorbo húmedo. Me

apunto quemar esta ropa después.

Vasily se golpea el muslo con los dedos. —No es nada. Solo es algo para pasar el rato.

—Lo dijo todo apostador degenerado de la historia.

Sus hombros se ponen rígidos. —Que yo sepa, apostar no estaba prohibido en la Bratva.

—Tienes razón. No lo está —cruzo las piernas y veo cómo el sudor le cubre la frente—. Siempre y cuando no comprometa tus obligaciones. Ni tu lealtad a esta organización.

Toda la sangre abandona su rostro.

—Y, a juzgar por el estado de este lugar —continúo—, diría que ambos están en peligro desde hace bastante tiempo.

Vasily se deja caer en una silla plegable que cruje bajo su peso. —Puedo volver al camino, jefe. Te lo juro…

—No me jures nada, Vasily. Es la forma más rápida de perder la lengua.

Parpadea rápido, intentando limpiarse el sudor de los ojos sin secarlo. El efecto da la impresión de que está sufriendo una convulsión.

—Perder la lengua no es lo peor que podría pasar —añade Osip amablemente—. Perder la cabeza es mucho más permanente.

Eso destroza la poca serenidad que le quedaba a Vasily. —Por favor, *pakhan*, lo siento. ¡Me detendré! Lo haré; es solo que…

—Tienes un problema —saco mi arma y la dejo sobre mi regazo con deliberada naturalidad—. Y puedo ayudarte a resolverlo o puedo librarte de todos tus problemas para siempre. Tú decides.

Osip mira su reloj con aire despectivo. —Solo dispárale, Kovan. Este lugar huele a morgue de todas formas.

—¡No! —Vasily avanza de rodillas, con las manos entrelazadas—. ¡Por favor, no me mates!

—Dame una razón para no hacerlo.

—¡Me están chantajeando! —suelta todo en un ataque de pánico—. No tuve elección. Me obligó a hacerlo.

Ajá. Ahora sí que vamos por buen camino.

—¿Quién te obligó a hacer qué?

Vasily traga con dificultad, con la garganta agitada. —Pensé que no habría problema, pues es tu *vor* de mayor confianza.

—Ihor Makhova no es de mi mayor confianza —digo, mordiendo cada palabra—. Calculaste mal. Y muy mal.

—S-se enteró de lo de las apuestas. Estaba haciendo a-apuestas con otra familia, unos españoles, la banda de Nico Pérez, ¿sabes? ¡Cosas pequeñas, pensé! ¡Nada que pueda hacer daño a nadie! —su respiración es superficial, presa del pánico—. Pero Ihor dijo que me delataría como traidor si no c-cooperaba.

—Déjame adivinar… ¿pagó tu deuda?

Vasily asiente con tristeza.

—¿Cuánto te cobra de intereses?

—Cincuenta por ciento.

Osip suelta una carcajada. —Dios mío, Vasily. Sabía que eras estúpido, pero esto es una idiotez descomunal.

—Era eso o morir —susurra Vasily—. Ihor no hace amenazas vanas.

No, no las hace. Y es precisamente por eso que hay que eliminarlo.

Me levanto y me sacudo la chaqueta. —Esto es lo que va a pasar. Voy a saldar tu deuda con Ihor. Cero intereses. Sin amenazas de ejecuciones a medianoche.

Osip me mira fijamente. —¿Hablas en serio? ¿Se saldrá con la suya?

—No del todo —agarro a Vasily por el cuello y lo levanto—. Lo que quiero a cambio es tu lealtad total y absoluta. ¿Crees que podrás con eso?

—Sí, señor. Por supuesto.

—Bien. Porque, si me traicionas otra vez, no solo te mataré… sino que lo convertiré en una maldita forma de arte. Días, semanas de tortura creativa antes de que finalmente te saque de tu miseria. Suplicarás la muerte mucho antes de que te la conceda. ¿Entendido?

Él asiente tan fuerte que me sorprende que su cuello no se rompa.

—Excelente. Mencionaste que Ihor tiene información sucia sobre otras personas. Quiero saberlo. Nombres, detalles, todo lo que sepas sobre su operación de chantaje. Escríbelo todo.

—Lo que necesites, *pakhan*.

—Eso es lo que me gusta oír —lo suelto y él se tambalea hacia atrás en su sofá.

Vasily parece que va a besarme los pies. Como ya tengo suficiente de su suciedad encima, me dirijo a la puerta antes de que pueda intentarlo.



Cuando llego a la calle, Osip ya está caminando bajo una farola, murmurando maldiciones en ruso.

—Tienes que trabajar en tus habilidades sociales —le informo.

Se da la vuelta para mirarme. —¡Acabas de dejar que ese cabrón se salga con la suya!

—¿No has oído el dicho de que se cazan más moscas con miel que con vinagre?

—Sí, de mi abuela de noventa años, pero ella tenía demencia. ¿Cuál es tu excusa?

Me apoyo en el edificio, divertido a pesar de todo. —La lealtad no se compra, Osip. Hay que ganársela.

—Debiste haberle metido una bala en el cerebro.

—¿Y qué conseguía con eso? Él estaría muerto, no tendríamos información e Ihor sabría que lo estamos siguiendo —niego con la cabeza—. Así, obtenemos una visión completa de su operación. Ganamos influencia. Luego, les ofrecemos a todos un mejor trato y vemos cómo se desmorona su apoyo.

—¿Qué garantía tienes de que Vasily no esté llamando a Ihor ahora mismo?

—Soy bueno juzgando el carácter —digo. Osip resopla, pero continúo—. Además, puse micrófonos ocultos en su apartamento mientras hablábamos. Cada llamada, cada conversación… lo oiremos todo.

Eso detiene su paso. —Maldita sea, hombre, ¿por qué no empezaste con eso?

Le doy una palmada en el hombro. —Vamos, grandullón. Te invito a una copa. De las caras.

—Ahora sí que estás hablando —cuando subimos al Range Rover, el ánimo de Osip vuelve a la normalidad—. Una vez que hayas destruido la red de Ihor y hayas convertido a su gente… ¿qué harás entonces?

—¿Qué crees tú?

Silba por lo bajo. —De verdad que lo vas a lograr.

—No puedo permitirme no hacerlo. Vesper está embarazada, Luka necesita estabilidad, e Ihor ha dejado claro que nunca dejará de ser una amenaza —arranco el motor con la mandíbula apretada—.

Sacarlo de la Bratva ya no es suficiente. Necesito que se vaya. Para siempre.

—Parece que estamos planeando un funeral —comenta Osip mientras se recuesta en su asiento.

Asiento. —Prepara tu traje negro.

15

KOVAN

Osip mira por la ventana, entrecerrando los ojos ante las brillantes luces que iluminan la entrada de San Rafael. —Este es el hospital.

—Excelente observación —me bajo del asiento del copiloto y camino hasta su lado—. No se te escapa nada.

—Pensé que íbamos a tomar algo.

—Sí —le lanzo un poco de dinero—. Invita la casa. Encuentra una mujer guapa para compartirlo contigo. Ah, y… —le entrego también las llaves—. Lleva mi auto a casa.

Agarra las llaves y salta sobre la consola central con la gracia de un elefante borracho. Una vez sentado al volante, baja la ventanilla y me sonríe. —¿Algunas palabras de despedida?

Pongo los ojos en blanco. —Ninguna que valga la pena compartir con un cretino como tú. Y, por Dios, quítate esa cara de ridículo.

Su sonrisa burlona solo se ensancha. —¿Un encuentro casual en el hospital? Eres un loco, Kovan Krayev.

—No estoy aquí para ver a Vesper. Estoy aquí para lidiar con otra serpiente.

—Claaaro —frunce el ceño, pensativo—. ¿Por eso elegiste una hora en la que Vesper estaría de guardia?

—Solo una coincidencia.

—Ay, por volver a ser joven. ¿Qué se siente follar en una sala de guardia? He follado en un avión, en un parque y en el museo de ciencias, pero nunca en un hospital —mira el edificio con añoranza, como si fuera la que se le escapó.

—Vete a casa, Osip —me giro hacia la entrada—. Y no te metas en mis asuntos.

—¡Todo hombre debería tener metas, eso es todo lo que digo! —grita tras de mí—. ¡Ambiciones! ¡Aspiraciones! ¡Estás viviendo mis sueños, Kovan!

Niego con la cabeza, riendo entre dientes, y cruzo las puertas automáticas. La solución limpiadora me pica la nariz de inmediato. Recorro el laberinto de pasillos hacia la oficina de Jeremy.

Tengo su agenda completa subida a mi teléfono. Acaba de salir de cirugía hace veinte minutos, y debería estar revisando los informes postoperatorios ahora mismo. No tiene ni idea de que voy a llegar, que es justo lo que prefiero.

Con cada esquina que doblo, una parte de mí anhela ver a Vesper. No me gusta la idea de que esté de pie durante turnos de doce horas embarazada, haciendo rondas interminables, encorvada sobre las mesas de operaciones.

Pero tampoco quiero que me acusen de posesivo. Ella ya cree que domino esa habilidad.

No está equivocada.

Sin embargo, para cuando llego a la oficina de Jeremy, no la he visto. La frustración me invade al acercarme al escritorio de su secretaria.

Vacío. Perfecto.

No me molesto en tocar la puerta.

Jeremy está inclinado sobre una pila de informes médicos, pero se incorpora de golpe en cuanto entro. Su bolígrafo cae al suelo.

Se pone pálido, sus labios se aprietan mientras se pone de pie. —¡S-sr. Krayev! No lo esperaba.

—Ese es el punto, *mudak* —rodeo su escritorio, lenta y deliberadamente. Él se apoya contra la pared, pero no tiene a dónde ir. Lo agarro de la camisa y lo empujo con fuerza contra su propio escritorio.

—¿Qu-qu-qu…?

—¿Cómo estuvo tu cirugía? —le pregunto.

Todavía lleva el uniforme azul oscuro. La sangre mancha la tela cerca del cuello. —Yo-yo-yo…

—Dios mío, hombre. Deja de hacer el ridículo y dilo de una vez.

Parece que está a punto de mearse encima. Como no quiero quedar atrapado en el fuego cruzado, lo suelto. Pero, cuando intenta alejarse del escritorio, le bloqueo el paso.

—Quédate donde estás.

Se queda paralizado, con las mejillas rojas. —¿Q-qué he hecho?

—Nada útil. Así que ahora vas a responder a mis preguntas —pongo las manos a ambos lados de él, atrapándolo contra el escritorio—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Ihor Makhova?

—No lo recuerdo.

Suspirando, le agarro la mano derecha y le retuerzo los dedos hacia atrás hasta que empieza a gemir. —Si aplico más presión aquí —le explico—, te romperé la mano. Será difícil hacer cirugías entonces, ¿no crees?

—P-por favor… ¡mi mano no! ¿Qué quieres saber?

—Ihor. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—¡Hace dos días!

—¿Sobre qué?

—Me envió una nueva… *¡ah!*… una nueva lista.

Aumento la presión sobre sus huesitos frágiles. —Quiero detalles, Jeremy. Por cada respuesta insatisfactoria que me des, tendré que destrozar un dedo.

Traga saliva con dificultad. —Todos los meses me da una lista de los órganos que necesita. Mi trabajo es seleccionar cuidadosamente a los p-pacientes para la… e-extracción.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa. Este bastardo merece la muerte tanto como Ihor. Quizá más. Al menos Ihor no finge salvar vidas mientras las destruye. Pero, por mucho que quiera reducirlo a un montón de huesos rotos y carne sangrante, todavía lo necesito. Por ahora.

—Muéstrame la lista.

Cuando lo suelto, se deja caer de rodillas. Busca a tientas el último cajón de su escritorio, con manos temblorosas. Al cabo de un momento, saca una sola hoja de papel.

Se lo arrebato. Tres cosas marcan la parte superior de la página, escritas con la pulcra letra de Ihor: ***Bazo. Riñón. Corazón.***

Observo la lista, leo esas tres simples palabras mientras el odio me recorre el pecho. Una persona puede sobrevivir sin el bazo. Una persona puede vivir con un solo riñón sano.

Pero…

—¿Un corazón? —miro a Jeremy—. ¿Necesita un puto *corazón*?

Jeremy se aleja lo más que puede, intenta distanciarnos sin que se note. —S-sí…

—No fui a la facultad de medicina, así que edúqueme, doctor —doblo el papel por la mitad, y luego por la mitad otra vez—. ¿Es posible que una persona sobreviva sin corazón?

—H-hay medidas temporales que se pueden tomar… los corazones artificiales pueden ayudar a una persona… Eh, mejor dicho, *ayudarán* a una persona…

—¿Tengo que quitarte un dedo, Jeremy?

Se le forman ojeras. —Por largos periodos, o fuera del hospital, no. No es posible sobrevivir sin un corazón que funcione.

—Así que no solo robas los órganos de tus pacientes. Los asesinas activamente.

Jeremy mira fijamente a un punto detrás de mí, negándose a sostener mi mirada. —El pronóstico para el paciente que elegí no es bueno. Tiene ELA. Va a morir de todos modos. Fue un noble…

Doy un paso hacia adelante y él se encoge, sellando sus labios.

—Entonces, ¿está muerto ahora?

Él asiente en silencio.

—¿Cuántos años?

—¿Q-qué?

—¿Qué edad tiene ese hombre que acabas de matar, maldito imbécil?

—C-cuarenta y uno.

—¿Casado?

Me mira brevemente. —S-sí.

—¿Hijos?

—¿Por qué me haces estas preguntas? —la desesperación se apodera de su voz, sus ojos se salen de sus órbitas y el sudor corre sin control por sus sienes.

—Respóndeme.

—¡C-creo que sí! ¡No lo sé! ¡Sí, probablemente!

—¿Los has conocido?

—No.

—Claro que no. ¿Cuándo lo asesinaste?

Jeremy parece a punto de llorar. —Su cirugía fue…

—¡Habla más alto! —ladro—. No te oigo.

Se aclara la garganta y lo intenta de nuevo, aunque su voz es un mar de agua y temblores. —Su cirugía estaba programada para las 9:00 p.m. anoche. Dije la h-hora de la m-muerte a las 10:21.

—Maldito seas —se me llenan los pulmones de veneno—. Maldito seas —lo agarro por el cuello—. ¿Qué le dijiste a su esposa? ¿Que hiciste todo lo posible? ¿Que intentaste salvar a su marido mientras lo asesinabas?

Jeremy se agarra al borde de su escritorio, con los nudillos blancos. —¿De dónde sacas que puedes juzgarme? —estalla de repente, escupiendo—. ¡T-tú no eres un maldito santo!

—No lo soy —concuerdo, apretándolo más—. Ni pretendo serlo. Pero tampoco soy un monstruo. No mato gente por diversión. No trueco las vidas de quienes he jurado proteger. Tú, Jeremy Fleming, eres un monstruo. Y, por tu bien, espero que exista el infierno.

Para mi sorpresa, su rostro se distorsiona en una mueca demente. —Sí lo hay. El infierno existe aquí mismo en la tierra. El cielo es lo que inventamos para sentirnos mejor.

—Qué poético —le suelto la garganta y retrocedo—. Pero por si acaso te equivocas… por si acaso existe el cielo… ¿no quieres intentar un poco de redención?

Frotándose la garganta donde lo agarré, tose. —¿R-redención?

—Quiero saber cada movimiento de Ihor de ahora en adelante. ¿Esas listas que te da? Espero que me las entregues en cuanto las recibas.

Jeremy mira hacia su puerta, como si la caballería fuera a venir a salvarlo. —¿Y si me niego?

—Entonces, mueres.

Traga saliva y asiente. —Te… te mantendré informado.

—Bien. Y en cuanto a la cirugía… te tomarás un descanso. Empezando ahora mismo. Se acabó el robo de órganos.

El pánico lo consume. —Yo… ¡N-no…! No puedo… ¡M-me matará…!

—Entonces, que te mate —me encojo de hombros—. Créeme, quieres que él te mate. Porque si no lo hace él, lo haré *yo*. Y si eso pasa, morirás como todos tus pacientes. Te desmembraré, pieza por pieza. La única diferencia es que no habrá anestesia. No habrá alivio. Puede que tengas el título de médico, pero yo también sé del cuerpo humano, Jeremy. Sé cómo mantener vivo a un hombre en situaciones inimaginables.

Agarro la lista y la abollo antes de lanzársela a la cara. Se estremece al rebotar en su frente.

—Tenías razón en una cosa, Jeremy: el infierno sí existe en este mundo —me giro hacia la puerta—. Bienvenido.

16

VESPER

—Ryan, cariño, necesito que te pongas esta inyección. Te va a hacer sentir mejor.

Ryan, de doce años, se cruza de brazos y niega con la cabeza con tanta fuerza que su cabello rubio le cae sobre los ojos. —No quiero que me apuñalen con esa cosa.

—Esto no es opcional, cariño. La medicina tiene que entrar en tu organismo esta noche.

Le tiembla el labio inferior, pero levanta la barbilla con la determinación tenaz e inquebrantable que me recuerda por qué elegí la pediatría. Los niños luchan con más fuerza que los adultos. No se rinden tan fácilmente.

Lo admiro.

—Quiero a mi mamá —el miedo quiebra su fachada de tipo duro.

—Está trabajando doble turno, ¿recuerdas? Hablamos de esto ayer. Estará aquí en cuanto salga, pero esta inyección no puede esperar.

Ryan me mira con esos ojos azules tormentosos. —Eso fue antes de ver lo grande que es la aguja.

—Dos segundos de incomodidad, te lo prometo. Y luego se acabó.

Le doy una palmadita en el hombro, pensando que un poco de consuelo físico podría ayudar, pero Ryan se quita la manta y rueda de la cama. El niño cae al suelo con un golpe seco y, de alguna manera, logra levantarse como si hubiera estado entrenando para este momento toda la vida.

—Ryan, por favor no me hagas perseguirte por esta sala.

—¡No quiero la inyección! —sale corriendo hacia la puerta.

Me doy cuenta demasiado tarde de que estoy bloqueando su ruta de escape. Antes de que pueda reaccionar, Ryan se abalanza sobre mí como un defensor, me derriba y sale disparado hacia el pasillo.

—No, no, no —me levanto de un salto, todavía con la jeringa en la mano—. ¡Ryan!

Las enfermeras de la estación levantan la vista mientras Ryan corre por el pasillo con su bata de hospital abierta por la espalda, sus pies descalzos golpeando el linóleo. Algunas corren a ayudar, pero otras lo miran como si fuera portador de algo contagioso.

—¡Atrápenlo! —grito, corriendo tras mi paciente fugitivo.

Este es mi trabajo, me digo con cansancio mientras sigo adelante. *Me encanta mi trabajo. Me encanta mi trabajo. De verdad, me encanta mi trabajo.*

Ryan llega al callejón sin salida y gira, atrapado. Su pecho se agita mientras se aprieta contra la pared.

—¿Podemos hablar de esto? —levanto las manos vacías después de pasarle la jeringa a una enfermera—. Mira, no hay aguja. Se ha ido.

Ryan me observa con la sospecha de alguien a quien le han mentido muchas veces. —Me vas a apuñalar en cuanto me acerque.

—Te prometo que no. Regresemos a tu habitación y resolvamos esto juntos.

Por un instante, creo que va a tomar mi mano extendida. Sus hombros se relajan un poco y da un pequeño paso tentativo hacia adelante.

Entonces, el pánico vuelve a inundar su rostro. —¡No! ¡Aléjate de mí!

Esta vez, cuando embiste, va en serio. Sus cuarenta y tres kilos de preadolescente decidido se estrellan contra mí con la fuerza de un tren de carga. Caigo al suelo con fuerza, y mi hombro recibe la peor parte del impacto. Ryan tropieza con sus propios pies y cae encima de mí, en una maraña de extremidades y bata de hospital.

Luego, inexplicablemente, todo su peso desaparece.

—Creo que es suficiente.

Levanto la vista y veo a Kovan sujetando a Ryan por la espalda de su bata, con los pies del chico colgando a quince centímetros del suelo. Ryan gime. Su bravuconería ha desaparecido por completo.

—¡Kovan! —me levanto con dificultad, con el hombro palpitante—. ¡Baja a ese niño ahora mismo!

—Te tiró al suelo —la mandíbula de Kovan es de granito—. Estás embarazada. Eso no está bien.

—Y si no liberas a mi paciente inmediatamente, estaré embarazada y en la cárcel.

Agarro la muñeca de Kovan, intentando soltarle los dedos, pero bien podría ser de acero. Ryan cuelga como un muñeco de trapo, con lágrimas corriendo por sus mejillas sonrojadas.

—¿Vas a empujar a alguien más? —Kovan le pregunta a Ryan con un gruñido de barítono.

Ryan niega con la cabeza frenéticamente. —¡N-no, señor!

—Bien. Discúlpate con la Dra. Fairfax. Ahora.

—¡Basta! —le doy un golpe a Kovan en el antebrazo—. Suéltalo o llamaré a seguridad. Por favor —añado—. Por mí.

Él deja a Ryan en el suelo sin decir otra palabra.

—Vuelve a tu habitación y espérame ahí —le ordeno a Ryan, que no necesita que se lo diga dos veces. Corre de vuelta por el pasillo, con su bata desatada ondeando tras él.

Todo el personal de enfermería nos está mirando. Perfecto. Mañana, el chisme estará a toda máquina.

Con una mueca, miro a Kovan. —Ahí dentro. Ahora mismo —señalo la sala de guardia más cercana.

Kovan abre la puerta con exagerada cortesía. —Después de usted, doctora.

En cuanto la puerta se cierra, me giro para mirarlo. —¿Estás loco…?

—¿Estás bien? —me interrumpe.

La genuina preocupación en su tono me pilla desprevenida. —Estoy bien. Siempre iba a estar bien. Pero no tenías derecho a maltratar a ese niño.

—Podría haberte hecho mucho daño. Alguien tenía que detenerlo.

—Es un niño enfermo que está asustado y solo porque su papá no está y su madre tiene que mantener dos empleos para pagar su atención médica —le respondo—. En lugar de mostrar compasión, decidiste aterrorizarlo aún más.

Su rostro es implacable. —No me disculpo por protegerlos a ti y a mi hijo.

La posesividad con la que dice "mi hijo" me llena de furia. No de la buena… sino de la furia que me dan ganas de tirar algo.

—Este es mi lugar de trabajo, Kovan. Mi territorio. No quiero que estés aquí arruinándolo todo.

Su ceño se acentúa. —Tenía asuntos que atender aquí.

Se me pone la piel de gallina al instante. —¿Qué asuntos?

—No importa.

—En realidad, sí. Viniste a ver a Jeremy, ¿verdad? ¿Para qué?

Rompe el contacto visual y mira fijamente a un punto por encima de mi hombro. —Cuanto menos sepas, mejor.

—Para alguien que afirma querer acabar con el comercio de órganos, eres notablemente reservado sobre tus métodos.

—Es complicado.

—Eso significa que no tienes una buena explicación. O que no crees que yo sea lo suficientemente inteligente como para entenderlo.

Kovan aprieta los labios como si se estuviera conteniendo físicamente para hablar. —¿Podrías sentarte, por favor? ¿Cuánto tiempo llevas de pie hoy?

—No hagas eso.

—¿Hacer qué?

—Actuar como si te importara mi bienestar. O atreverte a decirme cómo vivir mi vida y hacer mi trabajo. Este es mi hospital, Kovan. Mi dominio. No quiero que interfieras.

—Estaba tratando de protegerte —gruñe.

—No necesito tu protección. Necesito que confíes en que puedo cuidarme sola.

Hace un sonido entre risa y bufido, y cien por cien burlón. Al ver mi expresión de disgusto, intenta disimularlo con una tos.

Frunzo el ceño. —O somos iguales en esta relación, o no somos nada.

—No somos "nada", Vesper.

—¿En serio? Porque, hace poco, esas fueron tus palabras exactas.

No quise decir eso. No quiero que sepa cuánto me duelen esas palabras, cómo se repiten en mi cabeza a diario. Pero el dolor se escapa cuando menos lo esperas.

El rostro de Kovan cambia, y parte de su dureza desaparece. —Las cosas son diferentes ahora.

—¿Cómo? —sueno furiosa y lo estoy, de verdad… pero no puedo evitar la esperanza que crece en mi interior. Quizá por fin me diga lo que necesito oír. Quizá admita que perderme fue un error. Quizás diga que me quiere de vuelta por mí misma, no solo porque…

—Llevas dentro a mi hijo.

La esperanza muere al instante. Claro. Siempre se trata del bebé. Nunca de mí.

—Lo que demuestra que solo soy la carga que te tocó —digo con cansancio—. Si no fuera por este embarazo, tú y yo no estaríamos aquí. No seríamos nada el uno para el otro. ¿Tengo razón?

Kovan evita mirarme a los ojos. Observa las baldosas del suelo como si guardaran los secretos del universo. —Estás agotada. Necesitas descansar, Vesper. Si no es por ti, al menos por el bebé.

Levanto una mano para mantenerlo a distancia. —Déjame que quede clarísimo: Que esté embarazada no significa que seas dueño de mi cuerpo ni que puedas controlar mis decisiones. No puedes dictar mi comportamiento solo porque me dejaste embarazada.

—No estoy tratando de controlarte.

—¿No? Entonces, vete. Porque no te quiero aquí.

Kovan se pasa la mano por la cara, como si intentara borrar toda la conversación. Camina hacia la puerta y se detiene con la mano en el pomo, iluminado por la intensa luz fluorescente del pasillo.

Quiero detenerlo. Quiero preguntarle qué lo trajo aquí esta noche. Quiero ofrecerle mi ayuda con las cargas que lleva, aunque solo sea escuchando. Quiero decirle que deberíamos afrontar esto juntos, que este debería ser el momento más feliz de nuestras vidas en lugar de esta guerra fría que estamos librando.

Pero ya pasamos ese punto. Ahora solo somos compañeros de cuarto. Compañeros que casualmente van a tener un bebé juntos, sí, pero compañeros de cuarto, al fin y al cabo.

La idea de que esto sea todo lo que alguna vez seamos crea un dolor que no tiene nada que ver con ser derribada por un niño de doce años asustado.

No puedo ser mi madre. No puedo amar a un hombre cuyo mundo está construido sobre violencia y secretos, por mucho que mi corazón lo desee.

Aunque me mate no intentarlo.

KOVAN

—Nico.

El autoproclamado príncipe español ocupa un sofá de cuero rojo, con los brazos extendidos a lo largo del respaldo, mientras dos mujeres actúan para entretenerlo. La rubia lleva retazos de tela roja que simulan lencería. El vestido transparente de la morena revela cada curva bajo el encaje rosa.

A Nico siempre le han gustado las vulgares.

—¡Kovan! —abre los brazos—. ¡Mi hermano!

Todo en Nico Pérez grita "sordidez del hampa". Su camisa Gucci está abierta hasta los abdominales, y unas cadenas de oro que forman sus iniciales le cruzan el pecho. Los pendientes de diamantes iluminan las luces del techo mientras se levanta de un salto y me da un abrazo enorme que apenas le devuelvo.

Me da varios golpes en la espalda antes de soltarme. —¡Ven! Únete a la fiesta —señala a sus compañeras—. Esta es… *Mierda,* ¿cómo se llamaban?

—Soy Rogue —completa la rubia. Se echa el cabello con plumas por encima del hombro—. ¿Quieres un baile erótico, cariño? El primero sale gratis para un hombre como tú.

—No —digo rotundamente—. Quiero que te vayas.

Ella cree que me hago el difícil. No es así. Es objetivamente despampanante y, sin embargo, no me hace absolutamente nada. —¿Seguro? —ronronea, acercándose para mostrar sus atributos—. Tengo habilidades que te dejarían alucinado.

Nico frunce el ceño. —Nunca me ofreciste nada gratis —le da una palmada en el trasero, sonriendo—. Ya oíste al hombre… lárgate antes de que te ponga sobre mis rodillas.

Ambas mujeres se ríen mientras salen de su sala VIP.

—Siéntate, mi amigo —Nico señala el sofá—. Ha pasado demasiado tiempo. Oí un rumor loco de que te has vuelto más doméstico. Que te acuestas con una chica normal y corriente. ¿Hay algo de cierto en esas tonterías?

—No me creería todo lo que oyes, Nico. Por ejemplo, oí que la policía te estaba investigando por estupro.

—¡Ella tenía diecisiete años! —frunce el ceño—. Y sabía exactamente lo que hacía, meneándome el culo en la cara. ¿Qué se supone que debe hacer un hombre?

—Para empezar, guardártelo en tus pantalones.

Nico pone los ojos en blanco. —No todos podemos tener tu autocontrol, Kovan. A algunos nos gusta disfrutar de los placeres de la vida —cruza las piernas y extiende un brazo por el respaldo del sofá—. Bueno, cuéntame los detalles divertidos y jugosos, *amigo.* ¿Por qué me buscaste esta noche? No frecuentas clubes, y menos lugares como este.

Una camarera de cócteles pasa con cubrepezones de flores e hilo dental como ropa interior. Nico la sigue con la mirada antes de volver a mí.

—¿O por fin estás disfrutando de los placeres del libertinaje? Si es así, diría que ya era hora, carajo.

Niego con la cabeza. —El libertinaje no es mi estilo.

—No, nunca lo fue —suspira con pesar—. Podríamos haber gobernado esta ciudad juntos. ¡Piensa en las fiestas que podríamos haber dado!

Hubo un tiempo en que la idea de una habitación llena de mujeres desnudas habría llevado mi sangre al sur. Ahora, todo permanece inerte y sin interés. Ya nada aquí me atrae.

—Tus fiestas son legendarias sin mi ayuda.

—Muy cierto —Nico sonríe con suficiencia—. Te lo vuelvo a preguntar. ¿Por qué estás aquí?

—Negocios —pongo la lista entre los dos—. Varios de mis hombres te deben dinero.

Nico examina brevemente con desinterés. Luego, se encoge de hombros y se reclina. —Es posible. No registro todas las transacciones. Mis corredores de apuestas se encargan de los detalles.

—Déjate de tonterías, Nico. Te haces el tonto fiestero, pero eres astuto con las finanzas. Sobre todo cuando te benefician. Conoces todos los nombres de esa lista y su lealtad hacia mí.

Toma un largo trago de cerveza, pensativo. —Es un país libre, Kovan. Tus hombres se acercaron a mí. ¿Se suponía que debía rechazar a los clientes que pagaban por lealtad?

—No me importa que les hayas quitado el dinero —respondo—. Me importa que uses tu influencia sobre ellos para obtener información sobre mis operaciones.

—Ya conoces el dicho —sonríe—. Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca.

—¿Cuál soy yo para ti?

Se termina la cerveza de tres tragos, dejándola entre las botellas vacías y los ceniceros rebosantes. —Ambas. En este negocio, siempre son ambas —Nico ladea la cabeza—. ¿Puedo contarte otro rumor?

—¿Qué has oído?

—Que tú e Ihor están en guerra. Dicen que se avecina una derrota. Mis hombres incluso apuestan a quién sobrevive.

Entrecierro los ojos. —Más te vale que apuestes por mí.

Nico se ríe. —Tuve que pensármelo bien. Ihor tiene una fuerza de la vieja escuela. Poder, respeto, una historia violenta que infunde miedo en todas las familias.

—¿Y yo? ¿Qué tengo?

Ladeando la cabeza, me mira de arriba abajo. —Eres joven y ambicioso. Eso cuenta. Aunque he oído que planeas cerrar la operación Keres.

—Se oyen muchos rumores.

—Yo me beneficio de ellos.

Me levanto. —Gracias por la conversación. En cuanto a las deudas de mis hombres, las saldaré en una hora.

A Nico se le cae la mandíbula. —¿Pagarás todo? ¿Todo?

—Capital, intereses y una pequeña bonificación como muestra de mi agradecimiento por cerrar sus cuentas con rapidez e inmediatez. De ahora en adelante, ningún Krayev responderá ante nadie más que ante mí.

Su expresión lo comprende. No le gusta, pero sabe que no debe discutir. —Ya veo. Lo doy por hecho.

Me acerco a la cortina que nos separa de la pista principal. —Ah, ¿y Nico? Te sugiero que apuestes por mí. Cuando llegue el derribo, voy

a ganar.

KOVAN

Vuelvo a casa después de mi visita a Nico. Llevo tres largos de natación nocturna para depurar el cuerpo y despejar la mente cuando Osip aparece junto a la piscina, interrumpiendo la única paz que he tenido en todo el día.

—¿Tienes algo de tiempo para mí? —pregunta.

—Claro, porque vine aquí para pasar tiempo de calidad contigo —no me molesto en ocultar mi irritación mientras continúo nadando.

Osip se agarra el corazón. —Me hieres, hermano.

—Más vale que esto sea bueno —salgo de la piscina y agarro una toalla, sabiendo ya por su expresión que lo que sea que esté a punto de decirme arruinará lo que queda de mi noche.

—Eh… —su habitual confianza flaquea al mirar el patio vacío—. Bueno, ahora no sé cómo decirlo.

—Solo dilo, joder, Osip.

Respira hondo. —He investigado un poco, y resulta que el nombre de Vesper lleva semanas circulando en ciertos círculos. Quizá más tiempo.

Se me tensan todos los músculos del cuerpo. —¿Su nombre? ¿Tienen su puto *nombre*?

—Lo siento, Ko. Sé que esto no es lo que querías oír, pero…

Dejo caer la toalla y avanzo hacia él. —Si su nombre está por ahí, significa que es un objetivo. Un blanco fácil. Cualquiera puede intentar conquistarla, e Ihor puede alegar que no tuvo nada que ver.

Osip levanta las manos. —¿De verdad importa a estas alturas? Ambos sabíamos que esto iba a pasar.

Tiene razón, pero eso no hace que la rabia que me quema el pecho sea más fácil de tragar. —Dobla el equipo de seguridad de Vesper. Quiero que alguien la vigile cada segundo de cada día. Que nadie se acerque a ella sin que yo lo sepa.

—Es doctora, Kovan. Va a ser casi imposible de manejar sin…

—No me importa si es imposible. Encuentra la manera.

—Ella lo descubrirá si lo hacemos a tu manera.

—Prefiero que esté furiosa conmigo que muerta.

Osip se remueve incómodo, lo que me indica que vienen más malas noticias. —Hay algo más. Investigué qué hacía durante ese mes que no se hablaban, y hay algunas lagunas en su cronología que no cuadran. Podría no ser nada. Podrían ser explicaciones inocentes para todo. O…

—¿O?

—…o alguien la alcanzó durante ese tiempo.

Me quedo paralizado. La posibilidad de que alguien más haya estado moviendo los hilos es tan descabellada que ni siquiera se me ocurrió. Pero ¿y si…? ¿De verdad podría haber…?

—Averigua todo lo que puedas. Cada detalle, cada hora que no pueda explicar. No hay lagunas inocentes.

Osip sonríe a pesar de la tensión. —¡Eso es lo que yo digo!

Estoy a punto de decirle exactamente dónde puede meter su humor infantil cuando mi teléfono vibra. El nombre de Vesper aparece en la pantalla y Osip lo nota al instante.

—Hablando del diablo.

Lo dejo ir con un gesto y él se retira al interior de la casa, dándome finalmente espacio para pensar.

La sincronización de su mensaje me parece sospechosa ahora que sé que su nombre circula entre mis enemigos. Pero claro, todo es sospechoso cuando estás paranoico con la mujer que lleva tu hijo.

VESPER: ***Hola, me preguntaba dónde estarás en media hora.***

KOVAN: ***Trabajando. ¿Por qué? ¿Es urgente?***

VESPER: ***No es urgente precisamente. Solo pensé que podríamos hablar, encontrar algo en común… Por el bien del bebé. Eso es todo.***

La mención del bebé siempre me afecta. Ella lo sabe, y sospecho que lo usa a propósito.

KOVAN: ***Ven a mi oficina cuando estés lista. Estaré allí casi toda la noche.***

Ella responde solo con un emoji de pulgar hacia arriba.

Decido nadar unas vueltas más antes de entrar, pero la meditación pacífica que anhelaba nunca llega. Mi mente no deja de pensar en los peores escenarios posibles que involucran a Vesper y quienes quieren hacernos daño.



Veinticinco minutos después, estoy en mi oficina cuando ella toca con timidez la puerta que dejé abierta deliberadamente.

Se queda paralizada al verme de pie detrás de mi escritorio, todavía sin camisa y con el cabello mojado por la piscina. —¿Estás ocupado?

—Acabo de terminar de nadar.

Su mirada baja a mi pecho, luego a mis abdominales. Se sorprende mirándome y aparta la vista, con un rubor subiéndole por el cuello. —Puedo volver después de que te hayas cambiado.

Debería aceptar la oferta, pero estoy disfrutando demasiado de su reacción. Hay algo profundamente satisfactorio en la forma en que me mira cuando cree que no le presto atención.

—Estoy cómodo si tú lo estás —estudio su rostro con atención—. ¿A menos que…?

Se aclara la garganta y entra en la habitación, revelando que lleva una pequeña bandeja llena de comida. —No, no, claro que no. Estoy bien.

Lleva un vestido azul que se ciñe a su cuerpo sin apretar, y sus hombros desnudos provocan una oleada de deseo indeseada que me llega directamente a la polla. Esas tres marcas de nacimiento en su mejilla derecha reflejan la luz de la lámpara, y tengo que resistir el impulso de cruzar la habitación y tocarlas con el dedo.

Me acomodo en el sillón y señalo el sofá. —¿Qué tienes ahí?

Deja la bandeja en la mesa de centro, entre los dos, como si estuviera cargada de explosivos. —Te traje la cena. La preparé yo misma.

—¿Me preparaste la cena? —no puedo ocultar mi sorpresa.

Mira el reloj de mi escritorio. —Sé que es tarde, pero te perdiste la cena con Luka esta noche, y Pavel mencionó que apenas has estado comiendo —de nuevo, su mirada recorre mi torso como si me estuviera haciendo una especie de revisión médica.

—¿Es esto una ofrenda de paz, Vesper?

Se muerde el labio inferior. —Quizá. Solo no quiero que estemos peleando constantemente. Sobre todo cuando llegue el bebé. Necesitamos aprender a coexistir. Y lo que es más importante, necesitamos aprender a criar juntos.

—¿Por eso el sándwich y las papas fritas?

Frunce el ceño ligeramente. —Es un gesto. No soy precisamente una chef.

Le doy un mordisco y noto el queso caliente y derretido en la lengua. Vesper junta las manos con deleite. —¿De verdad es comestible?

Me río de su entusiasmo. Uno pensaría que acaba de realizar una neurocirugía con éxito en lugar de preparar un sándwich común y corriente. —Más que comestible. Está delicioso.

El alivio se extiende por su rostro mientras se hunde en el sofá. —Gracias a Dios. Cada vez que le he cocinado a Waylen, lo he mandado corriendo al baño durante horas después.

Arqueo una ceja. —La noche aún es joven.

Ella se ríe. Sin embargo, cuando su risa se apaga, un silencio incómodo llena el espacio entre nosotros. El único sonido es el de mi masticación.

—Entonces —comienza con cuidado—, con el fin de conocer mejor al padre de mi hijo… ¿a qué te dedicas exactamente?

Dejo de masticar y la miro fijamente. —¿Me preguntas esto *ahora*?

—Es obvio que eres rico. Tu familia tiene dinero. Solo no tengo ni idea de cómo *tú* lo consigues.

Hay algo en esto que me parece sospechoso. ¿Está buscando información sobre la operación Keres? ¿Intenta determinar si sigo involucrado en el tráfico de órganos? ¿O simplemente intenta comprender al hombre con el que va a tener un hijo?

—La mayor parte de mis ingresos legítimos provienen de la importación de vinos exclusivos y champañas finas de Francia. También estoy pensando en desarrollar mi propia marca con el tiempo. Así tendré más control sobre todo el proceso.

—¿Hay algo más?

—Piedras preciosas.

Sus cejas se alzan. —¿En serio?

—Hay un mercado considerable para las piedras raras —explico—. De esas que uno puede encontrar una o dos veces en la vida. Tanzanita, diamantes azules, granates demantoides. Te sorprendería lo que los coleccionistas están dispuestos a pagar por la pieza perfecta.

—Vaya —parece impresionada—. ¿Así que a eso se dedica tu empresa? ¿Alcohol y piedras preciosas?

—Entre otras cosas, tenemos participaciones en diversas empresas comerciales a nivel mundial. También mantengo inversiones personales en restaurantes, clubes nocturnos y otras empresas, tanto aquí como en Rusia.

—¿Tienes un plan? —pregunta en voz baja—. ¿Para lo que harás después de cerrar la operación Keres?

—Por supuesto que tengo un plan.

Ella espera expectante, pero no le doy más detalles. Después de un momento, pregunta—: ¿Cuál es…?

—¿Es una reunión de negocios de la que no me informaron? —pregunto—. ¿Intentas venderme una oportunidad de inversión o tienes algún interés personal en mis finanzas?

—Pensé que sería obvio —rompe la mirada y baja la vista hacia sus manos—. Llevo a tu hijo. Claro que es personal.

Me inclino hacia adelante para captar su mirada. —¿Qué te preocupa exactamente, Vesper? ¿Que no pueda mantenerte a ti y al bebé? Porque te aseguro que a ninguno de los dos le faltará nada jamás.

—Eso no es lo que me preocupa.

—Entonces, dime qué es.

Duda, y toda la serenidad con la que entró se evapora. Hay algo que no me dice y la está poniendo muy nerviosa.

—No me importa cuánto dinero ganes —dice finalmente—. Me importa cómo lo ganes.

Aprieto la mandíbula. —Lo que realmente estás diciendo es que aún no confías en mí.

La ira se refleja en su rostro, pero lucha por controlarla. —Solo te devuelvo el favor.

¿Y si Osip estaba en lo cierto? ¿Y si Vesper realmente trabaja para Ihor? ¿Y si está usando nuestra conexión para obtener información? ¿Y si todo entre nosotros ha sido una elaborada trampa, un engaño, un fraude?

La idea cobra sentido durante unos dos segundos antes de descartarla como una tontería paranoica. La idea de que Vesper colabore con mis enemigos es absurda.

Pero, mientras ella me mira con esos ojos azul hielo, me pregunto si estoy pensando con mi polla en lugar de con mi cerebro.

Se levanta y recoge mi plato vacío. —Debería irme a la cama. Es tarde.

Me distraigo un momento cuando se inclina y me muestra su escote sin querer. Pero no lo suficiente como para no ver cómo su mirada se dirige a mi escritorio, buscando… algo.

—Buenas noches, Kovan.

Al darse la vuelta para irse, su vestido se pega a su vientre ligeramente hinchado, y recuerdo cuánto tiempo ha pasado desde que la toqué. Espía o no, ese hecho parece más importante que cualquier otra cosa ahora mismo.

Porque, incluso si ella está trabajando para mis enemigos, incluso si está aquí para destruirme, eso no cambia la realidad de que ella está embarazada de mi hijo.

Eso no cambia el hecho de que preferiría suicidarme antes que lastimarla.

—¿Vesper?

Se detiene en la puerta y se gira para mirarme por encima del hombro. —¿Sí?

—¿Está todo bien? ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

El silencio se prolonga. Un segundo. Tres. Cinco.

Finalmente, niega con la cabeza. —No. No hay nada.

Pero todo en su lenguaje corporal me dice que eso es mentira.

VESPER

Menos mal que elegí ser médica, porque de algo estoy segura: No sirvo para ser espía.

Soy la peor espía que ha existido. Me sobresalto con los ruidos fuertes. Hago demasiado ruido. Y ya me han pillado dos veces intentando entrar en la oficina de Kovan.

La primera vez fue la mucama, a quien fue fácil convencer con alguna excusa absurda sobre buscar a Kovan. Pero la segunda vez fue Pavel, que me miró con esos ojos oscuros y conocedores que dejaban claro que no se creía lo que yo decía.

En este caso, seria mi dignidad.

Sigo merodeando por la escalera, echando vistazos patéticos a la puerta de Kovan cuando Pavel sale de la cocina. —Vesper, ¿qué haces aquí?

Me estremezco, pero intento fingir que no me acaba de pillar con las manos en la masa. Otra vez. —Nada, ¿vale? Solo quería hablar con Kovan de algo.

—Ya te lo dije, no llegará hasta esta noche —Pavel se cruza de brazos, y de repente entiendo por qué los hermanos Krayev intimidan a la gente. Incluso el más pequeño tiene esa forma de

hacerte sentir como si te estuvieran interrogando—. ¿Qué es tan importante que lo necesitas ahora?

Mi cerebro busca a toda prisa una mentira creíble. —Eh… tengo necesidades, ¿vale?

Pavel se detiene en seco. Sus mejillas se ponen coloradas. —Ah… vale. Eh… hormonas. Ya lo entiendo.

—¡No quise decir eso! —le grito mientras prácticamente sale corriendo lejos de mí.

Genial. Me estoy volviendo loca. El momento no podría ser mejor… voy a ser madre en unos meses, así que, como es lógico, tengo que elegir ahora para perder la cabeza por completo.

Antes de que pueda caer en una espiral de autodesprecio, mi teléfono empieza a sonar. Miro la pantalla y veo el nombre de Charity. La culpa me golpea de inmediato en el estómago.

—¿Hola?

—Vesper Fairfax, si no me das una buena explicación ahora mismo sobre dónde has estado y cómo has estado, voy a… hacer algo… malo.

A pesar de todo, casi sonrío. —¿En serio? ¿Esa es tu mejor amenaza?

—No esperaba que me contestaras —se queja—. No respondiste a mis últimas tres llamadas. Ni a mis mensajes. Ni a la paloma mensajera que te envié.

—Lo sé; lo siento. Fue imperdonable. Están pasando muchas cosas ahora mismo.

—¿Con Annabelle? —su tono cambia a preocupado de inmediato—. ¿Está bien? Pensé que el hecho de que le dieran de alta era buena señal. Le llevé unos pasteles ayer, pero la casa parecía cerrada.

Ahí es cuando me doy cuenta de cuánto he excluido a mi mejor amiga. Y de lo mal que debe sentirse por ser excluida.

—Hace tiempo que no nos ponemos al día, ¿verdad? Tengo mucho que contarte.

—Bien. Porque solo así te perdonaré por desaparecer de la faz de la tierra sin dar explicaciones. Quiero detalles, y los quiero cara a cara. Nos vemos hoy para comer en Giovanni.

—Ya va, espera, Char. No sé si podré…

—¿Está estable actualmente tu madre?

—Sí, pero…

—Entonces, vendrás. ¿A menos que me digas que nuestra amistad se acabó?

Silbo largo y bajo. —Sí que sabes cómo hacer sentir culpable a una chica.

—Aprendí de la mejor. Mi abuela estaría orgullosa. No tengas envidia… puedo enseñarte la técnica. Si vienes a comer, claro.

—Tantas condiciones.

—Solo tú tienes la culpa.

Miro hacia arriba, hacia las habitaciones, y luego hacia la cocina por donde desapareció Pavel. Pasar por el escolta de seguridad autoproclamado de Kovan no será fácil, pero lo necesito. Necesito hablar con alguien que no sea un hermano Krayev ni mi madre moribunda.

—Vale. Allí estaré. No importa lo que tenga que hacer para llegar.

—¡Ese es el espíritu! Y ¿Vesper? Sea lo que sea que esté sucediendo, lo resolveremos juntas. Eso es lo que hacen las mejores amigas.

Después de colgar, me quedo mirando el teléfono un buen rato. Charity no tiene ni idea de qué me promete ayudarme a resolver. ¿Cómo le dices a tu mejor amiga que el padre de tu hijo nonato podría ser un genio criminal? ¿Que tu difunto padre era, al parecer, un monstruo? ¿Que te has convertido en la clase de persona que falsifica historiales médicos y piratea bases de datos de hospitales?

Guardo el teléfono en el bolsillo y me dirijo a la puerta. Me ocuparé de todo lo demás cuando vuelva.



—¿Qué demonios haces en esta mesa? —pregunta Charity en cuanto me ve escondida en el reservado de la esquina—. Estamos prácticamente en el baño. Puedo oír cada tiro de la cadena.

—Hola a ti también —me levanto para darle un abrazo y ella me aprieta tan fuerte que apenas puedo respirar.

Se aparta, pero mantiene las manos sobre mis hombros, estudiando mi rostro con la intensidad de una detective. —Pero en serio, ¿quieres comer aquí cuando al arrullo de los baños?

Como si fuera una señal, oímos el sonido lejano de la cadena de un inodoro. Charity me mira con una ceja arqueada. —¿Ves? ¿Número uno o número dos? Hagan sus apuestas.

—No seas tan dramática —le hago un gesto para que se siente—. No quiero que me escuchen.

Al instante, su expresión cambia de molestia a alarma. —Ay, Dios. Esto suena serio. ¿Esperamos los palitos de pan o estás a punto de soltarme una bomba?

—Estoy embarazada.

Charity se queda boquiabierta. —Bueno, al diablo con los palitos de pan. ¿Hablas en serio?

Asiento, repentinamente nerviosa. —Culpable. De hecho, voy para cuatro meses —me agarra el brazo, clavándose las uñas con tanta fuerza que grito—. ¡Oye! Cuidado, tigre.

—Perdón, perdón —me suelta, pero no deja de mirarme—. Solo no me lo esperaba. ¿Cuatro meses? ¡¿Por qué no me lo dijiste antes?!

—Porque no me enteré hasta hace un mes. Con todo lo que pasó entre Kovan y yo y luego con el ingreso de Mamá al hospital, ni siquiera me di cuenta de que no me había venido el periodo.

—Varios, aparentemente.

Suspiro. —Sé que es una locura. Todavía lo estoy procesando.

—Supongo que Kovan es el padre, ¿no?

—Ajá. Es donde he estado estas últimas semanas. Estoy viviendo con él otra vez. De hecho, con toda la familia. Waylen y Mamá se mudaron justo después que yo.

Charity parpadea lentamente. —Eh… ¿puedo preguntar por qué?

—Porque Waylen quiere vigilar a Kovan, y porque Kovan sabía que nunca aceptaría volver a vivir con él a menos que Mamá viniera también.

—¿Y a él le parece bien todo esto? ¿Tú y Waylen y Annabelle viviendo en su casa como si fuera una especie extraña de tribu de los Brady?

—¿Honestamente? Ha sido increíble con Mamá —no puedo evitar que se me note la admiración—. Le dio la mejor habitación de la casa. Contrató a una enfermera especialista que tiene la habitación contigua a la de Mamá. Le consigue los mejores medicamentos y tratamientos de los mejores hospitales del estado. Cocina sus platos favoritos y la visita varias veces a la semana. No tengo ni idea de qué hablan porque la puerta siempre está cerrada, pero al parecer, Kovan le hace un número de comedia solo para ella, a juzgar por lo mucho que se ríe.

Cuando dejo de hablar, Charity me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

Siento que me ruborizo. —Perdón… ¿Te sonó amargo? Te juro que no estoy celosa —pero incluso al decirlo, sé que es mentira—. Vale, vale. Quizás sí estoy un poco celosa. Ella apenas me habla así. Nuestras conversaciones duran diez minutos, y normalmente terminan con Mamá diciéndome que está cansada. Pero con Kovan puede hablar durante horas.

Los labios de Charity se curvan en una sonrisa cómplice. —Estás *muy* celosa.

—Cállate —murmuro, buscando con la mirada a la camarera por el restaurante—. ¿Dónde están esos malditos palitos de pan?

Una vez que tenemos nuestras bebidas y una cesta de pan caliente entre nosotras, Charity va directo al grano. —¿Supongo que Kovan está feliz con el bebé?

—No sé si "feliz" sea la palabra correcta —arranco un trozo de pan y lo vuelvo a dejar enseguida. Últimamente no he tenido apetito—. Pero él es de la vieja escuela. Sabe que es su bebé y va a estar a su lado. Quiere cuidarnos. Protegernos. Lo ha dejado muy claro.

—Suena genial —señala Charity—. ¿Por qué no te sientes más feliz?

—Porque… —echo un vistazo al restaurante. Hay una mujer sentada sola en una mesa frente a nosotras, y algo en la forma en que no para de mirarme me pone paranoica. En la barra, un hombre con un tatuaje en el cuello lleva bebiendo la misma cerveza desde que llegué, y probablemente ha mirado su móvil cien veces en los últimos veinte minutos—. No sé si debería decírtelo.

—¿Pero quieres hacerlo?

—Necesito hablar con alguien. No puedo decírselo a Waylen ni a Mamá.

—Y no tienes más amigos aparte de mí —insinúa Charity con su habitual tacto. Se estira por encima de la mesa y me toma la mano —. Solo dímelo, V. Quizás pueda ayudarte.

—No puedes. Pero quizá puedas ayudarme a saber qué hacer.

Tomo una decisión en un instante. Me acerco más y bajo la voz a apenas un susurro. Charity imita mi postura y le cuento todo. Sobre el negocio familiar de Kovan. Sobre la participación de mi padre en la red de tráfico de órganos. Sobre mi desesperada necesidad de saber si el hombre que amo es un pecador o un salvador.

Cuando termino, tengo la garganta seca y nuestras bebidas están vacías desde hace mucho tiempo.

—De acuerdo —Charity se reclina lentamente—. A ver si lo entiendo. ¿Resulta que tu caballero de brillante armadura dirige una red de tráfico de órganos en el mercado negro que, según él, está desmantelando? ¿La misma red de tráfico de órganos de la que formaba parte tu padre?

—Correcto.

Hace como si su cabeza explotara. —Vesper… ¿qué demonios?

—Dame más que eso, Char.

—No puedo ahora mismo. Mi cerebro está demasiado ocupado haciendo cortocircuito.

—Mira, puede que no esté dirigiendo nada. Su padre empezó este negocio horrible y reclutó al mío. Según Kovan, él y sus hermanos siempre se han opuesto. Pero, al parecer, desmantelar algo tan malvado y arraigado lleva tiempo.

Charity me sostiene la mirada. —¿Le crees?

—¡Ese es el problema! —golpeo la mesa con mi mano y miro a mi alrededor inmediatamente para asegurarme de no haber llamado la atención—. Estoy enamorada de él. No puedo confiar en mi propio

juicio. Si digo que le creo, ¿es porque es verdad, o porque veo lo que quiero ver? Y si decido que no le creo… —mi voz se apaga, incapaz de terminar la frase.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces, tengo que irme. No puedo quedarme con alguien que se lucra con el asesinato. No puedo criar a mi hijo con un hombre así.

—¿Irte? —Charity parece sorprendida—. ¿A dónde? Toda tu vida está aquí.

—Me quedaré hasta que nazca el bebé, obviamente. Me quedaré todo el tiempo que Mamá me necesite. Pero después, no sé —me encojo de hombros con impotencia—. Waynen puede arreglárselas solo.

—Huir no es la solución, Vesper.

—¿Cómo puedo permitir que mi hijo sea criado por un hombre que cree que es aceptable robar órganos de pacientes moribundos?

Ella se queda callada, asimilando la idea. —Joder. Tienes razón.

—Necesito pruebas, Char —la desesperación en mi voz me sorprende—. Necesito pruebas contundentes de que Kovan realmente está desmantelando la operación Keres. Si las tengo, puedo creerle.

—¿Cómo planeas encontrar esta evidencia?

—Aún no lo sé. Pero estoy segura de que no las encontraré siguiendo las reglas.

Charity me mira con escepticismo. —V, cariño, te quiero, pero tú eres típica de las que siguen las reglas. Ambas lo sabemos.

—Yo también lo pensé —admito en voz baja—. Y luego mi madre enfermó.

—¿Qué estás diciendo?

Dudo, pero hemos llegado hasta aquí, así que ya no hay vuelta atrás. Es hora de contar todos mis pecados. —¿Recuerdas cuando te dije que el ensayo clínico experimental revisó sus criterios y que Mamá de repente cumplía los requisitos?

—Sí…

—Mentí —agacho la cabeza—. Te lo dije solo para que no me juzgaras por lo que hice.

—Ay, Dios mío, V. ¿Qué hiciste?

—Manipulé su historial médico. Falsifiqué documentos para que cumpliera con los criterios.

—¡Vesper! —Charity retrocede—. Esos ensayos clínicos están bajo la estricta supervisión de la FDA. Si alguien se entera…

—El hospital está jodido. Los médicos están jodidos. Y yo estoy jodida —asiento con tristeza—. Sí. Sabía exactamente cuáles serían las consecuencias. Igual que sabía lo que hacía cuando hackeé la base de datos del hospital y cambié las estadísticas de otro paciente para que lo eliminaran del ensayo y metieran a Mamá.

Charity me mira en un silencio atónito, y cubre su boca con una mano.

—Sé lo que estás pensando —continúo, conteniendo las lágrimas—. Crees que soy una persona horrible y que Kovan y yo nos merecemos el uno al otro.

Durante un largo rato, no dice nada. Luego extiende la mano por encima de la mesa y me cubre la suya. —En realidad, lo que pensaba era que debes querer mucho a tu madre —respira con dificultad—. Y no es lo mismo, V. Lo que hiciste fue para salvarle la vida a tu madre. Lo que él potencialmente hizo… si es que realmente lo hizo… fue por dinero y poder. Es diferente.

—Gracias por decir eso.

—Pero cariño, estás en un lío que te supera. Estás haciendo concesiones morales a diestro y siniestro, y eso no es propio de ti. ¿Quizás deberías dar un paso atrás y pensar racionalmente?

—¡No puedo! Necesito saber si el padre de mi hijo está al mando de esta operación o si intenta detenerla.

—¿Y si está intentando detenerla?

Siento una opresión en el pecho al encontrarme con su mirada. —Entonces, quizá aún haya esperanza para nosotros.

—¿Y si no lo está?

No respondo, pero ambas sabemos lo que eso significa. Si Kovan me miente, si es el monstruo que me aterra que sea, entonces tendré que alejarme del único hombre que he amado.

Aunque me destruya.

20

KOVAN

—¡Oye! —Pavel se queda atónito al pasar por la parada prevista—. La pasaste. Ahora, tendremos que conducir hasta abajo para dar la vuelta y…

—¿Te puedes callar la maldita boca? No me pasé la casa; la pasé por delante a propósito.

—¿Podrías explicarme por qué?

—Porque nos siguen. Nos han estado siguiendo durante los últimos dieciséis kilómetros, al menos.

Pavel se gira en su asiento para mirar por encima del hombro, entrecerrando los ojos por el parabrisas trasero. —¿Estás seguro?

Le lanzo una mirada. —Me alegro mucho de haberte traído como mi vigía. Lo estás haciendo de maravilla, hermano.

—Siempre lo hago. ¿Te refieres a ese Mini Cooper amarillo?

—Ese es.

Pavel resopla tan fuerte que me preocupa que llene el asiento trasero con mocos. —Vamos, Kovan. Ningún conductor de Mini Cooper en la historia del mundo ha estado involucrado en espionaje. De ningún tipo.

Doy la vuelta y miro por el retrovisor cómo el Mini Cooper reduce la velocidad y sigue recto. Pavel también lo nota, y enseguida pone esa cara de suficiencia que me da ganas de pegarle.

—¿Ves? —se ríe entre dientes—. Te lo dije. Lo estás perdiendo, hombre.

—¿Te resultó familiar el conductor?

—No sé —dice Pavel, rebuscando en la guantera la caja de pretzels que trajo. El hombre tiene la capacidad de atención de un pez dorado—. El auto estaba demasiado atrás como para distinguir algo útil.

—Habría jurado…

—Oye, hermano —Pavel abre su bolsa de pretzels—. Últimamente te has estado esforzando demasiado. Trasnochando, sin apenas dormir, siguiendo cada movimiento de Ihor las 24 horas. Por no hablar de vigilar a Nico y obsesionarte con el equipo de seguridad de Vesper. Te estás volviendo paranoico. Empiezas a ver peligro donde no lo hay —mastica ruidosamente un pretzel y sigue ladrando con la boca llena—. ¿Sabes cómo lo sé? Creíste que nos seguía un maldito Mini Cooper. Uno amarillo, por Dios. ¿Qué sigue, un auto de payaso? ¿Nos pisa los talones la Máquina del Misterio? ¿Nos están dando caza Verónica Mars y los Hardy?

Dejé de escuchar a Pavel hace unos treinta segundos. Es porque puedo volver a ver el Mini Cooper por el retrovisor.

—¿Eh, hermano? —Pavel me hace un gesto con la mano—. ¿Vamos a vigilar o qué? Queremos pillar a Damien mientras aún está medio dormido y atontado. Es un completo imbécil al despertar. Cantará como un ruiseñor si lo calculamos bien.

—Eso puede esperar —aprieto la mandíbula al ver de nuevo el destello amarillo—. Sin duda nos siguen.

Pavel levanta las manos, esparce migas de pretzel por el interior de cuero. —¿Cuántas veces tengo que decírtelo…?

Yo lo veo. Pav también.

Un destello de amarillo.

La masticación de pretzels de mi hermano se detiene de repente. —…Mierda.

—Revisa el número de las placas por mí.

Pavel juguetea con su teléfono, de repente todo serio. —A ver… —sus dedos recorren la pantalla—. Hm.

—¿Qué?

—Las placas están a nombre de una empresa de alquiler de autos llamada Drive Line. De hecho, está bastante cerca de nuestra casa. Qué raro.

Todas las alarmas en mi cabeza empiezan a sonar a la vez. Un auto alquilado. Cerca de casa. Siguiéndonos con la habilidad justa para ser peligroso, pero no la suficiente para permanecer invisible.

—Creo que sé quién nos sigue —aprieto el volante con más fuerza—. Pon a Oley al teléfono.

—¿El guardia de Vesper?

—Hazlo ahora. Ponlo en altavoz.

—Vale, está bien —Pavel marca rápidamente y la voz ronca de Oley llena el auto.

—Hola, jefe. ¿Qué pasa?

—¿Dónde está Vesper? —no me molesto en saludar.

La pausa que sigue es unos tres segundos demasiado larga. —Eh…

La cara de Pavel palidece. —Ay, mierda.

—¿Dónde coño está, Oley? —gruño—. Se suponía que eras su sombra. Su puto ángel de la guarda.

—Nos engañó, jefe —Oley parece querer escabullirse por el teléfono y desaparecer—. Hizo un gran alboroto diciéndonos que iba a pasar la mañana en los jardines, ¿sabes? Leyendo y relajándose. Pero cuando fuimos a ver cómo estaba, ya no estaba. Las cámaras de seguridad la muestran escabulléndose por una de las puertas laterales alrededor de las 10:32 de esta mañana.

—¡La mujer tiene cuatro meses de embarazo! —mi voz resuena en el auto—. Es muy visible, se mueve más despacio de lo habitual, ¿y aun así la perdiste?

—Es inteligente, jefe. Más inteligente de lo que creíamos.

—No, tú solo eres un incompetente —respiro hondo, intentando no perder la cabeza por completo—. Quedas fuera del equipo de Vesper, con efecto inmediato. No quiero volver a verte la cara hoy.

Pavel corta la llamada sin que nadie se lo pida. —¿Así que seguro que es Vesper la que va en el Mini Cooper detrás de nosotros?

—Estoy seguro.

—¿Por qué querría seguirte todo el día? ¿Qué cree que va a descubrir?

—No confía en mí —murmuro—. Cree que le miento sobre los Keres.

Finjo no ver a Vesper siguiéndonos mientras conduzco hacia las oficinas de Krayev, estaciono y entro. Me tomo mi tiempo en el vestíbulo, charlo con los empleados, estrecho la mano de los ejecutivos, me aseguro de ser visible y predecible.

Efectivamente, unos cinco minutos después de mi llegada, aparece Vesper.

Va vestida de negro de pies a cabeza, como si hubiera buscado en Google *"cómo vestirse como una espía"* y seguido el primer artículo

de WikiHow que encontró. Lleva su cabello rubio recogido bajo un gorro de punto oscuro y unas gafas de sol enormes le cubren la mitad del rostro.

Pavel se acerca sigilosamente, intentando no reírse. —¿Cuál es el plan?

—Nada complicado. Hará todo el trabajo ella sola —alzo un poco la voz y empiezo a caminar hacia los ascensores—. Nos vemos en el noveno piso para la reunión, Pavel.

—¡Cinco minutos! ¡Noveno piso! ¡Entendido, jefe! —grita, tan alto y tan estúpidamente que solo puedo negar con la cabeza e intentar no reírme.



Exactamente cinco minutos después, Vesper sale del ascensor con un aspecto desgarbado, pero innegablemente sexy con su conjunto negro. Apenas se nota que está embarazada… el jersey holgado disimula su creciente barriguita a la perfección. Me quedo en la oficina vacía, con vista a la zona del ascensor, mientras saco el móvil y llamo a su número.

Como era de esperar, no se ha molestado en silenciar su teléfono.

Y, como también era de esperar, *"Girls Just Wanna Have Fun"* empieza a sonar a todo volumen en el pasillo silencioso. Vesper entra en pánico y deja caer su teléfono, que cae al suelo con un ruido metálico, como si estuviera en llamas.

Me acerco con calma, lo recojo y se lo devuelvo con cara seria. —Su teléfono, señora.

—Ah, eh, gracias —intenta esconderse tras el ala de su sombrero, bajando la voz para simular lo que probablemente cree un disfraz convincente. No lo es.

—¿Buscas a alguien en particular?

Parece decidida a mantener la farsa. —Eh, no, nadie especial. Solo… me iba, la verdad —la falsa voz grave que intenta imitar la hace parecer como si llevara cuarenta años fumando un cigarrillo tras otro.

—O podrías quedarte hasta que termine de trabajar y luego podríamos ir juntos a tu cita con el médico.

Se queda paralizada a medio paso. Levanta la cabeza tan rápido que temo que se provoque un latigazo cervical. Esos brillantes ojos azules se encuentran con los míos a través de sus ridículas gafas de sol. —Sabes que soy yo.

Me acerco y le quito el sombrero con un movimiento suave. Su cabello rubio se suelta de su moño desordenado y cae en cascada sobre sus hombros. —Durante la última hora. ¿Qué demonios crees que estás haciendo, Vesper?

—Nada…

Le tiro el sombrero a un lado y me acerco, apoyándola contra la pared. No con agresividad… al fin y al cabo, lleva a mi hijo… pero con la suficiente determinación como para dejar claro mi punto. —Te deshiciste de tu equipo de seguridad, te escapaste de casa, alquilaste un auto a nombre de quién sabe quién y te pasaste la mañana siguiéndome por la ciudad. Eso no es "nada."

—Estaba aburrida.

—Patrañas —le planto las manos a ambos lados de la cabeza, atrapándola—. ¿Qué quieres saber exactamente?

—Lo que no me estás contando. Obviamente.

Observo su rostro. —¿Se te ha ocurrido que podrías preguntarme directamente?

—Claro —suelta una risa amarga—. Como si me fueras a decir la verdad.

—¿Cómo va a funcionar este acuerdo de crianza compartida si no confías en mí?

Sus mejillas se sonrojan. —No… no lo sé, para ser sincera.

—Vamos —la agarro del brazo, sin brusquedad, pero con un propósito claro—. ¿Quieres saber qué hago? Vale. Puedes sentarte en mi oficina y observar exactamente lo que hago todo el día.

—¿A dónde me llevas?

—Tenemos dos horas antes de tu cita con el médico. Pediste transparencia, ¿verdad? Estás a punto de recibir más de lo que esperabas.

La llevo a mi oficina y la guío hacia una de las sillas de cuero frente a mi escritorio. Cuando intenta incorporarse, le pongo una mano firme en el hombro para que no se mueva. Embarazada o no, necesita entender que sus juegos de espías son inaceptables.

—¡Suéltame!

—No puedo. Querías observarme hoy… eso es precisamente lo que vas a hacer.

—Pero…

Sus protestas mueren en su garganta cuando empiezo a desabrocharme el cinturón.

—¡¿Q-qué haces?! —su cara palidece, luego se pone roja, luego vuelve a palidecer—. Si piensas ni por un segundo que voy a… que vamos a… ¡entonces te has vuelto loco!

Mi polla definitivamente tiene opiniones sobre ser mencionada en conexión con su boca, pero, desafortunadamente, este no es el momento ni el lugar para esa fantasía en particular.

—Hoy no habrá favores sexuales. Es un privilegio que tendrás que ganarte.

Sus ojos se entrecierran peligrosamente. —Entonces, ¿qué estás…?

Se estremece cuando desengancho el cinturón con un chasquido seco que resuena por toda la oficina. El sonido es más dramático de lo necesario, pero busco el efecto.

Ahora parece asustada. Tiene manchas rojas en el cuello, y casi puedo verla calculando la distancia hasta la puerta.

—Si crees que puedes usar esa cosa conmigo como si fuera una especie de animal, ¡entonces estás a punto de descubrir lo equivocado que estás!

Se pone de pie de un salto, pero la guío hacia abajo con facilidad, pasando el cinturón por los reposabrazos de la silla y asegurándole las muñecas. No tan apretado como para lastimarla, pero lo suficientemente seguro como para que no pueda moverse.

—Listo —retrocedo un paso para admirar mi obra—. Perfecto.

—¡Bastardo! —lucha contra las ataduras improvisadas, mientras su silla se balancea de un lado a otro—. ¡Esto es una barbaridad! ¡Suéltame ahora mismo!

—Querías observarme; solo te doy lo que me pediste. Puedes quedarte ahí sentada hasta que termine de trabajar y observarme a tu antojo.

Está forcejeando con el cinturón con tanta fuerza que la silla empieza a deslizarse por el suelo. Si aplica más fuerza, podría volcarla.

—Yo tendría cuidado. Recuerda tu condición.

—¡Parece que eres tú quien lo ha olvidado! —su voz se quiebra de indignación—. ¡Esto es… esto es completamente inaceptable!

—Yo también diría que es inaceptable que la madre de mi hijo me acose, así que supongo que estamos a mano.

—¡Devuélveme mis manos!

Me siento en el borde de mi escritorio, preparándome para disfrutar del espectáculo. —Solo estás observando, ¿recuerdas? No necesitas las manos para eso.

—Sí, claro que sí. Hay algo muy importante que debo hacer mientras te observo.

Asiento con sabiduría. —Entiendo que no puedas controlarte cuando estás conmigo, Vesper, pero masturbarte mientras trabajo me parece inapropiado para el ambiente de oficina.

—Eso no es… —se detiene a media negación, y su rostro se sonroja aún más—. En cuanto tenga las manos libres, te mataré.

—Entonces, ¿quién te protegerá a ti y al bebé?

—Waylen.

—Waylen es tan útil como un saco de papas. No, peor aún… al menos las papas tienen valor nutricional.

—Eres un imbécil.

—Y tú, mi pequeña espía, estás metida en un lío —me cruzo de brazos, observándola—. Deja de acosarme, deja de intentar vigilarme, deja de poner en riesgo tu salud haciéndote la investigadora privada. Solo quédate en casa con tu madre enferma y deja que yo me encargue de lo peligroso.

—¿Quieres que pare?

—Eso sería genial.

—Entonces, ¿qué tal si me devuelves el favor? —tira de sus ataduras de nuevo—. ¿Quieres que deje de seguirte? Dile a tus hombres que

se retiren. ¿De verdad creías que no me daría cuenta de toda la seguridad extra que me has asignado?

—Debería haber sabido que esos idiotas no podrían ser sutiles para salvar sus vidas.

—Sigues diciendo que quieres protegerme, pero a veces siento que soy tu prisionera.

—No es mi intención —me froto la cara con la palma de la mano, repentinamente agotado—. La situación es precaria ahora mismo.

—¿Qué significa eso? —su frustración se desborda—. ¡Hablas con acertijos y medias verdades sin explicar nada útil! —tira del cinturón de nuevo, pero el cuero italiano no cede fácilmente.

—Yo que tú me relajaría —me doy vuelta y regreso a mi escritorio—. Si no, van a ser un par de horas muy largas.

La puerta se abre y entran Osip y Pavel, ambos sonriendo. —¿Hay alguna fiesta aquí a la que no nos hayan invitado? —los ojos de Osip brillan divertidos—. ¡Vesper! Qué grata sorpresa encontrarte aquí.

—¡Osip! ¡Pavel! —estira el cuello hacia ellos con desesperación—. Quítenme esto de encima.

Pavel hace una mueca, obviamente sintiéndose culpable por tener que rechazarla, pero Osip se ríe aún más. —V, te quiero como a una hermana, ¿pero te parezco estúpido?

Me mira fijo, luego a ambos. —¿Así que se van a quedar ahí parados sin hacer nada? ¿Qué clase de hombres son?

—Hombres que conocen su lugar —respondo con calma, acomodándome en mi silla—. Ya es hora de que tú aprendas el tuyo.

Los ojos de Vesper brillan de furia, pero está atrapada y lo sabe. Bien. Quizás ahora lo piense dos veces antes de intentar espiar en mi mundo.

—Esto no ha terminado —murmura.

—No —respondo, encendiendo la computadora—. Apenas está empezando.

VESPER

—¡Cabrones! ¡Imbéciles! ¡Bastardos! ¡Gilipollas comemierdas herpéticos!

Pavel gira la cabeza de mí a Kovan como si no pudiera creer lo que estaba diciendo. Osip, en cambio, parece impresionado. Justo hasta ese último insulto.

—No puedes estar difundiendo rumores así sobre un hombre como yo que anda buscando el amor, Vesper —dice con un suspiro—. Yo *no* tengo herpes.

Les escupo con fuerza. —Juro por Dios que, en cuanto me libere de estas estúpidas ataduras, compraré todas las vallas publicitarias del condado y les pondré *"Osip tiene gonorrea"* en letras grandes y llamativas. Los seguiré a todas sus citas y se lo gritaré en la cara a las chicas. Les arruinaré la vida.

—Dios mío —silba Pavel, mirando a Kovan—. Tiene un carácter muy fuerte.

—Y es *mala* —añade Osip, frotándose la mandíbula como si lo hubiera golpeado físicamente.

Consigo darle una buena patada en la espinilla cuando pasa a mi lado. Grita y salta hacia atrás, con los ojos llenos de lágrimas al instante.

—¡Maldita sea, eso dolió!

—Aún no sabes lo que es el dolor, amigo —le prometo—. Ven; puedo enseñarte.

Osip nos mira a Kovan y a mí. —¿Viste esa faceta de ella antes de dejarla embarazada? Si yo fuera tú, me daría mucho miedo cerrar los ojos por la noche.

—¡Apuesto a que cerrando los ojos es la única forma en que una mujer en su sano juicio puede acostarse contigo en primer lugar! —grito.

Espero que mis insultos tengan sentido. Ahora mismo, estoy demasiado sumida en la ira como para darme cuenta. Pero a juzgar por la cara de dolor de Osip, lo estoy haciendo de maravilla.

Ojalá pudiera provocar a Kovan. El hombre está irritantemente tranquilo. Y cuanto más tranquilo está, más desquiciada me siento.

—Bueno, me voy antes de que intente morderme —dice Osip—. Tengo que irme de aquí…

—Osip, siéntate.

Se queda paralizado antes de volverse hacia Kovan con pesar. —Vamos, hombre. Este es tu desastre, no el mío.

—Trabajas para mí —le recuerda Kovan—. Todos mis desastres son tuyos. ¿Dónde están esos archivos que quería que revisaras?

—Ah, claro —Osip hurga en el bolsillo de su chaqueta y saca varias carpetas finas.

Hay un nombre impreso en el frente con letras mayúsculas gruesas, pero pasa tan rápido que no puedo distinguirlo.

Kovan abre los archivos y los lee, con las cejas arqueadas con interés. La forma en que estudia cada página me revuelve el estómago. Sea lo que sea que haya ahí, se trata de mí. Tiene que serlo.

—Vale, Vesper, hablemos.

Escupo al suelo junto a mi silla. —No tengo nada que decirte. No mientras lleve este cinturón en las muñecas.

Pavel se acerca a Kovan. —Vamos, hermano, está embarazada. Déjame desatarla.

—¿Estás loco? —sisea Osip—. ¡No dejes suelto a un lobo rabioso en el gallinero!

A pesar de mi enojo, no puedo evitar reírme. —¿Te estás comparando con una gallina, Osip?

—Te estaba comparando *a ti* con un lobo rabioso.

Me encojo de hombros. —Me alegra ser el lobo. ¿Tú te alegras de ser un pollito asustado?

—Ya veo tu rollo —refunfuña—. Juegos mentales, ¿eh? El mejor amigo de una mujer. Bueno, me niego a dejar que me desesperes. No me conoces. Soy todo un hombre.

—¿Qué clase de hombre tiene que decirle a todo el mundo que eso es lo que es?

—¡Mala! ¡Otra vez! —grita Osip. Me señala con un dedo acusador—. Nunca la sueltes.

—Osip —Kovan pone los ojos en blanco—. Hazme un favor y cállate.

—Te haré algo mejor —me mira con ojos odiosos—. Me voy. Pavel, ¿vienes también? ¿Antes de que la loba te quite los huevos?

Pavel me guiña un ojo. —Justo detrás de ti, amigo.

Los dos desaparecen, dejándome sola con Kovan otra vez. Parece que no se da cuenta. Está demasiado ocupado revisando los archivos que Osip le acaba de dar.

Me vence la curiosidad. —¿Qué es eso?

—¿Esto? —los hojea rápidamente y los guarda en el escritorio detrás de él—. Son historiales médicos importantes.

Me tenso, olvidándome del cinturón que me rodea las muñecas por primera vez desde que me lo pusieron. —¿Hablas de más donantes de órganos? Porque si es así, esa no es una lista de personas… sino de corderos al matadero.

Los ojos verdes de Kovan son claros y brillantes. Arrastra la silla junto a mí por el elegante azulejo, luego la gira y se sienta a horcajadas sobre ella. —Ya te lo dije, Vesper: terminé con ese negocio. Nunca quise formar parte de él, y ahora que tengo algo de poder, lo voy a terminar.

Sostiene la mirada en mis ojos mientras habla. Seguro que no puede estar mintiendo, ¿verdad? Porque, si puede mirarme a los ojos y mentir tan fácilmente, tiene que ser un completo psicópata.

Como si pudiera leerme la mente, añade—: Te digo la verdad. Solo espero que me trates con la misma cortesía.

Eso me confunde. —¿Qué quieres decir?

Echa un vistazo a los archivos de su escritorio. —Hay algunas cosas que no me cuadran. Por ejemplo, por qué hackeaste la base de datos del hospital una semana después de que rompiéramos.

Mi pulso se acelera. —Yo… yo no…

—No me mientas, Vesper. Reconozco a un mentiroso en cuanto lo veo, y ahora mismo estás trabajando horas extras.

De repente, siento que las ataduras alrededor de mis muñecas se aprietan mucho más. —Suéltame.

—Lo haré —dice amablemente—. Después de que termines de responder a mis preguntas.

—¡Esto es una locura! ¡Estoy embarazada! ¡De *tu* bebé!

Mira con indiferencia el reloj de la pared frente a nosotros. —Lo que me recuerda que tenemos cita con el médico en menos de una hora, así que mejor empieza a hablar rápido.

—Kovan…

—¿Crees que eres la única con una razón para no confiar en mí, Vesper? ¿Te has parado a pensar, aunque sea por un instante, que yo podría tener mis propias razones para no confiar en ti?

—¡¿Disculpa?!

—Te encontraron escabulléndote de la oficina de Jeremy dos veces.

—¡Porque intentaba averiguar información sobre ese bastardo y sus planes! No porque tuviera nada que decirle.

—¿Y qué hay del hackeo? —continúa Kovan.

Me muerdo la lengua, preguntándome cómo voy a salir de esta. La verdad me pesa en el pecho, exigiendo ser liberada. Al final, me decido por algo novedoso.

Voy con la honestidad.

—¿Quieres la maldita verdad? —grito—. ¡Bien! Aquí va: soy tan criminal como tú. Hice cosas malas, y las hice para beneficio propio. No por dinero… sino por mi madre.

Kovan parpadea, sorprendido. —¿Qué dijiste?

—El ensayo clínico en el que inscribí a mi mamá… ella no cumplía los requisitos. Así que falsifiqué sus documentos y los de otro paciente para que los expulsaran del ensayo y mi mamá pudiera ocupar su lugar —bajo la mirada, incapaz de seguir mirándolo a los ojos—. Sé que hice algo terrible, y probablemente siempre me sentiré fatal, pero no me arrepiento. Porque al menos ahora mi mamá tiene una pequeña posibilidad de sobrevivir. Y necesito que sobreviva. Necesito que sobreviva para ver a su nieto.

La confesión me sale a borbotones, y de repente, lloro en mi pecho porque mis manos están demasiado atadas para servirme de algo. Yacen allí flácidas, cansadas de luchar.

Me detengo solo porque siento una caricia cálida en el muslo. Levanto la vista y veo el rostro de Kovan justo frente a mí, esos ojos verdes tan cautivadores que me dejan sin aliento.

Me ahogo con mis propios sollozos, justo en su cara, pero no parece importarle. En cambio, me seca las lágrimas con el pulgar. Luego, lentamente, empieza a desabrocharme el cinturón de las muñecas.

Espero una marca, una huella, tal vez incluso una cicatriz. Pero el cinturón se quita y mis muñecas quedan libres y sin rastro, sin un rasguño a la vista. Supongo que el dolor estaba en mi cabeza.

O en mi corazón.

—Gracias —murmuro.

—Osip y Pavel están ocultando tu rastro —me informa—. Después de esta noche, nadie podrá rastrearte por esos documentos falsificados.

Me aferro a sus brazos, mi cuerpo curvándose contra el suyo, buscando su calor. —Estás ocultando la evidencia.

—Solo llamémoslo "limpieza". Un poco de limpieza ligera.

—No deberías. Merezco que me pillen. Merezco que me suspendan la licencia médica. Merezco que me despidan. Soy una mala doctora. Soy peor persona.

—No, no lo eres —niega con la cabeza—. Quizá alguien de fuera te vea y vea a una mala doctora. ¿Pero yo? Solo veo a una persona dispuesta a hacer lo que sea para proteger a su familia.

—No tienes que hacer esto por mí, ¿sabes?

—Sí, tengo que —dice con vehemencia—. Ella es tu familia. Y tú eres mi familia —me pone la mano en el vientre—. Y, en esta Bratva, la

familia lo es todo.

Se acerca a mí. Por un momento, creo que me va a besar. Espero, conteniendo la respiración, con los ojos entrecerrados…

Pero al final, evita mis labios por completo. Su boca roza mi oreja, tan cerca que puedo sentir su suave respiración. —Toma mi mano.

La decepción se instala suavemente en mi estómago mientras tomo su mano y él me ayuda a ponerme de pie. —¿A dónde vamos?

—Tenemos una cita, ¿recuerdas? Vamos a ver a nuestro hijo.

VESPER

Intento ser objetiva, lo juro. Es la única manera de mantener la cabeza y el corazón intactos.

Objetiva, me digo mientras lo miro. *Mantente objetiva.*

Pero es difícil. Observo los ángulos pronunciados de los pómulos de Kovan mientras se concentra en salir marcha atrás del estacionamiento. Su mandíbula se mueve de una forma particular cuando está concentrado, una especie de tensión que vibra y palpita.

Su cabello es brillante y suave a la vista.

La línea recta de su nariz.

Ojos. Ojos verdes. Ojos verdes brillantes que hacen que las mujeres inteligentes hagan cosas estúpidas.

Todo esto hace imposible la objetividad.

Y eso no es justo. Su apariencia bastaría por sí sola, pero, aunque no lo fuera, hay más. Es tan encantador cuando quiere. Cariñoso. Detallista. Seductor de maneras que pasan por alto por completo el razonamiento.

El hombre puede ser aterrador un minuto y protector al siguiente. Puede ser villano o caballero, según lo que le convenga. Manipula a

la gente como un maestro titiritero.

Y lo peor es que, para cuando te clava los colmillos, *quieres* que te manipule. Lo *pides.* Lo *ruegas*.

Saber todo esto debería hacerme inmune.

No lo hace.

De alguna manera, a pesar de todas mis intromisiones y espionaje, logré salir de su oficina con más preguntas que respuestas. No solo no descubrí nada útil sobre sus operaciones, sino que le revelé mi secreto más profundo. Lo único que juré no contarle a nadie, excepto a Waylen y Charity.

Me lo sacó a la fuerza, claro, pero no tenía por qué ponérselo fácil. Podría haberle exigido información a cambio. En cambio, le di todo y no recibí nada.

Por eso voy a tener un bebé con un criminal. A pesar de mis títulos médicos, soy una idiota cuando se trata de Kovan Krayev.

La objetividad es imposible.

—Estás callada —dice.

—¿Lo estoy? —mantengo un tono neutral mientras observo las gotas de lluvia caer por el parabrisas.

—Sí. Y me has estado mirando fijamente durante los últimos diez minutos.

Mis mejillas se calientan. —No te hagas ilusiones.

Su mirada se dirige a mí, curiosa, pero no insiste. Unos minutos después, nos detenemos frente a la clínica privada donde trabaja mi nueva ginecóloga. Según Kovan, la Dra. Alison Mann es la mejor del estado.

—Espérame ahí —Kovan me impide abrir la puerta—. Voy a buscar el paraguas.

—Es solo un poco de lluvia…

Pero él ya está trotando alrededor de la camioneta, paraguas en mano, como si la llovizna pudiera disolverme al contacto. Para cuando llegamos a la entrada de la clínica, él está empapado y yo completamente seca.

—¿Tienes frío? —se quita la chaqueta—. Toma.

—Te vas a congelar —intento retroceder, pero es difícil no notar cómo la camisa mojada se adhiere a su pecho y hombros.

—No tengo frío. Póntela.

Me pone la chaqueta sobre los hombros antes de que pueda protestar más. El calor es inmediato, pero es el aroma lo que me deshace. Si no me estuviera mirando, hundiría la cara en la tela y lo inhalaría.

—¿Señor y señora Krayev?

Las palabras de la enfermera me sobresaltan. Espero a que Kovan la corrija, pero él simplemente me hace un gesto para que lo siga.

Señora Krayev. Eso no está bien. No soy su esposa. Apenas soy nada suyo. Solo la mujer que lleva a su hijo en el vientre. Y aun así…

Se siente extrañamente apropiado.

Cuando él me mira, miro hacia otro lado y pretendo revisar mi teléfono.

En la sala de examen, me ayuda a subir a la mesa con cuidado. —¿Seguro que estás bien?

Esta es mi oportunidad. Podría pedir la verdad ahora mismo. Pero en cuanto lo haga, esa expresión de preocupación desaparecerá. La suave caricia en mi espalda se desvanecerá. Él se refugiará tras sus muros, las puertas se cerrarán herméticamente y cualquier esperanza de futuro desaparecerá.

Lo miro, abro la boca y digo—: …Estoy bien.

La Dra. Mann entra con una sonrisa. Realiza los controles de rutina, conversa amablemente mientras prepara el equipo de ultrasonido.

—Quiero mencionar que tienes la presión arterial alta, Vesper —señala—. Necesitamos bajarla.

—¿Cómo? —pregunta Kovan antes de que pueda responder.

—Normalmente es por estrés. Intenta disfrutar de este embarazo en lugar de preocuparte. Y Papá… —Kovan se estremece al oír el título —. Tu trabajo es asegurarte de que descanse y se relaje lo suficiente. Ella está haciendo todo el trabajo pesado ahora mismo.

—Entendido —dice entre dientes.

—Perfecto. Ahora, veamos cómo está tu peque.

Se pone a trabajar con el ecógrafo. La imagen no tarda mucho en cobrar vida en la pantalla. Esta vez, nuestro hijo parece humano. Pequeño y de proporciones extrañas, pero reconocible como una persona.

—Dios mío —mi mano encuentra la de Kovan sin pensarlo—. Míralo.

—Lo veo. —la mirada de Kovan permanece fija en el monitor con una intensidad que me oprime el pecho—. Es grande.

Mi mirada se desplaza del monitor al hombre a mi lado. Esa intensa mirada de orgullo que lleva me produce un efecto que me revuelve las entrañas.

Va a ser un buen padre.

—Les daré un poco de privacidad —dice la Dra. Mann mientras sale.

—Es surrealista —susurro, aunque solo sea porque el silencio parece demasiado grande y necesito llenarlo con algo.

—Ese es nuestro bebé —Kovan mira de reojo el monitor—. Nuestro hijo.

La realidad me golpea de golpe. En unos meses tendré un bebé. Seré madre. Kovan será padre. Y no habrá vuelta atrás.

Pero…

Necesito respuestas antes de eso. Necesito saber quién es realmente y qué está haciendo. Porque, una vez que vea a nuestro hijo en sus brazos, una vez que lo vea convertirse en papá, no podré alejarme.

No importa lo que descubra sobre él.

—¿Vesper? —Kovan ahora me observa a la cara en lugar de a la pantalla—. ¿Qué sucede?

—Nada —fuerzo una sonrisa—. Solo lo estoy procesando.

Ambos sabemos que estoy mintiendo.

VESPER

—¿Dra. Nass?

Me levanto de golpe de la incómoda silla del hospital. La parte baja de mi espalda protesta tras horas de velar junto a la cama de Mamá. La doctora está en la puerta, pero su sonrisa es la sombría compasión de un director de funeraria. Es el rostro de una mujer que trae malas noticias.

—¿Te esperábamos? —me acerco a la cama de Mamá y me coloco instintivamente entre ellas, como si eso fuera a cambiar algo.

—No, y le pido disculpas por no haber llamado antes —la Dra. Nass entra en la habitación y cierra la puerta—. Pero esto es urgente.

A través de la pequeña ventana de la puerta, diviso los anchos hombros de Kovan. Está apostado en el pasillo como un centinela, suficientemente cerca como para intervenir si es necesario, pero suficientemente lejos como para darnos privacidad. Una parte de mí quiere llamarlo. Odio haber llegado a depender tanto de él, odio anhelar su fuerza cuando todo se derrumba.

—¿Qué pasa? —Mamá se esfuerza por incorporarse—. ¿Es por el ensayo clínico?

La Dra. Nass saca una tableta. —Están demandando al hospital.

—¿Demandando? ¿Quién?

—Uno de los pacientes que debía participar en el ensayo clínico. Alegan incumplimiento de contrato.

Se me seca la boca. Ya está. Aquí es donde se desenredan mis cautelosas mentiras. Y, cuando lo hagan, no solo me destruirán a mí, sino también a mi madre moribunda.

—No entiendo —mamá nos mira confundida.

—Alguien que fue seleccionado originalmente para tu puesto de prueba está molesto por haber sido eliminado —mantengo mi explicación simple, pero por dentro estoy gritando.

Esto es mi culpa. Toda.

La Dra. Nass vuelve a consultar su tableta. —Es más complicado. Este paciente fue seleccionado inicialmente, pero, al revisar sus datos médicos, encontramos discrepancias que lo descalificaron. Sus niveles no estaban dentro del rango aceptable para los parámetros del ensayo.

La mano de Mamá encuentra la mía. —¿Así se abrió un puesto para mí? ¿Ocupé el lugar de otra persona?

El sabor a bilis me sube por la garganta. Necesito encontrar un lugar donde vomitar, y pronto. La culpa me carcome por dentro.

—Annabelle, no deberías sentirte responsable de esto —dice la Dra. Nass—. Solo estoy aquí porque el hospital quiere que verifique toda la información de los pacientes. Están en plena fase de control de daños y no pueden permitirse más sorpresas.

—¿Qué tipo de verificación? —logro decir con voz entrecortada.

Tengo gotas de sudor en la línea del cabello a pesar del aire acondicionado agresivo del hospital. Si el sudor fuera una prueba de polígrafo, ahora mismo estaría fallando estrepitosamente.

—Solo detalles básicos sobre tu diagnóstico, Annabelle. Sé que lo abordamos en tu entrevista de admisión, pero ten paciencia.

Me acerco a los pies de la cama de Mamá, intentando ubicarme donde pueda ver la pantalla de la tableta de la Dra. Nass. Mamá se ve pálida bajo las luces fluorescentes, pero claro, últimamente siempre parece medio muerta. El cáncer le ha quitado el color, como todo lo demás.

La Dra. Nass empieza con preguntas rutinarias: nombre completo, fecha de nacimiento, historial médico, alergias. Preguntas comunes que no confundirían a nadie que dijera la verdad.

Pero yo no digo la verdad, ¿cierto? Estoy viviendo una mentira.

Me acerco un poco más hasta que vislumbro la historia clínica del paciente en la pantalla de la tableta. El corazón me late con fuerza al ver la pregunta que me espera.

—¿Cuándo exactamente te diagnosticaron cáncer por primera vez, Annabelle?

Se acabó el juego.

Estoy completamente jodida. Después de todo el esfuerzo que Kovan hizo para ocultar mis huellas, estoy a punto de ser descubierta por una simple pregunta de verificación.

—Siempre tiene problemas con las fechas —la mentira sale de mi boca—. Te diagnosticaron hace dos años, ¿verdad, Mamá?

Mamá abre la boca y luego la cierra. Sus ojos se posan en los míos. La miro fijo, vertiendo en mi mirada toda mi desesperación.

Por favor. Por favor, no me decepciones ahora.

—¿Es correcto, Annabelle? —insiste la Dra. Nass, con el bolígrafo suspendido sobre la tableta.

Asiento con la cabeza para animarla mientras Mamá se remueve incómoda en su cama de hospital. —¿Podría… podría darme un poco

de agua, doctora?

La Dra. Nass, diligentemente, vierte agua de la jarra junto a la cama y le entrega a Mamá el vaso de plástico. Mamá bebe despacio, ganando tiempo para pensar. Cuando por fin deja el vaso, la Dra. Nass repite su pregunta.

—No te quiero retener por mucho tiempo, Annabelle. Solo necesito esta respuesta y me iré.

Mamá me mira una última vez. En sus ojos veo el momento en que toma la decisión. El momento en que decide sacrificar sus principios por su hija.

—Sí —dice en voz baja—. Fue hace unos dos años.

Ella miente. Por mí. Mi madre, que me crio para valorar la honestidad por encima de todo, acaba de cometer fraude para protegerme.

—Perfecto. Eso era todo lo que necesitaba saber —la Dra. Nass toca la pantalla y se la coloca bajo el brazo—. Gracias a ambas por su tiempo.

Acompaño a la Dra. Nass afuera, y luego regreso a sentarme en la silla junto a la cama de Mamá. El peso de lo que acaba de pasar es como una gravedad insoportable que me arrastra al abismo más profundo del infierno.

—Mamá…

—Vesper Antoinette Fairfax, ¿por qué acabo de mentirle a mi médica?

Que me saque el segundo nombre nunca es bueno. Le tomo la mano. —Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Cariño… —le tiembla la voz—. ¿Qué hiciste?

—Tenía que salvarte —susurro—. Tenía que darte una oportunidad de luchar.

—Ay, Vesper… —la luz del sol entra a raudales por la ventana, iluminando su rostro con una luz dorada que acentúa la transparencia de su piel. Parece que ya está a medio camino de donde la espera Papá.

—No lo entiendes —le aprieto la mano con más fuerza, como si pudiera mantenerla atada a este mundo solo con el tacto—. Soy médica. Mi trabajo es salvar vidas. Pero, por alguna razón, nunca puedo ayudar a las personas que más quiero. Cuando me hablaste del cáncer, conocía las estadísticas. Sabía que era una sentencia de muerte, pero también sabía que no podía rendirme sin luchar.

—Pero esto no se trata de ti, cariño.

Me da el golpe con suavidad, como siempre ha dicho verdades difíciles. Pero aun así me duele profundamente. Le suelto la mano y me aparto de la cama.

—Eres mi madre —insisto—. Todo en ti es sobre mí.

—Tienes treinta y un años, Vesper. Ya no me necesitas —sus ojos hundidos parecen enormes en su rostro demacrado—. Ya te lo dije: es hora de que me reúna con tu padre. Le quitaste la oportunidad a alguien que de verdad quiere vivir, alguien que lo merece. Sin mencionar que pusiste en peligro un ensayo clínico que podría salvar a innumerables pacientes.

Me seco con rabia las lágrimas que me resbalan por las mejillas. —¿Crees que me equivoqué al luchar por ti?

—Creo que lo arriesgaste todo innecesariamente —dice Mamá con tristeza—. Tu carrera, tu reputación, tu licencia médica. Creo que actuaste sin pensar en las consecuencias y ahora estás en un lío que te supera. Creo que eres hija de tu padre y vas a terminar arrepintiéndote de esto igual que Thomas.

Se me corta la respiración. —¿Qué?

—Tu padre también se tomó libertades en el trabajo —dice vagamente—. Hizo cosas que no debió haber hecho.

—Lo sabías —la comprensión es como una bofetada—. Dios mío. Sabías lo que hacía.

—Espera —la cara de Mamá palidece y se le cae—. ¿Qué crees que hacía?

Pero no puedo explicarlo. No cuando yo también necesito respuestas. Niego con la cabeza, alejándome de su cama, permitiéndome sentir verdadera ira hacia ella por primera vez desde su diagnóstico.

—¡Era un fraude! —grito—. ¡Un mentiroso y un asesino! ¡Robaba órganos de sus pacientes, de gente que confiaba en él, de gente que lo solicitaba específicamente para sus cirugías! Ya es bastante malo que hiciera lo que hizo, pero saber que tú lo sabías y no hiciste nada…

Mis piernas empiezan a fallar. Estiro la mano hacia el marco de la cama, pero me tiemblan demasiado las manos para encontrar apoyo. Justo cuando estoy a punto de caer al suelo, unas manos fuertes me sujetan.

Las manos de Kovan. Manos que me han arrastrado a pesadillas. Manos que me han sostenido *durante* las pesadillas.

—Te tengo —murmura contra mi oído—. Te tengo.

Me derrumbo contra él, sollozo con tanta violencia que me duelen las costillas. Mamá lucha por incorporarse, con las mejillas mojadas por las lágrimas.

—Cariño, lo siento. Lo siento mucho. No sabía que tú lo sabías…

—Esperaba que *tú* no lo supieras —digo entre lágrimas—. Pensé que si no conocías sus crímenes, eso justificaría por qué te quedaste con él todos esos años. Explicaría por qué aún lo amabas.

—Ay, cariño —la voz de Mamá se quiebra—. No dejas de amar a alguien solo porque haga cosas terribles. Era el amor de mi vida, mi alma gemela. No aprobaba lo que hacía. Le rogué que parara, pero…

—¡*No* paró!

—No pudo parar, Vesper —llora con más fuerza ahora, su cuerpo frágil se estremece—. Al final quiso renunciar. Intentó romper limpiamente con eso…

—¡No hay nada limpio en asesinar a cientos de inocentes! —grito—. ¡No hay vuelta atrás!

—Lo sé —jadea—. Lo sé.

Los brazos de Kovan me aprietan, soportan casi todo mi peso. —¿Por qué no paró? —pregunto—. ¿Por qué no se fue?

—Se había involucrado con gente peligrosa, Vesper. No puedes solo renunciar cuando tratas con ellos.

—Tu madre tiene razón —interviene Kovan—. No pudo haberlo detenido. Mi padre jamás lo habría permitido.

Me separo de su abrazo.

¿Qué estoy haciendo? ¿Buscando consuelo en un hombre tan comprometido moralmente como mi padre? ¿Un hombre que representa todo aquello de lo que debería huir?

¿Será por esto por lo que me enamoré de Kovan en primer lugar? ¿Porque una parte enferma de mí se sintió atraída por el patrón familiar de amar a un criminal? ¿Intentaba reescribir la historia de mis padres para arreglar de alguna manera lo que mi padre rompió?

—Ves… —intenta alcanzarme, pero me tambaleo hacia atrás.

—¡No! ¡No me toques! —me giro a ciegas hacia la puerta. Necesito escapar de esta habitación, de estas revelaciones, del peso aplastante de la comprensión—. Solo déjame en paz. ¡Déjame jodidamente en paz!

Huyo por el pasillo del hospital, pero no puedo escapar de la verdad.

Soy hija de mi madre, amando a un hombre que mata gente.

Soy hija de mi padre, destruyendo vidas para salvar a los que más amo.

Soy un monstruo.

Soy un asesino.

Soy una bestia.

Soy un puto caminante… y merezco todo lo que me viene.

KOVAN

—Ve tras ella, Kovan —suplica Annabelle desde su cama de hospital. Intenta incorporarse a pesar del evidente dolor.

Todo mi instinto me grita que persiga a Vesper por el pasillo, que la acorrale hasta que me deje arreglar esto. Pero me obligo a acercarme a Annabelle. Le pongo una mano suave en el hombro.

—La quimio te deja exhausta —le digo—. No intentes levantarte.

Incluso el más mínimo esfuerzo la deja jadeando contra la almohada. Su piel adquiere esa palidez grisácea de quienes han aceptado lo que viene. Está librando una guerra que no puede ganar. Una guerra que ni siquiera *quiere* ganar.

—Uno de nosotros tiene que hablar con ella —insiste Annabelle.

—Necesita espacio ahora mismo. Presionarla solo empeorará las cosas.

A Annabelle le tiembla la barbilla. —¿Cómo es que tú sabes lo que ella necesita y yo no?

Me hundo en la silla junto a su cama y estudio a esta mujer que crio a la persona más testaruda, brillante y exasperante que jamás haya conocido.

—No estoy seguro de hacerlo —admito.

—No, tú entiendes a Vesper de maneras que yo nunca he podido —Annabelle se tira del cabello ralo. La quimioterapia le ha robado su grosor, su brillo, su vida, pero la dignidad que conserva la hace aún hermosa—. Siempre ha sido una niña de papá. Incluso de pequeña, cuando estaba enferma o asustada, lo quería a él. Nunca a mí.

Suspiro, sabiendo lo que realmente dice. —No te culpa por quedarte con Thomas.

—Sí, lo hace. Y debería —Annabelle toma el vaso de agua con manos temblorosas—. Sé que la mayoría de la gente no entenderá la decisión que tomé. ¿Cómo pude quedarme con un hombre como Thomas e ignorar lo que hacía? Me convierte en cómplice.

—Él era el padre de tus hijos.

—Sí, pero no hice la vista gorda por eso —da un sorbo con cuidado —. De joven, crees que la vida es blanco o negro. Bien y mal, sin punto medio. Pero nunca es tan sencillo.

La ayudo a sujetar la taza cuando le falla el agarre. Esta mujer se está muriendo y aún intenta proteger a su hija de las duras verdades. Admiro su valentía.

—Créeme, sé de decisiones imposibles —le digo—. Mi padre creó a los Keres. Toda la operación existe porque él la construyó desde cero y reclutó a tu esposo.

Annabelle me mira fijamente. —No…

—Me enteré hace unos meses. Hasta entonces, Vesper era solo una doctora que trabajaba en el mismo hospital donde operaba la organización.

—¿Lo supiste desde el principio? ¿Cuando la conociste?

—No. Esa noche en el hospital fue completamente aleatoria —sin embargo, ahora el recuerdo parece haberle sucedido a otra persona —. Ni mi hermano ni yo queríamos tener nada que ver con el tráfico

de órganos. Éramos lo suficientemente mayores como para saberlo cuando tomamos el control.

—¿Vesper lo sabe?

—Sí. Pero le cuesta creerlo.

Annabelle asiente lentamente. —¿Puedes culparla? Pasó treinta y un años idolatrando a un hombre al que adoraba, solo para descubrir que él traicionó todo lo que decía representar. Y ahora, se encuentra amando a un hombre en quien no está segura de si debería confiar.

—Quizás sea mejor así —digo, aunque me duele sugerirlo—. Nada bueno puede salir de que estemos juntos.

—Ya ha habido cosas buenas por estar juntos —señala Annabelle—. Ese bebé que lleva dentro es prueba de ello. ¿Me estás diciendo que puedes dejarlo pasar?

—Estaré allí. Me aseguraré de que estén seguros y cómodos. No desapareceré de la vista de ninguno de los dos.

—Entonces, ¿por qué no intentaste que funcionara con Vesper?

Abro la boca, pero no sale nada. Annabelle me llena el vacío.

—Tienes miedo de perderla. He pasado por eso. Pero créelo de alguien a quien se le acaba el tiempo: te arrepentirás de no estar con ella mucho más de lo que te arrepentirás de correr el riesgo.

Observo las profundas arrugas de preocupación que se le marcan en la frente. —¿Por qué motivas esto? No soy precisamente el hombre que la mayoría de las madres desean para sus hijas.

—No soy como la mayoría de las madres, y Vesper no es como la mayoría de las mujeres —el orgullo llena su voz a pesar del cansancio—. Necesita a alguien que comprenda su pasado y su dolor. Alguien que pueda con su fuerza y su ambición. Te necesita a ti, Kovan. Puede que su historia en común sea retorcida, pero

también es lo que los hace el uno para el otro. Solo necesitas admitir lo que sientes por ella.

Me miro las manos. Manos con cicatrices, manos tatuadas, manos manchadas de tanta sangre y maldad. —Nunca me había enamorado.

—No significa que no puedas reconocerlo cuando sucede —espera, observándome la cara—. ¿Lo reconoces?

Toc, toc, toc. Empiezan a llamar a la puerta, pero los ignoro. Probablemente es una enfermera con la siguiente ronda de medicamentos de Annabelle.

La miro. —Estoy enamorado de tu hija.

Annabelle exhala como si hubiera estado conteniendo la respiración. —Ya era hora.

—Eso solo hace que todo sea más complicado.

—Siempre es así. ¿No crees que mi decisión habría sido más fácil si no hubiera amado a Thomas? Podría haber empacado a mis hijos y empezar de cero en otro lugar. Pero sí lo amaba. Así que me quedé, aunque lo que hacía me repugnaba. Lo elegí por encima de mi conciencia, y hay días en que me arrepiento. Pero hay más días en que no.

Toc, toc, toc, toc, toc.

—Ella no confía en mí, Annabelle. No sé cómo cambiarlo.

—Empieza con la verdad —dice simplemente—. La verdad siempre ayuda.

Toc, toc…

—¡Maldita sea! ¿Qué? —ladro a la puerta.

El rostro de Osip aparece en la grieta. —Lo siento, Ko, pero tenemos un problema.

Toco la mano de Annabelle una vez y salgo al pasillo. —¿Qué problema?

Osip se remueve, incómodo. —Es Vesper.

Pavel dobla la esquina, un poco sin aliento. —Se ha atrincherado en tu oficina y está destrozando el lugar. Pensamos dejarla. De todas formas, toda la información confidencial está en tu laptop, con cortafuegos.

Empiezo a caminar hacia mi oficina. —Claro.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta Osip, y se pone a mi lado —. Si no quieres hacerte el malo, puedo entrar y sacarla a rastras.

—No será necesario —respiro hondo—. Lo haré yo mismo.



Nos detenemos frente a mi oficina. Oigo portazos, crujidos de papeles, el sonido de alguien que busca desesperadamente las respuestas que le he estado ocultando.

—¿Tienes algún plan? —pregunta Pavel—. Parece bastante molesta.

—Tengo un plan —miro a mi hermano a los ojos—. Derribar el cortafuegos.

Pavel se queda boquiabierto. Osip se atraganta con la nada.

—Disculpa —balbucea Osip—. ¿Acabas de decir lo que creo que dijiste?

—Estás hablando de información clasificada —susurra Pavel—. Información que podría arruinar todo si se divulga.

—Estoy consciente.

—Entonces, ¿por qué lo revelarías? —insiste Osip—. ¿Sobre todo a alguien que claramente está perdiendo la cabeza?

—Está perdiendo la cabeza porque no sabe la verdad. Necesita respuestas y yo se las voy a dar.

—¿Podrá manejarlo?

—No lo sé. Pero necesita dejar de sentirse impotente.

Pavel me agarra del hombro. —Sabes lo que hay en esa computadora. Ella podría destruirlo todo.

—Ella no quiere destruirnos. Quiere comprendernos.

—¿Y si te equivocas?

—Entonces, me equivoco y asumiré las consecuencias. Pero ahora mismo creo que puedo confiar en ella.

—Nos estás pidiendo a todos que confiemos en ella también.

—Tal vez eso sea lo que haga falta para que ella vuelva a confiar en nosotros.

—¿Estás seguro de que por eso haces esto? —el sudor le resbala por la frente a Osip—. ¿Estás seguro de que no es solo una maniobra desesperada para conquistarla?

Solo puedo encogerme de hombros. —No puedo negar que podría ser parte.

—¡Kovan! —la voz de Osip se quiebra—. Si esto sale mal, podríamos acabar en la cárcel. Luka podría volver con Ihor y Yana.

—Conozco los riesgos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Escucho los sonidos que vienen de mi oficina: Vesper buscando pruebas de quién soy realmente, luchando por obtener respuestas que debí haberle dado hace meses.

—Porque creo que ella también me ama.

25

VESPER

Puedo oírlos fuera de la puerta.

Susurrando. Conspirando. Intentando averiguar cómo sacarme de la oficina de Kovan sin causar un incidente internacional.

Quizá llamen a los bomberos. Quizás me pasen algo por debajo de la puerta: comida, agua, una disculpa escrita de su jefe por ser un mentiroso. Quizás simplemente me esperen hasta que tenga suficiente hambre para rendirme.

Espero que no piensen en eso último. Estoy embarazada. Ahora tengo hambre cada veinte minutos. Es un plan infalible.

—¡Vesper! —grita Kovan a través de la puerta de madera—. ¿Podemos hablar de esto?

Lo ignoro y abro de golpe otro cajón del escritorio. Como los demás, está vacío, salvo por un bolígrafo negro y lo que parece un recibo de la tintorería. ¿Quién guarda recibos de la tintorería en su escritorio? Un psicópata.

—¡Claro, podemos hablar! —grito mientras rebusco en el siguiente cajón—. Adelante, habla. ¡Te escucho!

—Esperaba que pudiéramos hacerlo cara a cara.

—Sí, bueno, esperaba que no fueras un genio criminal, pero aquí estamos.

El problema es que podrían haber derribado la puerta hace diez minutos. O incluso más fácil: Kovan tiene llaves de repuesto de todo en este edificio. Demonios, probablemente tenga llaves de repuesto del Pentágono. Así que, o disfruta viéndome destrozar su oficina, o no hay nada aquí que valga la pena proteger.

Lo cual significaría que todo esto es inútil.

El sudor me corre por la espalda a pesar del aire acondicionado. Me tiemblan las manos al cerrar de golpe el último cajón y girarme hacia su escritorio. He revisado todo excepto…

—Venga ya. Seguro que no es tan sencillo.

Su laptop está cerrada sobre el escritorio, inocente como un corderito. Protegida con contraseña, sin duda, pero vale la pena intentarlo. De todas formas, no es que tenga demasiadas opciones.

La abro y aparece la pantalla de inicio de sesión. Un campo de contraseña me separa de la verdad sobre Kovan Krayev.

—Si yo fuera un jefe de la mafia alto y melancólico, ¿cuál sería mi contraseña? —pregunto en voz alta.

Escribo: ***BRATVA***

Acceso denegado. Quedan dos intentos.

Intento: ***LUKA***

Acceso denegado. Queda un intento.

Me queda un intento antes de que el sistema me bloquee por completo. Mis dedos flotan sobre el teclado. Se acabó. Mi última oportunidad de demostrar que Kovan es el villano del que sospechaba o el hombre del que me enamoré.

Cierro los ojos y escribo: ***VESPER***

Se carga el escritorio.

Mi propio nombre. Su contraseña es *mi propio maldito nombre*.

Me quedo mirando la pantalla, aturdida por un momento. Luego, niego con la cabeza y me concentro. No significa nada. Los asesinos en serie probablemente también les ponen el nombre de sus víctimas a sus computadoras. No le doy importancia. No puedo.

Aparece una carpeta en la pantalla sin que haga clic en nada. Está etiquetada como "***KERES***" en negrita, como si la computadora me leyera la mente y me mostrara justo lo que busco.

Lo abro.

El primer documento es un aviso de despido a nombre de alguien llamado Dr. Frederick McCarthy, fechado hace tres meses.

Su contrato con la organización Keres queda rescindido. Todas las obligaciones del paciente quedan nulas.

El segundo es un correo electrónico dirigido a Massimo Eaton: ***El programa de obtención de órganos se suspende permanentemente. Su depósito ha sido reembolsado en su totalidad.***

La tercera es una hoja de cálculo titulada "***Liquidación de Activos***". Enumera propiedades, cuentas bancarias y empresas fantasma, todas ellas aparentemente en proceso de disolución o transferencia. Todo lo relacionado con la operación de tráfico de órganos se está desmantelando sistemáticamente.

Reviso decenas de documentos similares. Rescisiones de contrato. Reembolsos. Cierres de instalaciones. Notificaciones a clientes.

Todas con fecha de los últimos seis meses. Todas firmadas por Kovan.

No estaba mintiendo.

Realmente lo está derribando.

—¿Me crees ahora?

Me doy la vuelta en la silla. Kovan está a un metro de distancia, con las manos en los bolsillos, observándome con una expresión indescifrable.

—¿Cómo entraste aquí?

Levanta una llave plateada. —De repuesto.

Mi cerebro lucha por procesar esto. —Tú… tú querías que encontrara estos archivos.

—Me di cuenta de que no dejarías de investigar hasta tener respuestas —dice—. Y quizá darte esas respuestas no sería lo peor del mundo.

—¿Por qué tardaste tanto en llegar a esa conclusión?

—Nunca antes había tenido que confiar tanto en nadie.

Cierro los ojos y dejo que eso penetre en mí. He estado tan concentrada en si podía confiar en él que nunca consideré cuánto le podría costar *a él* confiar *en mí*.

Se me escapa un sollozo. Luego otro. Sin darme cuenta, estoy llorando a mares, con lágrimas que me hacen temblar todo el cuerpo.

—Mierda —jadeo, intentando recomponerme—. Perdón. Hormonas del embarazo.

Kovan rodea el escritorio y se agacha frente a mi silla. Su oficina parece haber sido azotada por un tornado: papeles esparcidos por todas partes, cajones abiertos, libros sacados de las estanterías. Todo es culpa mía. Parece que no le importa.

—No te disculpes.

—Probablemente pienses que estoy loca.

—Creo que tienes miedo —me corrige—. Y creo que tienes todo el derecho a tenerlo.

Me limpio la nariz con el dorso de la mano. Atractivo, estoy segura. —Sé lo que estás pensando. No tengo derecho a juzgarte cuando mi propio padre estuvo involucrado en esto. Cuando falsifiqué historiales médicos para salvar a mi madre. Piensas que soy una hipócrita.

—¿Lo pienso?

—¿No es así?

—Lo que pienso —dice lentamente— es que eres la persona más ética que conozco. Y el hecho de que hayas transigido esa ética por tu madre demuestra cuánto la quieres.

—Destruí la posibilidad de supervivencia de otra persona. Otro paciente fue expulsado del ensayo por lo que hice. Va a morir, Kovan.

—Pacientes con cáncer mueren cada día, Vesper. Con o sin ensayos clínicos.

—Pero le quité la oportunidad. Por mínima que fuera, se la robé —nuevas lágrimas corren por mis mejillas—. Me convertí en mi padre.

—No —dice—. No te pareces en nada a tu padre.

—¿Cómo puedes decir eso? Falsifiqué documentos. Manipulé un sistema diseñado para ayudar a la gente. ¡Puse a mi familia por delante de desconocidos que necesitaban ayuda igual de importante!

—Tu padre mató a gente inocente por dinero. Tú rompiste las reglas para salvar a la mujer que te crio. Hay una diferencia.

—¿La hay?

—Sí —extiende la mano y me toca la mejilla, su pulgar recorre las tres pequeñas marcas de nacimiento cerca de mi sien—. Eres una buena persona, Vesper. No perfecta, pero buena.

—Teniendo en cuenta los círculos en los que te mueves, ese no es exactamente un estándar muy alto.

Se ríe entre dientes. —¿Siempre se te ha dado tan mal aceptar cumplidos?

—Lo siento. Es que… me siento como un fraude.

—No eres un fraude. Eres humana. Y los humanos a veces toman decisiones imposibles.

Me arqueo ante su tacto a mi pesar. —¿Por eso rompiste conmigo?

Su mano se aparta. —Rompí contigo porque la situación cambió. Ihor amenazó con llevarse a Luka si no cumplía con sus exigencias. Tuve que elegir entre protegerte o protegerlo a él.

—Lo sé. Ahora lo entiendo. Solo… —las palabras que quiero decir se me atascan en la garganta—. Solo quiero que me elijas a mí también.

Se queda muy quieto. —Vesper.

—Quiero ambas cosas —continúo—. Quiero que mantengas a Luka a salvo y que me desees de todas formas. Sé que es egoísta. Sé que es pedir demasiado. Pero no puedo evitarlo.

Me observa el rostro un buen rato. —Esperabas encontrar pruebas de que yo seguía con la operación.

Parpadeo. No era lo que esperaba. —¿Qué?

—Si todavía traficara órganos, podrías irte sin sentirte culpable por desearme. Podrías convencerte de que soy irredimible y seguir adelante con tu vida.

La precisión de su observación me hace estremecer. —Bueno… tal vez.

—Pero ahora sabes que intento salir de eso. ¿Y qué cambia eso?

—Todo. Nada. No lo sé —lo miro a los ojos—. ¿Todavía me deseas? ¿Después de todo lo que ha pasado?

Sus pupilas se dilatan. Por un momento, creo que va a decir que sí. Luego, su expresión se endurece. —No importa lo que yo quiera.

—A mí me importa.

—Vesper, hay algo más que necesitas saber. Algo que podría cambiar tu opinión sobre todo esto.

Un miedo frío me invade. —¿Qué?

—Tu padre no rechazó esos trasplantes de hígado solo por sentirse culpable. Los rechazó porque mi padre le dio un ultimátum.

—No entiendo.

—Thomas quería salir de la operación Keres meses antes de enfermarse. Intentó socavar la organización, sabotear acuerdos y advertir a las posibles víctimas. Genrikh no podía permitir que eso continuara.

Se me seca la boca. —¿Qué estás diciendo?

—Si la enfermedad del hígado no hubiera matado a tu padre, mi padre lo habría hecho.

Me levanto con dificultad, alejándome de Kovan. —No. No, eso no es… Mi padre murió de la enfermedad de Wilson. Era genética. Estaba enfermo.

—Estaba enfermo, sí. Pero también estaba marcado para la muerte.

—Estás mintiendo.

—No —Kovan se levanta lentamente, con las manos en alto como si se acercara a un animal herido—. Thomas rechazó el tratamiento porque Genrikh le dijo que, si aceptaba un trasplante y vivía, toda tu familia moriría. Tu padre murió para protegerlos a ti, a Waylen y a tu madre.

Me agarro al borde del escritorio para mantener el equilibrio. —Dices que tu padre asesinó al mío.

Asiente solemnemente. —En esencia, sí.

—Y lo sabías. Todo este tiempo.

—Me enteré hace poco. Quise decírtelo, pero…

—¿Pero qué? ¿Pensaste que me parecería bien? ¿Pensaste que simplemente lo ignoraría?

—Pensé que merecías saber la verdad.

Me río, pero me sale roto y amargo. —La verdad. Claro. Bueno, aquí tienes una verdad, Kovan. Mi padre pudo haber sido un criminal, pero seguía siendo mi padre. Y tu padre me lo arrebató.

—Vesper, por favor…

—No —me dirijo a la puerta—. Se acabó. Lo nuestro, sea lo que fuere, se acabó.

—No lo dices en serio.

Me detengo con la mano en el pomo de la puerta. —¿No?

—Piensa en lo que estás haciendo. Piensa en nuestro hijo.

—¡*Estoy* pensando en él! Pienso que no quiero que crezca rodeado de gente que resuelve sus problemas amenazando con asesinar a familias enteras.

—Eso no es lo que soy.

—¿No lo es? —me giro para mirarlo—. Tu padre mató al mío. Tu organización destruyó cientos de vidas. Llevas meses mintiéndome sobre todo esto. Así que dime, Kovan, ¿quién eres exactamente?

Me mira fijamente un buen rato. —Soy el hombre que te ama.

Eso me paraliza. Tres palabras que llevo meses esperando oír. Tres palabras que deberían cambiarlo todo.

En cambio, rompen lo que queda de mi corazón.

—Eso solo lo hace más difícil —susurro.

Luego, salgo de su oficina y no miro atrás.

VESPER

Waylen saca dos cartones de leche del refrigerador del supermercado. —¿Quieres decirme por qué están peleando tú y Kovan esta vez?

Acerco el carrito para que pueda meterlas sin tener que estirarse. —No, la verdad es que no.

—No le hablas a Kovan. No le hablas a Mamá. Apenas me hablas a mí —pone la leche en el carrito—. ¿Qué tan malo es?

Empujo el carrito hacia adelante, las ruedas chirrían contra el suelo. —Es muy incómodo vivir contigo, ¿sabes?

De hecho, se ríe de eso. Entonces, su mano se dispara para detener el carrito y obligarme a mirarlo. —Soy tu hermano mayor, V. Si no puedes hablar conmigo, ¿qué sentido tiene tener uno?

—Quizá intento protegerte —mantengo la vista fija en la lista de la compra arrugada en la palma de la mano en lugar de mirarlo a los ojos—. Es cierto lo que dicen: a veces la ignorancia es una bendición.

Se le sale la mandíbula cuando se pone terco. Mamá siempre dice que lo heredó de Papá. —No es tu trabajo protegerme, Vesper. Además, si no me hablas, iré directo a Kovan. Y, a diferencia de ti, a él no le preocupa proteger mi delicada sensibilidad.

Levanto la cabeza de golpe. —¿De verdad irías a Kovan?

—Sí, lo haría. Y si es necesario, le daré una paliza hasta que me diga qué está pasando.

—¡No! —lo agarro del brazo, mis dedos probablemente se marcan en la manga de su chaqueta—. No es su culpa.

Waylen pone los ojos en blanco, incrédulo. —Sí. Claro. ¿Esperas que me crea que el gilipollas…?

—Lo digo en serio. Solo es el mensajero.

Deja caer los brazos a los costados y me presta toda su atención. El carrito de la leche zumba detrás de nosotros y, a lo lejos, un bebé llora. Sonidos típicos de supermercado para una conversación muy inusual.

—Dime qué pasa, Vesper.

—¿Aquí? —miro a los demás compradores, que fingen no escuchar —. ¿En el pasillo de congelados?

—Podríamos ir a la sección de carnes, pero no me gusta el olor.

—Estamos en un supermercado, Waylen. No es el lugar adecuado para tener esta conversación.

—No veo por qué no. Necesitamos comprar comida y hablar —se encoge de hombros como si fuera lo más lógico del mundo—. No tiene sentido posponer ninguna de las dos.

—Muy práctico.

—Soy sensato —su boca se curva hacia arriba—. Y tú estás dando vueltas.

Tiene razón. Lo estoy haciendo. Pero, ¿cómo le dices a alguien que todo lo que creía sobre el hombre que lo crio era mentira? ¿Cómo le explicas que el padre que le enseñó a montar en bicicleta y lo ayudó con las tareas también era un asesino?

Respiro hondo, pero siento que mi respiración es demasiado débil. —¿Te acuerdas de los Keres?

La media sonrisa se le borra de la cara. —Vi ese nombre una vez en la oficina de Papá. En uno de sus archivos.

—Es una red de tráfico de órganos —las palabras salen atropelladas, como si arrancara una venda—. Papá fue su cirujano principal durante varios años. Básicamente, robaba los órganos de sus pacientes y los vendía al mejor postor.

Waylen se queda completamente inmóvil. Sus labios se ponen blancos y, por un instante, creo que se va a desmayar aquí mismo, entre los guisantes congelados y el helado.

—Bueno, pues que me jodan —dice finalmente.

—Lo siento. Quizá hubiera habido una mejor manera de decírtelo…

—¿Que nuestro padre robaba órganos de sus pacientes para ganar dinero? —Waylen se pasa las manos por el cabello, despeinándolo por completo—. No estoy seguro de que haya una buena manera de dar esa noticia en particular. Joder.

—Sé que es mucho para procesar…

—¿Tendría sentido si dijera que esto es impactante, pero no sorprendente?

Me quedo boquiabierta. —¿En serio?

—Yo era mayor que tú, V. Veía cosas que tú no. Además, no lo admiraba como tú —no está siendo cruel, solo sincero—. Veía sus defectos, así como sus mejores cualidades. Nunca fue el santo que creías. Nunca encajó en ese pedestal en el que lo pusiste.

—No entiendo. ¿Qué notaste?

—Pequeñas cosas. Llamadas nocturnas que nunca parecían hacerlo feliz. Un cajón cerrado con llave en su despacho que protegía con locura —Waylen se apoya en el congelador, parece repentinamente

agotado—. Un día yo buscaba un bolígrafo… Papá siempre tenía de sobra en su escritorio. Así que fui a su despacho a buscar uno. Me pilló allí y se puso hecho una furia. Me acusó de invadir su privacidad y la de sus pacientes. Después se disculpó por haber exagerado, pero siempre me pareció raro. Parecía que tenía algo que ocultar.

—Mamá también lo sabía.

Waylen se mira los zapatos. —Ella nunca iba a detenerlo, Vesper. Lo adoraba igual que tú. Quizá incluso más.

—No lo habría hecho si hubiera sabido lo que hacía —la defensa sale automáticamente, pero, incluso al decirla, no estoy segura de que sea verdad—. Jamás podría aprobar lo que hizo.

—No, pero eres su hija. Mamá era su esposa. Es diferente cuando amas a alguien.

—¿Pero lo es?

—Dímelo tú. Después de todo lo que has pasado con Kovan, ¿aún lo amas?

La pregunta da justo en el blanco. Miro fijamente a mi hermano, intentando encontrar una respuesta que me absuelva de la comparación. Por desgracia, me ha pillado desprevenida.

—Kovan es diferente —me oigo protestar—. Nuestro padre participó activamente en el círculo. Kovan intenta destruirlo.

—¿Eso es lo que te dijo?

—Encontré pruebas, Waylen. Documentos, hojas de cálculo, cartas de despido. Lleva meses trabajando para desmantelar toda la operación. Está a punto de terminarla, por eso Ihor y Jeremy están desesperados.

Él levanta una ceja. —¿Y confías en la prueba que encontraste?

—Sí.

Waylen suspira, un sonido que parece provenir de lo más profundo de su pecho. —De acuerdo.

—Pero… hay más.

—¿Más? —me mira fijamente—. Dios mío, Vesper. ¿Qué más podría haber?

—Fue el padre de Kovan quien fundó la red. Ihor era su mano derecha. Y juntos… reclutaron a Papá.

Waylen niega con la cabeza lentamente. —Y la trama se complica.

—Espera, no he terminado. Cuando Papá enfermó, el padre de Kovan iba a mandarlo a matar. Genrikh básicamente le dio un ultimátum: rechazar todo tratamiento, incluyendo mi donación de hígado, o ver morir a toda su familia.

Waylen se queda en silencio. No es el tipo de silencio que indica que está pensando, sino el que significa que algo dentro suyo se acaba de romper.

—No —dice finalmente.

—¿No?

—O sea, sí y no —tose, como si se le atascaran las palabras—. Es complicado.

—Sí —murmuro—, porque eso aclara las cosas.

Una anciana se acerca con su carrito, y ambos nos hacemos a un lado. Pero esta conversación no tiene fin. Ya hemos avanzado demasiado.

—¿Recuerdas el día que murió Papá?

Ese dolor familiar me recorre el pecho. Hoy es más sordo, probablemente sepultado debajo de todo lo demás que siento.

—Por supuesto que sí.

—Te envió a la cafetería a buscar algo de comer.

Asiento. —No había comido en días. Estaba preocupado por mí. Me dijo que él no iba a morir hasta que yo regresara.

—Me senté junto a su cama después de que te fuiste y hablamos. Él estaba muy débil, pero aún lo recuerdo como una de las mejores conversaciones que tuvimos.

Se me pone la piel de gallina. —Nunca me lo dijiste.

—Porque fue mi último recuerdo de él —el rostro de Waylen está pálido—. Tuvimos un momento en el que me habló como siempre te había hablado a ti. Y, egoístamente, quise guardármelo para mí. Quería saber qué se sentía ser el niño mimado por una vez.

—Waylen —extiendo la mano y lo agarro del antebrazo con un apretón fuerte—. Él te amaba.

—Lo sé. Pero también sé que te quería un poquito más. No lo culpo. Y a ti tampoco. Los dos compartían la medicina. Compartían una pasión que yo no podría fingir ni aunque lo intentara.

—Excepto que no —digo con amargura—. Él masacraba a sus pacientes, los descuartizaba y ganaba millones. Sé que no puedo permitirme juzgarlo…

—No te atrevas a comparar lo que hiciste por Mamá con lo que hizo Papá —la interrupción de Waylen es feroz—. Ni siquiera están en el mismo universo. Sí, lo que hiciste fue inmoral, pero lo que él hizo fue imperdonable. Y él lo sabía.

—¿Te dijo algo sobre eso?

—No explícitamente, pero al recordar esa conversación, ahora tiene mucho más sentido. Me dijo que cuidara de ti y de Mamá. Dijo que ahora era el hombre de la familia y que debía hacer un mejor trabajo que él. Cuando le pregunté qué quería decir, me dijo: "Sé un mejor hombre, Waylen".

Mi agarre en su brazo se hace más fuerte.

—Pensé que solo eran las drogas. O las divagaciones en su lecho de muerte. Pero luego me dijo que no lo llorara.

—¿Él dijo eso?

La anciana lleva demasiado tiempo detrás de nosotros, claramente más interesada en nuestra conversación que en elegir un helado. Engancho mi brazo en el de Waylen y lo arrastro por el pasillo. Nos observa alejarnos con evidente decepción.

—Me dijo que no lo llorara porque no lo merecía. Dijo que quería que todos siguiéramos adelante y fuéramos felices. Sus palabras exactas fueron: "Sé mejor hombre que yo, Waylen, y dile a tu hermana que sea mejor doctora que yo". Cuando intenté decirle que él ya era el mejor doctor que conocía, me interrumpió. Dijo que tenía pecados que pagar y que este era su castigo.

Tengo los ojos secos. Habría esperado lágrimas, pero no hay nada. Solo una sensación de vacío donde solía estar la imagen idealizada de mi padre.

—No puedo creer que no me hayas dicho esto antes.

—¿Te habría hecho sentir mejor?

—No.

—Entonces, tienes tu respuesta.

Doblamos la esquina y entramos en la sección de conservas, caminando sin rumbo. Olvidamos por completo la lista de la compra de esta mañana.

—Incluso si el padre de Kovan no hubiera estado involucrado, incluso si no hubiera firmado la sentencia de muerte de Papá, creo que Papá habría querido morir como lo hizo —me aparto el cabello de la cara —. No creo que hubiera podido soportar robarle el hígado a alguien cuando había robado tantos a sus propios pacientes.

Me da una palmadita suave en la mano. —Si esto es lo único que te impide estar con Kovan, en realidad no es un motivo en absoluto.

Me detengo tan bruscamente que una mujer detrás de nosotros tiene que desviar su carrito para no atropellarme. —¿Acabas de decir lo que creo que dijiste?

—Ningún chico será lo suficientemente bueno para ti, V —su voz se vuelve áspera, como siempre cuando intenta no emocionarse—. Pero creo que Kovan puede hacerte feliz. Si logra superarse lo suficiente como para admitir que tú también lo haces feliz.

—Pero a ti no te gusta.

—Me preocupa que te rompa el corazón. Pero me preocuparía con cualquier chico con el que fueras en serio —Waylen se detiene y se gira para mirarme de frente—. Creo que Kovan, por muy imbécil que sea, no es tan malo. Si lo que me dices es cierto, está dispuesto a perder miles de millones de dólares para detener un negocio que le va a generar muchos enemigos. Eso ya lo convierte en mejor hombre que su padre. Y que el nuestro.

Apoyo la cabeza en el hombro de Waylen, repentinamente exhausta. —Eres un buen hermano mayor.

—Lo sé. Soy el mejor —me besa la cabeza—. Pero, para que quede claro… si le cuentas a Kovan sobre esta parte de nuestra conversación, lo negaré por completo.

A pesar de todo, me brota una risa. —Tengo una última pregunta. Si en secreto crees que somos compatibles, ¿por qué lo haces pasar tan mal rato sobre mí?

La respuesta de Waylen llega sin dudarlo. —Porque vale la pena luchar por ti, V. Y, si él está dispuesto a luchar por ti, entonces quizá te merezca después de todo.

VESPER

—¿Por qué carajo está *ella* aquí? —siseo.

Pavel se interpone en mi camino y baja la voz. —Tiene una visita hoy, Vesper. Por orden judicial.

—¡El juez está loco! —empujo a Pavel a un lado para ver de nuevo a Yana, que se balancea por la casa de Kovan como si fuera la dueña del lugar—. ¿Luka siquiera quiere verla?

—Por desgracia, da igual lo que quiera Luka —responde Pavel con paciencia. Me detiene antes de que pueda hacer lo que me gustaría, que es retorcerle el cuello—. Yana es su madre y convenció al juez de que se preocupa lo suficiente por su hijo como para hacer visitas quincenales.

—Esto es una completa y total estupidez.

Pavel intercambia una mirada con Waylen y luego me mira. —¿Quizá deberías subir hasta que termine la visita?

Ni siquiera me molesto en responder, solo empujo a Pavel y camino a través de la casa hacia el jardín, donde Luka está de pie con un balón de fútbol, con la expresión más amarga que he visto en su rostro de nueve años.

Mira a Yana, esquelética y con un vestido de terciopelo negro. Parece un maldito espectro.

—Pórtate bien, ¿de acuerdo? —me advierte Pavel detrás de mí.

Antes de que pueda decirle que no tengo ninguna intención de portarme bien, Luka me ve. Sus ojos grises se llenan de alivio y me dedica una sonrisa que Yana supone que es para ella.

Extiende los brazos hacia Luka. —¡Mi pequeño bebito, sabía que me extrañabas!

Náuseas.

Luka se queda paralizado mientras ella lo envuelve con sus garras y lo atrae hacia su abrazo huesudo. Él no le devuelve el abrazo. Sus brazos permanecen inertes a los costados.

—Creo que me quedaré —le digo a Pavel con firmeza.

—Vesper, no necesitamos más complicaciones.

—No estoy complicando nada. Solo me sentaré aquí y observaré. Se supone que es una visita supervisada, ¿no?

—Para eso estoy *yo* aquí.

—Genial. Considérame suplente.

Pavel gruñe y señala el sofá de la terraza que está detrás de mí. —Quédate aquí y no te muevas. Y pase lo que pase, no interfieras con esta visita.

—Sí, sí, capitán… Espera —agarro el brazo de Pavel con pánico—. ¿Qué está haciendo?

—Es un regalo, Vesper. Le está dando un regalo.

Pongo los ojos en blanco. —¿Es una PlayStation? Típico. No le apetece ser una buena madre, así que tomemos la salida fácil y compremos su amor.

Se aprieta la nariz como si le doliera la cabeza. —Pero Luka es demasiado listo para eso.

—Puedes apostar tu trasero —concuerdo con orgullo.

Luka examina la PlayStation con el entusiasmo de quien inspecciona un pez muerto. Luego la deja en el césped y vuelve a jugar con su balón de fútbol. La mirada de Yana se dirige hacia nosotros, su enfado es evidente incluso a seis metros de distancia.

Entonces me ve y su actitud cambia por completo. Se pone rígida, saca pecho, y entrecierra los ojos con determinación.

—Ay, Dios mío… —suspira Pavel—. De verdad pensé que hoy iba a ser un buen día al despertar. Qué mala broma.

Hago como si saludara con la mano, forzando una sonrisa amistosa. La lengua de Yana se desliza por su labio inferior como la de una víbora antes de darme la espalda.

Su expresión se lee alto y claro: *Muere, perra.*

Me acomodo en el sofá junto a Pavel y mantengo la vista fija en Yana. No es la única que se comunica eficazmente con la mirada. La próxima vez que me mire, tendré mi respuesta preparada.

Lo mismo digo, demonio.

~

—El tribunal le concedió una hora. Se ha quedado más tiempo del permitido.

Pavel se remueve incómodo, con la vista fija en el teléfono. —Hasta que Luka diga que ha terminado, no me acercaré a ellos.

—Cobarde —le pellizco el brazo mientras me pongo de pie.

—¡Oye! —me agarra la mano e intenta bajarme—. Yana no puede saber que estás embarazada. Kovan no querría eso. Irá corriendo a

ver a Ihor inmediatamente.

Aparto la mano de él. —Mírame. ¿Puedes notar que estoy embarazada con esta blusa?

—Bueno, no, pero…

—Entonces ella tampoco lo hará —empiezo a alejarme de él.

—¿A dónde vas? —me llama. Lo ignoro—. Vesper. ¡Vesper!

Tanto Yana como Luka están de espaldas a mí, pero Luka está ocupado garabateando en un trozo de papel mientras Yana le habla sin parar.

—¿No me extrañas, bebé? ¿No quieres volver a ver tu habitación? La arreglé por completo para ti. Tiene muchísimas cosas nuevas y geniales; te encantará.

Quiero arrancarle los ojos ahí mismo. Pero como no quiero traumatizar a Luka más de lo necesario, me trago la rabia y espero su respuesta.

—Vamos, Lulu, ¿no extrañas tu habitación?

—Tengo una habitación aquí —dice en voz baja—. Y me llamo Luka, no Lulu.

—Es el apodo especial que Mami le pone a su bebé —intenta que suene tierno, aparentemente olvida que su hijo cumplió nueve años hace poco—. Te encantaba.

—No, nunca lo hice. Siempre odié Lulu. Me llamo Luka.

Yana está tan absorta en acosar a su hijo que aún no me ha visto. —Está bien, Luka. Quieres venir a casa conmigo, ¿verdad?

Su tono tierno ha bajado, pero eso solo parece recordarle a Luka con quién está tratando. —No, quiero quedarme aquí con el tío Kovan y Vesper.

—No seas ridículo. Ellos no son tu familia.

Finalmente, la mira. Su rostro enfadado es idéntico al de Kovan. —¡Sí, lo son!

Yana frunce la nariz. —Por Dios, Luka, ¿qué tan estúpido puedes ser? ¿Crees que te quieren? Pronto querrán tener un bebé propio y luego no te querrán cerca. Querrán formar su propia familia en lugar de tenerte a ti.

Eso es la gota que colma el vaso, por lo que a mí respecta. —Ya es suficiente. Yana, se acabó la hora. Creo que es mejor que te vayas.

Ella se da la vuelta. Sus ojos podrían ser hermosos si no fueran tan salvajes y llenos de odio.

—¿Quién carajo te crees que eres para echarme de aquí? Esta no es tu casa —dice con desdén—. Solo eres la amante glorificada.

—Mejor una amante glorificada que una presidiaria. Como dije, creo que es hora de que te vayas.

—No me iré a ningún lado. No he terminado de pasar tiempo con mi hijo.

—¿Quieres decir que aún no has terminado de intentar manipularlo? —me río, pero no hay nada agradable en el sonido—. Puedes intentar tus peores juegos mentales, Yana, pero Luka sabe que Kovan y yo lo amamos.

Le guiño un ojo a Luka y él se acerca más a mí, su mano busca la mía.

Yana se interpone entre nosotros y le agarra la mano a Luka. —Eso es lo que ella dice, bebé. Pero no es verdad. Solo te están usando para llegar a Mami.

—¿Hablas en serio? —le espeto—. Luka, cariño, ven aquí.

Inmediatamente, intenta soltar la mano de Yana, pero ella se niega. —¡No! Este es mi hijo, perra. Ve a buscar el tuyo.

Mantengo un tono tranquilo y sereno. —Qué madura. ¿Podemos ser adultas por diez minutos, Yana? ¿Por Luka?

—¡No me digas cómo comportarme con mi propio hijo!

—Au —Luka hace una mueca, intenta soltarse de Yana—. Mamá, suéltame. Me estás lastimando.

—¡Déjanos en paz! —me grita Yana—. ¡Lo estás molestando!

—¡Tú eres quien lo está molestando! Él ya está harto. ¡Suéltalo!

—¡Es mi hijo! —grita—. ¡Nunca lo soltaré! ¡Es mío y tiene que estar conmigo!

Luka se libera de su mano. —¡No te quiero! —le grita—. ¡Ya no quiero que seas mi mamá! Me haces sentir mal todo el tiempo. ¡Quiero al tío Kovan y a Vesper!

—Bebé… —Yana se gira y se agacha, agarra las manos de Luka—. No sabes lo que dices. Esta… esta… *mujer*… te ha envenenado contra mí. Te está llenando la cabeza de mentiras y…

—¡Ella no habla de ti! —insiste Luka—. Nadie habla de ti. Es agradable cuando no estás. Soy feliz.

Yana parece a punto de estallar. Sus ojos se desorbitan y sus fosas nasales se dilatan. —¡N-no lo dices en serio, bebé! ¿Cómo puedes decirle eso a tu mamá si te quiere tanto? ¿Acaso no me quieres, niño querido?

—¡No! —lamenta Luka—. ¡No, no te quiero! ¡De hecho, te odio!

Luego, la aparta de un empujón y corre a toda velocidad hacia la casa. En cuestión de segundos, desaparece por completo.

Lo que nos deja a Yana y a mí. Ella está tirada de culo en el césped, con la cara destrozada por la sorpresa. —¡Maldita p-puta! —me espeta antes de siquiera ponerse de pie.

Me resulta más fácil mantener la calma ahora que Luka está a salvo de Yana. —Llámame como quieras, Yana. No me importa que me odies. Pero sí debería importarte que Luka te odie *a ti*.

Se pone de pie. No hay nada elegante en cómo intenta bajar su falda demasiado corta, ni belleza en su ceño fruncido.

—¡Me odia por *tu* culpa! —me acusa, señalándome con el dedo—. Voy a volver a la corte. Voy a presentar una moción declarando que tú y Kovan intentan distanciarme de mi hijo.

Sé que no debería provocar a la bruja, pero la carcajada que me sale de la boca es completamente involuntaria. —Vamos, Yana, no me pareces delirante. Kovan y yo no tuvimos nada que ver con eso. Conseguiste alejar a Luka tú sola.

—¡Que te jodan!

—No es un peón. Y tampoco es estúpido. Los niños saben cuándo no los quieren. Lo intuyen. Y tú, desde luego, se lo pones fácil.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, zorra de pacotilla? —chilla—. ¡Solo eres una don nadie a la que Kovan recogió al borde del camino y le metió la polla! Eso no te hace especial. ¡Eso no te hace importante!

De nuevo, me río. —¿Crees que a Luka le importan esas cosas? ¿Crees que le importa un comino lo influyente o importante que soy? —doy un paso hacia la mujer enloquecida—. Lo único que le importa es si *yo* me preocupo por *él*. Si le dedico tiempo. Si lo pongo primero —la miro despacio, con los labios fruncidos por el asco—. Luka se merece algo mejor que alguien que lo quiera solo por lo que puede darle. Se merece a alguien que lo ame con todo el corazón y sin concesiones. Esa no eres tú, Yana. ¿Por qué no dárselo a gente que lo ame como tú no puedes?

Me mira fijo con esos duros ojos grises, y por una fracción de segundo, creo que he logrado conectar con ella. Quizá algo de mi discurso haya apelado al poquito de instinto maternal que le queda.

Pero entonces, sus ojos brillan y mis instintos suenan como sirenas de advertencia.

—Si intentas quitarme a mi hijo —susurra, acercándose a mí—, ¡te juro por Dios que algún día iré a por tus hijos! ¡Los estrangularé en sus cunas si es necesario!

Se abalanza sobre mí, con las uñas por delante, y un grito frenético le arranca la garganta. A pesar de lo torpe y lenta que me he vuelto desde el embarazo, logro esquivar su ataque.

Pero ella se recupera rápidamente, se da vuelta y, antes de que pueda alejarme de ella, me agarra del cabello y me tira hacia atrás.

Tengo que reconocerlo… para ser tan pequeña, es fuerte. Mis brazos se retuercen, intentan soltarla, pero se aferra como si estuviera rabiosa. Me duele el cuero cabelludo, sus uñas arañan la piel, y por un instante, pienso que podría…

Pero entonces…

—¡Basta!

Yana me suelta. Me desplomo en el césped. Me masajeo el cuero cabelludo y me doy vuelta para encontrar a Kovan allí de pie, con sus ojos verdes oscuros y tormentosos, mirando a Yana.

Si fuera inteligente, se largaría de aquí lo antes posible, pero Yana dejó claro hace tiempo que no es tan inteligente.

—¡Dile a tu puta que se vaya de mi vista! —dice, furiosa.

Kovan niega con la cabeza. —Debí haber sabido que comportarte como un ser humano decente durante una hora entera sería demasiado para ti.

—¡Ella empezó! —Yana me señala como si fuéramos un par de niñas de diez años en el patio de recreo.

—Me importa un bledo. Yo lo estoy terminando. Fuera de mi casa, Yana.

Incluso ella sabe que no debe discutir cuando Kovan usa ese tono de voz. Con el ceño fruncido, me lanza una mirada asesina y empieza a alejarse pisando fuerte.

Pero, cuando pasa al alcance de Kovan, su mano se extiende y la detiene en seco. —Y que sepas esto —retumba—. Si vuelves a tocar a mi mujer, tendrás mucho más de qué preocuparte que una pequeña condena de cárcel. ¿Entendido?

Sus ojos grises se agrandan al doble. Su ceño se vuelve aún más feo. Luego, se aparta el cabello castaño rojizo, se aleja de él y sale hecha una furia.

KOVAN

—Eso escaló rápido —murmura Vesper mientras los dos miramos fijamente la figura de Yana que se aleja.

—¡Por eso te dije que no te metieras con esa psicópata! —espeta Pavel al unirse a nosotros—. ¿No te lo dije como una docena de veces?

Vesper se encoge de hombros. —Yana estaba acosando a Luka. No podía quedarme ahí parada y dejar que se saliera con la suya.

—Estás embarazada —me pongo furioso al girarme para mirarla fijamente—. ¿Tienes idea de lo fácil que podría haberlo descubierto si te hubiera tacleado? Hoy corriste un riesgo innecesario.

—No era innecesario. Estaba protegiendo a Luka.

Quiero sacudirla y besarla a la vez. Es exasperante y valiente y completamente imprudente. —Luka puede con Yana.

—¡No debería tener que hacerlo! —el fuego arde en sus ojos azules —. ¡Es un niño, Kovan! Tendrá muchas batallas que librar en la vida, pero su madre no debería ser una de ellas.

Tiene las mejillas sonrojadas, el cabello suelto de la coleta. Parece lista para volver a la batalla por ese niño sin pensarlo dos veces. Nada de lo que diga cambiará eso.

—Debería ir a verlo —dice antes de que pueda pensar qué decirle—. Le dijo a Yana que la odiaba y subió corriendo las escaleras llorando.

—Yo iré —empiezo a caminar hacia la casa.

Ella sigue. Por supuesto que lo hace.

—No tienes que venir —añado.

—No voy a presionar —dice rápidamente—. Pero, si me necesita, quiero estar disponible.

Cuando llegamos a la habitación de Luka, su puerta está abierta. Está acurrucado en su asiento junto a la ventana, mirando el jardín donde acabamos de dejar a Yana.

—Hola, amigo —entro y Vesper se queda atrás en el pasillo.

Él me mira. —¿Dónde está Vesper?

Dos segundos. Eso tardó en descartarme y preguntar por ella. Si ella no me importara tanto, me cabrearía muchísimo.

—Aquí estoy, cariño —responde, apareciendo en la puerta—. Siento mucho lo que pasó abajo.

Él se lanza a sus brazos. —¿Por qué lo sientes? No eres tú la que estaba siendo una perra.

—¡Luka! —jadea Vesper, ahuecándole la cara mientras yo contengo la risa.

—¿Qué? —la mira sin remordimiento alguno—. Eso es lo que es.

Vesper me mira por encima de la cabeza de Luka, con una ceja levantada.

Me encojo de hombros. —Él niño tiene razón.

Intenta no sonreír. —Aun así, no usamos esas palabras, Luka.

—¿Qué tal "maluca cabeza de caca"?

—Eh… está bien. Dadas las circunstancias, está permitido.

—Bien. Porque eso es lo que es.

—¡Te apoyo! —Vesper levanta la mano y Luka estalla en risas.

Justo así, se le acabaron las lágrimas. Ahora sonríe, salta de puntillas como si le hubiéramos dicho que instalamos una fuente de chocolate en su habitación.

—¿Qué tal si salimos a tomar un helado? —me oigo ofrecer.

Vesper se gira para mirarme, visiblemente sorprendida. Aparto la mirada antes de que pueda ver demasiado.

La verdad es que Vesper y Luka tienen algo especial. Y ya no quiero que me excluyan.



Una hora más tarde, Waylen, Osip, Pavel y Luka están desparramados por el césped del Parque Pacífico, devorando los conos de helado de dos bolas que condujimos durante veinte minutos para conseguir.

Cualquier otro día, me uniría a ellos. Pero, ahora mismo, la única persona a mi lado que quiero es la rubia que devora un cono de chocolate doble con más entusiasmo del que debe ser legal.

Los mejores once dólares que he gastado en mi vida.

La observo atacar el helado y sacar la lengua rápidamente para atrapar cada gota. Cada lamida me llena de calor. Para cuando estoy tan duro que apenas puedo caminar, decido sentarme en el asiento vacío junto a ella en el banco.

Ella se pone rígida cuando me siento, pero mantiene su atención en el postre.

—¿Qué tal el helado? —pregunto con torpeza.

Como tema de conversación, es patético. Pero todos los demás temas que considero me parecen demasiado pesados, demasiado cargados con todo lo que no decimos.

—Te ofrecería probarlo —empieza—, pero, ¿honestamente? Esto es demasiado bueno para compartirlo.

—Lo compartirías con Luka si él te lo pidiera —acuso.

Su expresión se suaviza. —Sabes que haría lo que fuera por ese niño. Incluso compartir mi cono de chocolate.

—Te creo. Sobre todo después de lo que vi hoy.

Se encoge. —Lo siento. Quería mantener la calma, pero esa mujer simplemente… —niega con la cabeza—. Me cae mal. La forma en que estaba jugando con la cabeza de Luka es un crimen —se gira para mirarme—. Yana le dijo que tú y yo ya no lo querríamos cuando formáramos una familia.

Aprieto los puños. —Es toda una joyita.

—Lo peor de lo peor —nos quedamos en silencio un minuto, viendo a Luka molestar a Osip por algo—. No tenías por qué meterte así, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—Antes, con Yana. No tenías por qué decir lo que dijiste. No soy tu mujer, y no pasa nada.

Asiento, pero no respondo de inmediato. Hay una pequeña mancha de chocolate en la comisura de su boca. Quiero lamerla.

—¿Estás bien? —pregunto en cambio.

Observa a Luka y a los demás. —Claro. Yo puedo con esa perra cualquier día.

—No me refiero a Yana. Bueno, no *solo* a Yana.

La comprensión se dibuja en el rostro de Vesper, pero sigue con su helado un rato. Sigue mirando al otro lado del parque, como si hubiera algo allí, fuera de su vista, que anhela ver. —He pasado cada minuto desde que me lo dijiste pensando en lo que dijiste.

—Sé que es mucho que procesar.

—Tengo que reconciliar quién era realmente mi padre con quién creía que era. Es más difícil de lo que esperaba. Lleva años muerto, y aun así… —su voz se apaga—. Es tan difícil de creer que hiciera lo que hizo.

—Él era tu héroe —añado.

Asiente. —Y ese es precisamente el problema con los héroes. No los ves con claridad. Los envuelves en una imagen perfecta que no corresponde con la realidad. Eso es culpa mía, no de él.

—Sus pecados no son tuyos, Vesper —mi mano se mueve en su dirección.

Es una tortura no poder tocarla. Lleva en su vientre a mi hijo. La siento como mía. Y, a pesar de lo que piense, hablaba en serio cuando le dije a Yana que no tocara a mi mujer.

—Lo sé. No puedo cargar con sus pecados cuando ya tengo muchos de los míos con los que lidiar.

—Ay, vamos.

Finalmente, me mira. —¿Qué quieres decir?

—Hiciste una cosa para salvar a tu madre, pero te has pasado la vida salvando a los hijos de otros. También salvaste a Luka, y ni siquiera lo conocías —me incorporo—. Creo que te has equivocado todo este tiempo, Vesper. Tu padre nunca fue el héroe. *Tú* lo eres.

Sus ojos se llenan de lágrimas al instante. Intenta esconderse tras su cabello, pero no puedo evitar extender la mano y acomodar los mechones rubios detrás de su oreja.

Ella se tensa, pero no se aparta.

—Gracias por decirme la verdad, Kovan —murmura, una evasiva como pocas—. Sé que no debió ser fácil.

—Pensé que si íbamos a hacer esto —gesticulo hacia su estómago—, mejor empecemos siendo honestos.

—Sabes que también aplica a ti, ¿verdad? No eres responsable de los pecados de tu padre, como yo no lo soy de los del mío.

Casi sonrío. —En mi caso, es más complicado.

—Lo sé. Y sé que no eres el héroe, Kovan. Pero tampoco eres un monstruo. Los hombres buenos a veces hacen cosas malas.

—¿Crees que soy un hombre bueno?

Le da otra lamida a su cono, y esta vez no puedo contenerme. Extiendo la mano y le limpio el chocolate de la comisura de la boca con el pulgar.

Se sonroja, pero no comenta nada sobre el contacto. —He visto hasta dónde eres capaz de llegar para proteger a Luka. Y a mí. Significa más para mí de lo que jamás sabrás. De hecho, podría significar más para mí que el bien y el mal.

Observo su rostro, intentando descifrar lo que realmente dice. Parece decidida a evitar mi mirada. —¿Qué intentas decirme exactamente, Vesper?

Cierra los ojos y levanta la cara hacia el sol. Nos queda quizá una hora de luz, pero ahora mismo, parece interminable.

—Supongo que lo que intento decir es que podría haber una oportunidad para nosotros —abre los ojos y me mira directamente—. Si la quieres.

Respiro en silencio. Después de todo lo que hemos pasado, de todo lo que he hecho mal, ella sigue dispuesta a intentarlo. Eso significa más de lo que jamás podría entender.

—Vesper…

—Sé que es complicado. Sé que tenemos mucho que resolver. Pero amo a Luka, y yo… —respira con dificultad—. Te amo a ti también. A pesar de todo. Quizá *por* todo.

Le alcanzo la mano. —¿Estás segura?

—No —admite—. Ya no estoy segura de nada. Pero estoy cansada de tener miedo. Estoy cansada de huir de lo que quiero porque podría hacerme daño.

—¿Y qué quieres?

Gira su mano sobre la mía, entrelazando nuestros dedos. —Nos quiero a nosotros. A todos. A ti, a mí, a Luka, al bebé. Quiero intentar que esto funcione.

Llevo su mano a mis labios y le doy un beso en los nudillos. —Entonces, intentémoslo.

VESPER

La vida definitivamente no es un cuento de hadas.

¿Sabes cómo lo sé?

Porque, idealmente, lo que debería haber seguido a mi pequeña confesión es un beso largo y apasionado. O tal vez incluso una declaración recíproca. Diablos, incluso me habría conformado con una sonrisa.

En cambio, obtengo exactamente dos segundos bajo el poder total de la mirada de Kovan antes de que Luka corra hacia nosotros, con un cono de helado derretido en la mano, tropiece con sus propios pies y envíe el cono de helado derretido volando por el aire hacia mí.

Luka cae de bruces al césped. Me llena la cara de helado de mantequilla de cacahuete derretido.

Esto no es un cuento de hadas.

—¡Ups! Perdón, Vesper —dice Luka con una mueca de dolor al ponerse de pie, con las rodillas manchadas de hierba.

Kovan me mira de reojo, mordiéndose el interior de la mejilla para contener la risa mientras me pasa un pañuelo. —Creo que esa es nuestra señal para irnos a casa.

Me paso todo el camino a casa sintiéndome pegajosa e incómoda mientras los chicos se ríen de cómo me veía cuando el helado me tocó la cara. La mantequilla de cacahuete gotea por el cuello de mi camisa y se mete en lugares en los que no quiero pensar.

—Anímate, V —bromea Waylen desde el asiento del copiloto—. Si te va a atacar algo, el helado de mantequilla de cacahuete le quita un poco el dolor, ¿no?

—No lo sé. Quizás debería meterte la cara en un cubo de helado de mantequilla de cacahuete y me lo cuentas. ¿Qué te parece?

Luka se anima desde el asiento trasero. —¿Podemos probar eso? ¿Por favor?

—¡No! —dicen simultáneamente Waylen y Kovan.

—¡Ay, no! —Luka hace pucheros y se cruza de brazos—. Ustedes nunca me dejan hacer nada divertido.

En cuanto llegamos a casa, los chicos se dispersan a sus respectivos rincones y yo voy directa a mi habitación a lavarme el desastre de mantequilla de cacahuete. Siento el cabello enmarañado, la ropa arruinada y huelo como si hubiera explotado una tienda de dulces.

No es hasta que estoy en la ducha, con agua tibia y jabonosa corriéndome por la espalda, que empiezo a entrar en pánico por lo que pasó en el parque. No por el incidente del helado… sino por lo otro. Por la parte en la que básicamente le confesé mis sentimientos a Kovan cuando lo único que había dicho era que quería ser padres compartidos.

Quizá no quiera tener una relación conmigo en absoluto. ¿Por qué querría tenerla, pudiendo tener a alguien sin complicaciones? ¿Alguien cuyo padre no colaboró estrechamente con el suyo para estafar a una ciudad entera y robarle los órganos sanos? ¿Alguien sin antecedentes familiares de asesinatos y traiciones?

—Soy una idiota —murmuro mientras me lavo el jabón y la suciedad —. ¿Qué hice? ¿Qué demonios acabo de hacer?

Froto con más fuerza, intentando eliminar algo más que los residuos de helado.

Cuando termino, me envuelvo la toalla en el pecho, me peino y me miro al espejo. ¿Cómo puedo retractarme de lo que le dije a Kovan en el parque? Quizá pueda fingir que no pasó nada. Si hace lo mismo, sabré exactamente dónde estoy.

Se me revuelve el estómago al volver a mi habitación. Tengo ganas de caerme de bruces en la cama y no levantarme en varias horas. Pero al salir del baño, me doy cuenta de que tengo visita.

Kovan sigue usando los mismos pantalones negros y camiseta blanca del parque. ¿Y por qué no? No tenía helado corriéndole por el pecho.

Pero su presencia me hace extremadamente consciente de que estoy aquí parada con una toalla y nada más.

—Pensé que podríamos hablar —explica y cierra la puerta del dormitorio tras él.

—¿Ahora? —chillo.

—No hay mejor momento que el presente —me regala una sonrisa que me calienta al instante.

—Bueno… Eh… ¿me das unos minutos? Solo necesito ir a ponerme algo… —me interrumpo cuando se acerca a mí, sus dedos en un mechón suelto que se me enroscaba sobre el hombro.

—¿Por qué? —murmura—. Te ves perfecta así.

Me aseguro de que mi toalla esté bien sujeta bajo las axilas y me siento en el borde de la cama. Kovan se sienta a mi lado, pero suficientemente lejos como para que no sepa a dónde va esta conversación.

¿Está aquí para rechazarme? ¿O está a punto de decirme que siente lo mismo?

—Gracias por contarme lo que me contaste en el parque —empieza, y se me encoge el estómago. Suena exactamente como el comienzo de una conversación que termina con *"no eres tú, soy yo"*—. Debo decir que me sorprendió.

Considero retractar mi comentario. Quizá pueda convencerlo de que no quise decir lo que dije. O que quise decir algo diferente. Pero, lo interprete como lo interprete, termina siendo el mismo.

Me hice vulnerable sin saber dónde se encuentra él.

—Pensé que después de lo que te conté sobre nuestros padres…

—No te voy a juzgar por tu padre, Kovan —interrumpo—. Igual que espero que no me juzgues por el mío.

—Por supuesto que no.

—Lo que me dijiste… no fue fácil de escuchar —admito—. Pero tampoco tiene nada que ver con nosotros. No en realidad.

Su expresión no delata nada. —No, tienes razón. Pero eso no cambia el hecho de que sigo siendo el *pakhan* de la Bratva Krayev. Puede que no quiera lucrar con el tráfico de órganos, pero hay muchas cosas de las que sí lucro. Muchas cosas que algunos podrían considerar poco éticas.

—¿Implican herir a personas inocentes?

—No.

—Entonces, podré lidiar con ello.

Arquea las cejas y frunce el ceño. —¿Puedes con ello? ¿Así sin más?

—No, no es "así sin más". Nada de estos últimos meses ha sido fácil. Pero nos conocimos, hicimos un trato y, en algún momento, dejó de ser un trato y se convirtió en algo personal —respiro hondo—. Sé

que Luka no es mi hijo, Kovan, pero lo *siento* como mío. Quiero formar parte de su vida. Quiero ser la madre que se merece.

Sus ojos brillan. —Aunque no estuviéramos juntos, Vesper, no te alejaría de él. Sé que lo hice una vez y siempre me arrepentiré, pero me he dado cuenta de que solo se beneficia de tenerte cerca. Nunca volveré a cometer el mismo error.

No estoy segura de lo que siento ahora, pero se parece mucho a una acidez estomacal.

—Y-ya veo —murmuro, poniéndome de pie. Ojalá me hubiera puesto algo de ropa. Ya estoy vulnerable. Estar prácticamente desnuda no ayuda en absoluto.

—Vesper…

—No, no pasa nada, Kovan —le suelto de golpe. Hago todo lo posible por contener mis emociones hasta que salga de mi habitación y pueda llorar en paz—. Lo entiendo. No te anotaste a nada de esto. Ya me lo dijiste antes: nunca quisiste un compromiso a largo plazo y luego me quedé embarazada y…

—Vesper —me agarra de los hombros y me hace girar—. Lo que intento decirte es que no quiero que te obligues a estar conmigo solo porque crees que perderás a Luka. Te digo que, decidas lo que decidas, él estará en tu vida.

La opresión en mi pecho se alivia un poco. —Ah —respiro hondo, pero los nervios aún persisten—. ¿Entonces no estás aquí para rechazarme?

Él resopla. —Claro que no. Estoy aquí para asegurarme de que sepas que tienes opciones, aunque algunas no me gusten.

La cabeza me da vueltas. De repente, ya no importa estar medio desnuda o vulnerable o muerta de miedo de que Kovan no me quiera.

Lo único que importa es ser valiente.

—Te elijo a ti, Kovan —susurro—. Admito que me costó darme cuenta de que eres lo que quiero. Pero fue porque tenía miedo y nervios y no estaba segura de poder ser parte de tu mundo.

—¿Qué ha cambiado?

—He visto cómo eres con Luka. He visto lo que estás dispuesto a hacer por mí. No me cabe duda de que harías lo que fuera por nuestro bebé. Eso es lo que quiero. A quien quiero como padre de mi hijo. Así que supongo que me di cuenta de que lo que puedo ganar es mucho más importante que mi miedo.

—No te equivocas al tener miedo —asiente en voz baja, bajando la mirada—. Mi mundo puede ser brutal y no te va a gustar gran parte de él.

—Quizás no. Pero te amo —confieso—. Y lo demás lo puedo afrontar.

Kovan abre la boca, pero no parece saber qué decir.

—Vaya —me río torpemente—. ¿Te acabo de dejar sin palabras? No lo creí posible.

Él no me devuelve la risa. —¿Me… amas?

Sonrío, preguntándome por qué me daba tanto miedo admitirlo antes. —Sí. Puede que me arrepienta de muchas cosas en mi vida, Kovan, pero estoy segura de que nunca me arrepentiré de eso.

—¿Estás segura?

—¿Intentas convencerme de lo contrario? —pregunto, medio en broma y medio desesperada—. Porque prefiero que me digas la verdad sin rodeos. Si no me amas, dímelo. Pero no intentes hacerme cambiar de opinión, porque eso no va a pasar.

Se pasa la mano por la mandíbula sin afeitar. —No soy un buen hombre, Vesper.

—Tampoco estoy segura de ser una buena mujer —admito.

Kovan resopla como si la sola sugerencia fuera ridícula. Lo agarro del brazo y lo obligo a mirarme a los ojos.

—No lo entiendes. Crecí viviendo una vida protegida. Claro que pensaba que todas las decisiones eran simples, fáciles, blancas o negras… porque no tenía que tomar decisiones difíciles. Mi decisión más importante fue ir a la Facultad de Medicina de Harvard o a Stanford. Eso no es una elección… es un privilegio.

—No es lo mismo, Vesper…

—¡Pero lo es! —insisto—. Vives toda tu vida creyéndote un ser humano ético, moral y concienzudo, solo para descubrir que, a la hora de tomar decisiones difíciles, prefieres a tu familia que a tu moral, a tu ética… incluso a tu conciencia. Yo era tan superior. Simplemente no conocía nada mejor.

Me mira fijamente. —Supongo que tenemos eso en común entonces —tiene los brazos tensos. Es como si aún contuviera la respiración.

Hago acopio de valor. —Entonces, supongo que la única pregunta que me queda es: ¿todavía me quieres? Porque si no…

Pero antes de que pueda terminar la frase, sus labios están sobre los míos. Firmes y apasionados, me besa sin aliento.

La toalla cae.

Sus manos vagan hacia el sur.

Y justo así, todo en mi mundo vuelve a estar bien.

30

KOVAN

—¿Cuántos días han pasado?

Grigory sostiene un pequeño chip rojo entre el pulgar y el índice. El plástico refleja la luz de la tarde que se filtra por las persianas de su habitación en el Centro de Cuidados Maitland. —Treinta días, jefe. Llevo treinta días sobrio.

Me siento en la silla de metal junto a su cama. El hombre ha engordado desde la última vez que lo vi… hace treinta y un días, cuando lo dejé personalmente en este lugar. Entonces, parecía un cadáver andante. Mejillas hundidas, ojos tan rojos que no podía ver el blanco, cabello suelto que se le caía a mechones.

Ahora tiene pómulos de nuevo. Color en la cara. Su cabello ha vuelto a crecer, espeso y oscuro.

—Te ves bien, Grigory.

—Me siento bien, señor. Bueno, la mayoría de los días —deja el chip en su mesita de noche, tratándolo como si fuera de oro en lugar de plástico barato—. Todavía hay días en los que me cuesta, pero aquí tengo un gran apoyo.

En cuanto esas palabras salen de sus labios, su rostro cambia. Las comisuras de sus labios se curvan hacia abajo y sus hombros se desploman hacia adelante.

—Estás preocupado por el sistema de apoyo que tendrás cuando dejes Maitland, ¿no?

Grigory se frota la cara con las manos. El movimiento es brusco y agitado. —M-mi hija… solo la veía una vez al mes, antes de todo esto. Ella es la r-razón por la que me metí en… el narcotráfico. Para poder mantenerla. Para que estuviera bien.

—Traficar drogas es una cosa, Grigory, ¿por qué empezar a consumirlas?

No puede mirarme directamente. Su mirada recorre la habitación: la ventana, el suelo, sus manos. Tiene los nudillos en carne viva y magullados de tanto trabajarlos, hurgándose la piel hasta que sangra.

—Fue Ihor. Me o-obligaba a ir con él a todas sus "reuniones de negocios". Afirmaba que probar la mercancía era parte del trabajo. Al poco tiempo, estaba esnifando tanta cocaína que tuvo que recortarme el sueldo para cubrir sus gastos —su voz se encoge—. Juré que dejaría de consumir, pero Ihor siguió insistiendo. En cuanto mi exesposa se dio cuenta de que era adicto, dejó de permitirme visitarla. No he visto a mi hija en más de un año. Probablemente ya se haya olvidado por completo de mí.

Baja la cabeza para ocultar las lágrimas. Normalmente, no suelo consolar, sobre todo a mis hombres. La debilidad se propaga por una organización más rápido que un incendio.

Pero, en el caso de Grigory, haré una excepción.

Porque lo que Ihor le hizo fue tan jodidamente bajo que me hace verlo de una manera completamente diferente.

—¿Recuerdas la noche que te recogí, Grigory?

—N-no, señor. En realidad no.

—Estabas tirado en una cuneta en lo profundo de la Misión, bajo una lluvia gélida. Es un milagro que no murieras de hipotermia —me

recuesto en la silla incómoda—. Pasaste dos noches en el Hospital San Rafael haciéndote un lavado de estómago. Los médicos dijeron que con una hora más de exposición habrías muerto —observo su rostro con atención—. Y luego te trasladé aquí, a Maitland.

—Yo… recuerdo partes de eso —vuelve a retorcerse las manos—. Yo… no te dije cosas muy lindas.

Me permito una pequeña sonrisa. —No, pero estoy dispuesto a perdonarlo. Si te comprometes a ser el *vor* honesto, leal y devoto que prometiste ser cuando hiciste tu promesa.

Parece conmocionado. —¿Todavía quieres que trabaje para ti?

—Serás reincorporado y te pedirán que vuelvas a prestar juramento. Con tu nuevo salario, podrás mantener a tu hija.

Las lágrimas resbalan por sus mejillas, pero esta vez no parece avergonzado. —¿Por qué harías eso?

—Ihor ha gobernado mediante el miedo, las amenazas y el chantaje. Estoy intentando ver si la verdadera lealtad prevalecerá sobre eso. Creo que sí puede… así que no me desmientas, Grigory.

Niega con la cabeza. —S-señor… es bueno que quiera ayudarme, pero… soy débil. No sé si podré mantenerme sobrio en el mundo real.

—Puedes y lo harás —me aseguro de que mi tono no dé pie a discusión—. Porque tienes un sistema de apoyo fuera de estas instalaciones. Tus hermanos estarán contigo todo el tiempo. Te quedan dos días más aquí, y luego te mudarás a tu nuevo hogar. La casa segura de Folsom te albergará a ti y a otros cuatro *vors* que recientemente renovaron sus promesas conmigo. Ellos te mantendrán en el buen camino.

El color desaparece por completo de su rostro. —¿Folsom? Eso está a solo dos cuadras de…

—Donde viven tu exesposa y tu hija. Exacto.

Sus ojos se clavan en los míos, tan llenos de esperanza que, como futuro padre y tío que ama a su sobrino como a un hijo, siento su desesperación como si fuera la mía.

—He hablado con Carol, Grigory —añado.

Sus manos se extienden hacia mí como si rezara. —¿Q-qué le dijiste?

—Le evité los detalles escabrosos, pero le dije que estás dejando de consumir. Le dije que me aseguraría de que siguieras así. También le dije que ella y tu hija estarían bien cuidadas —hago una pausa para asimilar eso—. Una vez que tengas el chip de los seis meses, podrás tener dos visitas supervisadas con Emily cada semana.

—¿D-dos? —apenas puede pronunciar la palabra—. ¿Cada semana?

—Emily te recuerda, Grigory. Y todavía te quiere. Cuando estabas con ella, eras un buen padre. Carol lo admitió, y Emily no paraba de hablar de ti.

—Ah…

Eso es todo lo que logra decir antes de derrumbarse por completo. Sollozos roncos y llenos de mocos que le sacuden todo el cuerpo. Le paso la caja de pañuelos de la mesita de noche y me levanto.

—Para no andarme con rodeos, Grigory, mantenerte sobrio y leal no solo te beneficiará a ti. También beneficiará a tu hija.

Grigory se pone de pie y me ofrece la mano. Es el gesto más firme que ha hecho desde que entré. —Le juro, jefe, que no le defraudaré.

Le estrecho la mano. Me agarra con firmeza. —Eso pensé.

~

—Jefe.

Vasily se acerca a mí en cuanto salgo de Maitland. El sol de la tarde empieza a desvanecerse, proyectando largas sombras sobre el estacionamiento.

—¿Vasily? ¿Qué haces aquí?

—Llamé a Pavel. Te localicé. Tengo información confidencial que solo debes escuchar tú.

—Se supone que deberías estar con Ihor ahora mismo.

—Fingí estar enfermo para librarme del turno esta mañana. Cree que estoy en casa, vomitando —Vasily mira el estacionamiento con nerviosismo.

—Dime.

—Escuché una conversación que tuvo Ihor anoche. Mencionó que enviaría a Yana fuera de la ciudad.

Eso me llama la atención. Yana ha sido una espina en mi costado desde la audiencia de custodia, pero también ha sido predecible. Mantenerla cerca para poder observarla ha sido preferible a dejarla desaparecer.

—¿Qué más dijo?

—Que, donde quiera que la mande, necesita una habitación extra. Todavía no ha decidido dónde, pero está buscando lugares con al menos dos habitaciones.

Me preocupa menos la ubicación y más el asunto de la segunda habitación. ¿A quién planea enviar con Yana? Supongo que a Luka.

Sobre mi puto cadáver.

Le doy una palmada en la espalda a Vasily. —Hiciste bien en traerme esto. Vuelve a tu puesto y cumple con tu parte. No podemos dejar que Ihor se entere de que podrías estar trabajando para mí. Ahora, vete.

Vasily no espera a que se lo vuelva a decir. Se marcha a toda prisa y desaparece por la esquina mientras yo me subo a mi camioneta.

—¿Acabo de ver a Vasily? —pregunta Osip en cuanto me acomodo en el asiento del pasajero.

Asiento. —Pavel le dijo dónde encontrarme. Tenía trapos sucios sobre Ihor y sus planes.

—¿Malas noticias?

—No si podemos detenerlo —saco mi teléfono y reviso mis contactos —. ¿Tienes los detalles del destacamento de guardia de Vesper? Quiero que se implementen dos nuevas rotaciones. Si están de guardia demasiado tiempo, se descuidan.

Osip abre el nuevo horario en su teléfono y me lo pasa. —Ya he añadido las nuevas rotaciones.

Repaso los nombres de la lista. —Quita a Vlad y Dominik y reemplázalos con hombres más serios. Necesito profesionales en esto. Esos dos son demasiado jóvenes y descuidados.

Le devuelvo el teléfono a Osip. Lo toma en silencio, pero puedo ver la irritación en su rostro. —¿Sabes cuánto tardé en organizar esa lista?

—Solo reemplaza esos dos.

Murmura algo en voz baja mientras elimina a Vlad y Dominic de la agenda.

—¿Qué fue eso? —pregunto.

Se calla, pero me mira con malos ojos. —¿No deberías estar en casa, acurrucándote con tu mujer? ¿No acaban de reconciliarse?

—¿Cómo lo sabes?

—Por favor —Osip pone los ojos en blanco, pero una sonrisa pícara se filtra a través de su mal humor—. Los oímos anoche. Y anteayer.

Y anteayer. No habríamos imaginado que la buena doctora fuera una gritona.

Le lanzo una mirada de advertencia. —Ya es bastante malo tener que estar lejos de ella. No necesito oír estas tonterías de ti.

—¿Así eres enamorado? Porque no es una gran mejora.

Estoy a punto de responder cuando mi teléfono empieza a sonar. Ver el nombre de Jeremy Fleming en la pantalla me hace chillar todas las alarmas.

—Joder —contesto al segundo timbre—. Jeremy. ¿Qué coño quieres?

—M-me dijiste que llamara si Ihor volvía a aparecer —su voz es tan baja que tengo que esforzarme para oírlo. Me lo imagino acurrucado en algún rincón de su oficina, intentando que no lo detecten—. Vino esta mañana.

—¿Y qué quería?

—É-él… estaba preguntando por Vesper.

Nada bueno. Para nada bueno en absoluto. Lo esperaba desde su pequeño enfrentamiento con Yana la semana pasada, pero no me sirve de nada confirmarlo.

—¿Qué quería saber?

—Quería acceder a sus archivos.

Mi mano libre se cierra en un puño. —Si le enseñaste su expediente a ese cabrón, Jeremy, Dios me ayude, yo…

—¡No se lo enseñé! —la voz de Jeremy sube varias octavas—. Lo juro, no lo hice. Fingí no encontrarlo y le dije que se lo daría en cuanto lo encontrara.

Mi pánico se calma un poco. —Vale, está bien.

—¡Pero no puedo retenerlo mucho tiempo! —Jeremy parece a punto de llorar—. No para de mandarme mensajes diciéndome que lo quiere en una hora. Si no le doy algo pronto…

—Respira, *mudak*. Me aseguraré de que tengas algo para entregarle a Ihor.

Cuelgo sin darle más garantías. El muy cabrón puede darse el lujo de quedarse sentado y darle vueltas un rato.

—Entonces, ¿Ihor se dispone a matar? —pregunta Osip.

—Eso parece —ya estoy pensando en la logística—. Quiero que pongas un archivo falso en el servidor del hospital a nombre de Vesper. Lo más importante ahora mismo es ocultar que Vesper está embarazada. Si Ihor consigue esa información…

—Estamos jodidos.

—En resumen —me recuesto en el asiento mientras Osip arranca el motor—. Ahora llévame a casa. Necesito ver a mi mujer.

VESPER

—¡Si no me sueltas ahora mismo te morderé!

Waylen me lanza a la habitación de Mamá y cierra la puerta. —Adelante, puedo con ello. No será la primera vez que me muerdes.

—¡Eso fue hace como dos décadas!

—Y, claramente, el instinto aún persiste —me sonríe—. Piraña.

Miro nerviosa a Mamá. Está sentada en la cama. Se la ve mejor que hace dos días, la última vez que la visité. Habíamos pasado treinta minutos mirando en diferentes direcciones, charlando educadamente sobre el tiempo y la comida del hospital, hasta que finalmente me disculpé y me fui.

Me sentí mal.

Pero no lo suficiente como para regresar voluntariamente.

—Esto ya ha durado demasiado —declara Waylen, cruzándose de brazos—. Es hora de que nos sentemos y lo solucionemos. Los tres.

—Waylen, cariño —murmura Mamá, se acomoda las mantas—. Estoy un poco cansada.

—No estabas cansada esta mañana cuando Kovan vino de visita, ¿verdad? —arquea una ceja—. Te oí aquí, riéndote como una

colegiala.

—¡Waylen! —jadea Mamá.

Me echo a reír, pero eso solo hace que él se fije en mí. —Y tú… eres una adulta que pronto serás madre. Creo que podrías encontrarle un poco de perdón para tu propia madre.

Se me cae la mandíbula. Qué regaño.

La acusación me deja en silencio, atónita. Me vuelvo hacia Mamá para evaluar su reacción. Parece igual de sorprendida, y eso le ha dado un poco de color.

—¡Somos familia! —continúa Waylen, caminando hacia la ventana—. Tenemos que poder hablar entre nosotros, incluso cuando es difícil.

Me acerco a la cama de Mamá, mordiéndome el labio. —Tiene razón.

Mamá suelta un suspiro. —No soy yo quien te ha estado evitando, cariño.

Me siento en el borde de su cama. —Lo siento. No debí haberte evitado. Sobre todo porque vivimos en la misma casa. Es que… No me resulta fácil hablar de esto contigo.

—Tu padre siempre era con quien preferías hablar. También era mi persona de confianza —se alisa la manta con dedos temblorosos—. Pero ¿quizá podríamos ser más sinceras entre nosotras de lo que él fue?

—Sí —exhalo—. Quizá tengas razón.

—¿Quieres empezar?

Miro a Waylen, que me hace un gesto de aliento. Trago saliva con fuerza y decido hablar sin rodeos.

—Estoy enojada contigo, Mamá —empiezo—. Me siento fatal porque estás enferma y debería poder olvidarlo, pero estoy enojada y ya no puedo fingir.

Mamá no parece sorprendida. Ni siquiera parece dolida. —Lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

—Estás enojada porque no obligué a tu padre a cambiar, a dejar lo que hacía e intentar ser un mejor hombre, un mejor médico. ¿Estoy cerca?

Me muerdo el labio con más fuerza. —En parte.

—¿Te ayudaría saber que lo intenté?

Contengo la respiración. —¿Lo hiciste?

—Tuvimos una gran pelea cuando me enteré —los dedos de Mamá rozan el borde de su manta—. Waylen ya se había mudado a la universidad y tú todavía estabas en la prepa. Recuerdo exactamente cuándo pasó, porque fue justo después de tu decimoséptimo cumpleaños. Todavía quedaba pastel en el refrigerador.

Waylen se mueve al otro lado de la cama de Mamá. Por su expresión, esto también es nuevo para él.

—Un hombre vino a visitar a tu padre a casa esa mañana, justo después de que te fueras a la escuela. Un tipo de aspecto aterrador y mirada penetrante. Era muy educado, pero había algo en él que me ponía los pelos de punta. Les llevaba café cuando escuché parte de su conversación. Me impactó profundamente. Así que, cuando se fue, confronté a Thomas.

—¿Papá lo negó? —pregunta Waylen.

—Al principio lo intentó, pero al final se derrumbó y admitió que yo tenía razón. Que estaba involucrado en algo malo. No conocía los detalles, pero sabía lo suficiente para comprender que lo que hacía era completamente inmoral. Criminal. Le pedí que parara y me dijo que estaba demasiado involucrado —los ojos de Mamá se llenaron de lágrimas—. Así que lo eché.

—¿Qué? —jadeo—. No recuerdo eso.

—Porque creíste que iba a una conferencia médica de urgencias en Cincinnati —las manos de Mamá tiemblan ligeramente—. Hizo la maleta y se fue. Esa noche me envió un correo electrónico de cinco páginas con instrucciones sobre su testamento, sus bienes, dónde guardaba el dinero y qué hacer si alguna vez desaparecía.

Waylen y yo intercambiamos una mirada. Me da rabia preguntarme si ese correo era de verdad preocupación de Papá o solo manipulación.

—Ese correo me dio un susto terrible —la voz de Mamá se quiebra —. Pasé todo el fin de semana sumida en la indecisión. Pero para el lunes me di cuenta de que prefería a mi esposo, con sus defectos y todo, que vivir sin él. Así que lo llamé y le dije que volviera a casa. Me prometió que intentaría encontrar una salida segura de la organización y le creí al pie de la letra.

—Continuó trabajando para la organización durante años después de eso, Mamá —señalo.

—Estaba aterrorizado. Por su vida, por la nuestra. Así que hizo lo que hizo para protegernos —levanta una mano cuando Waylen empieza a interrumpir—. Me aseguré de que no gastáramos ni un centavo del dinero que ganó con la organización. Ese dinero fue a cuentas separadas y lo donamos a organizaciones benéficas durante todo el año.

Waylen se frota las sienes. —Eso no compensa lo que hizo, Mamá.

—Lo sé, cariño —la frustración se apodera de su voz—. Pero fue lo mejor que pudimos hacer en ese momento. Cuando diagnosticaron a tu padre, él y yo sabíamos que era la manera más fácil de salir de la organización. Y supongo que fue un castigo divino por lo que había hecho.

—No tenía sentido para mí —no puedo evitar hervir de vieja frustración—. Lo amabas tanto, pero no estabas dispuesta a

obligarlo a luchar por su vida. Se sentía como si hubieras renunciado.

—Simplemente tenía más información que tú en ese momento.

—¿Cómo te sentiste cuando murió? —pregunto, e inmediatamente me pregunto si hay una mejor manera de formular esa pregunta.

—Perdida. Desesperanzada. Asustada. Pero sobre todo… aliviada —Mamá cierra los ojos—. Luego, culpable porque me sentí aliviada. Luego triste. Luego perdida de nuevo. El ciclo nunca se detuvo. Sabía que ustedes, niños, pensaban que yo no podía vivir sin él. Que todavía lo lloraba después de tanto tiempo. Pero la verdad era que no sabía cómo procesar esos últimos años. Todo era tan confuso.

—No querías que Vesper hiciera su residencia en San Rafael —murmura Waylen.

Cada vez encajan más piezas del rompecabezas para él. Para mí también.

—No estaba segura de qué estaba pasando exactamente en ese hospital, pero sabía que no era nada bueno —Mamá suspira profundamente—. Pero estabas tan decidida…

—Te acusé de querer que me olvidara de Papá —me invade un terrible arrepentimiento—. Ay, Mamá…

—Tranquila, cariño. No te estaba dando buenas razones para evitar ese hospital. Entiendo por qué estabas enojada.

—Podrías haberme dicho la verdad.

Mamá me mira fijamente. —¿Me habrías creído?

—Quizá no al principio —admito—. Pero con el tiempo…

—Nuestra relación ya estaba deteriorada, Vesper. No quería empeorarla. Y, sinceramente, la principal razón por la que no te lo dije fue porque quería preservar el recuerdo que tenías de tu padre. No quería que lo odiaras.

Niego con la cabeza lentamente. —Ya no sé qué siento por él. Una cosa sí sé: no lo conocía realmente. No como creía.

—¿Sabes qué aprendí con todo esto?

Waylen y yo nos volvemos hacia ella expectantes, esperando que pueda tener alguna idea que nos ayude a sortear este lío.

—Aprendí que una misma persona puede ser distintas cosas para diferentes personas. Sí, Thomas Fairfax fue el villano en muchas historias, pero también fue un buen esposo en la mía. Fue un padre devoto en la suya. Me amaba y los amaba a ustedes, hijos. No siempre fue malo.

No es la profunda sabiduría que esperaba, pero suena verdadadero. Aprieto la mano de Mamá. —Gracias, Mamá.

—Nunca te di las gracias —contiene las lágrimas—. Por arriesgar tu trabajo para salvarme.

—Pero no querías que te salvaran —bajo la cabeza—. Estaba siendo egoísta. Estaba…

—¿Intentando compensar el hecho de que no pudiste salvar a tu padre? —termina Mamá con dulzura—. No pasa nada, cariño. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste.

—Pero no era lo que querías.

—En ese entonces, no —admite—. Pero ahora, te veo a ti y a tu hermano, veo tu barriguita crecer cada día, los veo a ti y a Kovan y a Luka juntos, y no soporto perdérmelo. Por primera vez en mucho tiempo, estoy deseando ver qué viene después.

—¿Sí? —susurro entre lágrimas.

—Sí —Mamá asiente y toma la mano de Waylen con la que tiene libre—. Sería una pena que me fuera cuando los tres apenas estamos aprendiendo a hablarnos.

—Tienes razón. Sería una pena —coincide Waylen y le toma la mano —. ¿Significa esto que ya no estamos enojados?

—Yo no estoy —dice Mamá con firmeza—. Quiero disfrutar del tiempo que me queda. Quiero pasarlo con mis hijos y mis nietos. Quiero ver crecer a mi familia mientras aún estoy aquí para verlo.

—Me parece un plan buenísimo, Mamá —dejo escapar un largo suspiro de alivio—. Me parece un buen plan para todos.

Los tres nos sentamos un rato, tomados de la mano, sintiéndonos finalmente como una familia de nuevo. No la familia perfecta que una vez fingimos ser, sino la versión rota, defectuosa e imperfecta que realmente somos.

Por primera vez en mucho tiempo, parece suficiente.

VESPER

—¡No puedo hacer eso!

El rostro de Luka se distorsiona de puro horror y tengo que morderme la mejilla para no reírme.

—¿Y por qué no? —pregunto, fingiendo inocencia.

—Es un *facial* —baja el tono a un susurro—. Es cosa de niñas.

—¿Desde cuándo te importan que las cosas sean de niñas o de niños? —me cruzo de brazos—. Estamos en el siglo XXI, chiquillo. Las normas de género están anticuadas.

—¿Qué pasa si alguien de la escuela me ve?

—Estamos en habitaciones privadas tras biombos. Nadie te verá —señalo el spa de lujo—. Ven, Luka. Será divertido.

—Sí, Luka —interviene Charity, probablemente sintiendo que su día de spa se le escapa—. Si no es por ti, hazlo por mí. Soy una pobre paramédica que no se ha cuidado en seis meses.

Luka niega con la cabeza y cruza los brazos con más fuerza.

Pavel suspira y da un paso adelante para saltar sobre la granada. —¿Qué tal si lo hago contigo, chico? ¿Faciales para todos?

Charity se queda boquiabierta. Lleva toda la mañana mirando a Pavel, pero ahora está casi babeando.

—¿Vas a hacerte un tratamiento facial? —Luka vuelve a comprobarlo.

—Claro que sí. Cuidarse nunca está de más. Mira a tu tío Kovan… parecerá de ochenta años cuando tenga cincuenta porque nunca se cuida. No voy a sucumbir a ese destino. No, señor.

Luka se muerde el labio. —¿Te quedarás conmigo todo el tiempo?

—Todo el tiempo —promete Pavel.

Solo después de un juramento solemne con el dedo meñique, Luka acepta el mini facial. Pavel nos mira a Charity y a mí y articula—: Me deben una muy grande.

Luego, él y Luka desaparecen en el salón de hombres mientras Charity y yo somos escoltadas a la sección de mujeres.

Por desgracia, nuestros cuatro enormes guardaespaldas nos siguen, ganándose las miradas de desaprobación de todos los clientes de Noeline. Todos intentan disfrutar de sus tratamientos de spa sin ser vigilados por el equipo de seguridad más temible de San Francisco. No puedo culparlos.

—Esto es mortificante —murmuro mientras nos llevan a una habitación privada.

—Creo que te hace parecer importante —replica Charity—. Deberías aceptarlo.

—Es fácil para ti decirlo. Solo has lidiado con esto una tarde. Esta ha sido mi vida durante semanas.

—Por una buena razón —Charity me dirige su mejor mirada severa.

Nos acomodamos en los cómodos sillones y esperamos a nuestras esteticistas. Suena música clásica suave de fondo, que se mezcla con el sonido de una fuente cercana.

—Dios mío, qué paz hay aquí. Quizá debería convencer a Pavel de que nos den un masaje en pareja después de esto. Al menos así podría verlo sin camisa.

—¿Qué pasó con Osip? —pregunto con una mirada pícara—. Creí que te gustaba él.

—Sí. Tiene todo ese look sexy e intimidante que lo hace atractivo, pero Pavel tiene ese encanto juvenil que no puedo resistir. Es sensible, genial con Luka, y se está haciendo un facial para nosotras —Charity sonríe—. Cumple todos mis requisitos. ¿Quién sabe? Quizá me quede con los dos.

—Felicidades.

—Además, si Pavel y yo nos casamos algún día, tú y yo seremos hermanas de verdad.

—Primero, no necesitamos casarnos con hermanos para ser hermanas. Segundo, Kovan y yo no nos casaremos.

—Todavía no, pero va a suceder. Estoy segura.

—Ya conoces a Kovan. ¿Te parece que le gustaría casarse?

—Tampoco parecía ser de papá, pero se lleva bastante bien con Luka.

Tiene razón. —Eso es diferente…

—Y resulta que también es un completo *bombón*. A veces, Dios da con todas sus fuerzas.

Resoplo. —Kovan parece tenerlo todo, pero en realidad solo es un tipo trabajador que quiere proteger a su familia a toda costa.

—Hablaba de ti, V —me da un golpecito en el brazo—. Eres la bendita de Dios. Eres una doctora guapísima que se ha liado con un jefe de la Bratva muy atractivo. Es una injusticia terrible.

—¿Has estado robando drogas de la ambulancia otra vez?

Ella se ríe. —Sé que tengo razón cuando empiezas a hacer chistes inapropiados sobre mi trabajo.

—Las recompensas son altas, te lo concedo —frunzo los labios—. Pero también los riesgos. El mundo de Kovan es peligroso. Si fuera solo yo, sería otra cosa, pero tengo que pensar en este bebé.

Charity señala las siluetas de los guardaespaldas que se ven a través de la puerta. —¿De verdad crees que Kovan dejaría que les pasara algo a ti o a tu hijo?

Sonrío, intentando no ser una de esas personas que rechaza la comodidad.

Pero soy médica. He visto demasiada muerte, demasiada mala suerte, demasiadas cosas horribles sucediendo a gente buena como para creer que soy inmune a la tragedia.

Si algo me ha enseñado este último año, es que estoy lejos de ser perfecta. Y si a gente inocente le pueden pasar cosas malas, ¿qué posibilidades tengo *yo*?



—En serio, Pavel, esto se está volviendo ridículo.

Pavel fulmina con la mirada a uno de nuestros guardaespaldas, que acaba de chocar con la cadera a una anciana porque pensó que estaba "demasiado cerca" de mí. —Hablaré con él.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que vas a hacer?

—¿Qué quieres que haga? —Pavel se encoge de hombros—. Está haciendo su trabajo.

—¿Agredir a personas mayores es parte de su trabajo?

Pavel sonríe con suficiencia. —Le dio un empujoncito. Está bien… se fue caminando y todo.

—¡Solo porque su bastón la mantenía erguida!

Pavel mira hacia la fuente donde Charity y Luka están sentados. —Escucha —baja el tono—. Los chicos están nerviosos después del sermón de Kovan. Saben que, si te pasa algo, Kovan los decapitará.

—Genial. Simplemente genial. Con razón han estado tan agobiantes hoy.

—Es temporal, Vesper.

—No me enojo porque estén aquí, Pavel. Sabía a qué me había apuntado. Estoy molesta porque estos idiotas no saben distinguir entre una amenaza real y una ancianita con bastón.

—La óptica no es muy buena, te lo concedo.

—Al diablo con la óptica… ¡Podría haberle roto la cadera!

—Eres médico, ¿verdad? —Pavel me dedica esa sonrisa encantadora que debió haber aprendido de su hermano—. Puedes arreglarlo.

—No te hagas el gracioso conmigo —le frunzo el ceño—. Se suponía que este sería un día divertido para Charity, para Luka y para mí. Tus guardaespaldas lo están arruinando todo.

—¿En serio? —mira hacia la fuente, donde Charity se ríe de algo que dijo Luka—. Porque Charity parece estar pasándola bien.

—La has estado observando mucho, ¿no?

Él levanta las cejas. —¿Qué sugieres exactamente?

—Podría decirle algo bueno de ti si les dices a tus hombres que se relajen un poco.

—¿Relajarse cómo? —pregunta con sospecha.

—Menos Robocop, más humano.

Arruga la nariz. —Estoy bastante seguro de que eso no formó parte de su entrenamiento.

—¡Pavel!

Suspira. —Kovan me matará si les digo que se calmen y pasa algo. En serio, me va a dar una paliza y romperme las pelotas.

—Hablando de tus pelotas, le diré a Charity que accidentalmente te encontré desnudo y tienes el paquete más pequeño que he visto en mi vida.

Pavel parece atónito. —Eso es sucio.

Me encojo de hombros. —Ahora ando con gente de la Bratva. He aprendido algunos trucos.

—Eres despiadada.

—Te pido un pequeño alivio. Por favor, Pavel.

—¡Dios! —gruñe—. Deja de ponerme esa cara de cachorrito. No aguanto más. ¡De acuerdo! Les diré que se alejen. Pero yo me pegaré a ti como pegamento.

—¡Lo acepto!

Riendo, envío a Pavel a transmitir las órdenes a sus hombres mientras me uno a Charity y Luka junto a la fuente.

—¿De qué se trataba eso? —pregunta Charity mientras Luka pide un deseo con el centavo que ella le dio.

—Con suerte, significa que seremos solo nosotros cuatro por el resto del día.

—¿Se van los guardaespaldas? —pregunta Charity esperanzada.

—No del todo —digo—. Pero nos darán espacio. Me costó convencer a Pavel de que aceptara.

—Hm —Charity se lame los labios—. Quizás puedas convencerlo de que se quite la camisa por mí.

—No necesito convencerlo de nada. Ya se ha agotado la mitad de la ropa.

Charity me agarra la mano. —¿Dijo algo?

Antes de que pueda responder, Pavel se dirige hacia nosotros y Charity suelta mi mano, inmediatamente comenzando a juguetear con su cabello.

Parece que Luka y yo estamos haciendo de sujetavelas hoy. Me parece bien. Me abrazo a él y paseamos por los interminables pasillos del centro comercial que Charity insistió en visitar. Cuando miro hacia atrás, apenas puedo ver a nuestro intimidante séquito.

Puedo sentir que empiezo a relajarme.

Eso dura unos treinta minutos, hasta que Pavel empieza a llevarnos de tienda en tienda como si estuviera intentando hacernos pasar rápidamente por una especie de carrera de obstáculos cronometrada.

—¿Qué demonios, Pavel? —pregunto cuando me arrebata la blusa del pijama y la vuelve a dejar en el perchero.

—Nos vamos —responde.

—¡Acabamos de llegar!

—Alguien nos sigue —dice con voz tensa mientras recorre la tienda con la mirada—. ¿Dónde están Charity y Luka? Les dije que se mantuvieran unidos.

—Luka estaba a mi lado hace un segundo, y Charity estaba ocupada coqueteando contigo. ¿Nos sigue una o más personas?

—Uno que yo pueda ver. Pero puede que no esté solo. ¿Por qué demonios te hice caso? —ve a Luka y Charity al otro lado de la tienda y les hace señas frenéticas—. Tenemos que irnos. Ahora.

—¡Acabamos de llegar! —se queja Charity, sosteniendo un montón de pijamas de encaje.

—Quédate cerca de mí —los dedos de Pavel recorren la pantalla de su teléfono—. Vamos.

Teclea frenéticamente mientras salimos de la tienda y nos apresuramos por el pasillo abarrotado del centro comercial. La multitud parece haberse duplicado y la ansiedad de Pavel se ha triplicado.

—¿Qué sucede, V? —susurra Charity mientras luchamos por seguir el ritmo de Pavel.

—Pavel cree que nos están siguiendo.

—¿Es así?

—No lo sé. O eso o está paranoico. Pero Pavel no es precisamente de esos paranoicos, así que…

¡BANG!

El sonido es tan fuerte y se parece tanto a un disparo que caigo al suelo por instinto, arrastrando a Luka conmigo. Varias personas más caen también. Charity se mantiene de pie, observando la zona.

—¿Eso fue un disparo? —susurra Luka.

—Probablemente sea solo un petardeo de auto —intento tranquilizarlo.

—Entren aquí —Pavel nos guía hacia la tienda más cercana: una boutique para bebés—. Ahora.

—Vesper tiene razón, Pavel —Charity intenta calmar los ánimos—. Probablemente fue un petardeo. O un globo que reventó. O…

—No importa. Hasta que sepamos con certeza qué fue, los quiero a los tres atrás. Busquen un probador vacío y quédense ahí.

—Espera… ¿a dónde vas? —Agarro el brazo de Pavel mientras pasa junto a mí.

—Tengo que encontrar al equipo de seguridad. He estado intentando contactarlos, pero no tengo señal en mi teléfono. Quédense aquí. Entren en ese probador y no salgan hasta que oigan mi voz. ¿Me entienden?

Parece tan serio que asiento de inmediato. —Entiendo.

Espera a que estemos a salvo en el probador antes de desaparecer por la esquina. Verlo irse me pone más nerviosa de lo que esperaba.

—Vesper —Luka tiembla—. ¿Qué pasa? ¿Es Ihor? ¿Es mi mamá?

Me arrodillo y le tomo las manos. —No te preocupes, cariño. No voy a dejar que te pase nada.

—Pero estás embarazada. Yo debería estar protegiéndote a ti.

Le dedico mi sonrisa más tranquilizadora. —¿Qué tal si nos protegemos mutuamente? —cuando asiente con incertidumbre, le beso la frente—. Ihor no se acercará a ti, cariño. Te lo prometo.

KOVAN

Ya he cometido muchos errores hoy y aún no son las dos de la tarde.

Mientras salto a mi camioneta y corro hacia el centro comercial, catalogo cada error en mi cabeza.

Primer error: poner a Pavel a cargo de la seguridad de Vesper y Luka cuando claramente está más interesado en el escote de Charity que en proteger a mi familia.

Segundo error: dejarlos salir de casa para ir a un maldito centro comercial.

Tercer error: dejarlos salir de casa y punto.

Podrían haber pasado un día agradable y seguro junto a la piscina, rodeados de seguridad las 24 horas y un sistema de vigilancia de última generación. Pero Vesper rogó por pasar un poco de tiempo "normal" con Charity y Luka, y, idiota como soy, cedí.

Esto demuestra que ninguna buena acción queda impune.

Encuentro a Pavel en el tercer piso del centro comercial, caminando entre grupos de compradores que lo miran como si fuera un asesino en serie suelto.

—¿Dónde están los chicos? —gruño en cuanto me ve.

—Están haciendo un barrido. No te preocupes, están siendo sutiles.

—¿Y ese gilipollas que te ha estado siguiendo?

Pavel cambia de postura. —Oye, fue solo una corazonada. Ni siquiera estoy seguro de que nos siguieran, pero reconocí su cara y…

—¿Es uno de Ihor?

—No. No recuerdo su nombre, pero estoy bastante seguro de que era uno de los exnovios de Yana. Se parecía. Al menos, eso creo.

—Dios mío, Pavel. ¿Acabas de dar la alarma por un tipo que *podría* parecerse a uno de los antiguos amigos con los que Yana se acuesta?

—¡Nos siguió por media docena de tiendas! —insiste Pavel—. Y no di la alarma… te envié información. No tenías que venir hasta aquí.

Mi paciencia se acaba. —¿Dónde están Vesper y Luka?

Pavel señala una tienda de artículos para bebés unas puertas más allá. —Escondidos en uno de los probadores. La tienda estaba vacía cuando los dejé. Pensé que estarían a salvo hasta que pudiera confirmar que no había peligro.

—¿Vacía? ¿Y el personal?

—No vi a nadie.

—Joder —lo empujo y me dirijo a la tienda.

En cuanto entro, mis instintos me gritan peligro. El lugar es un pueblo fantasma. Suena rock alternativo suavemente de fondo, pero por lo demás, hay un silencio sepulcral.

Me dirijo hacia atrás mientras mi mente da vueltas en los peores escenarios. ¿Y si descorro las cortinas del probador y encuentro tres cadáveres? ¿Y si Ihor consigue meter a uno de sus hombres, secuestra a Luka y deja atrás a Charity y Vesper? Peor aún… ¿y si se lleva a Luka *y* a Vesper?

Los probadores están aún más tranquilos que la entrada. Cuatro puestos, dos con las cortinas corridas. Se me encoge el estómago al correr al primero y abrir la cortina.

Vacío.

Me acerco a la segunda cortina, pero, justo al abrirla, algo me golpea la cara. Un dolor me recorre el cráneo y noto el sabor de la sangre.

—Dios mío. ¡Kovan! ¡Eres tú! —la voz de Vesper denota puro alivio.

Parpadeo a pesar del dolor, tocándome la boca. —*Blyat'*. No es precisamente lo que un caballero espera cuando va a una misión de rescate.

—Lo siento mucho —me agarra la cara y me roza el labio partido con los pulgares—. No puedo creer que te haya golpeado.

—¿Con qué me pegaste? Porque fue efectivo.

—Mi bolso —responde Charity, asomándose y con la cara de Luka visible debajo—. Lo siento.

—Dios mío —muevo la mandíbula—. ¿Qué tienes ahí, piedras?

—Perfume, un cepillo, mi cartera, un botiquín de primeros auxilios y un libro. Y algunas cosas más.

—Eso es un arma, no un bolso.

—¿Estás bien, tío Kovan? —pregunta Luka, abriéndose paso a través de la cortina con Charity.

—Estoy bien, *malysh*. Hará falta algo más que un saco de rocas para derribarme.

Vesper todavía parece horrorizada. —Lo siento mucho.

—Basta. No te disculpes por defenderte y protegerlos —la beso en la frente con cuidado, evitando mancharla de sangre—. Lo hiciste bien.

—Déjame mirar ese labio.

—¡Tengo mi botiquín de primeros auxilios! —ofrece Charity.

—Estoy bien —insisto—. Ahora vamos…

Pavel irrumpe en el vestuario, respirando con dificultad. —¿Todo bien? Los hombres desalojaron los tres primeros pisos, así que podemos… —se detiene, mirándome fijamente a la cara—. ¿Qué pasó? ¿Conseguiste pelear contra quien nos seguía?

—Vesper fue quien peleó.

Pavel nos mira a ambos. —¿*Tú* hiciste eso?

Vesper agacha la cabeza. —No fue mi intención. Oí que alguien nos buscaba, y después de que me metieras en la cabeza lo de que nos seguían, agarré lo más pesado que encontré y me lancé.

—¡Genial! —Pavel sonríe.

—¡No, no es "genial"! —argumenta—. No le di a ningún tipo malo. ¡Le di a tu hermano!

—Pero no lo sabías. Qué proactividad, V —Pavel me da una palmada en el brazo—. ¿Ves? Se las arregla perfectamente sola.

—Preferiría que no tuviera que hacerlo —espeto—. Ahora, vámonos de aquí. Ya basta de emoción por un día.

—¿Quieres decir que no podemos ver a los *Minions*? —Luka hace pucheros.

—Hoy no. Te pongo la película para que la veas en casa.

—No es lo mismo.

Miro a Vesper en busca de apoyo. Ella fuerza una sonrisa, aunque noto que quiere quedarse. —Volveremos otro día, cariño. Tu tío tiene razón… ya basta de emoción.

Mientras caminamos por la tienda, veo que un vendedor aparece tras el mostrador por una puerta trasera. Lleva una camiseta raída y exhala humo de vapeo, pero sus ojos vidriosos se clavan en mí al instante.

—Oye, ¿eres Kovan Krayev?

Charity y Luka ya se fueron con Pavel. Vesper se detiene en el umbral al oír mi nombre.

—Sal —le digo con firmeza—. Espera con Pavel. Voy enseguida.

—Kovan…

—Ahora, Vesper. Sin discusiones.

Ella duda, la preocupación le arruga la frente, pero se va.

En cuanto se va, me dirijo al mostrador y agarro al vendedor por el cuello, tirándolo hasta casi cruzarlo. Gime cuando el borde se le clava en el estómago.

—¿Cómo carajo sabes mi nombre?

Apesta a marihuana, desodorante barato y malas decisiones. No debe tener más de veinte años, el acné le cubre la mitad de la cara y su aliento sugiere que no se ha cepillado los dientes en días.

—¡Por favor, hombre, suéltame! Solo me dijeron que te diera algo si entrabas. ¡Eso es todo!

Este chico no podría con un pedido de McDonald’s, y mucho menos con algo peligroso. Lo suelto y se desliza hacia atrás sobre el mostrador.

—Habla rápido. ¿Qué te pidieron que me dieras, y quién te lo dio?

—No sé. Un tipo raro apareció hace un par de horas, hizo una compra y la envolvió. Dijo que eras amigo y que vendrías pronto. Ya está pagado.

—¿Qué es?

—¡No sé, tío! No me fijé. Es un regalo.

—Si no sabes lo que es, ¿cómo estás tan seguro de que es para mí?

—Me enseñó una foto tuya. Para ser sincero, amigo, te veías mejor en la foto. No estabas tan enfadado —abre los ojos de par en par al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Sin ánimo de ofender. Seguro que te verías mejor si sonrieras.

—Cállate la boca.

Hace como si cerrara los labios con cremallera.

Veo a Vesper mirando hacia la tienda, preguntándose por qué tardo tanto. —Date prisa. Dame este regalo.

Se agacha y, por instinto, pongo la mano en mi pistola oculta. Este imbécil puede parecer inofensivo, pero hoy en día cualquiera puede comprar un arma.

Cuando reaparece, lleva una pequeña caja de regalo atada con un lazo rojo a rayas. *¿Qué demonios?*

—Ábrelo —ordeno.

Se le cae la mandíbula. —¿Quieres que *yo* lo abra?

—Eso es lo que dije.

—Pero es tu regalo. ¿Y si hay una serpiente ahí dentro o algo así?

—¿No lo envolviste?

—No, lo hizo él mismo. ¿Y si metió algo dentro cuando yo no estaba mirando?

Pongo los ojos en blanco. —Con más razón deberías abrirlo. Hazlo antes de que pierda la paciencia.

—Voy a dejar este trabajo —murmura, deshaciendo lentamente el lazo.

Le quita la tapa. Dentro hay papel de seda blanco con una notita encima. Me agacho para leerla.

Los secretos tienen una forma de quedar expuestos.

Siento una opresión en el pecho. Separo las capas de papel de seda y debajo hay un pequeño pijama de recién nacido.

El mensaje es clarísimo.

Ihor sabe sobre el bebé.

Me quedo mirando el pijama… amarillo pálido con patitos estampados. Inocente. Inofensivo.

Y lo más aterrador que he visto jamás.

—¿Estás bien, amigo? —pregunta el vendedor—. Parece que vas a vomitar.

Agarro la caja y la nota y las meto en el bolsillo de mi chaqueta. Tengo las manos firmes, pero la mente me da vueltas.

Ihor sabe que Vesper está embarazada. Sabe que tendremos un hijo. Y ahora tiene la máxima influencia sobre mí.

—Si alguien pregunta, esta conversación nunca ocurrió —le digo al vendedor.

—¿Qué conversación? —sonríe nervioso.

Me voy sin decir nada más. Tenemos que volver a casa. Necesitamos reforzar la seguridad. Y tengo que averiguar cómo demonios se enteró Ihor del embarazo si hemos tenido tanto cuidado de mantenerlo en secreto.

Afuera, Vesper pasea junto a Pavel, con la mano apoyada protectoramente sobre su aún pequeño bulto. Todavía no lo sabe,

pero todo acaba de cambiar.

—¿Listo para irnos? —pregunta, escudriñando mi rostro.

—Más que listo.

Mientras caminamos hacia la salida, no puedo quitarme la sensación de que nos vigilan. Cada comprador, cada empleado, cada guardia de seguridad podría ser de Ihor. Siento que el pijama pesa cincuenta kilos en mi bolsillo.

Vesper me toma de la mano y la aprieto con fuerza. Lleva a mi hijo en el vientre y ahora nuestro enemigo lo sabe. Lo sabe. Lo *sabe.* Mierda.

—¿Kovan? —dice en voz baja—. ¿Todo bien?

La miro desde arriba… a esta mujer que atacó a un extraño con un bolso para proteger a Luka, que lleva a mi hijo en su vientre, que se ha convertido en el centro de todo mi mundo sin que ninguno de los dos lo haya planeado.

—Está todo bien —murmuro.

Podría ser la mentira más grande que haya dicho jamás.

KOVAN

No le cuento lo del pijama.

Si lo hiciera, ella estaría ahora mismo despierta, mirando al techo como yo, obsesionada con todo lo que podría salir mal.

Y hay un montón de cosas que podrían salir mal.

Esto, justo esto, es por lo que quería seguir soltero. Siempre juré que lo haría. Pero de alguna manera me encontré con un par de ojos azules hipnóticos y una bata médica bien ajustada, y perdí la cabeza por completo.

Vesper se gira de lado con un suspiro suave, y su camisita se sube lo justo para que pueda ver su barriguita de embarazada. Se ve tan tranquila, tan contenta cuando duerme. No hay nada que sugiera que ató su vida a un hombre con el potencial de destruirla.

¿Por qué carajo ella me quería de vuelta?

Si hubiera dicho que no, habría podido distanciarnos. Instalarla en otra casa, lejos de mí. Le habría dado el espacio que quería.

Pero no hay forma de poder alejarme de ella sabiendo que ella también me quiere.

Es la una de la mañana cuando mi teléfono brilla en la mesita de noche. Me levanto de la cama, agarro el teléfono y leo el mensaje de

Osip.

OSIP: ***Ya estamos listos, hermano. Solo tienes que darme la orden.***

Me permito una última mirada a Vesper… sus brazos y piernas envueltos alrededor de una almohada que debería haber sido yo… y luego me visto.

Pavel me espera en la entrada, con los ojos hinchados por el sueño, bostezando como una ballena varada. —¿Qué demonios es tan importante como para que tuviera que renunciar a mi fase REM para estar aquí? —se queja.

—Sube al auto y cállate.

Me mira fijamente mientras se abrocha el cinturón. —¿Sigues enfadado conmigo por lo que pasó ayer en el centro comercial?

—No estoy enfadado.

—Dices eso, pero luego se te abren las fosas nasales y se te hacen pequeños los ojos y me recuerda a Papá cuando…

Se calla en cuanto lo miro. —No me parezco en nada a nuestro padre —gruño.

—No digo que lo seas. Solo digo… —lo fulmino con la mirada y se calla—. Vale, vale, ya terminé de hablar.

—Ya era hora, joder.

—¡Les dije a los guardias que nos dieran un respiro! —empieza a defenderse, pero no quiero oírlo—. Iba a estar con ellos todo el tiempo. No pensé…

—Así es —interrumpo—. *No* pensaste. No me importa lo infeliz que ella esté ni cuántas promesas te haga; jamás debiste dejar que te convenciera de no seguir mis órdenes. ¿Está claro?

—Sí, hermano.

—No. No te hablo como tu hermano. Ahora mismo, te hablo como tu *pakhan*.

—Sí, *pakhan* —dice Pavel con tristeza—. ¿Al menos puedo preguntar a dónde vamos a estas horas tan intempestivas?

—Vamos a Simone.

—¡¿Simone?! —grita Pavel—. ¡Ese es el territorio de Ihor!

Asiento. —Llegó hace diez minutos. Debe estar escondido en una de sus habitaciones privadas, disfrutando de un baile erótico. Con suerte, llegaremos antes que Gloria o Roxy o Estrella o quien sea se quite la ropa.

—¿Qué sentido tiene acorralarlo en su propio club de striptease?

—Necesita saber que no le tengo miedo —le explico—. Y sobre todo, necesita saber que puedo contraatacar mucho más rápido y con mucha más fuerza que él.

Pavel se resiste. —¡Todavía no ha hecho nada! Aunque confiese haberte dado ese pijama, puede alegar que es un regalo.

—Soy consciente. Así es como ha logrado escabullirse durante tanto tiempo. Incluso con Vitalii. No hace nada abiertamente agresivo. No desobedece descaradamente. Socava y engaña y miente. Se comporta como debe para no tener que rendir cuentas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

—Estás a punto de descubrirlo.



El camino a Simone nos lleva por la peor parte de la ciudad. Letreros de neón anuncian licorerías y casas de empeño. Campamentos de personas sin hogar se extienden bajo los pasos elevados.

Aquí es donde Ihor se siente más cómodo: en la cuneta.

Estaciono justo enfrente del club, sin ser discreto. Que sepa que vengo.

Mientras Pavel y yo caminamos por las paredes sórdidas y pintadas de rojo del club, no puedo evitar pensar que el club refleja perfectamente su nombre: llamativo, de mala calidad y muy barato.

El bajo del escenario principal retumba a través de las paredes. Chicas en diversos estados de desnudez se sientan en mesas con hombres de mediana edad que parecen no haber visto la luz del sol en meses. El aire huele fatal, cargado de cerveza, marihuana, perfume y quién sabe qué más.

Perfecto para Ihor. El hedor de la desesperación.

Hay un portero frente a una habitación con una placa que dice ***"Suite del Don"***. Debería haberle pedido que quitara ese estúpido cartel el día de la inauguración hace tres años.

En aquel momento, lo tomé a broma y lo consideré insignificante. Yo era el *pakhan*. No había discusión al respecto. Si Ihor quería considerarse uno, podía y debía hacerlo aquí, entre sus compañeros más sórdidos.

Ahora me doy cuenta de cómo actos pequeños e insignificantes sin respuesta pueden conducir a un gran problema.

—Ustedes no pueden estar aquí atrás —el portero se mueve para bloquear nuestro paso, pero doy un paso hacia la luz y le doy una visión pura de mi rostro.

—Semyon.

—¡Sr. Krayev! —espeta. Solo puedo ver el blanco de sus ojos—. ¿Lo espera el don?

Mi labio se curva con disgusto. —No es ningún don, Semyon. Y llamarlo así es una buena forma de meterse en líos con el verdadero jefe. Abre la puerta.

Él se hace a un lado sin decir otra palabra de protesta.

Entramos en la habitación. Las paredes están revestidas de un grueso brocado dorado y los sofás son una mezcla espantosa de terciopelo y satén. Supongo que no solo le ha puesto el nombre de su amante… parece que también la ha dejado decorar.

Todo grita nuevo rico.

Todo grita inseguridad.

Todo grita *Ihor*.

El propio Ihor no nos ve entrar porque está demasiado ocupado hundiendo la cara en las tetas de una rubia tetona cuyo maquillaje de ojos sugiere que quería parecerse a la mapache más guapa de San Francisco. Aparte de ellos dos, la habitación está vacía.

Pavel y yo nos sentamos en los sillones de cuero frente al sofá. Agarro una de las botellas de cerveza vacías y la tiro contra la pared. Al oír el estallido de cristales astillados, Ihor sube la cara y nos mira boquiabierto.

—¿Qué…?

—Perdón por interrumpir tu pequeño pasatiempo —sonrío—. Pero esto no podía esperar.

Las mejillas de Ihor se sonrojan. —Kovan, Pavel… podrían haber elegido un mejor momento para visitarnos. Esta es Candy —mira de reojo a la rubia que se ha estado jugueteando con sus tetas mientras mira a Pavel—. ¿O es Brandy?

—Nos importa un bledo —digo—. Brandy, Candy, puedes irte. Necesitamos un ratito a solas con el viejo. Seguro que el Viagra aguantará hasta que regreses.

Ella asiente y sale corriendo.

Ihor chasquea la lengua con irritación. —Recuérdame que despida a esa puta cuando termine con ustedes dos. Debería saber de quién

recibe órdenes.

—¿Estás seguro? —interrumpe Pavel—. Parecía que disfrutaba mucho de tu compañía.

—¿Por qué carajo están aquí? —pregunta.

—Solo quiero asegurarme de que estamos en sintonía, nada más —le digo con naturalidad—. Yana no se portó precisamente bien en su última visita a Luka.

Ihor resopla. —No sé por qué se molesta con ese niño. Es un cabrón, igual que su padre.

Pavel se pone de pie de un salto, con la mano en la funda, listo para matar.

—Dile al niño que se siente antes de que se haga daño —dice Ihor lentamente, formando un cuatro con sus piernas.

—¿A quién llamas niño? —espeta Pavel.

—*Brat* —gruño—, siéntate. Si no puedes mantener la calma, sal afuera.

—Elige a una chica si te sirve de algo —sugiere Ihor, con una mueca de desprecio en los labios—. Tócala, fóllala, golpéala… aquí están acostumbradas a todo tipo de diversión.

Pavel tiene las manos apretadas en puños, y estoy seguro de que planea usarlos si no lo detengo. —Pavel —grito—, da un paseo.

Me mira. Está lo suficientemente furioso como para empezar a golpear, pero no quiere desobedecerme. Le hago un último gesto con la cabeza y sale de la habitación dando un portazo.

—Ese sí que es un cabeza dura —comenta Ihor—. Podría ser un buen *vor* si no fuera tan jodidamente estúpido.

—Si dices una palabra más sobre él, te cortaré la lengua aquí y ahora —le digo con calma.

—¿De verdad? —se burla Ihor—. Mírate, amenazando como un auténtico *pakhan*. Casi me convences.

Saco mi teléfono y tengo la satisfacción de ver cómo la mano de Ihor se acerca nerviosamente a sus pantalones. —¿No te convence lo suficiente? —sonrío—. Bueno, entonces, quizá esto te ayude.

Pongo una señal de video y giro la pantalla para que Ihor pueda ver. —¿Reconoces esa casa? —pregunto—. Deberías. Creo que la compraste el año pasado para tu última pequeña amante. ¿No nombraste este club en honor a ella? Simone, ¿verdad?

Ihor mira fijamente la pantalla, paralizado. —¿Qué demonios es esto, Kovan?

—Siempre te encantaron los fuegos artificiales, ¿verdad, Ihor? Te van a encantar estos. Tres… dos… uno… Ahí va.

El sonido es discreto, dado que solo vemos la transmisión en vivo, pero no hay nada discreto en la explosión que derriba toda la casa. Ocho acres, cuarenta millones de dólares en propiedades de primera calidad.

Desaparecen en un abrir y cerrar de ojos.

Inmediatamente después de la explosión, Ihor se pone de pie de un salto, con los ojos prácticamente saliendo de sus órbitas.

No pensé que sería tan divertido de ver.

Resulta que estaba equivocado.

Me levanto y me guardo el móvil en el bolsillo. —Los secretos tienen una forma de exponerse, ¿verdad, Ihor? —le guiño un ojo—. Ahora, si me disculpas, voy a descubrir algunos más. Disfruta del resto de la noche.

Me giro hacia la puerta, pero la respuesta de Ihor me detiene en seco.

—¿Crees que me da miedo que explote una propiedad? —su recuperación es más rápida de lo que esperaba—. ¿Crees que no tengo seguro? ¿Crees que no tengo diez propiedades más como esa? ¿Crees que me *importa*?

Me doy la vuelta lentamente. —No, Ihor. Creo que no entiendes el punto en absoluto.

—¿Cuál es?

—El punto es que encontré a Simone. Encontré su casa. Encontré su horario. Encontré su clase de yoga, su supermercado, su restaurante favorito —hago una pausa, dejando que asimile la idea—. Encontré la escuela de sus hijos.

Ahora, su cara se vuelve completamente blanca.

—Así es —continúo—. La pequeña Simone tiene dos hijos, ¿no? Son unos niños preciosos. De ocho y diez años. Van caminando a la escuela todos los días. La misma ruta, a la misma hora.

—No lo harías…

—¿*Qué*? —interrumpo—. ¿Tocar a niños inocentes? Tienes toda la razón. No lo haría. Pero parece que has olvidado que fuiste *tú* quien metió a los niños en este juego. Fuiste *tú* quien hizo que Yana amenazara a Vesper mientras llevaba a mi hijo. Fuiste *tú* quien me envió un pijama de bebé como mensaje.

La boca de Ihor se abre y se cierra como un pez.

—Bueno, esto es lo que va a pasar —continúo, con tono conversacional—. Vas a cancelar cualquier juego que creas que estás jugando con mi familia. Vas a dejar de usar a Luka como peón. Vas a convencer a Yana de que ceda sus derechos parentales voluntariamente. Y vas a desaparecer de mi ciudad para siempre.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces, te haré lo que has estado amenazando con hacerme. Te arrebataré todo lo que te importa. Empezando por Simone y sus hijos, y así sucesivamente.

La verdad es que jamás lastimaría a niños. Pero Ihor no lo sabe. Y ahora mismo, su miedo es lo único que mantiene a mi familia a salvo.

—Piénsalo bien —le digo—. No tardaré en quitarme los guantes.

No espero su respuesta. Salgo de esa habitación ostentosa, atravieso el club de striptease y salgo al aire nocturno donde Pavel me espera junto al auto, fumando un cigarrillo.

—¿Cómo te fue? —pregunta, mientras su pierna rebota con toda la ira no gastada.

—Mejor de lo esperado —le digo mientras me siento en el asiento del conductor.

Al alejarnos de Simone, veo a Ihor por el retrovisor. Está de pie en el techo del club, viéndonos irnos.

Bien. Que nos mire. Que nos recuerde.

Porque, la próxima vez que amenace a mi familia, no habrá advertencias. No habrá negociaciones.

Solo habrá consecuencias.

VESPER

Mi vida se ha convertido en una serie de extremos.

El péndulo oscila de un extremo al otro del espectro, sin detenerse nunca en el medio, donde vive la gente normal.

Felicidades, Vesper, tienes un ascenso.

Y entonces *BOOM* …tiroteo en el hospital.

¡Qué suerte tienes, Vesper! ¡Puede que hayas conocido a un chico guapo y hayas encontrado la manera de joder a la junta del hospital de un plumazo!

Y entonces *BOOM* …el chico guapo resulta ser un *pakhan* de Bratva que revela todo tipo de detalles desagradables sobre tu difunto padre, quien, contrariamente a la opinión popular, no era el sanador desinteresado que pretendía ser.

Las cosas están mejorando, Vesper… estás embarazada.

Y entonces *BOOM* …tu madre tiene cáncer.

Kovan y yo hemos vuelto a estar en tierra firme hace semanas. El trabajo ha estado relativamente tranquilo, e incluso mi mamá está de buen humor. Está participando activamente en su tratamiento, y parece que el ensayo clínico en el que la metí a escondidas podría estar funcionando.

Todo lo que significa es que estoy esperando con terror el próximo *BOOM*.

Es por eso que mi corazón se hunde cuando llego a casa una noche después de un largo turno y encuentro tres enormes maletas empacadas y apiladas junto a la puerta principal.

Pavel dobla la esquina un segundo después, con apariencia inocente mientras escribe en su teléfono.

—¿Qué es todo esto? —pregunto sin preámbulos—. ¿Me está echando?

Arruga la nariz, confundido. —¿Ves maletas y crees que te van a echar?

—¿Cuál es la alternativa?

—Ay, no sé —finge pensar—. ¿Quizá una escapada de fin de semana? ¿Podría ser esa una interpretación razonable?

—No en mi experiencia, no.

Se ríe y niega con la cabeza. —¿Son todos los médicos tan neuróticos?

—Solo aquellos que están involucrados con grandes y malos *pakhans* de Bratva.

—¿Alguien habla de mí? —mi propio gran y malo *pakhan* de Bratva personal aparece, luciendo injustamente atractivo con un cárdigan beige y jeans oscuros. Su aspecto informal lo hace parecer casi normal. Casi.

—¿Ya se lo contaste? —le pregunta a Pavel.

—Lo siento, iba a esperarte, pero ella pareció pensar que la estabas echando de la casa.

Kovan levanta una ceja y me mira. —¿Eso fue lo primero que pensaste?

Bajo la mirada. —Últimamente la vida ha sido un poco impredecible. Y no siempre para bien.

—Eso está a punto de cambiar —Kovan me toma de la mano y me abraza—. Nos vamos de viaje juntos, solo tú y yo. Considéralo una pequeña luna de miel de bebé.

—¿En serio?

—Tienes el fin de semana libre, ¿verdad? —pregunta—. Revisé tu agenda antes de reservar.

—La tenía. Digo, la tengo —estoy totalmente nerviosa—. Es que… ¿Luka viene con nosotros?

—Esta vez no.

Me sonrojo al pensar en un fin de semana entero solo Kovan y yo. Es algo normal en las parejas. Quizás por eso nunca pensé que viviría algo tan ordinario.

Por otra parte, conociendo a Kovan, nada de este fin de semana va a ser ordinario.

—Pero le dije a Luka que lo llevaría al museo de ciencias este fin de semana —me muerdo el labio—. Se va a decepcionar.

—Waylen lo llevará —me asegura Kovan—. Ya lo he hablado con él. Y le he pedido a Charity que venga a pasar el fin de semana aquí mientras estamos fuera. No tendrás que preocuparte por Luka. Tendrá tantas niñeras que ni siquiera sabrá que nos hemos ido.

La emoción me recorre la espalda. Nunca antes me llevaron de viaje. Nunca pensé que lo harían.

—Vamos —Kovan me acompaña hacia la puerta—. No queremos llegar tarde a nuestro vuelo.

—¿Vamos a coger un avión? ¿A dónde vamos?

—Ya lo verás cuando lleguemos —responde con misterio—. Nos espera el auto afuera.

Nuestro "auto" resulta ser Osip al volante de un reluciente Bentley clásico. —No puedo creer que estemos haciendo esto —digo con entusiasmo mientras Kovan rebusca en el bolsillo de su chaqueta—. ¡Espera! ¡Mi pasaporte! Si vamos a salir del país, yo…

—Ya te tengo cubierta —Kovan me muestra mi pasaporte, que está justo al lado del suyo.

Está a punto de guardarlos cuando algo se cae de su pasaporte. Reconozco la foto al instante. —Es mi ecografía —murmuro, recogiéndola de los asientos de cuero.

Kovan me la arrebata de la mano y la guarda en su cartera. Justo al lado de una foto de Luka. —Me gusta tener a nuestros hijos conmigo todo el tiempo —explica—. La ecografía es solo un recurso provisional hasta que nazca nuestro pequeñín y tengamos una foto real de él.

Lo miro. —¿Kovan Krayev, te pusiste sentimental conmigo?

Me guiña un ojo. —Estoy lleno de sorpresas.

Me giro en el asiento y veo cómo la casa desaparece tras nosotros. Veo el doble de guardias fuera de la puerta de lo habitual. Podría ser inocente. Podría ser simplemente Kovan compensando demasiado el hecho de que nos vamos.

Aun así, algo me dice que hay una razón para el aumento de seguridad.

Pero, egoístamente decido dejar la pregunta para después.

Quiero disfrutar de que me lleven de viaje.



Duermo prácticamente todo el vuelo, y cuando me despierto, tengo una vista de picos de montañas cubiertas de nieve y esa frescura vigorizante que solo puede darse con las grandes altitudes y el aire más limpio de la Tierra.

Sin embargo, no tengo mucho tiempo para admirar nuestro loco chalet, porque, cuando salgo del baño después de una rápida parada para orinar, Kovan ya me está llevando hacia la puerta para nuestros tratamientos de spa personalizados.

Nos sentamos en una preciosa alcoba con vistas a las montañas en todo su esplendor. Requisan mi ropa con cortesía y la reemplazan con una tanga de algodón y la toalla más suave y cálida que jamás haya tenido el placer de envolverme.

Todavía admiro la vista cuando Kovan se une a mí, con una toalla alrededor de la cintura. Está tan baja en sus caderas que sus abdominales están a plena vista.

—Mis ojos están aquí arriba, Vesper —bromea.

Sonrojándome, vuelvo mi atención a la vista. Pero las montañas ya no parecen tan apetecibles como hace un segundo.

—Mira eso —señalo mi camilla de spa—. Mi camilla de masaje tiene un agujero en el centro para el estómago.

Se ríe entre dientes. —Sí, lo sé. Les informé a los del albergue que estabas embarazada. Están siendo muy comprensivos.

Niego con la cabeza, maravillada por los chocolates artesanales y el ramo de rosas que hay junto a mi camilla de masajes. —¿De verdad la gente vive así?

—Lo harás a partir de ahora.

Frunzo el ceño. —Para nada. Solo soy la acompañante por ahora. Tu acompañante.

—Acostúmbrate a esto, Vesper. Este va a ser tu mundo —camina directo hacia mí, se desliza entre mis piernas, sus dedos serpentean por mi toalla hacia mis muslos—. Sé que la vida conmigo no siempre será fácil, ni tranquila. Pero lo menos que puedo hacer es asegurarme de que sea lo más memorable posible entre esos momentos de… imprevisibilidad.

Le acaricio la cara con la palma de mi mano. —Aprecio lo que intentas hacer, Kovan. Pero no necesito todo esto. Solo te necesito a ti y a Luka y a este bebé —miro los chocolates suizos a nuestro lado —. Y bueno, vale, quizá los chocolates. ¿Cómo puedo decir que no?

Kovan se ríe cuando entran los dos masajistas.

Antes de conocer a Kovan, ambos hombres me habrían acelerado el pulso. Son altos, delgados, con esa clásica belleza escandinava que debería aparecer en las portadas de las revistas de moda de todo el mundo.

Claro, también tengo a Kovan como referencia. E incluso sus bellezas de niños bonitos palidecen en comparación con la belleza oscura y melancólica de Kovan.

Aun así, Kovan no parece muy feliz cuando el más alto y pálido de los dos masajistas se acerca a mí con una sonrisa educada.

—Puede desvestirse, señora —dice en un inglés nítido—. Y podemos empezar.

—No.

Me doy vuelta. Kovan tiene la mirada fija en mi masajista e ignora al suyo por completo. —Gracias, chicos, pero creo que me encargo yo.

Los dos hombres parecen completamente confundidos, pero claramente han sido entrenados para no cuestionar a un invitado de alto perfil cuando se le hace una petición. Ambos salen de la habitación sin decir una palabra más.

—¡Kovan! —pregunto—. ¿Quién nos va a dar el masaje ahora?

—Yo lo haré —dice simplemente, engancha su dedo en la toalla atada alrededor de mi pecho y la arranca con un movimiento de su muñeca.

Estoy casi desnuda debajo, así que mi primer instinto es cubrirme con las manos. Pero entonces veo el rostro de Kovan mientras me mira, sus pupilas dilatándose al observar mis nuevas curvas.

—Perfecta —murmura.

—¿En serio vas a darme un masaje?

Él asiente. —Y cuando termine —dice—, no dejarás que nadie te toque nunca más.

VESPER

Él no estaba mintiendo.

Si alguien más vuelve a tocarme, gritaré.

¿Cómo podrían ellos ser tan buenos como él? ¿Como esto? ¿Manos grandes y callosas que saben exactamente cuánta presión aplicar, exactamente dónde tocar? ¿Cada caricia enviando electricidad a través de mis terminaciones nerviosas?

Luego vas y añades sus labios a la mezcla: su lengua, esos ojos verdes que me devoran por completo. Embadurnada de aceite y endorfinas, lucho contra el orgasmo en la mesa y él sigue completamente vestido.

—Bueno, me retracto. Este masaje es mucho mejor que cualquier cosa que esos suizos me hubieran dado.

Kovan hace una pausa. —¿Cuándo dijiste eso?

—Eh… —me río, sin aliento y mareada—. Bueno, puede que lo haya estado pensando.

Me da una palmada en el trasero y grito, dándome la vuelta. Tiene que ayudarme a levantarme porque estoy tan manchada de aceite que me resbalo por todas partes.

—Tu turno —sonrío y empiezo a acompañarlo de regreso a su mesa de masajes.

—Mi turno, ¿eh? —los ojos de Kovan se iluminan.

—Sí, claro. Soy muy generosa.

Cojo mi toalla, pero la aparta de una patada. —No, no. Si quieres darme un masaje, tendrás que hacerlo desnuda.

Me encojo de hombros. —Tú eres el cliente. Tú pones las reglas.

—Hm. Me gusta cómo suena eso.

Lo empujo hacia la mesa, luchando contra el rubor todo el tiempo. Sobre todo porque su polla está dura como una piedra e innegable.

Ignoro su erección y comienzo en su pecho, deslizando mis palmas sobre la piel suave y amasando el músculo duro allí hasta que brilla con aceite de masaje.

Mientras trabajo, me maravillo con cada marca en su cuerpo. Sus tatuajes son intrincados y complejos. Dibujo los trazos de la tinta, las letras rusas, sobre sus abdominales, sus brazos, siempre regresando al centro.

En su pecho, justo encima del corazón, noto el tatuaje más diminuto que he visto en mi vida. Es tan pequeño que al principio lo confundo con una marca de nacimiento. Luego, al acercarme, me doy cuenta de que es una escritura.

—¿Eso es…?

—El nombre de Luka —confirma Kovan—. Me lo hice el día que nació.

—Ah, vaya. ¿Por qué es tan pequeño?

—Era algo que decía mi hermano. "A veces, lo más importante es lo que no podemos ver: el amor, la esperanza, la felicidad" —su mirada se encuentra con la mía—. Él era así de cursi.

—Tu hermano parece una persona increíble —susurro con asombro —. Me habría encantado conocerlo.

—Él te habría amado —dice Kovan—. Quizá incluso me hubiera dado un poco de competencia.

Sonriendo, recorro su cuerpo. Los músculos de sus abdominales están tensos y cubiertos de una fina capa de vello oscuro. El aceite lo desliza de un lado a otro, formando patrones. Son hipnóticos. Podría mirarlos todo el día sin aburrirme.

Finalmente, cuando estoy tan excitada que ya no puedo ignorarlo, llego a su cintura. Emite un pequeño gruñido mientras le acaricio la erección, subiendo y bajando lentamente mientras ahueco sus testículos con la mano libre.

Subo a la camilla de masajes, me siento a sus pies y lamo la punta de su pene con la lengua. Levanta la cabeza para ver, pero sigo lamiéndolo, recorriendo su longitud con la lengua, sus testículos, sintiendo cada cresta y vena que me ofrece.

Una vez que su pene está cubierto de mi saliva, empiezo a rodearlo con los dedos. Sufre espasmos en el sitio, moviéndose hacia atrás mientras intenta contener el orgasmo.

No me preocupa que termine demasiado pronto. Ese hombre no es nada si no es disciplinado.

Después de haberlo torturado y provocado lo suficiente, deslizo mis labios sobre él y lo tomo en mi boca. —*Blyat'* —gime, enviando escalofríos recorriendo mi cuerpo.

Hay algo profundamente sensual en tener tanta intimidad con él así. En retener su placer en mi boca, provocarlo, manipularlo, poder hacerlo gritar o chillar o sentir que flota.

También me hace bien a mí. Es potente y vigorizante. Es solo para mí.

Me pierdo en él, chupándolo, llevándolo hasta mi garganta una y otra vez. Cada pequeño movimiento y gemido que hace es otra oleada de vértigo para mí.

—Joder, nena —murmura, perdido en el calor del momento.

¿De verdad va a ser así el resto de nuestras vidas? Porque puedo vivir con esto. Aunque eso signifique esquivar el peligro y evitar la catástrofe a cada paso. Tiene que haber un equilibrio, ¿no?

Nada es gratis.

Y si puedo ser tan feliz, tan satisfecha, tan realizada, aunque sea por unos pocos minutos, entonces tiene que valer la pena el precio.

Una pequeña y sensata parte de mí me aconseja precaución. *No te dejes llevar, chica. Así es como te rompen el corazón.*

Sin embargo, es fácil ignorarlo cuando Kovan se incorpora sobre los codos y maldice mientras se aleja de mi boca. —Sigue así, mujer, y me correré en tu garganta.

Le guiño un ojo. —Quizá eso es lo que quiero.

Se ve tan feroz que me dan ganas de mirarlo y tocarme. Kovan me da ganas de hacer muchas cosas que nunca pensé que querría hacer.

—Ahora recuéstate —le ordeno—. Y déjame terminar tu masaje.

Le pongo una mano en el pecho para tumbarlo boca arriba una vez más y luego duplico mi intensidad. Me ahogo, me atraganto, lo trabajo con las manos y la garganta, gimiendo para que las vibraciones me recorran y lleguen a él. Kovan es un desastre, y yo también, pero juntos somos un desastre, un desastre hermoso, orgásmico, imperfectamente perfecto.

Y entonces, Ay, Dios, se está corriendo. Caliente y salado y *mío,* su regalo para mí, llenando mi boca e inundando mi lengua.

Sigo chupando, bebiendo hasta la última gota de él. Mi coño arde, así que me toco, pasando los dedos por mi clítoris en círculos rápidos solo para calmar la necesidad de *más.*

Cuando separo mis labios, están hinchados y sensibles.

—Vesper… —Kovan jadea, con las pupilas dilatadas. Apenas puede incorporarse… está flácido por la fuerza del orgasmo—. Joder.

Sonriendo, me deslizo fuera de la camilla, pero Kovan me atrapa y me coloca entre sus piernas. —¿A dónde crees que vas?

—Necesito sentarme.

—Siéntate justo aquí —me ordena, sentándome en su regazo—. ¿A cuántos hombres les has dado un masaje así?

Sonriendo, jugueteo con su oreja. —¿Te pondrías celoso si te diera una lista de nombres?

Entorna la mirada. —Una lista de nombres me vendría bien. Sabré a quién matar.

Acerco sus labios a los míos. —Eres el único hombre al que le han hecho el masaje Vesper Fairfax —le aseguro—. Y seguirás siendo el único.

—Me alegra saberlo. Me ahorra muchos entierros innecesarios.

Le doy un golpe en el hombro, pero hay una parte de mí que se pregunta si está haciendo una broma o si hay algo de seriedad en la amenaza.

Kovan apoya la cabeza en mi pecho y dejo que me acune en sus brazos mientras contemplo las cimas de las montañas. Es increíblemente hermoso. Parece que nada puede tocarnos aquí arriba.

—Gracias por traerme aquí, Kovan —me aclaro la garganta, dudo y sigo adelante—. Lamento arruinar el momento, pero… también tengo que preguntar —se pone rígido contra mí, y no de forma

divertida—. ¿Está sucediendo algo que deba saber? Agradezco todo lo que has hecho por mí, pero siento que hay algo más. ¿Es así, o solo estoy siendo paranoica?

Me pregunto si cumplirá su promesa y me tratará como a su igual. Unos segundos después, recibo mi respuesta.

—Algo está pasando —admite.

—¿Qué pasa? ¿Es Ihor?

—Sí. Él sabe que estás embarazada.

—Ah. ¿Y eso es… malo?

—Ihor no es un hombre que desperdicie un bien valioso. Irá a por ti, sobre todo ahora que fui a por su amante y la herencia millonaria que le regaló.

—¿¡Que hiciste *qué*?!

—Los detalles no importan —me tranquiliza—. Pero esto significa que tenemos que pensar en planes B.

—¿Qué tipo de plan B?

Kovan duda, y sé instintivamente que esta podría ser una de esas conversaciones que no son realmente una conversación. Sí, Kovan me contará qué está pasando, pero no tengo voz ni voto en lo que sucederá. Solo estoy ahí para acompañarlo.

—Estoy pensando en un refugio. Quiero sacarlos a ti y a Luka de la ciudad, quizás incluso del país, por un tiempo.

—¿Qué? —pregunto, sintiendo un nudo en el estómago y los nervios a flor de piel—. ¿Quieres que nos mudemos?

—No será permanente. Solo hasta que me ocupe de Ihor. Cuando deje de ser un problema, tú y Luka podrán reunirse conmigo…

—Espera —me aparto de él, con el cuerpo helado de miedo—. ¿No piensas venir con nosotros? ¿Al refugio, quiero decir?

—Iré a visitarlos, por supuesto, pero no puedo quedarme con ustedes todo el tiempo. Mis hombres me necesitan en la ciudad. Necesitan saber que estoy dispuesto a luchar junto a ellos. Si no, ¿cómo podrían confiar en mí? ¿Cómo podrían depositar su fe y su lealtad en un hombre que no arriesgaría su vida por la de ellos?

—Tu bebé viene en camino —protesto—. Tienes a Luka. ¡Me tienes a mí!

Me agarra la cara y me atrae hacia él. Sus ojos verdes brillan intensamente. —Ellos también tienen sus propias familias, Vesper. Somos hombres de Bratva. Esto es parte del riesgo.

—Quiero que sigamos juntos, Kovan. No quiero estar lejos de ti.

—Yo tampoco quiero eso. Pero tengo que pensar como un *pakhan* primero y como un hombre después. Eso si quiero mantener con vida a toda mi gente.

—No.

Se aleja de mí. —¿No?

—No, no me iré. ¡Soy médica! —señalo con vehemencia—. Debería estar contigo y tus hombres. Ojalá no me necesiten, pero podría ser así.

—Eres cirujana pediátrica…

—Sí, pero también puedo…

—Y estás *embarazada*.

—Igual puedo trabajar y estar embarazada —grito—. ¿No es eso lo que he estado haciendo todo este tiempo?

—Eso es diferente. Eres médica en un hospital. Es un ambiente controlado.

—Excepto cuando hombres armados y enmascarados irrumpen en el lugar y empiezan a disparar —le recuerdo con acidez.

—¡Exactamente! Porque *yo* estaba allí. El peligro suele seguirme, Ves…

—¿Y eso va a cambiar después de que nazca el bebé y se ocupen del asunto de Ihor? —lo interrumpo.

Suspira. —Bueno, siempre habrá amenazas…

—Justo a lo que me refiero. ¿Estamos juntos en esto o no?

Él niega con la cabeza antes de que termine mi pregunta. —Así no funciona.

—Me dijiste que seríamos compañeros en esto. Me dijiste que éramos iguales.

—Eso no significa que te vaya a dar una maldita pistola y llevarte al campo conmigo —gruñe—. Estás siendo ridícula.

—Y tú estás siendo terco. ¡Soy un recurso, Kovan! ¡Úsame! Si te hace sentir mejor, estoy dispuesta a esperar hasta que nazca este bebé. No quiero poner a nuestro hijo en peligro, así que me quedaré tras tus altos muros como una niña buena hasta el parto. Pero entonces…

—No hay ningún "pero". Harás lo que te digo.

—¿Me dices que estás faltando a tu palabra? —exijo.

—¡Dios mío! —sisea Kovan y se pasa la mano por el cabello, frustrado—. ¡Se trata de los hombres que me siguen, Vesper! ¿Y si ocurriera algo impredecible en el campo? No solo me perderían a mí… sino también a ti.

—Si estuviera contigo, tus posibilidades de sobrevivir serían mucho mejores.

—Sin duda, alguien tiene en alta estima sus habilidades.

Me encojo de hombros con orgullo. —Soy una doctora jodidamente buena.

A pesar de su enfado, noto la chispa en su expresión mientras me mira de reojo. Puede que no le guste que le hable con insolencia o que le responda como lo hago, pero le atrae mi seguridad.

Le doy la mano. —No hablo de correr riesgos innecesarios, Kovan. Solo digo que creo que formamos un buen equipo.

—¿Y los niños?

—Entre Charity, Pavel y Osip, los niños estarán bien cuidados.

—Son buenos, pero igual no son nosotros.

Sonrío. —Supongo que simplemente tendremos que sobrevivir entonces, ¿no?

La discusión no ha terminado. Lo veo en su mirada… la lucha entre sus instintos protectores y su respeto por lo que puedo hacer. Entre su rol de *pakhan* y su rol de hombre que me ama.

—Vesper… —empieza, pero presiono mi dedo sobre sus labios.

—No tenemos que decidirlo todo ahora —le digo—. Pero prométeme que lo pensarás. Que lo pensarás de verdad.

—De acuerdo —me toma la mano y me besa la palma—. Lo pensaré.

—Bien —me recuesto contra su pecho, escuchando sus latidos—. Porque no me iré a ninguna parte, Kovan. No sin ti.

Afuera, los Alpes suizos se extienden interminablemente, hermosos e intocables. Por ahora, estamos a salvo aquí. Por ahora, tenemos este momento.

Pero una vez que volvamos a casa… nadie sabe qué pasará.

KOVAN

Cada vez que parpadeo, veo nombres.

Nombres de hombres que quiero creer que me son leales. Nombres de hombres que aún no han decidido qué bando tomar. Nombres de hombres en los que debería poder confiar, pero no estoy seguro de si debería.

No importa cuántos secretos descubra, ni a cuántos de mis soldados descarriados salve de sus propias decisiones… la meta no parece acercarse. Al contrario, se aleja, atormentándome desde una distancia inconmensurable.

Ya han pasado días desde que Vesper y yo volvimos de Suiza, y no he sabido nada del otro lado. Ihor ha guardado silencio. Jeremy también ha estado sospechosamente callado.

Probablemente sea la calma antes de la tormenta. No puedo evitar temer que estén planeando algo tan elaborado que requiere semanas de preparación.

Tengo que hacer un movimiento antes de que eso suceda.

—Hola, hermano —saluda Osip al entrar a mi oficina con una mochila a rebosar y su laptop en las manos—. Tengo información nueva para ti.

—¿Es Ihor? ¿Ya ha hecho algo?

—No, Ihor se ha convertido en un fantasma. Yana también. Pero sí encontré algo sobre Borya. Específicamente, lo que Ihor podría tener sobre Borya.

El nombre me aprieta la mandíbula. Borya Stepanov lleva ocho años en la Bratva. Sólido, confiable, nunca me dio motivos para dudar de su lealtad. Si Ihor tiene algo contra él…

—Olvídalo —digo—. No me interesa saberlo.

Osip se queda paralizado, con una mano sobre su laptop. —¿Qué quieres decir? Me dijiste que siguiera buscando…

—Sé lo que te dije. No importa —la frustración me desborda y me levanto de un salto—. Ya he alejado a suficientes hombres de Ihor, he recuperado suficiente lealtad. Es hora de dejar de meternos en problemas. Necesitamos un pez gordo.

—¿Estás hablando de…?

—Denis —termino por él—. Ha sido la mano derecha de Ihor casi tanto tiempo como Ihor lo fue de Papá.

El rostro de Osip se arruga. —Ese hombre es notoriamente leal. No hay manera de que puedas convencerlo de que se una a nosotros.

Normalmente no me molesta, pero hoy me irrita saber que tengo que dar un golpe de Estado solo para controlar mi propia Bratva. Fue un error de novato permitirle a Ihor un lugar en la mesa. Mi primera jugada como *pakhan* debió haber sido echar a ese cabrón y tomar el control de mis hombres antes de que pudiera envenenarlos contra mí.

—Soy consciente. No pienso convencer a Denis de nada. Es un caso perdido; es hora de sacarlo de la ecuación.

Osip me mira con esa cara de tonto que dice *"explícamelo"*. A veces me pregunto cómo alguien tan brillante con la tecnología puede ser

tan torpe con todo lo demás.

—Si hacemos eso —comienza lentamente—, Ihor sabrá que iremos tras él.

—Si aún no lo sabe, es más idiota de lo que pensábamos. Solo averigua dónde está.

—Es muy difícil localizar a ese tipo —protesta Osip—. Además, es anti-tecnología, así que no podemos rastrearlo simplemente por su teléfono o…

—¿Puedes dejar de poner excusas y solo hacer lo que te pido que hagas?

Suena más duro de lo que pretendía, pero estoy harto de oír lo que no podemos hacer. Necesito soluciones, no problemas.

La boca de Osip se cierra de golpe. Un segundo después, se oye un crujido apenas perceptible procedente de la puerta de mi oficina.

Osip y yo miramos a nuestro alrededor al mismo tiempo y vemos a Vesper de pie en el umbral, con la mano todavía en el pomo. Tiene esa mirada de culpa que pone cuando la pillan escuchando a escondidas, aunque no me importa. Le he dicho que no necesita permiso para entrar en mi oficina.

—Lo siento —dice—. No quería interrumpir.

—No estás interrumpiendo —responde Osip con enfado, metiendo la laptop en la mochila—. Ya me iba —me lanza una mirada asesina—. Ya sabes, para ir a hacer lo que Kovan me pide.

Pasa como un rayo junto a Vesper, que se hace a un lado para dejarlo pasar antes de entrar sigilosamente en la habitación. Lleva una blusa rosa pálida que deja ver su pequeña barriguita… nuestro hijo, creciendo dentro de ella, seguro y protegido.

Por ahora.

—Toqué a la puerta —dice con una ligera mueca.

—No tienes que disculparte —la inclino hacia mí con un gesto, de repente desesperado por tocarla, por conectar con algo real y bueno —. Ya casi había terminado.

Se mete en mis brazos y me rodea el cuello con las manos. Su piel huele a vainilla. La inhalo con avidez.

—Pareces estresado —dice, observándome la cara—. ¿Quieres hablar de eso?

Miro la hora en la pantalla del ordenador. —¿No deberíamos irnos a cenar en diez minutos?

—Charity siempre llega tarde —dice Vesper con desdén—. Y, además, Pavel dijo que la recogería, así que dudo que ninguno de los dos se dé cuenta si llegamos un poco tarde.

Le beso la mano y la arrastro hacia la puerta. —Vamos.

No dice ni una palabra más hasta que ya estamos en el auto, recorriendo la ciudad hacia el restaurante italiano que ella y Charity juran que es el mejor de San Francisco. Nunca me ha impresionado el lugar, pero a Vesper le encanta y eso me basta.

—No puedes apresurar estas cosas, Kovan —dice de repente, rompiendo el cómodo silencio—. Estás haciendo lo mejor que puedes. Es todo lo que puedes hacer.

¿Cómo es que siempre sabe exactamente lo que pienso? Debería inquietarme, pero en cambio es reconfortante. Como si pudiera ver a través de las partes de mí que intento ocultar a los demás.

—Ihor está planeando algo —murmuro.

—Tú también.

La miro. Se ha trenzado el cabello a un lado y se ha puesto un labial mate ruborizado que le sienta de maravilla. El brillo del embarazo es real y se le pega a Vesper con todas sus fuerzas. Nunca se ha visto más guapa.

—¿Te dije que te ves impresionante esta noche?

Sus mejillas se sonrojan. —Estás cambiando de tema.

—Solo porque no tengo nada que contarte. Es frustrante, pero es la verdad.

—¿Y no tiene nada que ver con la conversación que vamos a tener con Charity y Pavel? —pregunta, con un tono cuidadosamente neutral.

—¿Te refieres a la conversación en la que les pedimos que cuiden a nuestros hijos si morimos prematuramente? —intento mantener un tono ligero, pero incluso yo percibo la tensión subyacente—. Esa es una conversación que todos tenemos con nuestros amigos en algún momento, ¿verdad?

—Ya sé lo que va a decir Charity —dice Vesper con seguridad—. Y tú también sabes lo que va a decir Pavel. Es solo una formalidad.

—Lo sé —la frustración vuelve a crecer, diferente esta vez. Más personal—. Es solo que…

—¿Sí?

—Es mala suerte, ¿de acuerdo? —admitirlo me hace sentir como un idiota, pero ahí está.

Vesper arquea las cejas. —Perdón, ¿dijiste *suerte*?

—Cállate.

Se ríe… riendo de verdad, agarrándose los costados mientras se balancea en el asiento del copiloto. El sonido llena el auto y, a pesar de mi vergüenza, me encuentro conteniendo una sonrisa.

—Pensé que no creías en esas cosas —consigue decir entre risitas.

—No lo hago.

—Y sin embargo, aquí estamos.

Estaciono al lado de la carretera y apago el motor. El silencio repentino me está dando claustrofobia.

—Las supersticiones son estúpidas y poco científicas y completamente absurdas —digo, redoblando mi racionalidad—. Pero… Vitalii me pidió que cuidara de Luka y, tres semanas después, estaba muerto.

Vesper deja de reír al instante. Su mano se extiende por encima de la consola para tocarme el brazo, sus dedos, suaves y cálidos, rozan mi piel.

—No te preocupes, mi amor —susurra—. Tú y yo criaremos a nuestros hijos. Juntos. Te lo prometo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Se encoge de hombros y luego echa la cabeza hacia atrás para mirar el cielo que se oscurece a través del techo corredizo. —No lo sé. Es solo un presentimiento.

No soy supersticioso. No creo en la predestinación, ni en el destino, ni en ninguna de esas tonterías. Creo en la preparación, la estrategia y una potencia de fuego superior.

Y, sin embargo, cuando Vesper me asegura que es solo un "presentimiento", de alguna manera me hace sentir mejor.



—¿Adivina qué? —chilla Vesper, tendiéndome una emboscada cuando regreso del baño.

Miro el estrecho pasillo del restaurante. —¿Podemos jugar a las adivinanzas en la mesa? Pavel y Charity nos esperan.

—No puedo hablar de Pavel y Charity delante de Pavel y Charity, ¿verdad?

—¿Eso es lo que estamos haciendo?

—Charity me acaba de decir que ella y Pavel llevan tres semanas viéndose en secreto —confiesa apresuradamente—. Simplemente no querían decírnoslo hasta saber qué había entre ellos.

Hago una pausa, procesando la información. Pavel no me ha dicho ni una palabra sobre salir con nadie, y mucho menos con la mejor amiga de Vesper. —¿Lo han resuelto en tres semanas? Eso parece improbable.

—¿Por qué?

—Porque conozco a mi hermano, y no es de los que se comprometen en tres semanas. Ni jamás, la verdad.

Vesper se cruza de brazos y me observa con una mirada que claramente dice que soy obtuso. —Eso probablemente también era cierto para ti en algún momento.

Me tiene ahí. Hace tres meses, la idea de planificar un futuro con alguien me habría hecho salir corriendo. Ahora estoy discutiendo acuerdos de tutela y buscando cunas. La vida va deprisa.

—¿Qué te dijo exactamente Charity?

—Que de verdad quieren que esto funcione. Que se están enamorando. Que quieren pasar cada momento juntos —ella tiembla de emoción.

—¿Cuándo te dijo todo esto? Ni siquiera nos han servido los platos principales.

—Estábamos chateando por mensajes de texto por debajo de la mesa mientras tú y Pavel se ponían tan arrogantes con la selección de vinos —me ve frunciendo el ceño y me agarra del brazo—. Esto es algo bueno, Kovan. Lo único mejor que Charity y Pavel cuiden de nuestros hijos es que sean una pareja cuidando nuestros hijos. Y ahora lo son.

Se queda quieta al ver mi expresión. Su sonrisa se desvanece.

—Sé que no es el mejor escenario, Kovan. Claro que quiero ser yo quien críe a los niños. Y *sí seremos* nosotros quienes los criemos —respira hondo—. Esto es solo un seguro, ¿de acuerdo?

Asiento y fuerzo una sonrisa en mi cara, pero la siento frágil.

Durante todo el tiempo que caminamos de regreso a la mesa, abriéndonos paso entre otros comensales y camareros, pienso: *¿Cómo es que ella es mucho mejor que yo en esto?*

¿Cómo logra prepararse para lo peor mientras sigue creyendo en lo mejor? ¿Cómo afronta la posibilidad de nuestra muerte con tanta serenidad mientras yo estoy aquí, preocupado por gafarnos de solo hablarlo?

Me doy cuenta de que Pavel y Charity están sentados más juntos que cuando nos fuimos. Él tiene el brazo apoyado en el respaldo de la silla de ella, y ella se inclina hacia él mientras revisa algo en su teléfono. Se ven cómodos. Naturales.

Como si fueran el uno para el otro.

—¿Todo bien? —pregunta Pavel mientras nos sentamos, su mirada se mueve entre Vesper y yo.

—Perfecto —dice Vesper.

Tomo mi copa de vino y doy un sorbo, ganando tiempo para aclarar mis ideas. Estamos aquí para cenar con nuestros seres queridos y hablar de asuntos prácticos que los adultos responsables discuten.

Nada más, nada menos.

No hay ninguna suerte involucrada.

38

VESPER

—Él va a vomitar —susurra uno de los residentes.

—No, se va a desmayar. Míralo. Está bastante pálido.

—¿De qué crees que se trata esto?

Me aclaro la garganta ruidosamente para interrumpir los chismes. —Quizá, si dejaran de susurrar, podríamos averiguarlo.

Los residentes me lanzan miradas asustadas y miran hacia la escalera donde Jeremy está de pie, observando las tarjetas que parece empeñado en memorizar. Le tiemblan las manos.

No lo culpo precisamente. Es mejor centrarse en las tarjetas que en la creciente multitud de médicos, enfermeras y personal de apoyo curiosos que se han reunido para escuchar este repentino "anuncio".

Sea lo que sea, no puede ser bueno. El cabello de Jeremy, normalmente perfecto, está despeinado y una barba incipiente le cubre la mandíbula. Tiene ojeras. Parece que no ha dormido en días.

—Dr. Fleming —dice uno de los médicos cardiotorácicos—, todos tenemos cirugías programadas para esta mañana. Así que, si no le importa…

Jeremy mira a un lado y a otro como si buscara a alguien. Me pregunto si soy yo. Entonces, me mira a los ojos y aparta la mirada

casi de inmediato.

Bueno, no soy yo.

—De acuerdo —tose Jeremy, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Quería que estuvieran todos aquí hoy para hacer un anuncio.

La multitud se mueve con impaciencia. Miro el reloj gigante de la pared. Tengo que empezar a lavarme en media hora. Jeremy debería hablar rápido, porque está perdiendo a la multitud.

Cuento regresivamente desde diez. Cuando aún no ha empezado, me doy por vencida y empiezo a irme. Pero apenas estoy a cinco pasos cuando Jeremy por fin empieza a hablar.

—Me retiro de la junta directiva.

Espera. ¿Qué?

Me doy vuelta para mirar a Jeremy. Es imposible que el hombre se vaya por voluntad propia. Una sola mirada en su dirección y empiezo a ver su palidez húmeda y su sudor profuso bajo una luz diferente.

—Con efecto inmediato, dejaré de ser presidente de la junta. De hecho, el hospital está en proceso de renovación completa. Se está reemplazando a toda la junta.

—¿*Toda la junta*? —pregunta alguien—. ¿Pero por qué?

Jeremy vuelve a consultar sus tarjetas. —El por qué no importa. Solo puedo decir que una nueva infusión de sangre es lo mejor para este hospital.

Nueva infusión de sangre. Casi resoplo. Ojalá supieran qué tipo de sangre ha estado traficando Jeremy.

—Estamos evaluando a una nueva junta directiva ahora mismo. Tendrán sus nombres para finales de semana. Cualquier decisión importante sobre este hospital y su gestión la tomarán los nuevos miembros de la junta —consulta sus tarjetas de nuevo, con los ojos

empapados de sudor. Si no supiera qué hizo para merecer esta despedida tan poco ceremoniosa, casi sentiría lástima por el muy cabrón—. Les deseo a ustedes y a este hospital todo lo mejor.

En realidad no vende ese último sentimiento, pero de todas formas me encuentro aplaudiendo, iniciando una serie de aplausos que se apagan casi tan pronto como comienzan.

No es que me importe. Nadie más aquí sabrá por qué esto es motivo de celebración, pero yo sí. De hecho, creo que también sé a quién agradecer.

Desafortunadamente, tendré que esperar hasta después de mi cirugía.

Y menos mal. Porque el agradecimiento que tengo en mente va a llevar tiempo.

Y definitivamente voy a tener que lavarme de nuevo.

~

Nota para mí: No saltar a los brazos de mi hombre en medio de una reunión informativa con todos sus hombres.

Aunque sean mafiosos empedernidos, habrá rubor. Y silbidos. Y abucheos. Y alguna que otra ovación de algunos de los soldados más audaces de la Bratva.

Oigo un "adelante, jefe" junto con un "¡claro que sí!".

—Lo siento —me estremezco, apartando los brazos de sus hombros —. Debí haber esperado a que terminaras.

Kovan mantiene la compostura mientras me rodea la cintura con un brazo. —No pasa nada. Ya casi terminamos aquí —mira a sus hombres—. Tienen órdenes. Váyanse.

Observo las sonrisas pícaras que salen de la oficina de Kovan. Los dos últimos en irse son Pavel y Osip, ambos con una sonrisa burlona antes de que se cierre la puerta.

—¿Te avergoncé? —pregunto.

—Jamás podrías avergonzarme —me asegura Kovan—. ¿A qué debo este ataque tan agradable?

Le cuento lo del anuncio de Jeremy esta mañana en San Rafael. —¿…Supongo que te lo debo agradecer?

Guarda silencio un rato antes de responder. —Jeremy demostró ser más que inútil —explica—. Así que reemplacé a él y a toda su junta directiva con hombres y mujeres con quienes será mucho más fácil trabajar.

—¿Qué tan fácil estamos hablando?

Se encoge de hombros. —Bueno, considerando que ahora presido la junta, diría que bastante fácil.

Me quedo boquiabierta. —¿*Tú* eres el presidente de la junta directiva de San Rafael?

—¿Qué mejor manera de mantener a raya a los Keres que controlando todo el hospital? —reflexiona—. Así puedo vigilar todo y mantener el hospital seguro.

—Quieres decir que puedes vigilarme *a mí*.

No se molesta en negarlo. —Todo salió bien, ¿no?

Aún no le doy la satisfacción de estar de acuerdo. —¿Y qué pasa con los demás miembros de la junta?

—Cubriré los puestos con los mejores de los mejores —dice—. Hombres y mujeres que saben lo que se necesita para dirigir hospitales y tienen suficiente conocimiento del sistema de salud. Planeo devolver a San Rafael a la institución de confianza que solía ser.

Sinceramente, se me saltan las lágrimas solo de escuchar a Kovan. —No es que no te esté inmensamente agradecida, Kovan… pero ya tienes mucho que hacer. ¿Por qué encargarte de esto también?

—¿No es obvio? Hago esto por ti —me toca la mejilla con la palma de la mano—. Este hospital lo es todo para ti y no voy a dejarlo en manos de los lobos. No puedo nombrar a un empleado del hospital para la junta, pero espero que sepas que eres un miembro no oficial. Puedes tomar las decisiones, asignar los fondos, decidir qué jefes de departamento despedir y cuáles mantener.

Niego con la cabeza. —Es demasiado poder.

—Acostúmbrate —dice con sequedad—. Querías ser mi pareja. Esto es lo que significa.

—¿Realmente puedes hacer esto?

—Acabo de hacerlo —me guiña un ojo—. Es un hospital privado. Y, como lo financia mi dinero, nadie puede decir nada. Yo soy el que manda y tú eres mi mano derecha.

—Tu mano derecha —sonrío—. Me gusta cómo suena.

Me acerco a sus brazos, lista para celebrar en su escritorio. Pero, antes de que nuestro beso se convierta en algo para adultos, la puerta de la oficina de Kovan se abre y entra Luka.

—¡Vesper, ya estás en casa! —grita.

—Terminé mi turno temprano, cariño —me despego de los brazos de Kovan y me acerco a él—. ¿Cómo estuvo la escuela hoy?

—Bien —se encoge de hombros—. ¿Podemos hacer algo divertido?

—Claro que sí —le aseguro, pasando los dedos por su cabello revuelto—. ¿Qué te parece si vemos una película esta noche? Podemos preparar algo para picar.

—Pero antes de eso… —Kovan le hace un gesto a Luka para que se siente—, Vesper y yo tenemos algo que contarte.

Nos observa a los dos por un momento, frunciendo los labios antes de desplomarse en el sofá. —Van a tener un bebé.

Y yo que pensaba que había ocultado mi embarazo bastante bien. La única vez que me puse algo para destacarlo fue cuando Luka no estaba. —¿Cómo lo supiste?

—Tengo nueve años —nos recuerda Luka indignado—. Me fijo en las cosas.

Intercambio una mirada con Kovan y paso un brazo por los hombros de Luka. —¿Qué te parece?

—No lo sé —admite—. ¿Cambiará todo?

—O sea, habrá mucho ruido y muchos pañales sucios y mucho caos —digo—. Así que sí, eso cambiará. Pero en cuanto a nuestra relación contigo, no, nada cambiará.

Una leve sonrisa se dibuja en las comisuras de los labios de Luka. —Entonces, ¿tendré un primo?

—En realidad, esperaba que pensaras en este bebé más como tu hermano —digo con toda la cautela que puedo.

La cara de Luka se ilumina de emoción. —¿Vas a tener un niño?

—Voy a tener un niño —confirmo.

Luka me abraza fuerte. —Voy a ser hermano mayor —murmura en mi pecho.

Lo abrazo y encuentro la mirada de Kovan por encima de la cabeza de Luka. Hay algo tierno allí. Me llena de calidez.

Así es como se siente la familia.

Es difícil preocuparse por algo ahora mismo. Incluso la idea de Ihor parece más lejana, un problema para otro día.

—Solo hay una cosa —Kovan se arrodilla frente a Luka y a mí—. No puedes contarle nada de este embarazo a tu mamá, Luka. ¿Está claro?

Parece ofendido de que Kovan lo mencione. —No lo haré, lo prometo.

—Buen hombre —Kovan le da una palmadita en la espalda.

—Me alegro de que vayas a tener este bebé, Vesper —dice Luka en voz baja—. Significa que no podrás dejarnos jamás.

Me muerdo el labio. —No pienso dejarte, cariño.

—Papá dijo lo mismo —replica Luka—. Y luego murió.

Todavía tengo fresca en la mente la conversación que tuvimos durante la cena con Charity y Pavel. Kovan y yo también habíamos planeado contarle a Luka sobre los acuerdos de tutela para que estuviera preparado. Pero, cuando miro su rostro dulce y confiado, me doy cuenta de que no hay preparación posible para la realidad de perder a un padre siendo un niño.

Así que mantengo la boca cerrada.

Y lo sostengo cerca tanto como puedo.

Porque sé que, en este mundo, en el mundo de Kovan, nada está garantizado. Ni la seguridad, ni la protección, y mucho menos el mañana.

Pero ahora tenemos este momento. Nos tenemos.

Eso tiene que ser suficiente.

VESPER

—Oye, gruñón —digo, entrando en la cocina—. ¿Qué te pasa con esa cara amarga?

Waylen se encorva sobre su tazón de cereales, engullendo cucharadas enormes como si no hubiera comido en días. —¿No tiene tu novio nada mejor que hacer el sábado por la mañana que coquetear con nuestra madre moribunda? —murmura con la boca llena.

Hago una pausa. —¿Estás de mal humor por Kovan y Mamá?

—Están en su habitación ahora mismo. Riéndose. Jugando a las cartas. Pasándoselo en grande —traga saliva—. Me echó. De hecho, me dijo que fuera a buscar comida para que ella y Kovan pudieran "ponerse al día". Como si no se pusieran al día todos los malditos días —imita su voz aguda—. "Ve a buscar algo de comer, cariño. Kovan y yo podemos charlar un rato." Es raro, Vesper. ¿No te parece jodidamente raro?

Apoyo la cadera contra la encimera. —Parece que estás celoso.

Resopla. —¿De qué? Tú eras la favorita de Papá. Se suponía que yo era el de Mamá. Pero tu novio apareció y me robó el puesto —su rostro se ensombrece—. Bueno, quizá estoy celoso.

—Por si sirve de algo, yo tampoco entiendo su conexión.

—¡Es porque no es natural! Un jefe mafioso de treinta y cinco años no debería ser el mejor amigo de un paciente de cáncer de sesenta.

Suspiro, ya agotada aunque apenas son las ocho de la mañana. —Le estás dando demasiadas vueltas.

Él niega con la cabeza. —Necesito mi propio lugar. Vivir aquí contigo y Mamá me está convirtiendo de nuevo en un adolescente.

—Bien. Al menos lo sabes.

Se levanta y coge su tazón para tirarlo al fregadero. —Voy a buscar a Luka —dice—. Deberías ir a ver cómo está Mamá. Estoy casi seguro de que intenta robarte a tu hombre.

Lo golpeo con una toalla de cocina, pero en el momento en que desaparece arriba, estoy caminando por el pasillo hacia la habitación de Mamá.

No estoy celosa. No exactamente. Es solo que me confunde la facilidad con la que Kovan la cautivó. Llevo treinta y un años intentando acercarme a mi madre, y él apareció sin más y se convirtió en su persona favorita en un abrir y cerrar de ojos.

Se oyen risas en la habitación de Mamá. Abro un poco la puerta y miro dentro. Están demasiado absortos en su juego de cartas como para notar mi presencia.

—Buen juego —dice Mamá, acercándole las cartas a Kovan—. Haces jugadas inteligentes.

—Mi mejor jugada fue involucrarme con tu hija —responde Kovan—. Espero que sepas que planeo casarme con ella.

Mi respiración se detiene.

—No esperaba menos —dice Mamá con un guiño travieso—. Date prisa. Quiero estar presente cuando mi niña camine hacia el altar.

—Ella no ha dicho que sí todavía, Annabelle.

—Lo hará. Está locamente enamorada de ti.

No sé qué pensar de que Mamá hable por mí. Aunque en este caso tiene razón.

—A veces me preocupa que no sepa a qué se está metiendo —reflexiona Kovan—. Sé que es doctora. Ha visto sangre y muerte. Lidia con situaciones extremas a diario. Pero no es lo mismo.

—No, no lo es —coincide Mamá—. Pero decírselo no cambiará nada, Kovan. Ya tomó una decisión. Igual que yo con Thomas.

—¿Estaba él tan dedicado a ti como tú?

Me acerco más a la puerta. Quizá por eso se llevan tan bien… pueden hablar de cosas que yo nunca he podido con Mamá.

—Era un hombre dedicado a su trabajo —admite Mamá—. Sabía que sus pacientes eran lo primero. Vesper no será tan comprensiva.

—Eso ya lo sé.

Frunzo el ceño. ¿Cómo pueden estar tan seguros de mis reacciones cuando ni siquiera yo misma lo sé?

—Era el centro del mundo de su padre y esperará ser el tuyo —continúa Mamá—. Tiene estándares altos. Eso a veces es un inconveniente, pero también es bueno.

—Quiero hacerla feliz.

—Entonces, sé sincero con ella. Es lo único que funciona. Creo que mi incapacidad para ser sincera con Vesper es la razón por la que nunca fuimos tan unidas como podríamos haber sido. Ahora, puede que se me esté acabando el tiempo.

—Ahora eres sincera con ella. Más vale tarde que nunca.

—Pero no lo soy —dice Mamá. Me acerco más—. Le dije a Vesper que peleé con Thomas por los Keres. Que le pedí que parara. Que lo eché de casa. Pero no es cierto.

—¿No lo es?

—Estaba molesta cuando me enteré. Me rompió el corazón, la verdad. Pero nunca se me pasó por la cabeza echar a Thomas ni obligarlo a parar. Nunca iba a dejarlo. Lo amaba demasiado. Sabía que no podía vivir sin él. Fue una decisión cobarde y débil, pero fue mi decisión.

—¿Por qué no le dijiste eso a Vesper?

—Porque me daba vergüenza. Y porque sus altas exigencias me impiden abrirme a ella como lo hago contigo. Ella me juzgará. No soporto decepcionarla. Su padre lo hizo perfectamente él solo.

—Subestimas a tu hija, Annabelle. Es más fuerte de lo que crees.

—Lo sé. Lo que digo es que *yo* no soy lo suficientemente fuerte. Prefiero que me considere mejor de lo que soy.

Me duele el corazón mientras cierro la puerta silenciosamente y me alejo.



No soy de fisgonear. Nunca lo he sido. Lo que resulta irónico es que, unas horas después, me encuentre en el lado equivocado de una puerta por segunda vez hoy.

Aunque técnicamente, esto no es *realmente* escuchar a escondidas. Se supone que Kovan y yo debemos arropar a Luka juntos. Estoy a punto de entrar cuando escucho a Luka hacer una pregunta que me deja paralizada.

—¿Vesper es mi mamá ahora?

Me acerco sigilosamente para no perderme la respuesta de Kovan.

—Vesper es como tu mamá, ¿verdad? —dice Kovan—. Hace todo lo que una mamá debe hacer. Te lleva a la escuela, te arropa por la

noche. Y, lo más importante, te quiere.

—¿Pero me quiere como *a cualquier* niño o como *a su* hijo?

Aprieto una mano contra mi pecho.

—¿Qué crees tú? —pregunta Kovan.

La respuesta de Luka es segura. —Creo que me quiere como si fuera *su* hijo.

Niño inteligente.

—Entonces, confía en tus instintos, Luka. Rara vez se equivocan.

Ojalá pudiera ver la cara de Luka, pero hay una puerta entre nosotros. Solo distingo las sombras proyectadas por su lámpara de luna.

—¿Crees que las cosas cambiarán cuando nazca el bebé? —pregunta Luka en voz baja—. Este bebé es realmente su hijo.

—Escúchame, *malysh*. Soy tu tío y siempre lo seré. Pero eso no quita que también te considere mi hijo. Tener un bebé no te hace menos hijo mío. Vesper piensa lo mismo.

La habitación queda en silencio. Puedo imaginar el rostro de Luka contraído por la concentración, procesando sus complejos sentimientos. La única razón por la que hace tantas preguntas es porque se siente inseguro sobre su lugar en nuestras vidas.

Odio que tenga la más mínima duda. Culpo a Yana por sembrar esas semillas de inseguridad.

—¿Estaría bien si llamo a Vesper "Mamá"?

Se me cierra la garganta.

—¿Quieres? —pregunta Kovan. Supongo que Luka asiente, porque Kovan continúa—: Entonces, deberías. Vesper estará encantada de que pienses así de ella. Llámala como quieras cuando quieras.

—¿Qué hay de ti?

—¿Qué hay de mí?

—Se siente raro llamarte tío Kovan si llamo a Vesper "Mamá" —señala Luka.

—No tiene por qué ser raro. No necesito que me traten igual. Sobre todo porque tuviste un papá estupendo.

—Sí…

—¿Qué ocurre?

Abro la puerta del todo y entro en la habitación. Está oscuro, salvo por la lámpara de luna de Luka. Están demasiado absortos en su conversación como para notar mi presencia.

—A veces lo olvido —admite Luka en voz baja—. Intento recordar cosas de Papá, pero no recuerdo nada. Ni siquiera su risa. Antes sabía exactamente cómo sonaba. Ahora se me está desvaneciendo.

Kovan se queda rígido. Esta conversación no debe ser fácil para él. —Tengo un montón de vídeos de tu papá —sugiere—. ¿Qué te parece si los vemos juntos? Quizá te ayude a recordar.

—Eso suena bien.

Le aprieta el hombro a Luka. —Aunque olvides a tu papá, no pasa nada, Luka. No te lo tendrá en cuenta. Recordar cómo se reía no importa. Lo que importa es recordar cómo te hizo sentir.

—Sé que me amaba.

—Porque lo hacía.

—Creo que soy un mal hijo.

Estoy a punto de interrumpir cuando Kovan habla. —¿Por qué dices eso?

—Porque quiero que *tú* seas mi papá —admite Luka—. Siento que lo eres. Entonces me siento mal porque, si Papá lo supiera, se pondría triste.

—Luka, tu papá habría querido que fueras feliz. Lo alegraría que te sintieras lo suficientemente cómodo conmigo como para considerarme un segundo padre. Puedes tener dos, ¿sabes? No tiene por qué ser uno u otro. Me alegra compartirte con tu papá.

Luka se anima. —Entonces, ¿puedo llamarte Papá si quiero?

—"Papá" era como llamabas a tu padre —dice Kovan con cuidado—. ¿Qué tal si me llamas "Papi"? Así ambos podemos compartirte.

Luka abraza a Kovan. —Gracias, tío Kov… digo, Papi —se aparta y sonríe—. Tendré que acostumbrarme.

—Los dos. Pero suena bien.

—¿Estás nervioso por el bebé? —pregunta Luka.

Kovan suelta un silbido bajo. —Un poco. Pero luego pienso en toda la ayuda que tendré. Vesper será una madre increíble, y tú serás un hermano mayor increíble. En realidad, no tengo nada que temer.

Me llevo la mano al pecho, conteniendo las lágrimas. Puede que sea una mujer de ciencia, pero empiezo a creer que Vitalii podría haber estado en lo cierto.

Porque algo tan bello tiene que ser el destino.

40

KOVAN

Leo Vega.

El nombre me devuelve la mirada desde la foto falsa del pasaporte… el rostro serio de Luka bajo la identidad de un desconocido. Probablemente le divierta la referencia al signo zodiacal. El chico está obsesionado con el cosmos, siempre lo ha estado. Quizás, cuando se vea obligado a usar este pasaporte, el nombre le ofrezca un pequeño consuelo…

…cuando él corre por su vida sin mí.

Cierro el pasaporte y lo añado a la pila de documentos falsos que hay sobre mi escritorio. La familia Vega… completa, con certificados de nacimiento, tarjetas de la Seguridad Social, licencias de conducir. Todo lo que Pavel, Vesper y Charity necesitarán para desaparecer con Luka si esta guerra con Ihor se tuerce.

La puerta de la oficina se abre con un crujido y Luka entra cargando una caja de madera que parece a punto de reventar. Sus brazos se tensan por el peso.

—¿Qué tienes ahí, chiquillo?

—Algunos de mis juguetes viejos —levanta la caja sobre mi escritorio con un gruñido—. Para el bebé.

Guardo los documentos falsos en el cajón de mi escritorio y giro la cerradura. Guardo la llave en mi bolsillo mientras Luka empieza a desempacar sus tesoros.

—Mira… le traje libros para leerle. Y mi primer telescopio. Ah, y el proyector de estrellas de mi habitación. —Levanta cada objeto con reverencia.

—Luka —me reclino en la silla—. Te encanta ese telescopio. Y el proyector. ¿De qué se trata esto realmente?

Sus manos se detienen sobre un libro ilustrado desgastado. —Son buenos juguetes. El bebé debería tener lo mejor.

—El bebé todavía está en la barriga de Vesper. Esto sería un desperdicio para él ahora mismo.

—Lo sé —su rostro se ensombrece—. Solo quería que supieras que no me importa compartir.

—Gracias, *malysh.* Es muy considerado de tu parte.

Rebusca más en la caja, sacando bloques de madera y un dinosaurio de peluche. —De hecho, si quieres darle mi habitación, también está bien. Es más grande que las habitaciones de invitados y tiene vistas al jardín. A los bebés seguro les gusta mirar árboles y flores, ¿verdad?

—¿Dejarías tu habitación?

—Es tu verdadero hijo —Luka evita mirarme a los ojos—. Debería tener lo mejor de todo.

Me aparto del escritorio. —Deja de rebuscar en esa caja y ven aquí.

—Solo intento ayudar…

—Puedes ayudar desde aquí —chasqueo los dedos y él arrastra los pies por el escritorio. Lo agarro por debajo de los brazos y lo subo a la superficie frente a mí—. ¿Qué pasa, Luka?

Él niega con la cabeza, mirando sus manos.

—Ayer me llamaste Papi. ¿Recuerdas? —espero a que levante la vista—. Si es cierto, entonces puedes hablar conmigo de lo que sea.

—Solo quiero ser útil —murmura—. No quiero que quieras al nuevo bebé más que a mí. Así que pensé que, si le daba todas mis cosas, quizá aún me querrías cerca.

Pongo mis manos sobre sus rodillas. —Qué bien que quieras ayudar con tu hermano. Qué bien que quieras compartir. Pero nunca a costa de tu propia felicidad —le toco la barbilla para asegurarme de que siga mirándome—. Eres tan hijo mío como este bebé. De hecho, eres el primogénito. El hermano mayor. Es un trabajo más duro, pero no me preocupa porque sé que puedes con ello.

—No sé si pueda.

—Yo sí. ¿Quieres saber por qué?

Él traga saliva. —¿Por qué?

—Porque lo llevas en la sangre. ¿Sabes quién más era hermano mayor?

—¿Quién?

—Tu padre —la punzada de dolor en mi pecho me sorprende. Hacía meses que no pensaba así en Vitalii—. Tu padre pasó toda su vida siendo un hermano mayor, y lo hizo de maravilla.

Luka empieza a rascarse las cutículas. —¿Cómo?

—Me escuchaba cuando necesitaba hablar. Me reprendía cuando me portaba como un idiota. Me protegía cuando no podía protegerme solo —hago una pausa, recordando—. Siempre me apoyó. Siempre. Eso es lo que hacen los hermanos mayores.

—¿Era un buen *pakhan*?

La pregunta me hace dudar entre la verdad y la bondad. Luka merece honestidad, pero también merece tener una buena opinión de su padre.

—Hizo lo mejor que pudo —digo finalmente.

—Esa es tu manera de decir que no, ¿verdad?

Le revuelvo su cabello oscuro. —Eres demasiado listo para tu propio bien.

Sonríe. —Vesper me lo dice todo el tiempo.

—El liderazgo no era algo natural para tu padre. Él habría preferido simplemente ser tu papá —elijo mis palabras con cuidado—. Le importaba más cuidarte a ti que a la Bratva.

—¿Es por eso que murió?

—En cierto modo —me aferro al borde de la silla—. Murió porque confió en gente en la que no debía confiar.

—Papi… —El nombre todavía suena extraño viniendo de él, pero un extraño *bueno*—. ¿Significa esto que algún día yo seré *pakhan*? ¿O lo será el bebé?

—Eso depende de ti, Luka. Esta no es la realeza, donde el liderazgo se transmite automáticamente. En esta familia, luchas por lo que quieres. Te ganas lo que tienes. Y nada se decide por ti. *Tú* eliges lo que importa.

Se gira hacia la ventana, mirando el jardín. Parece mayor de nueve años. Se parece a Vitalii a esa edad: serio, pensativo, con un peso que no debería corresponder a un niño.

En unos años, será un hombre. Entonces, sabré si hice lo correcto por él o si le fallé como este mundo le falló a su padre.

—¿Papi? ¿Podemos salir a jugar al fútbol?

—Dame un par de minutos para terminar aquí y luego iremos.

Salta del escritorio y se dirige a la puerta. Lo veo alejarse, notando cuánto se parece ahora a su padre. El parecido se hace más fuerte cada día.

Vitalii pensó alguna vez que quería ser *pakhan*. Se equivocó.

Yo nunca quise ser *pakhan* y aquí estoy.

La pregunta que me mantiene despierto por las noches: ¿A cuál de nosotros se parecerá Luka?

Saco de nuevo el pasaporte falso y miro a Leo Vega. El chico que quizá tenga que aprender a responder al nombre de un desconocido porque no pude protegerlo de otra manera.

La acumulación incesante de todo… los documentos falsos, los planes de escape, la posibilidad de perder todo lo que he luchado por construir… es suficiente para ahogarme. Pero aún más abrumador es pensar que Luka pague el precio de mis decisiones.

Afuera, lo oigo pateando un balón contra el muro del jardín, practicando solo mientras me espera. El golpe rítmico resuena por toda la casa.

Guardo el pasaporte bajo llave junto con el resto de los documentos de la familia Vega y me levanto. Pase lo que pase, Luka se merece estos últimos momentos de normalidad. Merece ser solo un niño jugando al fútbol con su padre.

Incluso si ese padre está haciendo planes para el día en que quizá tenga que dejarlo ir.

Incluso si ese día llega antes de que cualquiera de nosotros esté preparado.

VESPER

Consejo profesional para madres primerizas: lleven siempre bolsas de plástico en el auto. Porque, cuando llamen de la escuela para avisarles de que su hijo está enfermo, necesitarán algo para protegerse de lo que venga después.

Si hubiera tenido una bolsa a mano hace diez minutos, el desayuno de Luka no estaría manchando el suelo de la camioneta. Y yo no estaría balanceándome al borde del asiento, intentando no ensuciar mis tacones de doscientos dólares.

Otro consejo profesional: no uses zapatos de diseño para recoger a tu hijo que vomita.

Aprendan de mis errores, chicas. Les ahorrará mucha agonía.

—Lo siento —gime Luka, agarrándose el estómago mientras otra arcada seca sacude su pequeño cuerpo.

—Dios mío —gruñe Osip desde el asiento del conductor—. ¿Va a explotar otra vez?

Le lanzo una mirada feroz. —Osip, cállate y conduce —mi tono cambia en cuanto me vuelvo hacia Luka con una ternura maternal—. Estás bien, cariño. ¿Necesitas que le diga a Osip que se detenga?

Luka niega con la cabeza débilmente. Menos mal, porque de todas formas no le queda nada dentro. El contenido del estómago del niño flota bajo nuestros pies y el olor me da náuseas.

Desde el asiento delantero, Osip parece mareado. Respira por la boca y pisa el acelerador con más fuerza, desesperado por llevarnos a casa antes de unirse a Luka en su miseria.

—No te disculpes por estar enfermo —le digo a Luka, mientras le hago movimientos circulares en la espalda—. Eso es lo que hacen los cuerpos a veces. Son dramáticos.

Ya tenemos los pies apoyados en el asiento. Este vehículo va a necesitar un equipo de materiales peligrosos cuando terminemos con él. O una cerilla encendida.

Cuando por fin llegamos a la entrada, Osip se baja del auto de un salto. —¿Llamo al pediatra de Luka? —pregunta, ya alejándose.

—Es un virus estomacal, no la peste. La mitad de su clase lo tiene —espero a que me ayude a salir del asiento del copiloto—. Solo necesita descansar y tomar líquidos. Yo me encargo.

—Sí, bueno, también lo tienes encima —dice Osip, haciendo una mueca.

Le doy un manotazo en el brazo. —Ve a ocuparte del auto. Yo me encargo del niño.

—En cuanto encuentre un baño —murmura. Se tapa la boca con una mano mientras sale corriendo hacia la casa.

—¿Osip también está enfermo? —pregunta Luka.

—No, cariño. Solo se está portando como un bebé por un poco vómito —le revuelvo el cabello—. Venga, vamos a limpiarte.

Nos dirigimos a las escaleras cuando Waylen aparece en la puerta, con aspecto de estar muy satisfecho. —¿Cómo está nuestro pequeño paciente?

—Enfermo. ¿Has visto a Kovan? Lo llamé antes de salir del hospital, pero no contestó.

—Eso es porque está boca abajo en su escritorio con casi cuarenta de fiebre.

—¿Qué? —me quedo paralizada—. ¿Está bien?

—Murmuró algo sobre querer oscuridad y tranquilidad, así que lo dejé solo.

—¡Waylen!

—¿Qué? —levanta las manos a la defensiva—. No voy a hacer de niñera con tu novio. Ya es un hombre adulto.

Poniendo los ojos en blanco, empiezo a llevar a Luka escaleras arriba. —¿A dónde vas? —me pregunta Waylen.

—A cuidar a mis chicos.

—Estás embarazada, V. ¿Quizás deberías mantenerte alejada de las víctimas de la plaga?

—Haré sopa —respondo—. Un caldo claro de pollo y verduras. Y no me discutas.

—Sí, señora —murmura Waylen—. Por cierto, hueles a camión de basura.

~

—Esto es completamente innecesario, Vesper.

Presiono la palma de la mano contra el pecho de Kovan y lo empujo hacia atrás, contra las almohadas que he ahuecado detrás de él. Se acuesta con facilidad, con la piel pálida y húmeda a pesar de la ducha caliente que lo obligué a tomar hace veinte minutos.

—¿Siempre has sido tan terrible de enfermo? —le pregunto—, ¿o estás haciendo un espectáculo especial para mí?

—No me enfermo —intenta sentarse de nuevo.

—Bueno, felicidades. Acabas de demostrar que eres humano, después de todo —lo empujo hacia abajo—. Quédate ahí acostado. Si intentas salir de esta cama una vez más, te esposaré al cabecero.

Se deja caer sobre las almohadas con un gruñido de derrota. —¿Siempre has sido así de mandona?

—Solo con pacientes testarudos que se creen inmortales —tomo el tazón de sopa que Waylen trajo antes y le sirvo una cucharada—. Ahora, abre la boca.

—Puedo alimentarme yo mismo.

—Demuéstralo —le pongo la cuchara delante de la cara y espero. Después de unos segundos, abre la boca como un niño gruñón.

—La verdad es que está muy rico —admite, sorprendido.

—La sopa de pollo tiene propiedades curativas mágicas. Es lo primero que te enseñan en la facultad de medicina —le doy otra cucharada—. Ahora, deja de pelear y come.

Se acomoda, observándome con una intensidad que me cohíbe. Hay algo vulnerable en verlo así: con el cabello revuelto, las defensas bajas, dejándome cuidarlo.

—¿Cómo está Luka?

—Mucho más cooperativo que tú. Se duchó, se tomó la sopa y se fue a la cama sin quejarse ni una sola vez de que lo trataran como a un ser humano.

—Tengo trabajo…

—Tu trabajo puede esperar. Tu cuerpo te está diciendo que bajes el ritmo antes de tomar la decisión por ti.

Acepta otra cucharada. —No puedo darme el lujo de estar enfermo.

—Qué lástima. A tu sistema inmunitario no le importa tu agenda —soplo la siguiente cucharada para enfriarla—. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un día libre?

Se queda callado tanto tiempo que creo que no va a responder. —No me acuerdo.

—Bueno, ahí lo tienes. Tu cuerpo se está revelando.

—No deberías estar aquí —argumenta, pero no hay ninguna convicción real—. No quiero que te contagies de lo que Luka y yo tenemos.

—Tengo un sistema inmunológico invulnerable. Nunca me enfermo.

—Famosas últimas palabras —después de darle otra cucharada, me pregunta—: ¿No tuviste que trabajar hoy?

—Sí. Pero, cuando la escuela de Luka llamó en medio de mis rondas, reprogramé todo y me fui.

—Podrías haber enviado a Pavel o a Osip.

Dejo la cuchara y lo miro. —Cuando estás enfermo quieres a tu mamá, Kovan. No importa si tienes nueve o noventa años. Quieres a alguien que se preocupe por ti, que te prepare sopa y te diga que todo va a estar bien.

Se ríe débilmente. —Recuerdo esa sensación. Vagamente. Solo que mi madre no era de las que hacían sopa.

Es la primera vez que menciona a su madre voluntariamente. —¿Cómo era? —pregunto.

—De esas mujeres que hacen las maletas y se mudan a la otra ala de la casa en cuanto alguno se resfría. No la volvíamos a ver hasta que nos recuperábamos —hace una pausa—. Lo último que supe es que estaba de gira por Europa con un jovencito de veinte años que conoció en Mónaco.

Eso me hace estremecer. —¿Se fue después de que murió tu padre?

—En cuanto terminó el funeral —confirma—. No puedo culparla. De todas formas, nunca fue una buena madre.

—Debió haber sido difícil de niño.

—La verdad es que no. No puedes extrañar lo que nunca tuviste —me toma la mano cuando alcanzo la cuchara—. Tengo todo lo que necesito aquí mismo.

Le doy el resto de la sopa en un silencio cómodo, muy consciente de cómo observa cada uno de mis movimientos. Cuando el tazón está vacío, saco el frasco de Vicks VapoRub.

—Esto te ayudará a dormir —le explico—. Mi mamá solía hacer esto cuando Waylen y yo estábamos enfermos.

—¿Esta es tu manera de intentar desnudarme?

Me río, desabrochando ya su camisa. —Tienes fiebre y deliras. Estoy actuando como un profesional médico.

—Claro. Profesional médico —pero sonríe mientras le extiendo el gel mentolado en el pecho, sus músculos relajándose con mi tacto.

Ya casi termino cuando la puerta se abre con un crujido. Luka asoma la cabeza. Parece pequeño y perdido en su pijama enorme.

—Hola, cariño —saludo suavemente—. ¿No puedes dormir?

—Me desperté y no estabas allí —dice con tristeza y, quizás por primera vez desde que lo conozco, parece exactamente el niño de nueve años que es.

—Ven aquí.

Me deslizo en la cama junto a Kovan y palmeo el espacio entre nosotros. Luka se mete bajo las sábanas y se acurruca a mi lado con un suspiro satisfecho.

Le presiono la frente con la mano. —Buenas noticias. Ya te está bajando la fiebre. Mañana deberías estar bien.

—¿Puedo dormir aquí esta noche? —su voz se escucha amortiguada por mi camisa.

—Por supuesto —lo envuelvo con mis brazos y él se derrite en mí como si fuera exactamente lo que le ha faltado toda su vida.

Por encima de su cabeza, Kovan nos observa con una expresión que no logro descifrar. Suave y feroz a la vez.

—Esto se siente bien —murmura Luka, ya medio dormido—. Me alegra que ahora seas mi mamá, Vesper.

Mi corazón late fuerte. —Yo también me alegro por eso, cariño.

—Luka, ¿no había algo que querías preguntarle a Vesper? —incita Kovan con suavidad—. No hay mejor momento que ahora.

Luka hunde la cara en mi camisa. —Ahora no.

—Sabes que puedes preguntarme lo que quieras, ¿verdad? —le acaricio el cabello—. No hay nada que puedas decir que me moleste.

Me mira con un ojo, como si estuviera tanteando el terreno. —Estoy nervioso.

—Está bien. Pero estoy aquí y no me voy a ningún lado.

Ahora ambos ojos aparecen, abiertos e inseguros. —Me alegro mucho de que estés embarazada.

—Gracias. Pero no creo que fuera eso lo que querías decir.

Respira temblorosamente. —Me preguntaba si… ¿quizás podrías ser mi mamá también? O sea, ¿oficialmente? ¿Para que el bebé y yo podamos ser hermanos de verdad?

Lo estaba esperando, lo estaba deseando, pero oírlo preguntar hace que mis ojos se llenen de lágrimas que no puedo ocultar.

—¡Estás llorando! —jadea Luka, inmediatamente alarmado.

—Lágrimas de felicidad —le aseguro rápidamente, tomando la mano de Kovan—. Las lágrimas más felices.

—¿En serio?

—Luka, que me pidas ser tu mamá es una de las mejores cosas que me ha pasado. Sobre todo porque ya te considero mi hijo.

—Entonces, ¿puedo llamarte Mamá?

—Sería un honor.

Vuelve a hundir la cara en mi camisa, pero esta vez lo siento sonreír. —Gracias, Mamá.

La palabra me hace sentir completa. —No, cariño. Gracias *a ti*.

En el silencio de la habitación, con mis dos chicos enfermos y a salvo en esta cama, creo que este podría ser el momento más perfecto de mi vida.

Con los zapatos cubiertos de vómito y todo.

42

KOVAN

Ya no me quedan muchas novedades para darle a Vesper.

¿Pero unirse al club de las alturas? Sin duda, uno de ellos.

No es que me crea mientras traza patrones perezosos sobre mi pecho, con la piel aún enrojecida por la tercera ronda a treinta mil pies. La cabina del jet privado se siente más pequeña ahora, cargada con el aroma a sexo y su perfume.

—Has volado en vuelos privados toda tu vida —dice con recelo—, ¿y de verdad esperas que crea que nunca te enrollaste con alguna guapísima azafata en uno de esos viajes?

—Nunca.

—Patrañas.

—¿Me estás llamando mentiroso?

Ella sonríe y se remueve encima de mí, haciéndonos gemir a ambos. —Te digo olvidadizo. ¿Cuántas mujeres has tenido, Kovan? Quizá perdiste la cuenta.

—¿Crees que me he acostado con tanta gente que no recuerdo haber tenido sexo en el cielo? —la agarro por las caderas para detener sus movimientos provocativos antes de avergonzarme—. ¿Qué soy? ¿Una especie de degenerado?

Me besa en lugar de responder, lo cual probablemente sea inteligente. Ambos sabemos que mi pasado no es precisamente prístino.

Mi teléfono vibra con un mensaje de voz de Waylen antes de que pueda explicar mi dudosa reputación. Lo agarro, le doy play y lo pongo en altavoz.

La voz de Luka llena la cabina, chirriante y emocionada.

—¡Hola, Mami! ¡Hola, Papi! Solo quería decirles que los extraño mucho. Waylen me lleva al parque ahora y luego iremos a tomar un helado, de esos con chispas de colores que me gustan. Y más tarde, Charity viene a vernos para nuestro maratón de películas. Ya elegí cinco películas. Waylen dice que son demasiadas, pero creo que se equivoca. En fin, ¡estoy muy emocionado! ¡Diviértanse en la conferencia de Mami! ¡Los quiero! ¡Adiós!

El rostro de Vesper se transforma por completo. Tiene esta expresión cada vez que Luka está involucrado: orgullosa, radiante, sonriente y tierna. Le queda bien.

—Ese niño —dice, apretándose la mano contra el pecho—. Siempre me atrapa.

—¿Se siente raro? ¿Que él te llame Mami?

Lo piensa, mientras recorre distraídamente el tatuaje de la constelación en mi antebrazo. —No es tan raro como debería. A veces olvido que no lo di a luz yo misma.

Blyat'. La forma en que lo dice, con tanta naturalidad, me estremece. Esta mujer tomó a mi sobrino roto y lo sanó. Nos sanó a ambos.

Se baja de mí y busca su ropa, de repente, toda seria. —Debería vestirme. No quiero llegar a esta conferencia con el aspecto de una persona completamente corrompida en la altura.

—Pero *has* sido completamente corrompida en la altura.

—Sí, bueno, la comunidad médica no necesita saber eso.

La observo mientras se pone los pantalones con dificultad. Su barriga de embarazada complica el proceso más de lo común. Ya lleva cinco meses, y se le nota lo suficiente como para que tengamos que ser creativos con su vestuario.

—Estás nerviosa —observo.

Hace una pausa, con una pierna dentro del pantalón y la otra fuera. —Quizá un poco.

—¿Solo un poco?

—Bueno, mucho —por fin mete las piernas y empieza a trabajar en la cremallera—. Hace más de un año que no voy a una de estas cosas. Y esta vez, quieren que hable.

—¿Hablar? No lo mencionaste.

—Porque, hasta ayer, intenté salir de ese compromiso —encuentra su sostén y empieza a forcejear para ponérselo—. Pero es importante. Lo que aprendí durante esa cirugía… otros médicos deberían saberlo.

—¿Las siamesas de Arkansas?

Ella asiente. Me encanta cómo se le ilumina la cara cuando habla de su trabajo. —Fue noticia durante unos días, pero logramos proteger la identidad de las niñas. Pero, ¿dentro del ámbito médico? Esas gemelas son famosas.

Me recuesto y la observo transformarse, de la mujer que me montó hasta dejarme inconsciente a la Dra. Vesper Fairfax, cirujana pediátrica extraordinaria. Es un truco de magia. Me encanta ver las dos caras.

—¿Sabes lo que eres? —le digo.

—¿Qué?

—Una maldita estrella de rock.

Ella se ríe. —Soy doctora, Kovan. Solo una doctora.

—"Solo una doctora" que realizó una de las cirugías más complejas de la medicina moderna. "Solo una doctora" que salvó la vida de dos niñas cuando todos decían que era imposible.

Sus mejillas se sonrojaron. —Bueno, cuando lo dices así…

—Estoy orgulloso de ti —le digo, y lo digo en serio—. Increíblemente orgulloso.

Deja de juguetear con su ropa y me mira. Me mira de verdad, como si intentara memorizar este momento.

—Gracias —dice en voz baja—. Por acompañarme. Por apoyar esto.

—¿Es en serio? Puedo ver a mi mujer dominar una sala llena de gente brillante. No me lo perdería por nada del mundo.

Ella termina de vestirse mientras yo me pongo la ropa. El piloto anuncia nuestro descenso a Seattle por el intercomunicador, con voz profesional y discreta. Menos mal, considerando lo que probablemente ignoró con tanto esmero durante las últimas dos horas.

—¿Lista? —pregunto mientras el avión se inclina hacia el aeropuerto.

Respira hondo, con los hombros hacia atrás, como si estuviera a punto de entrar en batalla. —Lista.

~

YA HE VISTO TRABAJAR a Vesper antes.

La vi con su uniforme médico, dirigiendo un quirófano con autoridad serena. La vi consolar a padres aterrorizados y tomar decisiones imposibles bajo presión. Es impresionante en su hábitat natural.

¿Pero esto? Esto es algo completamente distinto.

Lleva un traje pantalón gris carbón que disimula su barriguita a la perfección, con un corte que la hace parecer poderosa en lugar de embarazada. Lleva el cabello recogido en un moño elegante y ha cambiado su habitual maquillaje minimalista por algo más dramático: labios rojos y delineador de ojos intenso. Parece capaz de dirigir una empresa Fortune 500 o de realizar neurocirugía. Quizás ambas cosas. Quizás a la vez.

El centro de conferencias está a rebosar de médicos de todo el país. Pasamos la primera hora paseando, charlando, dejando que la gente la mime. Siempre me presenta como su novio y, cada vez que lo hace, odio más esa palabra.

Novio. Como si fuera un chico universitario con el que está jugando.

No el padre de su hijo. No el hombre que planea ponerle un anillo en el dedo en cuanto termine esta guerra con Ihor.

Solo… *novio.*

En realidad, es culpa mía. He tenido muchísimas oportunidades de hacerlo oficial, y siempre me he acobardado. Demasiado caos, demasiadas variables, demasiadas maneras en que todo esto podría salir mal.

Pero ¿escucharla presentarme como su novio por décima vez en una hora? Es como si clavara las uñas en una pizarra.

—¡Dra. Fairfax! —se nos acerca una mujer de cabello plateado y mirada amable—. Esperaba encontrarme con usted. Dra. Marissa Thayer, Hospital Infantil de Boston.

—¡Dra. Thayer, por supuesto! Es un placer conocerla en persona. Justo estaba leyendo su preimpresión…

Se lanzan a una charla médica que me supera por completo, pero observo cómo reaccionan otros médicos al oír el nombre de Vesper. Sus rostros cambian. Respeto, admiración, a veces envidia.

Y ella no tiene idea.

—Damas y caballeros —anuncia una voz por el sistema de altavoces —, por favor, tomen asiento. Nuestra conferencia magistral de la tarde está a punto de comenzar.

Buscamos asientos cerca del frente. A Vesper le tiemblan las manos mientras ajusta sus notas. Me acerco para calmarlas.

—Tú puedes —le digo.

—Lo sé. Es solo que… ¿Y si me equivoco? ¿Y si no puedo explicarlo bien?

—Lo resolverás. Siempre lo haces.

La moderadora de la conferencia sube al escenario y comienza su introducción. —Nuestra próxima oradora no necesita presentación para quienes trabajan en cirugía pediátrica. La Dra. Vesper Fairfax completó recientemente uno de los procedimientos quirúrgicos más complejos de la medicina moderna: la separación exitosa de siameses craneópagos con tejido cerebral compartido. Les invito a unirse a mí para dar la bienvenida a la Dra. Fairfax.

Los aplausos son atronadores. Vesper se levanta, se alisa la chaqueta y sube al escenario como si perteneciera a ese lugar.

Porque así es, joder.

Durante la siguiente hora, la observo desglosar la cirugía más compleja de la que he oído hablar en fragmentos digeribles. Guía al público a través de diapositivas, diagramas e incluso un modelo 3D para mostrar cómo ella y su equipo abordaron el problema. Habla de los riesgos, los intentos fallidos de otros equipos quirúrgicos y las técnicas innovadoras que desarrollaron específicamente para este caso.

Nunca se atribuye el mérito. Cada éxito se atribuye a su equipo, a sus mentores, a los recursos del hospital. Es tan humilde que casi

me enfurece. Quiero ponerme de pie y decirle a esta sala llena de médicos que la mujer en el escenario es una genio.

Deberían estar haciendo una reverencia.

Deberían apartar la maldita mirada por respeto.

No son dignos.

—El avance clave se produjo cuando nos dimos cuenta de que las técnicas de separación tradicionales no funcionaban —señala un escáner en la pantalla gigante que tiene detrás—. Los gemelos compartían no solo hueso craneal, sino tejido cerebral crucial. Tuvimos que desarrollar un enfoque completamente nuevo.

Una mano se alza entre el público. —Dra. Fairfax, ¿cómo manejó la pérdida de sangre durante el procedimiento? Intentos anteriores de este tipo de separación han resultado en hemorragias masivas.

—Excelente pregunta. Desarrollamos un enfoque de cuatro etapas…

Responde pregunta tras pregunta con soltura, sin mostrarse insegura ni desprevenida en ningún momento. El público la devora. Veo a algunos médicos tomando notas frenéticamente y a otros grabando sus respuestas en sus teléfonos.

Casi al final, un joven médico en la tercera fila levanta la mano. —Dra. Fairfax, este tipo de cirugía suele tener una tasa de mortalidad muy alta. ¿Qué le hizo confiar en que podría tener éxito donde otros habían fracasado?

Vesper hace una pausa y considera la pregunta. —¿Honestamente? No estaba segura de que lo lograríamos. Pero sí de que teníamos que intentarlo. Estos niños merecían todas las oportunidades que pudiéramos darles.

La sala se queda en silencio por un momento. Entonces, alguien empieza a aplaudir, y pronto, todo el auditorio se pone de pie.

Mientras Vesper abandona el escenario, escucho fragmentos de conversación de los médicos que me rodean:

—Técnica increíble…

—Nunca había visto nada igual…

—Es tan joven para hacer este nivel de trabajo…

—Guapa *y* brillante. Su novio es demasiado afortunado.

Ese último comentario viene de un chico de mi edad aproximadamente, y tengo que resistir el impulso de agarrarlo por el cuello y explicarle exactamente lo afortunado que soy.

En cambio, me dirijo hacia la salida del escenario, donde Vesper está rodeada de admiradores. Parece abrumada por toda la atención. Sus ojos recorren a la multitud hasta encontrar los míos.

Al ver su agotamiento, me abro paso entre los médicos y le tiendo la mano. —Disculpen —digo con cortesía mientras la aparto de la multitud—. La buena doctora necesita un descanso.

—¿A dónde vamos? —pregunta mientras la conduzco fuera del auditorio hacia el vestíbulo.

—A algún lugar donde pueda hacer esto correctamente.

Veo un rincón apartado tras una de las columnas decorativas del centro de conferencias y la llevo hasta allí. El espacio está parcialmente oculto por enormes macetas llenas de una especie de helechos tropicales.

—Kovan, ¿qué estás…?

La interrumpo con un beso, apoyándola contra la columna hasta que no puede hacer nada. Cuando por fin la dejo respirar, tiene los labios hinchados y su cabello, cuidadosamente peinado, empieza a soltarse.

—Estuviste increíble ahí arriba —le digo.

—Gracias, pero no podemos hacer esto aquí. Cualquiera podría pasar.

—Bien. Espero que lo hagan.

—Soy una profesional, Kovan. Tengo una reputación que mantener.

—Tu reputación es intachable. Acabas de demostrarlo ante una sala llena de colegas —deslizo mi mano bajo su chaqueta, sintiendo el calor de su piel a través de su blusa de seda—. Ahora déjame demostrarte lo orgulloso que estoy de ti.

—¡Estamos en público! —protesta, pero su cuerpo ya está respondiendo a mi tacto.

—Apenas. Y me importa un bledo quién nos vea —encuentro el botón de sus pantalones y lo desabrocho—. Quiero que todos en este edificio sepan exactamente a quién perteneces.

—Estás loco —susurra, pero no me detiene mientras deslizo mi mano dentro de sus pantalones.

—Loco por ti —coincido, al encontrarla ya mojada y lista—. Siempre lo he estado.

Ella jadea mientras la acaricio. Su cabeza se inclina hacia atrás contra la columna. —K-Kovan…

—Así es. Di mi nombre.

—Alguien nos va a ver.

—Entonces verán cuánto te adoro.

La acaricio con mis dedos hasta que tiembla, hasta que olvida por completo el decoro y la reputación y se concentra solo en lo que le hago. Cuando se deshace en mis brazos, me trago sus gemidos con la boca, manteniéndola callada incluso mientras su cuerpo se estremece.

—Joder —jadea contra mis labios mientras baja—. Vas a hacer que nos arresten.

—Vale la pena.

Ella se alisa la ropa mientras la miro, ya planeando la segunda ronda cuando regresemos al hotel.

—¿Sabes qué? —dice mientras se arregla el cabello—. Definitivamente deberíamos ir a más conferencias.

Sonrío y la atraigo de nuevo a mis brazos. —Estaba pensando exactamente lo mismo.



Esa noche, de vuelta en la suite del hotel, observo a Vesper prepararse para la recepción. Se ha puesto un vestido de cóctel negro que realza sus nuevas curvas, y no sé si quiero presumirla o esconderla de todos los médicos que la han estado observando todo el día.

—Deja de mirarme así —me dice mientras se pone los pendientes y me ve reflejado en el espejo.

—¿Cómo?

—Como si quisieras devorarme.

—*Quiero* devorarte.

Se da la vuelta y hay algo nuevo en su postura. Más confiada. Más… segura.

—Kovan —dice ella—, necesito decirte algo.

Me quedo quieto. —¿Qué pasa?

—Hoy, al escuchar a todos esos médicos hablar de mi trabajo, al ver cómo me observas… —da un paso más cerca—. Me di cuenta de

algo.

—¿Sí? —le pregunto.

—Me encanta mi trabajo. Me encanta salvar vidas, me encanta desafiar los límites de lo posible. Pero nada de esto significa nada sin ti y Luka ahí para celebrar conmigo.

—Vesper…

—No he terminado —me toma las manos—. Sé que no hemos hablado mucho del futuro. Sé que aún hay cosas que resolver. Pero quiero que sepas que, pase lo que pase, quiero que lo afrontemos juntos. Todos. Como familia.

Sus palabras encuentran un hogar en algún lugar profundo de mi pecho, justo al lado de todas las otras cosas que me niego a examinar demasiado de cerca.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que sí —dice simplemente—. A cualquier pregunta que te dé miedo hacerme. Sí a todo. Sí a nosotros.

La miro fijo, a esta mujer brillante y valiente que acaba de ofrecerme todo sin pedir garantías a cambio.

—Vesper Fairfax —digo finalmente—, vas a ser mi muerte.

—¿Es eso así?

En lugar de responder, la beso. Y en ese beso intento decirle todo lo que aún no estoy listo para decir en voz alta.

Que ella me ha salvado en todas las formas en que una persona puede ser salvada.

Que voy a pasar el resto de mi vida asegurándome de que ella nunca se arrepienta de haberme elegido.

Que, tan pronto como esta guerra termine, la haré mía en todos los sentidos que importan.

Pero, por ahora, este beso tendrá que ser suficiente.

KOVAN

Tenía quince años la primera vez que esquivé una bala.

Primero llegó el silbido… una nota aguda en el aire nocturno. Luego, la brisa en mi mejilla, tan cerca que podía sentir el sabor a cobre y pólvora en la lengua.

Todo duró quizás dos segundos. Para cuando mi mente se dio cuenta de lo sucedido, ya estaba tras un escondite, con la adrenalina corriendo por mi cuerpo.

Sin miedo. Solo pura descarga eléctrica.

Esa noche aprendí algo importante: si te van a disparar, olvídate del terror. El miedo te hace dudar. La vacilación te mata.

Llevé esa lección conmigo durante veinte años. Me ha mantenido con vida en más tiroteos de los que puedo contar. Me convirtió en el tipo de *pakhan* que lidera desde el frente en lugar de esconderse tras un escritorio.

Pero esta noche, agachado detrás de contenedores de envío en nuestro nuevo almacén de armas, mientras las balas arrancan pedazos de concreto a mi alrededor, no me siento invencible.

Me siento jodidamente aterrorizado.

No por mí. Dejé de preocuparme por mi propia mortalidad hace años. Pero ahora tengo a Vesper en casa, embarazada de casi seis meses de mi hijo. Tengo a Luka, que me llama Papi y confía en mí para que lo cuide. Tengo una familia que depende de que vuelva a casa con vida.

Y eso cambia todo.

—¡Pide refuerzos! —le grito a Osip, que está pegado a la caja a mi lado, recargando su arma.

—Ya lo hice. Pavel viene con refuerzos. Debería estar aquí en cinco minutos —Osip sonríe mientras coloca un cargador nuevo en su sitio. El idiota parece estar pasándolo bien.

Debe ser agradable tener solo una vida de la cual preocuparse.

—No hagas ninguna estupidez —le advierto.

Pero ya se está moviendo, saltando sobre nuestra cobertura a toda velocidad. El idiota se ha expuesto por completo en el espacio abierto entre los contenedores.

—¡Osip, agáchate!

Demasiado tarde. Puedo ver el movimiento desde las sombras… alguien tiene un tiro directo a su espalda. Sin pensarlo, me lanzo al descubierto y derribo a Osip al cemento justo cuando la bala pasa zumbando por donde estaba su cabeza.

Caemos al suelo con fuerza. El casco de Osip se estrella contra el suelo, levantando una nube de polvo y escombros.

—¿Qué carajo te pasa? —gruño.

Tose, escupiendo arenilla. —¿Desde cuándo vamos a lo seguro?

—Desde que tengo gente que depende de mí esperando en casa.

Las cejas de Osip se elevan hasta la línea del cabello, pero no tiene oportunidad de comentar. Se oyen más disparos desde arriba.

—Quédate abajo y cúbreme —ordeno.

Pero Osip ya está de pie otra vez, arremetiendo contra el tirador más cercano. Tiene agallas, eso sí. No tiene cerebro, pero tiene agallas de sobra.

Apunto con el cañón, eliminándolos mientras Osip los atrae. Cae un tirador. Luego otro. Pero hay un tercero arrastrándose por el muro este, intentando flanquearnos.

—¡Detrás de ti! —grito.

Osip gira, pero el ángulo es incorrecto. El tirador lo tiene en la mira.

Disparo yo mismo. Un impacto limpio en el hombro. El hombre se tambalea, pero no cae. Su rifle se dirige hacia Osip, con el dedo ya apretando el gatillo.

Mi pistola hace clic y se queda vacía.

—Joder.

Dejo caer el arma inservible y corro hacia adelante. El pistolero dispara justo cuando me estrello contra Osip, tirándonos a ambos al suelo. El fuego ardiente me atraviesa el brazo izquierdo, pero Osip sigue vivo.

Eso es lo que importa.

—Mierda, ¿te dieron? —Osip se pone de rodillas, con sangre en la cara por el impacto contra el hormigón.

—Solo un rasguño —presiono la herida con la mano derecha. La sangre se filtra entre mis dedos, cálida y pegajosa—. Estoy bien.

Los faros iluminan el almacén mientras los vehículos frenan bruscamente afuera. Las puertas se cierran de golpe. La voz de Pavel resuena, dando órdenes.

—Ya era hora —murmura Osip.

Me arranco una tira de la camisa y me la ato al brazo, apretándola bien para detener la hemorragia. Para cuando Pavel y su equipo terminan de limpiar, ya estoy de pie.

—¿Cuántos perdimos? —pregunto.

—Ninguno de los nuestros. Pero tenemos dos heridos: Vlad recibió uno en la pierna y Misha tiene una herida en el hombro —la mirada de Pavel se posa en mi vendaje improvisado—. Que sean tres heridos.

Lo ignoro. —¿Y su gente?

—Seis tiradores, todos muertos. Intenté atrapar a uno, pero se tragó su propia bala antes de que pudiéramos interrogarlo.

Por supuesto que sí. Ihor no se arriesga con cabos sueltos.

—Que alguien haga funcionar esas luces —ordeno.

—No se puede. Quemaron el panel eléctrico.

Con una mueca, me acerco a la hilera de cadáveres. Todos son jóvenes, quizá de veintipocos años. Matones a sueldo, no delincuentes profesionales. Probablemente les prometieron más dinero del que jamás habían visto por asaltar uno de nuestros almacenes.

—Ko —Pavel aparece a mi lado—. Necesitas que te revisen el brazo.

—Está bien.

—No está bien. Y si Vesper descubre que te dispararon y no fuiste al hospital, me cortará la cabeza —se cruza de brazos—. Irás. Fin de la discusión.

Osip ríe entre dientes desde las sombras. —La vida doméstica te ha cambiado mucho, hermano.

—Cállate.

Pero no se equivoca. Hace seis meses, habría vendado esta herida con cinta adhesiva y la habría dado por buena. ¿Cuándo me convertí en el tipo de hombre que se preocupa por la reacción de su novia embarazada ante sus lesiones laborales? ¿Cuándo me convertí en el tipo de hombre que se lanza a las balas por sus amigos porque no soporta la idea de explicar sus muertes a su familia?

—Vale —gruño—. Iremos al hospital. Pero evitamos la sala de pediatría. Vesper trabaja esta noche y no quiero que…

Mi teléfono vibra con un mensaje de Vesper. ***¿Es jodidamente en serio?***

Miro a Pavel. —No lo hiciste, joder.

Levanta las manos en defensa propia. —No tuve opción, hermano. Da miedo estando embarazada. Y además es doctora. Pensé que debía saber que le dispararon a su novio.

—Te voy a matar.

—Haz fila. Ella ya amenazó con lo mismo antes.



VESPER NOS ESPERA en urgencias cuando llegamos. Incluso a las dos de la mañana, agotada por un doble turno, es la criatura más hermosa que he visto en mi vida. Su uniforme está arrugado, su cabello se encrespa en la coleta, pero sus ojos azules son penetrantes y atentos.

Y absolutamente furiosos.

—¡Dios mío! —se abalanza sobre mí mientras salgo de la camioneta. Su mirada se posa inmediatamente en la sangre que empapa mi camisa.

—Parece peor de lo que es.

—¿Es eso una herida de bala?

—Escucha, nena…

—No me digas "nena". No me dijiste que tenías algo peligroso planeado para esta noche.

—No había nada planeado —gruño—. Recibimos una alerta sobre un robo en uno de los almacenes. Osip y yo fuimos a comprobarlo.

—¿Solos?

—Teníamos refuerzos.

—¿Cuántos hombres? —mira más allá de mí, hacia Osip, a quien de repente le fascina el asfalto—. ¿Cuántos, Kovan?

—Vesper, quizás podamos hablar de esto después…

Levanta un dedo para interrumpirme y luego señala hacia las puertas. —Entra conmigo ahora mismo para que pueda examinarte bien la herida.

—Realmente no necesito…

La mirada que me lanza es mordaz. —Si esperas compartir mi cama esta noche o cualquier otra noche, me seguirás. Ahora.

Miro a Osip y Pavel, quienes intentan con todas sus fuerzas no sonreír.

—Traidores —murmuro, y luego sigo a mi novia muy embarazada y muy enojada al hospital.

Me lleva a una sala de reconocimiento vacía y cierra la puerta. El clic de la cerradura suena inquietante.

—Sabes —le digo—, eres tan sexy cuando estás enojada.

Su expresión no se suaviza ni un ápice. Está examinando mi vendaje improvisado, con un tacto clínico e impersonal. —¿Sigue ahí la bala?

—No. Solo me rozó. No es para tanto, Vesper.

—Yo lo decidiré —empieza a sacar provisiones de los cajones: gasas, antiséptico, kit de sutura—. Quítate la camisa.

Obedezco, observando su rostro mientras ve bien el daño por primera vez. La herida está limpia, pero he perdido más sangre de la que pensé.

—Dime exactamente qué pasó.

—Ya te lo dije. Alerta de seguridad, allanamiento, tiroteo.

—¿La gente de Ihor?

—Tiene que serlo —digo—. Nadie más sería tan estúpido como para golpearnos directamente.

—Debiste haber esperado a que llegaran más refuerzos —empieza a limpiar la herida con movimientos eficientes, pero no especialmente suaves.

—No esperaba encontrar a nadie allí.

—¡Estás en guerra! —la voz quebrada es la primera señal de su confusión interior—. No puedes afrontar las situaciones esperando lo mejor. Ahora tienes responsabilidades.

Me estremezco cuando me aplica antiséptico en la herida. Para alguien que dice amarme, no está teniendo mucho cuidado de causarme dolor.

—Tranquila, doctora. Ese brazo todavía está unido a mí.

—Déjame adivinar… ¿Intentaste hacerte el héroe y terminaste con esta herida?

—Estas cosas pasan en mi trabajo.

—¡Pues no deberían! —tira la gasa ensangrentada a la basura—. Tendremos un bebé dentro de tres meses. No puedes seguir

corriendo estos riesgos.

—Ya lo hemos hablado. Tengo que liderar desde el frente. No puedo pedirles a mis hombres que hagan algo que yo no haría.

Ella se aleja de mí, pero no antes de que pueda captar el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Oye —tomo su mano—. Esta noche fui cuidadoso. Más cuidadoso que nunca en un tiroteo. Es por ti.

—Y aun así te dispararon.

—Es una herida superficial. Y, si no me hubiera dado esa bala, Osip estaría muerto ahora mismo.

Ella se queda paralizada. —¿Recibiste una bala que iba dirigida a otra persona?

—Sabía que no sería fatal.

—¡¿Lo *sabías*?! —su voz sube una octava—. ¿Tuviste una conversación con la bala? ¿Hiciste algún trato?

—Vesper…

—Vas a tener que quedarte muy quieto mientras te suturo esto —toma la aguja, con las manos firmes a pesar de la evidente emoción —. ¿Quieres anestesia local?

—Tú eres el único anestésico que necesito.

Me mira con pura irritación. —Deja de intentar hacerlo romántico. Que una mujer tenga que curar la herida de bala de su novio no es romántico.

—Esta es mi vida —digo en voz baja—. Esto es lo que firmaste cuando elegiste estar conmigo.

—Lo sé —su voz se apaga, la ira desborda—. Pero saber algo y vivirlo son dos cosas distintas.

Le tomo la mano, obligándola a mirarme. —No voy a morir. Ni ahora ni nunca.

—No puedes prometer eso —le tiembla la barbilla—. Tenemos pasaportes falsos listos para nuestros amigos, Kovan. Eso no es normal.

—Estar preparados no significa que esperemos lo peor.

Se apoya en mi hombro sano y empieza a llorar… sollozos silenciosos y desesperados que me destrozan por completo. —Me asustaste —susurra.

—Lo sé. Lo siento.

—No puedo hacer esto sin ti. No puedo criar a nuestros hijos sola.

—No tendrás que hacerlo —le acaricio el cabello con la mano sana —. Estoy aquí. No me voy a ninguna parte.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

Es mentira, claro. En mi mundo, las promesas de seguir con vida son solo palabras bonitas. Pero ella necesita oírlo y yo necesito decirlo.

Incluso aunque ambos sepamos más que eso.

Después de un momento, se aparta y se seca los ojos, transformándose de nuevo en la Dra. Fairfax. —Esto va a doler —advierte.

La primera sutura se desliza por mi piel, limpia y precisa. Trabaja en silencio, secando la sangre de vez en cuando, sin apenas respirar.

—¿Cuántos puntos? —pregunto mientras se acerca al final.

—Siete por la herida de entrada, cinco por la de salida. Tuviste suerte… no tocó nada importante.

—Te dije que tuve cuidado.

—Que te disparen no es tener cuidado, Kovan.

—Que te disparen en lugar de matarte *es* tener cuidado.

Termina la última sutura y cubre ambas heridas con vendas estériles. —Listo. Intenta no arrancártela haciendo alguna estupidez.

—Define "estupidez".

—Cualquier cosa que involucre armas, cuchillos, explosivos o personas que quieran matarte.

—Eso limitará severamente mis actividades sociales.

Ella no sonríe. —Lo digo en serio. Nada de levantar objetos pesados, ni movimientos bruscos, y definitivamente nada de actos heroicos durante al menos dos semanas.

—¿Dos semanas? Vesper, no puedo…

—No era una pregunta, Kovan.

La miro con el ceño fruncido. —¿De verdad vas a dejarme al margen mientras mis hombres se encargan de Ihor?

—Tus hombres pueden con todo durante dos semanas. Eres más valioso para ellos vivo que muerto.

Empieza a recoger los suministros, pero puedo ver el cansancio en la postura de sus hombros, en cómo se toca la barriga inconscientemente.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste? —pregunto.

—Estoy bien.

—Eso no es lo que pregunté.

Ella sigue trabajando. —Ayer por la mañana tuve unas horas libres.

—Dios mío, Vesper. Estás embarazada de seis meses y trabajando doble turno. Eso no puede ser bueno para el bebé.

—El bebé está bien. Yo estoy bien. Me preocupas tú —termina de empacar y se vuelve hacia mí, con una expresión más suave—. Te amo, ¿sabes?

—Lo sé.

—Y me encanta que protejas a la gente que te importa. Es una de las cosas que me hicieron enamorarme de ti.

—¿Pero?

—Pero necesito que tú también te cuides. Por mí. Por el bebé. Por Luka —se acerca, enmarcando mi rostro con sus manos—. Ahora somos tu familia. Eso tiene que significar algo.

Significa todo. Más de lo que ella sabe.

—De acuerdo —digo finalmente—. Dos semanas. Dejaré que Pavel y Osip se encarguen de las operaciones de campo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Quizá pueda cumplir esta.

Entonces me besa, suave, dulce y llena de alivio. Cuando se aparta, casi sonríe. —Vamos. Te llevaré a casa.

VESPER

No soy estúpida.

Sé que la única razón por la que puedo mandar a Kovan es porque estoy embarazada y él no quiere que me estrese y lastime al bebé.

Cuando le digo que descanse, descansa. Cuando le digo que coma, come. Cuando prácticamente lo pongo bajo arresto domiciliario, también lo acepta.

No es que lo haga sin quejarse. Ese hombre se queja mejor que nadie que conozco. De hecho, estoy bastante segura de que de ahí saca Luka sus quejas. Los dos están muy unidos desde que dispararon a Kovan.

Me molesta cada vez que Luka pregunta sobre el tiroteo. Solo porque parece muy emocionado.

Había esperado que sintiera miedo y repulsión, pero hasta ahora no tuve suerte.

Parece que el chico va camino de querer unirse a la Bratva. Ahí se va mi plan de lavarle el cerebro poco a poco para que la odie.

Aun así, todavía hay tiempo de sobra.

Estoy pensando en nuevas estrategias mientras me dirijo al hospital para mi turno cuando veo una cara conocida. Retrocedo, mirando

hacia la escalera donde creí ver una cara ceñuda y una nariz aguileña, pero no hay nadie.

Me dirijo a mi equipo de seguridad. —¿Vieron a alguien mirándome fijamente en la escalera?

Nikolai frunce el ceño, observando la zona. —No. Pero podemos hacer un barrido del lugar. ¿A quién crees haber visto?

—No importa. Probablemente no fue nada. Solo paranoia. Olvídate de lo que dije.

Con otra mirada hacia la escalera, tomo el ascensor hasta la sala de pediatría para prepararme para las rondas.

Al pasar por la enfermería, Bessie y Courtney me saludan con una sonrisa. —¡Buenas noches, Vesper! ¿Tu amigo te encontró?

Me detengo en seco. —¿Mi amigo?

—Hace unos minutos pasó un hombre preguntando por ti —explica Bessie.

—Era muy encantador —añade Courtney, sonrojándose.

—¿Cómo se llamaba?

—Ah, no preguntamos —dice—. Estábamos ocupadas con los expedientes de los pacientes y se me olvidó preguntar. Fue culpa mía.

Bueno, quizá no sea paranoia. Dudo si decírselo a Kovan. Si lo hago, probablemente se pondrá histérico y me exigirá que vuelva a casa. O peor aún, ignorará mis órdenes de descansar y vendrá él mismo. Y lo último que necesito es otro tiroteo. Sobre todo en mi estado.

Me despido de las enfermeras y me dirijo a la sala de médicos, buscando a Ihor en todo momento.

Para cuando me pongo la bata blanca y el uniforme médico, he logrado librarme de esa inquietante sensación de ser observada. Tras

contactar con Kovan y Luka por mensaje de texto, empiezo mis rondas. Espero ver a Ihor en cada habitación de paciente a la que entro, pero termino las rondas sin que ocurra nada sospechoso.

Espero que el nuevo presidente de la junta, Richard Lovell, me dé la tranquilidad que necesito desesperadamente. Llego a su oficina cinco minutos antes para una reunión programada.

Nikolai está a punto de seguirme adentro cuando lo detengo con una mirada fija. —No vas a entrar conmigo.

—Pero…

—Sin peros. Esta es una reunión privada entre mi jefe y yo. Y no hay nada entre nosotros, salvo esta delgada pared de aquí. Así que ocúpate de tus asuntos.

Nikolai sonríe. —*Eres* mi asunto, señora.

—Deja ya de sonreír —le espeto—. Me esperarás aquí afuera.

Duda. Luego, mira por encima del hombro a los otros tres hombres detrás de él. Hay una especie de conversación silenciosa de la que no estoy al tanto porque un momento después, Nikolai se gira hacia mí y suspira.

—Estaremos aquí si necesita algo, señora.

Le guiño un ojo con gratitud y entro en la oficina de Richard. No parece muy diferente de cuando Jeremy era director de la junta. El espacio todavía me da un aire escalofriante. No ayuda que Richard Lovell tenga el cabello largo y blanco y el aire de un hippie en una fiesta romántica.

Da igual. Puedo perdonarle su aspecto, siempre y cuando haga bien su trabajo.

—Sr. Lovell, gracias por reunirse conmigo.

—Es un placer, Dra. Krayev —dice mientras me estrecha la mano.

Eso me tiene aturdida. *¿Dra. Krayev?* Suena muy raro… pero es de esas cosas raras que me revuelven el estómago y hacen que me tiemblen las piernas.

Hace unos meses, habría pensado que era una idea descabellada. Pero, desde que oí a Kovan mencionar el matrimonio con mi madre, ha sido un pensamiento omnipresente, rondando en mi cabeza, listo para surgir en los momentos más inoportunos.

—Es Fairfax, en realidad —corrijo educadamente. Me siento frente a su escritorio—. Pero puedes llamarme Vesper.

—Claro, disculpas —se aclara la garganta y me pregunto si es nervioso por naturaleza o si es por esta reunión—. Entonces, ¿querías hablar sobre quien te reemplazará mientras estás de baja por maternidad?

—Así es. Planeo tomarme seis meses libres y quiero asegurarme de que mi sustituto pueda manejar mi carga de trabajo. Tengo varios pacientes con complicaciones graves que requieren un seguimiento cercano —saco el expediente que llevo conmigo desde la mañana—. Aquí están los dos candidatos que creo que serían perfectos para reemplazarme. El Dr. Patton tiene una reputación estelar y actualmente no tiene trabajo. Creo que estaría dispuesto a venir a trabajar aquí si le haces la oferta adecuada. La segunda opción es la Dra. Jennifer Walters. Fuimos juntas a la facultad de medicina. Ella me llevaba unos años de ventaja y era brillante. Cualquiera de los dos candidatos es un acierto seguro.

Richard acepta los archivos, pero ni siquiera los mira. —Desafortunadamente, Vesper, no estoy seguro de que podamos aceptar tus decisiones. La junta ya ha elegido un médico para sustituirte durante tu baja por maternidad.

—¿Quién es?

—El Dr. Henry Fielding.

—¿Henry Fielding…? No he oído hablar de él.

—Es un becario del Boston General. Viene muy bien…

—No —lo interrumpo—. No puedo dejar que un becario se haga cargo de mis pacientes. Necesito un cirujano con experiencia, Sr. Lovell. Tiene que ser el Dr. Patton o la Dra. Walters.

Lovell suspira. —El problema es que ahora mismo no tenemos presupuesto para contratar a ninguno de los dos. Con la reestructuración de la junta y la cantidad de cambios administrativos que se han hecho recientemente…

Lo interrumpe mi teléfono, que empieza a vibrar violentamente en el bolsillo de mi abrigo. Normalmente no lo revisaría, pero sigo preocupada por Kovan y su brazo, que ha tardado en sanar.

Hablando del diablo, su nombre aparece en mi pantalla de bloqueo.

—Disculpe, Sr. Lovell —señalo mi teléfono—. ¿Le importa?

En cuanto ve el nombre en la pantalla, me hace un gesto para que conteste la llamada. —Claro, por favor, no dudes en…

Reprimo una sonrisa. A veces, el nombre de Kovan me viene de maravilla.

Cojo el móvil y camino hasta la esquina de la oficina de Lovell. —¿Está todo bien?

—Claro. Solo quería ver cómo estabas.

—Como si no recibieras ya actualizaciones cada hora cortesía de los cinco chiflados.

—No puedo confirmarlo ni negarlo —se ríe entre dientes y luego se pone serio—. Suenas tensa. ¿Pasa algo?

Que pueda sentirlo por teléfono es increíble. Y nada conveniente. Por un momento, considero contarle sobre el misterioso extraño que husmea en las escaleras y pregunta por mí. Pero eso probablemente solo lo asustará y me arruinará el resto del día en el hospital.

—La junta se niega a contratar a la sustituta que elegí para mi baja por maternidad —bajo la voz—. Al parecer, no hay suficientes fondos en el presupuesto.

—¿Richard dijo eso?

—Estoy con él ahora.

—Dile que mañana tendrá suficiente presupuesto. Elige al médico que quieras y le pediré que haga una oferta de inmediato.

—¿En serio? —se me cae la mandíbula.

—Quiero que disfrutes de tu baja por maternidad —dice Kovan—. No podrás hacerlo si estás constantemente preocupada por tus pacientes.

No puedo creerlo. —Eres increíble.

—¿Eso significa que ahora puedo levantarme?

Sonrío con suficiencia. —Vale… pero no más tiroteos, por favor.

—Haré lo mejor que pueda.

Cuelgo y me vuelvo hacia Richard, que me observa con evidente curiosidad y lo que parece nerviosismo.

—Buenas noticias, Sr. Lovell. Parece que el problema del presupuesto se ha resuelto. Mañana tendrá los fondos para contratar al Dr. Patton o a la Dra. Walters.

Su rostro palidece. —Yo… ¿Cómo es posible?

—¿Importa? Lo importante es que mis pacientes reciban la mejor atención posible mientras estoy de baja —no puedo mentir… disfruto un poco de su incomodidad, aunque me preocupa que me convierta en una mala persona—. Me gustaría que contactaras a ambos candidatos hoy. Ofréceles lo que sea necesario para conseguir a uno de ellos.

—Claro. Absolutamente. Lo que necesites.

Me levanto, alisándome la bata blanca. —Excelente. Sabía que nos entenderíamos.

Mientras camino hacia la puerta, Richard se aclara la garganta. —¿Sra. Kr…? Eh… ¿Dra. Fairfax?

Me doy la vuelta. —¿Sí?

—Por favor, transmítale mis saludos al Sr. Krayev.

—Me aseguraré de hacerlo —salgo de su oficina sintiéndome victoriosa.

Nikolai observa mi expresión de satisfacción y levanta una ceja. —¿Buena reunión?

—La mejor —empiezo a caminar hacia el ascensor—. Vamos. Vámonos a casa. Tengo algo que celebrar.

—¿Qué estamos celebrando?

—El hecho de que mi novio acaba de demostrar por qué me enamoré de él en primer lugar.

Nikolai sonríe. —Es bueno en eso, ¿verdad?

—El mejor —repito, ya pensando cómo voy a agradecerle a Kovan por hacerme la vida más fácil. Otra vez.

Algunos días, ser la Sra. Krayev no suena tan mal después de todo.

KOVAN

—Disculpa por aparecer así sin más.

Richard Lovell tiene un aspecto fatal. Su cabello blanco se alza en ángulos extraños y tiene ojeras alrededor de los ojos. Es evidente que no ha dormido bien desde que asumió la presidencia de la junta.

No es que lo culpe. Trabajar para mí conlleva sus propias presiones.

—Para nada —respondo—. Mi puerta siempre está abierta. Siéntate, Richard. ¿Qué te trae por aquí?

Han pasado semanas desde que pisé la sede de Krayev. Mis asistentes personales dan un respingo cuando se abren las puertas del ascensor y entro en la planta. Es evidente que se han acostumbrado a holgazanear durante mi recuperación. Sus escritorios, normalmente impecables, están enterrados bajo montones de archivos, documentos y notas adhesivas de neón pegadas en todas las superficies disponibles.

Hago nota mental de tener una conversación con Henry y Maggie sobre los estándares de productividad.

—Me dijiste que te mantuviera al tanto de cualquier novedad, sobre todo de… —Richard hace una pausa y baja la voz—, Ihor Makhova.

Aprieto la mandíbula. —Ha hecho contacto.

—Esta mañana. Me acorraló en mi oficina y se presentó —Richard saca un pañuelo y se seca la frente—. Un tipo encantador. Un tipo muy hablador.

—Apuesto a que sí. ¿Mencionó la organización Keres?

—No directamente, pero sentó las bases. Dijo que le interesaba desarrollar una relación de trabajo sólida conmigo, como la que tenía con Jeremy Fleming.

—Claro que sí —empiezo a darle vueltas al bolígrafo—. ¿Algo más?

Richard mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca un papel doblado. Lo desliza por mi escritorio con los dedos temblorosos. —Quiere hacer una inversión.

Desdoblo el papel y escaneo su contenido. Un cheque a nombre del Hospital San Rafael por diez millones de dólares, firmado por Ihor Makhova.

—Qué predecible —murmuro, tirando el cheque a un lado—. ¿Mencionó algo más?

Richard se remueve en su asiento, incómodo. —Hizo muchas preguntas sobre tu esposa.

Se me tensan todos los músculos del cuerpo. —¿Mencionó a Vesper?

—No te preocupes —me asegura Richard rápidamente, secándose la frente de nuevo—. Le dije que no podía hablar de mi personal con nadie ajeno a la junta.

—Estoy seguro de que le encantó esa respuesta.

Richard se estremece. —Hay algo muy inquietante en ese hombre, Kovan. Te mira como si estuviera decidiendo si eres más útil vivo o muerto…

—No te preocupes por Ihor. Yo me encargaré de él. Tú solo tienes que hacer tu trabajo.

Richard traga saliva con dificultad. Tiene los nudillos blancos donde agarra los brazos de la silla. —¿Corro algún riesgo? Porque tengo esposa, dos hijas y una madre enferma que depende de mí.

Observo su rostro un buen rato. El hombre está aterrorizado y no puedo culparlo. Ihor tiene ese efecto en la gente.

—Me ofende un poco que me hagas esa pregunta, Richard. ¿No estoy pagando la matrícula de la escuela privada de tus hijas? ¿No estoy cubriendo la hipoteca de tu propiedad en el condado de Marin? ¿No me encargué personalmente de que tu madre recibiera atención en el centro más exclusivo de la ciudad?

—¡Claro! No quiero parecer desagradecido. Es solo que…

—Lo entiendo. Ihor se te metió en la cabeza. Te amenazó y te convenció de que tienes algo que temer —me levanto y camino alrededor de mi escritorio—. Pero créeme, Richard. Por mucho miedo que creas que da Ihor, yo soy diez veces peor. Tú y tu familia están a salvo. Te lo garantizo.

Richard asiente agradecido. —Gracias, Sr. Krayev.

—Cuido de mi gente. Solo pido lealtad a cambio.

—La tienes.

—Me alegra saberlo —miro mi reloj—. Dime… ¿contactaste al médico que te recomendó Vesper? ¿A la Dra. Walters?

—Llamé a su oficina justo antes de venir —dice Richard—. Le hice una oferta que sería una locura rechazar. Dijo que me contactaría en los próximos días.

—Asegúrate de que acepte. Quiero a la Dra. Walters en el equipo a toda costa. Es la única manera de que Vesper pueda disfrutar de su baja por maternidad sin preocuparse por sus pacientes.

—Entendido. Lo haré posible.

—Excelente —tomo las llaves de mi auto del escritorio—. Siento interrumpir, pero tengo que ir a casa. Mi hijo me espera para cenar.

El rostro de Richard se ilumina. —¿Cómo se está adaptando el joven Luka a todo?

—Mejor de lo esperado. Está emocionado por ser hermano mayor —le doy la mano a Richard—. Gracias por avisarme sobre Ihor. Avísame si te vuelve a contactar.

—Lo haré, señor.

Salimos juntos del edificio. Richard se dirige al estacionamiento mientras yo me subo a mi camioneta. Todo marcha según lo previsto. Lo único que no puedo controlar es Ihor y su proximidad a Vesper.

Pero tengo la intención de abordar ese problema muy pronto.



Lo primero que veo al entrar en la casa es a Vesper encaramada en el puente del entrepiso con vistas a la sala de estar. Intenta ocultarse tras una de las columnas de mármol mientras espía lo que ocurre abajo.

Chasqueo los dedos para llamar su atención, pero está demasiado concentrada en su misión de vigilancia como para notarme.

Pavel sale de la cocina con una botella de cerveza. —Lleva treinta minutos ahí arriba —me dice—. Yana trajo una bolsa llena de videojuegos para Luka.

—Déjame adivinar: ¿*Grand Theft Auto* y *Call of Duty*?

—Peor. Un juego nuevo donde juegas como un líder de un cártel que construye un imperio de la droga —Pavel da un trago a su cerveza

—. Algo muy sano para un niño de nueve años.

—Jesús Cristo.

—Pero Luka no se lo cree. El chico tiene buen instinto. Siempre sugiere que jueguen al ajedrez —dice Pavel con una sonrisa—. Deberías ver la cara de Yana cada vez que él rechaza otro juego violento.

—Al niño le gusta molestarla.

—¿Puedes culparlo? Cada vez que veo la cara de esa mujer, me dan ganas de prenderle fuego.

—Necesitamos mantener la paz por ahora, Pavel. Antagonizar no nos servirá a largo plazo.

Pavel suspira. —Intenta decirle eso a Luka. Él es quien tiene que acompañarla en estas visitas.

Miro a Vesper, que ahora está agachada tras la columna como una espía embarazada. —Sáquenla de ahí. No quiero que Yana la vea, sobre todo con la barriga al descubierto.

—Ya lo intenté hace veinte minutos. Me dijo exactamente dónde podía meter mis sugerencias, usando un lenguaje muy peculiar. Para ser médico, no creo que sepa mucho de anatomía, porque algunas de sus ideas simplemente no eran físicamente posibles.

Niego con la cabeza. —Se ha vuelto mucho más testaruda desde el embarazo.

—"Testaruda" es una palabra para describirlo —Pavel termina su cerveza—. Buena suerte consiguiendo que se mueva. Me mantendré al margen de esa batalla en particular.

—Cobarde.

—Inteligente —corrige Pavel—. He aprendido a no discutir con mujeres, embarazadas o no. Charity me enseñó esa lección muy rápido.

—Hablando de Charity, ¿cómo van las cosas entre ustedes dos?

La actitud de Pavel cambia por completo. La expresión burlona desaparece, sustituida por algo más serio para variar. —Muy bien, la verdad. Es diferente a cualquier otra persona con la que haya estado. Me hace querer ser mejor hombre, ¿sabes?

—Me alegro por ti, hermano. De verdad —le doy una palmadita en el hombro—. Ahora, ve a sacar a mi terca novia de ese balcón antes de que Yana la vea. Yo me encargaré de la bruja cuñada.

Pavel gruñe, pero sube las escaleras mientras yo me deslizo hacia la sala de estar a través de la entrada lateral.

Luka está sentado con las piernas cruzadas sobre la alfombra persa, rodeado de cajas de videojuegos desechadas. Yana ocupa el sillón de cuero frente a él, con un vestido cruzado ceñido que no deja espacio a la imaginación.

Parece lista para ir a una discoteca, no para visitar a su hijo de nueve años.

—Esa escultura de ahí… ¿es nueva? —pregunta Yana, señalando la pieza abstracta de bronce que compré hace unos meses.

Luka se encoge de hombros. —No lo sé.

—¿No es de Jeff Koons? Es increíblemente famoso. Lo conocí una vez en la inauguración de una galería. Se pasó toda la noche intentando meterse en mis pantalones —se examina las uñas bien cuidadas—. Si hubiera sabido cuánto valdría su obra algún día, quizá lo habría dejado.

Qué historia tan encantadora para compartir con un niño.

Luka parece confundido. —No conozco a ningún artista.

—Claro que no —dice Yana con desdén—. ¿Y esa silla? ¿Es una Eames original?

La mujer quizá conozca marcas de diseño, pero claramente no tiene idea de cómo hablar con un niño.

—No sé qué es eso —admite Luka en voz baja.

—Por Dios, Luka, mira a tu alrededor. Este lugar está lleno de cosas caras. Es un despilfarro. ¿Así que esto es lo que está haciendo con mi dinero?

—¿Tu dinero? —pregunta Luka en un tono inocente.

—Sí, *mi* dinero. Tu tío me quitó la paga mensual, así que ahora no puedo permitirme nada. Estoy a punto de perder la casa también.

Luka la mira sin responder.

—¡Di algo, niño! —espeta Yana tan de repente que Luka se estremece. Abre los ojos de par en par, alarmado.

Estoy a punto de intervenir y terminar esta conversación cuando ella continúa con su discurso.

—No está bien, Luka. Tu padre me amaba. Habría querido que me cuidaran económicamente.

—Ihor puede cuidarte —sugiere Luka.

Tengo que contener una sonrisa. Intencional o no, es una respuesta perfecta.

—Ihor no puede, bebé. ¿Quieres saber por qué? Por tu tío. Quiere destruirnos. ¿Y por qué? Porque quiso arrebatarte de mí.

—El tío Kovan no me arrebató —dice Luka en voz baja.

Yana lo ignora por completo. —No está bien. Debería demandarlo. Tiene la obligación de mantenerme, sobre todo porque soy tu madre.

—No, no lo eres —espeta Luka.

Me quedo paralizado. ¿De verdad acaba de decir eso? ¿En voz alta? ¿En su cara?

—¿Disculpa? —la voz de Yana se vuelve peligrosa.

—¡No eres mi mamá! —la voz de Luka se hace más fuerte—. Vesper es mi mamá. Es la mamá que quiero.

Yana parece como si alguien la hubiera abofeteado. Se queda boquiabierta. Sus ojos grises brillan de furia y aparecen manchas rojas en su cuello y pecho.

—Te guste o no, *soy* tu madre —sisea—. Esa pequeña perra podrá creer que puede reemplazarme, pero…

—¡No la llames así! —Luka se pone de pie de un salto—. ¡No es una perra! ¡Tú sí lo eres!

Los ojos de Yana se abren de par en par por la rabia. Salta de la silla y se lanza hacia adelante, agarra a Luka por la oreja y lo retuerce con fuerza. Él cae de rodillas, con el rostro contorsionado de dolor. —¿Cómo te atreves a hablarme así, pequeño imbécil? ¿Cómo te atreves…?

—¡Yana! —grito, poniéndome en su campo de visión—. Quítale las manos de encima. Ahora.

Entorna los ojos al verme, pero no suelta a Luka. —Es mi hijo.

—No te lo voy a pedir otra vez.

Con una mueca de desprecio, aparta a Luka de un empujón como si fuera algo repugnante que encontró en su zapato. —No tienes derecho…

—Tengo todo el derecho —la interrumpo—. Tú también tenías derechos, hasta que decidiste ponerle las manos encima a mi hijo. Ya terminaste.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que estas visitas que insististe en tener con Luka se acabaron. Ya no eres bienvenida en esta casa, ni cerca de él.

—No puedes hacer eso.

—Lo estoy haciendo.

—Volveré a la corte. Apelaré ante el juez. Le diré…

—¿Qué le dirás exactamente? —interrumpo—. ¿Que necesitas estas visitas para intimidar y abusar de tu hijo de nueve años? Porque eso es exactamente lo que le diré al juez. Mejor aún, eso es exactamente lo que Luka le dirá —le pongo la mano en el hombro—. ¿Verdad, hijo?

Luka se endereza y mira a Yana directamente. —Así es.

La cara de Yana palidece, luego se sonroja, luego palidece de nuevo. —Luka, soy tu mamá…

—No, no lo eres. Nunca has sido mi mamá. Ya no te quiero. La única mamá que quiero es Vesper.

Yana aprieta los puños. Se aleja de nosotros, con el rostro deformado por la rabia. —No pueden hacer esto. Le han lavado el cerebro a mi hijo. Lo han puesto en mi contra. Es esa perra con la que te acuestas. Ella es la que…

—Si quieres culpar a alguien, Yana, mírate bien en el espejo —me interpongo entre ella y Luka—. Estaba dispuesto a respetar la orden judicial de visita siempre que te portaras bien. Como eso parece imposible, te revoco ese privilegio. No quiero que te acerques a mi mujer ni a mis hijos.

La última palabra se me escapa. *Hijos*… plural. Después de semanas de inculcarle discreción a Luka, aquí estoy contándole nuestro mayor secreto porque estoy demasiado enojado para pensar con claridad.

—¿*Hijos*? —Yana se abalanza sobre el error de inmediato—. No me digas que dejaste embarazada a esa puta.

—¡Deja de llamarla así! —grita Luka.

Le aprieto el hombro para tranquilizarlo, sin apartar la vista de Yana. —Voy a tener un hijo —le digo, sabiendo que la información le dolerá justo como yo quiero.

Todo el color desaparece de su rostro. Sus labios se aprietan en una fina línea y sus ojos se abren de par en par con sorpresa y furia.

—Esto no ha terminado —gruñe.

Se da vuelta y se dirige a la puerta principal. El golpeteo de sus tacones suena como huesos rompiéndose.

—Papi —Luka me agarra del brazo—. Lo siento. No quise…

—Detente. No hiciste nada malo, Luka —me agacho para mirarlo a los ojos—. ¿Me oyes? No hiciste absolutamente nada malo.

—¿Pero viste su cara? —se le llenan los ojos de lágrimas—. ¿Y si intenta hacerle daño a Mamá o a mi hermanito?

Lo atraigo a un fuerte abrazo. —No tienes que preocuparte por eso, hijo. Voy a cuidar de ellos. Voy a cuidar de todos ustedes.

Luka sorbe contra mi hombro. —¿Lo prometes?

—Lo juro por mi vida.

VESPER

La toalla fría y húmeda sobre mi frente es bastante vergonzosa.

La crema de aloe vera para las articulaciones abierta en mi mesa de noche lo empeora.

¿Pero que Kovan entre mientras tengo las piernas apoyadas en una almohada? Qué momento tan oportuno.

Intento bajar las piernas de la cama, pero mi barriga de ocho meses tiene otros planes. Ahora todo me lleva el doble de tiempo. Levantarse de las sillas requiere estrategia. Ponerme los zapatos implica posturas de yoga que desconocía. Y, por mucho que lo intente, ocultarle mi incomodidad a mi novio sobreprotector se ha vuelto imposible.

—Hola, tú —fuerzo un tono alegre—. ¿Qué haces en casa tan temprano?

La mirada de Kovan se posa en la crema. Luego en mis piernas elevadas. Luego en mi cara, que probablemente grita culpa.

—Vine a ver cómo estás —se acerca—. ¿Qué pasa?

—Nada —respiro hondo y me incorporo. Un dolor punzante me recorre las pantorrillas y no puedo disimular el gesto de dolor.

—No estás bien —se pone a mi lado al instante, con las manos sobre mis hombros, empujándome hacia abajo—. Tienes que levantarte. Déjame verlas.

—No, estoy bien, solo… —un calambre fuerte interrumpe mi protesta.

Él me levanta la pierna antes de que pueda detenerlo, sus dedos palpan mi tobillo hinchado. —Está hinchado. ¿Cuánto tiempo llevas con esto?

—No he…

—No me mientas, Vesper.

Odio lo bien que me conoce. —Unas semanas.

—¿Unas *semanas*? —se pone rígido—. ¿Y no se te ocurrió mencionarlo?

—No. Porque sabía que reaccionarías así.

Se sienta en el borde de la cama, atrapándome. —Creo que ya es hora.

—No lo es —intento apartar el pie, pero se mantiene firme—. *No es* el momento, Kovan. Me queda un mes hasta la baja por maternidad.

—Tienes un mes antes de la fecha de parto —corrige—. Eso no significa que trabajes hasta que el niño literalmente se te salga.

—En realidad, ese es el plan.

—Vesper…

—¡Tengo pacientes que me necesitan! —el tono defensivo en mi voz me sorprende incluso a mí—. Ya es bastante malo tomarme seis meses de descanso, no voy a tomarme más tiempo del estrictamente necesario.

—Mira tus pies. Míralos de verdad.

Miro hacia abajo. Tengo los tobillos hinchados hasta los huesos. ¿Cuándo pasó eso?

—Hoy tuviste una operación durante doce horas. Doce horas de pie en tu estado.

—¿Cómo lo sabes?

—Recibo una copia de tu horario todos los días.

—Dios mío —me tapo la cara con las manos—. Primero que todo, basta con eso. Es una invasión de mi privacidad. Y segundo…

Su boca cubre la mía antes de que pueda terminar. El beso es exigente, minucioso, diseñado para destrozarme el cerebro, y muy efectivo en ese aspecto. Su lengua se desliza entre mis labios y, de repente, olvido de qué estaba discutiendo.

Cuando él se aparta, estoy mareada y él tiene esa sonrisa satisfecha que significa que cree que ganó.

—¿Dónde estábamos? Ah, cierto… te acababa de convencer de que empezaras la baja por maternidad temprano.

Parpadeo al mirarlo. ¿Me convenció? ¿Cuándo pasó eso?

Presiono mi palma contra su pecho y lo aparto. —No me convenciste de nada. No voy a dejar de trabajar ahora. Tengo cuatro semanas de cirugías programadas y cuidados postoperatorios que atender.

—¿No contrataste a un nuevo médico para atender a tus pacientes?

—No empieza hasta dentro de una semana. Y luego tengo que prepararla, asegurarme de que entienda…

—La mujer era jefa de Pediatría en Johns Hopkins, Vesper. Creo que puede con eso —sus manos se deslizan por mis muslos y mi cerebro empieza a dar vueltas de nuevo—. Imagínate si ya estuvieras de baja. Podríamos hacer esto todos los días.

—¿Qué quieres decir?

Me baja los pantalones deportivos, sus dedos encuentran el borde de mi ropa interior. Solo que no tengo ropa interior, porque ponérmela esta mañana parecía imposible.

—Kovan…

—¿Sin bragas? Alguien se siente rebelde hoy.

—Para —me retuerzo, intentando reforzar mi fuerza de voluntad que se desmorona rápidamente.

Soy cirujana. Se supone que la disciplina es lo mío.

Entonces ¿por qué me convierto en masilla cada vez que me toca?

—Piensa en toda la atención personalizada que podría darte —dice, mientras sus dedos trazan patrones que me cortan la respiración—. Desayuno en la cama. Masajes de pies. Baños de burbujas.

—¡Basta, basta, basta! —agito las manos frenéticamente—. Estás jugando sucio.

—Lucho para ganar —me da un beso en el cuello—. Vamos, cariño. Quédate en casa conmigo. Podemos prepararnos juntos para nuestro hijo. Terminar la guardería. Quizá tomar una clase prenatal.

—¿De verdad me dejarías tomar una clase prenatal?

—Bueno, podría traer al instructor aquí. Es más seguro.

Agarro la almohada que tengo a mi lado y le doy un golpe. —Se te nota la paranoia.

Sale de detrás de la almohada, sonriendo. Luego me empuja hacia atrás y se acomoda sobre mí, con cuidado de mi barriga. —¿Te he dicho lo sexy que estás últimamente?

Pongo los ojos en blanco. —Ah, claro, soy super sexy con esta barriga gigante.

Me acaricia el cuello con la nariz y siento su excitación presionando mi muslo. —*Eres* sexy. Estás haciendo crecer a mi hijo. Estás radiante.

—No es radiante, Kovan. Se llama *sudor*.

—Se llama *hermosura* —insiste, besándome el pecho.

Mis senos han duplicado su tamaño en el último mes, y están tan sensibles que es ridículo. Cuando toma mi pezón en su boca mientras hace rodar el otro entre sus dedos, casi me caigo de la cama.

—Sé lo que haces —consigo decir mientras se coloca entre mis piernas—. Y es… es…

Se desliza dentro de mí con una embestida lenta y mi espalda se arquea sobre el colchón.

—Funciona totalmente —termino sin aliento.

Se ríe entre dientes, moviéndose lenta y deliberadamente, mientras su boca acaricia mis senos. Clavo las uñas en su espalda, intentando anclarme mientras la sensación aumenta.

Quizás irme de baja antes no sería lo peor. Estoy creciendo a un ser humano. ¿Acaso no merezco que me mimen un poco? Mis pacientes estarían en buenas manos.

Y, al parecer, yo también lo estaría.

—¡Espera! Kovan —susurro mientras se detiene de repente—. ¿Qué pasó? ¿A dónde fuiste?

Se aparta con esa sonrisa exasperante. —No te voy a dar otro orgasmo hasta que me des lo que quiero.

Me quedo boquiabierta. —Eres *malvado*.

Se encoge de hombros. —Un hombre hace lo que tiene que hacer. ¿Cuántas ganas tienes de correrte?

Lo rodeo con mi mano y lo aprieto. —Si yo no me corro, tú tampoco.

—Supongo que no.

Lo miro, ya dolorida por la necesidad. Su cuerpo es arte, y ambos sabemos exactamente lo que puede provocarme. *Placer infinito.* Eso es.

—Kovan, tengo responsabilidades…

—Sí, las tienes. Por ti y por nuestro bebé. Y por mí —añade con firmeza—. Es hora de que me dejes cuidarte. En todos los sentidos.

—Entonces, ¿no habrá sexo hasta que ceda?

—Ese es el trato.

Niego con la cabeza. —No puedo creer que esté negociando mi carrera por orgasmos. Soy una pésima doctora.

—Una buena doctora sabe cuándo cuidarse. Este sería el momento —gruñe mientras sigo acariciándolo—. Me estás matando.

—¿Estás seguro de que no quieres hacer lo que quieras conmigo?

—Planeo hacer lo que quiera contigo hasta que ninguno de los dos pueda caminar —promete—. Pero no hasta que estés de acuerdo.

Mi determinación se desmorona por completo. Mi cuerpo manda ahora, y ella está a punto de pasar un infierno en un mes. Se merece divertirse mientras pueda.

—¡De acuerdo! —espeto—. Tú ganas.

—¿Empezarás la baja por maternidad?

—Le escribiré a Richard hoy. Ahora, por favor, por el amor de Dios, termina lo que empezaste.

Él sonríe y se desliza dentro de mí, y en cuestión de minutos, me estoy desmoronando a su alrededor, mi cuerpo se contrae hasta que provoco su liberación también.

Tengo que admitir que no es una mala manera de empezar la baja por maternidad.

KOVAN

—¡Vas a querer besarme cuando te cuente lo que descubrí! —anuncia Osip mientras irrumpe en mi oficina.

Pavel levanta la vista del teléfono y arruga la nariz. —¿En los labios o en la mejilla?

—¡Los labios! —grita Osip—. Sin duda, los labios.

—Te lo aseguro con total certeza: eso nunca pasará —le digo—. No importa lo que creas que tienes para darme.

—Que empiece el redoble —ordena, chasqueando los labios para enfatizar—. Te voy a dar a… Denis Volkov.

Pavel se levanta de un salto, y su teléfono cae al suelo. —¡¿Mataste a Denis?!

Osip pone los ojos en blanco. —No, claro que no. Ese bastardo es a prueba de balas. Y encima siempre está rodeado de matones. Quiero decir que encontré la manera de ponerlo de tu lado.

La información me obliga a levantarme de la silla. —Imposible.

—Es muy posible —dice Osip con una sonrisa—. ¿Me das ese beso ahora o qué?

Pavel niega con la cabeza. —Es inquietante lo mucho que deseas que Kovan te bese.

—Cállense los dos y pónganse serios —espeto—. Osip, ¿hablas en serio? Siempre hemos creído que Denis era leal a Ihor, igual que Ihor a mi padre.

—Por favor. Ihor no exige lealtad. Ese cabrón solo sabe comprar, mentir, sobornar y amenazar para sobrevivir. Ninguno de sus hombres está con él porque quiera. Así que pensé: ¿por qué Denis debería ser diferente?

—¿Encontraste algo sucio?

—Sí, lo hice. Porque soy un genio. Además de increíblemente guapo. Y además, bendecido con un enorme y oscilante…

—¿Bueno? —pregunto—. ¿Qué es?

—Primero dime lo inteligente y guapo que soy.

—¡Por Dios, Osip! Solo dímelo antes de que te saque la información a golpes.

Osip se gira hacia Pavel y hace un puchero dramático. —Y yo que pensé que me daría un beso.

—¡Osip, maldita sea!

—Vale, vale —levanta las manos en señal de rendición—. Hice que nuestros hombres en Rusia investigaran la casa donde Denis creció. Todavía envía dinero allí todos los meses. Supuse que cuidaba de sus padres ancianos o algo así. Esa fue la historia durante años. Resulta que… sus padres murieron hace una década.

—Tiene una mujer ahí —concluyo.

—No solo una mujer cualquiera. Tiene *esposa* allí. Y dos hijas.

Frunzo el ceño, intentando atar cabos. —Espera… Algo no cuadra. ¿No se habló de que Denis se casó con una stripper que conoció en

Las Vegas hace unos años?

—¡No era un rumor! —Osip parece a punto de bailar la victoria—. También investigué en Las Vegas y encontré su certificado de matrimonio. Se *casó* con una stripper en una capilla de Elvis hace tres años. Dos turistas borrachos y el mismísimo Rey del Rock lo presenciaron.

—Entonces… cometió bigamia —digo lentamente.

—¡Sí! —Osip enfatiza—. Tiene *dos* esposas, *dos* pares de hijos y un montón de culpa. Eso es lo que Ihor ha estado cargando sobre su cabeza todo este tiempo. La familia de Denis vive en la casa de Ihor, en Moscú.

—Ese hijo de puta —siseo—. Los tiene como rehenes… controla a Denis amenazando su seguridad.

—Exactamente. Denis no puede hacer nada sin el permiso de Ihor, porque con solo una llamada de Ihor, su esposa e hijas desaparecen.

—Tenemos que poner a las dos mujeres a salvo —decido de inmediato—. Denis sabía lo que hacía cuando se casó con la stripper. No anuló el matrimonio ni se divorció de ella, lo que significa que le importa. En cuanto a su esposa e hijos en Rusia… las ha mantenido fielmente durante años. Ellas también le importan —empiezo a caminar de un lado a otro detrás de mi escritorio—. Si logramos liberarlos del control de Ihor, podemos tener a Denis en nuestro equipo. Y si tenemos a Denis…

—Tenemos acceso a Ihor —finaliza Pavel.

—Sí —junto las manos—. Osip, eres un bastardo bello.

Osip sonríe como el niño enorme que es. —¡Prepara esos labios, bebé!

Le agarro la cabeza y le doy un beso en la frente calva. Luego, lo aparto y aplaudo. —Tráeme a Denis. Ahora mismo.

~

MIENTRAS LOS *VORS* se reúnen en mi oficina, observo sus rostros. Son hombres que, hasta hace poco, pertenecían a Ihor. Él los poseía mediante chantaje, amenazas y miedo.

Qué diferencia pueden hacer unas cuantas semanas.

Reviso mi teléfono y encuentro un mensaje de texto de Osip.

OSIP: *tiempo estimado de llegada 5 minutos.*

Pavel se coloca junto a la puerta. Le hago un breve gesto con la cabeza y me levanto. La sala queda en silencio. Algunos hombres parecen nerviosos. Otros, intrigados. Todos, desbordantes de curiosidad.

—No debería sorprender a ninguno de ustedes que estemos aquí para discutir un problema que requiere una acción inmediata.

Un murmullo recorre el grupo.

—Ihor los tenía a todos agarrados de las pelotas. Los controlaba, usando sus debilidades en su contra. Es lo que mejor sabe hacer. Eso termina hoy.

—¿Vamos a derrotar a Ihor? —pregunta uno de ellos.

Asiento. —Es la única manera de detenerlo y protegerse a ustedes mismos y a sus familias.

El entusiasmo que esperaba no se materializa. Los hombres parecen conmocionados y desconfiados.

—Aún tiene apoyo, jefe —dice uno de los hombres—. Está rodeado de seguridad, guardaespaldas personales, de todo. Es imposible que nos acerquemos a ese cabrón.

—¿Por qué no podríamos? —pregunto—. Todos aquí me han jurado lealtad, pero por lo que Ihor y el mundo exterior saben, ustedes

siguen trabajando para él. Siguen siendo sus hombres.

Los hombres intercambian miradas. Hay aprensión en cada ceja levantada y cada mandíbula apretada.

—Podemos usar eso a nuestro favor. Él todavía cree que le son leal…

—Eso no significa que confíe en nosotros, Kovan. No confía en nadie.

—Eso no es del todo cierto —replico—. Hay un hombre en quien confía más que en todos los demás.

—Denis —dice alguien.

—Así es. Denis Volkov.

—Denis es un caso perdido, Kovan —argumenta uno—. Nunca traicionará a Ihor. Lleva quince años leal.

Vuelvo a mirar mi teléfono, con una sonrisa dibujada en mi rostro. —Si hay algo que me encanta hacer, es demostrarle a la gente que está equivocada. Pavel, ¿podrías…?

Abre la puerta de la oficina y entra Denis con aspecto desdichado. Los demás hombres se apartan automáticamente de él mientras se acerca a mi escritorio con expresión completamente neutral.

—Imagínense mi sorpresa —dice Denis en tono monótono—, al ser atrapado en el baño de mi bar favorito y citado ante ustedes como un delincuente común.

—Supongo que Osip ya te hizo mi oferta —digo.

—Sí, lo hizo —espeta Denis—. Y no le creo. Ni a ti, si vamos al caso.

Sonrío. —Seguro que conoces a todos aquí —señalo a los hombres reunidos alrededor de mi escritorio—. Todos tienen una persona en común.

Denis se gira y mira a cada *vor* a los ojos. —Algunos dirían que estos hombres son traidores.

Se oye un silbido desde la esquina. —Tú también estás aquí, Denis —grita alguien.

—Tal vez estoy aquí para *identificar* a los traidores —dice con frialdad.

—O tal vez —sugiero—, estás aquí para ver si voy a cumplir mi parte del trato y salvar a tus esposas e hijas.

Denis aprieta la mandíbula. —¿Cómo sé que las tienes?

Saco mi teléfono y giro la pantalla para que Denis pueda ver la foto. —Esta foto fue tomada hace una hora. Después de que mis hombres las llevaran a su nuevo hogar en Tomsk. Hay un columpio y una cama elástica en el patio trasero. A tus hijas les encantan.

Denis mira la foto y, por primera vez desde que entró, se le resbala la máscara. —¿De verdad las tienes?

—Son hermosas, Denis. No me imagino vivir sabiendo constantemente que sus vidas dependían de tu desempeño para Ihor. Debió ser una tortura.

Sus fosas nasales se dilatan. —Este no es el momento ni el lugar para…

—¿Crees que eras el único al que Ihor controlaba así? —interrumpo —. Cada hombre aquí tiene algún secreto o responsabilidad que él explotó para su propio beneficio. Están todos en el mismo barco.

Denis se gira para observar a los hombres, con las venas de su grueso cuello hinchadas. —Y ahora son leales a ti. Porque has sustituido a Ihor —dice con amargura—. ¿Cómo nos beneficia eso?

—No estoy sustituyendo a nadie. Se trata de ser el líder que debí haber sido desde el principio. No voy a tener a tu familia como rehén el resto de tu vida. No tendrás que vivir con el temor constante de

que su seguridad dependa de tu obediencia. En los próximos días, les daré un estipendio mensual. Recuperarán su libertad. Y su seguridad.

Denis parece genuinamente confundido. —¿Y lo único que quieres de mí es…?

—Lealtad. Lucha por mí ahora.

—¿Y si no lo hago? —pregunta Denis—. Entonces, ¿matas a mi familia?

Niego con la cabeza. —¿Qué te acabo de decir? No tengo ningún interés en convertirme en Ihor. De hecho, quiero estar lo más lejos posible de él. Si decides no unirte a mí, tus hijas seguirán recibiendo manutención. El estipendio mensual continuará. La única vida que tomaré es la tuya.

Denis vuelve a mirar a su alrededor, estudiando los rostros de hombres que conoce desde hace años. Parece que quiere decir algo, pero al final solo asiente una vez.

—Estoy dentro.

Reprimo una sonrisa mientras observo la sala. Toda la incertidumbre, toda la duda se ha desvanecido de los rostros de los hombres. Miran a Denis con algo cercano al asombro… si puedo transformar a Denis Volkov, puedo transformar a cualquiera.

Ya no hay forma de detenernos.

48

VESPER

La Navidad llega cada año, lo quiera o no.

Los árboles y el ponche de huevo. Los villancicos y las casas de jengibre. Las canciones pop cursis y la alegría navideña artificial que he pasado años evitando.

Cuando llega diciembre y todos se ponen alegres, yo me convierto en el Grinch del barrio. Soy la mujer gruñona que les grita a los villancicos que se callen porque la alegría ajena está arruinando su noche planeada de soledad y comida china para llevar.

No siempre fue así. Lo celebrábamos cuando era más pequeña; Papá se encargaba de que así fuera. Traía a casa un árbol demasiado grande para nuestra sala e insistía en que necesitábamos el doble de luces de las que usaría cualquier persona razonable. Mamá horneaba galletas para alimentar a un pequeño ejército, y Waylen y yo nos peleábamos por quién ponía la estrella en la cima del arbolito.

Luego Papá murió y la Navidad se convirtió en otro recordatorio de lo que habíamos perdido.

Así que empecé a trabajar turnos extra. A ofrecerme como voluntaria para cubrir las fiestas. A contraer enfermedades misteriosas que requerían cuarentena. Cualquier cosa para evitar sentarme en una mesa fingiendo que seguíamos siendo una familia completa.

Pensé que siempre me sentiría así.

Pero ahora tengo un hijo de nueve años que se merece algo mejor y un bebé en camino que necesitará tradiciones. Quiero que Luka tenga los recuerdos navideños que yo tenía antes de que el dolor me amargara. Quiero que nuestro hijo crezca sabiendo lo que se siente despertarse emocionado la mañana de Navidad.

Así que bajo sigilosamente las escaleras a las 5:00 a.m., dejando a Kovan enredado en nuestras sábanas.

Se necesita mucha fuerza de voluntad para no despertarlo con otro tipo de actividad navideña. El hombre luce obsceno incluso inconsciente. Abdominales enredados en sábanas blancas, cabello despeinado, mandíbula cincelada por el mismísimo Miguel Ángel.

Pero tengo planes. Regalitos para meter en las botas de navidad que Luka y yo colgamos anoche. Un desayuno especial que preparar. Música navideña que poner antes de que nadie se despierte.

Siento que esta es mi primera Navidad real en años.

Estoy a mitad de las escaleras cuando un dolor agudo me atraviesa el estómago. Dura unos tres segundos y luego desaparece.

—Mierda —murmuro, haciendo una pausa para respirar tras la réplica.

Eso solo puede ser una cosa.

La siguiente contracción me golpea mientras estoy sacando harina y huevos de los armarios de la cocina.

—Maldita sea.

¿Cuáles son las probabilidades? La mujer que pasó años evitando la Navidad está a punto de dar a luz el 25 de diciembre. Si el destino tiene sentido del humor, esto lo demuestra.

Pero las contracciones siguen siendo muy espaciadas, lo que significa que tengo tiempo. Bien, porque estoy decidida a darle a

Luka una mañana de Navidad perfecta. Una que sea completamente para él.

Estoy midiendo la harina cuando aparecen sombras en la puerta de la cocina. Mamá entra primero, seguida de Waylen, ambos luciendo curiosos por mi proyecto de repostería matutino.

—¿Qué hacen ustedes dos despiertos tan temprano? —pregunto.

Waylen levanta una ceja. —Podría preguntarte lo mismo. ¿Planeas envenenarnos por Navidad?

Le muestro la receta impresa. —Tengo instrucciones paso a paso. Mamá me dictó cada detalle la semana pasada.

—No hace falta —dice Mamá, cogiendo un delantal—. Estoy aquí para echar una mano.

Se reúne conmigo en el mostrador y, por un instante, su sonrisa la hace parecer menos frágil. Es fácil olvidarse de su cáncer cuando se ve tan radiante y llena de vida.

—Hubo un momento en que pensé que esta receta moriría conmigo —se ríe.

—Aún podría —dice Waylen—. Seamos sinceros… Vesper tiene más posibilidades de dar a luz hoy que de hacer rollos de canela comestibles.

Me sonrojo, pero Mamá ya está dándole un manotazo a Waylen con un trapo de cocina. —Basta. Le queda una semana entera. Vamos a tener un bebé en Año Nuevo.

Sonrío y me quedo callada. No tiene sentido mencionar que mi bebé de Año Nuevo parece ansioso por debutar en Navidad.

Los tres trabajamos juntos, mezclando y estirando la masa mientras suena música navideña de fondo. La cocina se llena de aromas a mantequilla, azúcar y canela. No recuerdo la última vez que me divertí tanto con mi familia.

A las siete, los rollos de canela ya están en el horno y pienso en todas las fiestas que me perdí. ¿Cuántos momentos elegí saltarme por estar demasiado ocupada con mi dolor?

—Les debo una disculpa —digo de repente— por cómo me he portado estos últimos años. Sobre todo en Navidad. Sé que he sido una completa…

—¿Perra? —ofrece Waylen.

—Iba a decir Grinch, pero si me sirve, supongo.

Mamá vuelve a golpear a Waylen con la toalla y luego se acerca para acunar mi mano. —Cariño, lo entendíamos. La Navidad fue difícil para todos después de que tu padre muriera. Él era el alma de nuestras fiestas. ¿Cómo podíamos seguir haciendo todas esas cosas que le encantaban si no estaba para hacerlas con nosotros?

Hundo la cara en su hombro. —Dios mío. ¿Cómo me aguantaron?

—Fácil —Waylen se encoge de hombros—. Nunca aparecías, así que no tenía la satisfacción de gritarte.

Me río y lo abrazo. —Puedes gritarme ahora si quieres.

—Nunca le gritaría a una mujer embarazada. Quizá después de que hayas dado a luz.

Antes de que pueda responder, oímos el ruido de unos pies pequeños que pisan el pasillo. Luka entra en la cocina con un pijama de muñeco de nieve y la sonrisa más grande que vi en mi vida.

—¡Feliz Navidad! —grita levantando los brazos.

Primero abraza a Mamá, luego a Waylen, luego envuelve mi barriga con sus brazos y susurra—: Feliz Navidad, Mamá.

El título todavía me calienta el pecho cada vez que lo usa.

—Feliz Navidad, cariño.

Cuando levanto la vista, Kovan está apoyado contra el marco de la puerta, observándonos con el rostro suave y soñador.

Luka sale corriendo a buscar a Pavel y Osip mientras yo me acerco a los brazos de Kovan. Me besa tan intensamente que Waylen empieza a carraspear dramáticamente.

—Creo que estamos incomodando a mi hermano —murmuro contra la boca de Kovan.

—Ya es grande. Puede con ello —Kovan sonríe con picardía—. Planeo besarte igual varias veces más hoy. Al fin y al cabo, es Navidad. Y eres el único regalo que estoy deseando abrir.

Retrocedo justo cuando otra contracción empieza a arreciar. No puedo ocultar los dolores de parto cuando estoy apretada contra él, y no estoy lista para convertir nuestra mañana de Navidad en una emergencia médica. Todavía no.

Solo quiero que esta felicidad dure un poquito más.

Luka nos arrastra a todos a la sala. El árbol está prácticamente enterrado bajo los regalos. Todos nos sentamos en la alfombra… excepto Mamá, que se sienta en el sillón… y empezamos a abrir un regalo tras otro mientras se acumulan papeles rotos a nuestro alrededor.

Estaba tan concentrada en encontrar los regalos perfectos para todos que olvidé que la Navidad se trata de dar *y* recibir. Pavel me entrega una caja bellamente envuelta con una sonrisa tímida. La sonrisa de Osip es pura travesura cuando me entrega su regalo. Y la expresión de Kovan es completamente pecaminosa mientras me observa abrir el suyo.

El regalo de Pavel es un reloj elegante. Kovan me regala unos pendientes de diamantes. Y Osip… Dios lo ayude… me regala lencería roja que tiñe la cara de Kovan del mismo color.

Kovan persigue a Osip fuera de la habitación, amenazándolo con el diyeridú que Pavel le dio. Waylen y Pavel lo siguen con sus teléfonos en la mano, deseosos de documentar el caos.

Pero Luka se queda conmigo, aferrado a la enciclopedia estelar que le compré. No dejo de acariciar el medallón que llevo al cuello… su regalo para mí.

—Gracias por esto —le digo, tocando el pequeño colgante ovalado. Tiene su foto en un lado.

—Dejé el otro lado vacío —explica—. Cuando nazca el bebé, puedes añadir su foto.

—¿Se te ocurrió a ti solo?

Asiente con orgullo. —Papi me ayudó a comprarlo, pero la idea fue mía.

—Es mi regalo favorito.

Sus ojos grises se abren de par en par. —¿En serio? ¿Incluso mejor que los diamantes?

—Incluso mejor que los diamantes.

Apoya la barbilla en mi hombro. —¿Crees que le gustaré al bebé?

—¿Bromeas? Te va a amar. Serás el mejor hermano mayor.

—No puedo esperar para conocerlo.

Otra contracción comienza mientras lo abrazo y escondo mi sonrisa. Casi siento que el bebé responde: *Yo también estoy deseando conocerte.*

He estado cronometrando los dolores en secreto. Cada vez son más frecuentes, pero aún me queda un poco antes de tener que preocupar a Kovan con la noticia. Primero tenemos que pasar la cena de Navidad.

~

Consigo llegar al comedor antes de que una contracción me golpee con tanta fuerza que me doblo. Me agarro al borde de la silla, respirando a pesar del dolor.

Todo el mundo se queda congelado.

—¿Estás bien? —pregunta Osip, acercándose a mí.

—Quita las manos de mi mujer —gruñe Kovan, apartando a Osip de un empujón—. Después del regalo que le diste, tienes suerte de que aún *tengas* manos.

—Oye, ese regalo fue tanto para ti como para Vesper —dice Osip, completamente impenitente.

Kovan ocupa el lugar de Osip. Su palma está cálida en mi espalda. —¿Estás bien?

—¿Cariño? —me llama Mamá desde el otro lado de la mesa—. ¿Eso es lo que creo que es?

—¿Qué crees que es? —pregunta Osip.

Me vuelvo hacia él con una sonrisa tímida. —Puede que esté de parto.

—¡¿Qué?! —me gruñe Kovan al oído—. ¿Desde cuándo?

—Las contracciones empezaron esta mañana. Cada vez son más frecuentes, pero aún tengo tiempo. Podemos sentarnos y…

—Osip, Pavel —ladra Kovan—, traigan el auto. Vamos al hospital.

—¡Es demasiado temprano, Kovan!

Me ignora por completo. —Vámonos. No hay tiempo que perder.

Suspiro. No vale la pena pelear por esto. Le extiendo los brazos a Luka, y él corre hacia mí.

—Es hora del espectáculo —él susurra.

Me río y le beso la frente. —Es hora del espectáculo, cariño.

Estoy a punto de hacer la ronda y despedirme de todos cuando Kovan literalmente me levanta del suelo.

—¡Kovan! ¿Qué haces?

—¡Estás de parto! —sus ojos están desorbitados por el pánico—. No hay tiempo para las despedidas. Nos vamos al hospital. Ahora.

—¡Puedo caminar!

—No. Te llevo yo.

Decido no discutir. Le rodeo el cuello con los brazos y me despido de todos por encima del hombro.

—¡Feliz Navidad! —grito mientras me lleva hacia la puerta.

Ciertamente es hora del espectáculo.

KOVAN

—No puedo creer que estuvieras de parto toda la mañana y no dijeras ni una palabra.

Vesper se sienta en el borde de la cama del hospital con una bata azul pálida, balanceando libremente sus piernas desnudas. Incluso ahora, con el sudor perlándose en la línea del cabello y la cara enrojecida por las contracciones, es hermosa. ¿Cómo lo hace?

—Mm —tararea, cerrando los ojos.

Salto hacia adelante. —¿Otra contracción?

—No —sus ojos permanecen cerrados—. Te estoy ignorando.

—¿Qué?

—Llevas treinta minutos sermoneándome. Es difícil concentrarse en el parto cuando te están regañando.

—No te estaba sermoneando.

Abre los ojos y me mira. —Me llamaste irresponsable. Dos veces. Y loca una vez.

¿Dije eso? —Quizás fui un poco…

—¿Entraste en pánico? —sonríe—. No pasa nada. Yo también estoy nerviosa.

Me siento a su lado en la cama estrecha. El colchón se hunde bajo mi peso. —Sí. Estoy nervioso.

Su sonrisa se ensancha. —Bien. Podemos resolver esto juntos. Y Luka nos ayudará si nos equivocamos.

La atraigo hacia mí, respirando el aroma de su champú mezclado con antiséptico de hospital. —Nunca pensé que tendría esto. Una familia de verdad.

—Yo tampoco —me mira—. Pensé que con la medicina bastaría. Salvar a los hijos de otros. Pero esto… —se lleva la mano al vientre —. Esto es diferente.

Ella se tensa de repente y arruga la cara.

—¿Contracción? —pregunto.

—Sí. Se están acercando. Quizá una hora antes de que la cosa se ponga seria.

—¿Dónde está la maldita doctora? —empiezo a ponerme de pie, listo para cazar al personal médico.

Vesper me agarra del brazo. —Las enfermeras me revisaron hace veinte minutos. Solo dilaté cinco centímetros y necesito llegar a diez antes de que nazca el bebé. La doctora no tiene que estar aquí todavía.

—Ya puedes dejar de ser doctora. Eres la paciente.

—Sí, bueno, no puedo apagarlo.

—Yo tampoco —me vuelvo a sentar, pero sigo mirando el pasillo a través de la puerta abierta.

—Deberíamos hablar de nombres —dice, una obvia estratagema para distraerme de mis instintos protectores—. ¿Tienes alguna idea?

—La verdad es que no lo he pensado mucho con todo lo que está pasando —suspiro y me paso una mano por la cara—. Pero tiene

que ser fuerte. Algo que le permita crecer.

—¿Un nombre ruso?

—Me encantaría. Si tú también lo quieres, claro.

Se lleva mi mano a sus labios y me besa los nudillos. —Tengo uno en mente. ¿Quieres oírlo?

El simple gesto me tranquiliza más de lo que debería. Esta mujer sabe exactamente cómo tratarme. —Dime.

—Vitalii.

Eso me deja de piedra. Respiro hondo para tranquilizarme y luego apoyo la palma de la mano sobre su vientre, imaginando a un niño con ojos verdes de Krayev. —Vitalii.

—Solo una sugerencia —dice rápidamente—. Si es muy difícil ponerle el nombre de tu hermano…

—No. Me gusta. Me encanta —el nombre me parece adecuado—. Vitalii Krayev.

Vesper sonríe, radiante. —Perfecto. Pero necesita un segundo nombre. Algo que lo distinga.

Le aprieto la mano y le suelto mi propia bomba. —¿Y qué hay de Thomas?

Me agarra con más fuerza. —¿Quieres que nuestro hijo se llame como mi padre? ¿El hombre que formaba parte de una red de tráfico de órganos?

—Quiero ponerle el nombre del hombre que te crio —corrijo—. El que te enseñó a salvar vidas. Las partes *buenas* de tu padre.

Las lágrimas resbalan por sus mejillas. Se frota el vientre con movimientos circulares. —Thomas.

—Solo si quieres.

—¿De verdad no te importa?

—Él era tu padre y te amaba. Nuestro hijo puede llevar estos nombres y mejorarlos. Ser su propio dueño.

—De acuerdo —le tiembla la voz—. Vitalii Thomas Krayev. Tenemos el nombre.

Como si el bebé aceptara nuestra decisión, una contracción la golpea con fuerza. Vesper se dobla, agarrándose a la barandilla de la cama, con el rostro contraído por el dolor. La sostengo mientras pasa, limpiándole la frente con un paño húmedo hasta que se le pasa.

—Voy a buscar a las enfermeras.

—Sí —asiente, respirando con dificultad—. Ya vienen rápido.

Salgo al pasillo y llamo a alguien, y la enfermera jefa entra con entusiasmo y profesionalidad. Le sostengo la mano a Vesper mientras la mujer supervisa su progreso.

—Nueve centímetros, cariño. Hora de conocer a tu bebé —grita a alguien en el pasillo—: ¡Llama a la Dra. Mann!

A partir de ahí, todo se acelera. Las enfermeras se mueven por la habitación, revisan monitores y ajustan equipos. Vesper jadea con contracciones cada vez más fuertes, con la bata empapada de sudor. Me concentro en su rostro, en ser su ancla.

—Eres increíble —susurro cuando me aprieta la mano con tanta fuerza que me corta la circulación—. Eres increíble.

Otra contracción se intensifica. Esta vez, grita… un gemido bajo y primitivo que me duele el pecho. Nunca me había sentido tan impotente. Si pudiera ocupar su lugar, lo haría.

—Estoy bien —jadea entre contracciones, intentando tranquilizarme incluso ahora.

—Olvídate de mí. Céntrate solo en el bebé.

—¡Tengo que empujar! —su voz es urgente, desesperada—. Ya viene. Lo puedo sentir.

La Dra. Mann entra de golpe, ya con bata y guantes. —Entonces empujemos, Vesper. Estoy aquí para atraparlo.

Una parte de mí quiere ver nacer a nuestro hijo, pero Vesper me agarra la mano con fuerza. No puedo soltarla. Así que me quedo junto a su cabeza y vigilo sus rodillas mientras trabaja.

—¡Ya le veo la cabeza! —anuncia la Dra. Mann—. Cabello oscuro y precioso.

—¿En serio? —Vesper me mira exhausta—. Tu cabello.

Le beso la frente. —Ya casi. Continúa.

—Un empujón fuerte, Vesper. Perfecto. Ya salió la cabeza. Otro empujón para los hombros. Uno más yyyy… ¡ya está aquí!

Vesper grita y puja con todas sus fuerzas. Un cuerpo pequeño y resbaladizo se desliza hacia las manos expectantes de la doctora. Es delgado pero largo, y absolutamente perfecto.

Entonces llora… chillidos de ira e indignación que llenan la habitación.

Vesper se ríe entre lágrimas. —Está aquí.

La Dra. Mann me llama. —Es hora de cortar el cordón, Papá.

Beso la mano de Vesper y rodeo la cama. La enfermera me entrega unas tijeras quirúrgicas y la Dra. Mann me muestra dónde cortar. Un solo corte y Vitalii Thomas Krayev se transforma en su propia persona.

—Felicidades —me dice—. Eres oficialmente padre.

Ella lo pone en mis brazos. Es tan pequeño, tan frágil. Dos ojos, una nariz, diez dedos perfectos en las manos y los pies. Una persona real que, de alguna manera, surgió de nosotros.

—Contacto piel con piel con Mamá —sugiere la Dra. Mann.

Llevo a nuestro hijo a Vesper y lo coloco sobre su pecho desnudo. Ella lo acuna, con lágrimas en los ojos, y murmura—: Es un ángel.

Los miro fijamente… mi mujer y mi hijo. Este es mi futuro. Esto es lo que tengo que proteger.

Esto lo es todo.



—Podría quedarme mirándolo eternamente —susurra Vesper, acariciando la mejilla de Vitalii con un dedo. Está tumbado entre nosotros en la cama, envuelto en la manta azul de cachemira que mandé a hacer a medida hace semanas.

—Estaba pensando lo mismo de ti.

Se sonroja y se concentra en el bebé para evitar mi mirada. —Ha pasado una hora. Deberíamos llamar a todos. Luka debe estar como loco esperando.

—Un par de minutos más, por favor —susurro—. Quiero disfrutar solo de nosotros.

—Unos minutos más suena perfecto.

Vitalii luce contento contra el pecho de su madre, con los ojos cerrados y la respiración tranquila. Observarlo, sentir el peso de lo que hemos creado, me da el valor para decir lo que debería haber dicho hace meses.

—Te amo, lo sabes.

Vesper sonríe. —Él también te ama.

—Me refería *a ti*.

Su sonrisa se desvanece. —Nunca habías dicho eso antes.

—Lo he sentido durante meses. Hoy es la primera vez que tengo el valor de decirlo. Pensé que, si tú puedes sacar a alguien de tu cuerpo, yo puedo decirte cómo me siento.

—Yo también te amo —responde.

—¿Eso significa que te casarás conmigo?

Ella se queda paralizada. —¿Me lo estás pidiendo?

Me levanto de la cama y saco la caja de terciopelo negro que llevo cargando meses. El diamante champán de seis quilates ilumina la habitación del hospital cuando la abro.

—i¿Tienes un anillo?!

—Claro que tengo un anillo. No iba a proponerle matrimonio con las manos vacías, ¿o sí?

—Pero pensé que esto era espontáneo.

Niego con la cabeza. —He tenido este anillo desde que regresaste a mi vida. Siempre estuve seguro de ti, Vesper. Todo lo demás lo tenía que resolver. Pero sé que te quiero para siempre.

Me toma la cara entre las manos. —Ya tenemos una vida juntos.

—Lo tomaré como un sí.

Ella asiente, riendo entre lágrimas de felicidad. Le pongo el anillo en el dedo y la beso sobre nuestro hijo dormido.

Perfecto.

50

VESPER

No es justo. Realmente no lo es.

No basta con que mida más de un metro ochenta y sea musculoso. No basta con que sea un peligroso jefe de la mafia con un gusto exquisito para la joyería. No basta con que cocine como si hubiera estudiado con chefs famosos.

El hombre también sabe *cantar*.

Kovan tiene a Vitalii acunado en sus brazos y lleva quince minutos cantando dulces canciones de cuna rusas. Su voz profunda se funde con palabras extranjeras que no entiendo, pero la melodía es de una belleza cautivadora. Relajante. Perfecta para nuestro pequeño hijo que parpadea soñoliento al ver a su padre.

Sinceramente, es suficiente para olvidarme del dolor entre las piernas. Al menos temporalmente.

No pensé que fuera posible sentir nada sexual ahí abajo. No por semanas. Pero al parecer las reglas normales no aplican a Kovan Krayev. Porque mi cuerpo maltratado ya le está respondiendo, a pesar de todo lo que acaba de pasar.

—Creo que tiene los ojos azules —dice Kovan, volviéndose hacia mí con una suave sonrisa—. Los abrió hace un momento y estoy casi seguro de que vi azul.

No puedo evitar devolverle la sonrisa. El corazón me da un vuelco que he llegado a asociar con ver a Kovan ser padre.

—¿Por qué sonríes? —pregunta.

—Por ti —suspiro—. Es una grosería que te veas así mientras yo estoy aquí atrapada, sangrando y dolorida, sin poder hacer nada al respecto.

Él levanta una ceja. —No te preocupes. Prometo seguir así de guapo hasta que te recuperes y estés lista para mí.

—Te lo haré cumplir.

Me guiña un ojo y me trae a Vitalii, colocándolo con cuidado en mis brazos. El pequeño bosteza y se mueve, pero se vuelve a dormir casi al instante. Hasta ahora, ha sido un bebé tranquilo. Ya lo he amamantado dos veces, y normalmente se duerme en mi pecho después de saciarse.

Una enfermera aparece en la puerta. —Disculpen, Sr. y Sra. Krayev, tienen visitas.

—Ya están aquí —digo, incorporándome con entusiasmo a pesar del dolor—. ¿Quizás deberíamos presentarle a Luka primero? ¿Darle un tiempo a solas con su hermano?

Kovan me frota la espalda. —Perfecta idea. Iré a buscarlo.

Mientras Kovan no está, miro a nuestro hijo, respirando su delicioso aroma a recién nacido y admirando su cabello oscuro suave. Busco en sus diminutos rasgos rastros de mí, pero ahora mismo solo veo a su padre.

No me enojo.

—¿Mamá?

Levanto la vista y veo a Luka de pie al pie de la cama del hospital, de la mano de Kovan. Se ve nervioso, emocionado y adorable con su suéter navideño.

—¡Hola, cariño! —canturreo—. Ven a conocer a tu hermanito.

Luka se acerca con cuidado y Kovan lo sube a la cama para que pueda mirar a Vitalii. La expresión de Luka es de puro asombro.

—¿Y entonces? —pregunto con dulzura—. ¿Qué piensas?

—¡Es tan pequeño!

—Si hubiera sido más grande, me habría partido por la mitad —me río—. Pesa tres kilos y medio. No es precisamente un bebé pequeño.

—Se parece a Papi.

—Yo también lo creo —coincido—. De hecho, creo que también se parece un poco a ti.

—¿Sí? —Luka sonríe, encantado por la posibilidad.

—¿Quieres sostenerlo?

Luka abre los ojos de par en par. —¿En serio? ¿Y si se me cae?

—No se te va a caer. Te sentarás aquí a mi lado y lo sujetarás con cuidado. ¿Crees que puedes hacerlo?

Él asiente y Kovan se asegura de que esté bien sentado antes de que le coloque a Vitalii en brazos. Luka se queda inmóvil mientras el peso del bebé se posa sobre él.

—Ahí lo tienes. Tienes un talento natural.

—Es realmente lindo —dice Luka, dejando un beso en la frente de Vitalii de la misma manera que yo hago con él.

Contengo las lágrimas y los miro juntos. Kovan toma varias fotos y luego me mira. Asiento con la cabeza.

—Es hora de presentar a Vitalii al resto de la familia.

—¿Vitalii? —jadea Luka, mirándonos—. ¿Le pusiste el nombre de Papá?

—Sí, *malysh* —dice Kovan, alborotándole el cabello a Luka—. ¿Te parece bien?

—¡Sí! —asiente con entusiasmo—. Es un nombre genial. Así, Papá y mi hermanito tendrán una conexión especial.

—Esa es una hermosa manera de verlo, cariño.

Kovan abre la puerta y, en cuestión de segundos, mi habitación de hospital se llena de caras conocidas. Charity, Pavel, Osip y Waylen se quedan atrás para que Mamá tenga acceso prioritario al bebé.

Aferrada al brazo de Kovan, Mamá se acerca a la cama. Sus rasgos están más suaves y relajados que nunca en los últimos meses.

—Ay, cariño, es un ángel. Tan hermoso. Me recuerda a Waylen cuando era recién nacido.

—¿Entonces es guapo? —pregunta Waylen desde el otro lado de la habitación.

—*Es* guapo —dice Osip—. Lo que significa que definitivamente no se parece a ti, Waylen.

—No estoy de acuerdo. Se parece mucho a su tío paterno —insiste Pavel, sonriendo—. Mira ese cabello oscuro. Es un mini-yo, sin duda.

Charity aparta a los chicos y corre a mi lado. —Ay, V, no puedo creerlo. ¡Eres mamá!

—Fui mamá el día que conocí a Luka —le digo, guiñándole un ojo—. Ahora soy mamá de dos.

—Aún no nos has dicho su nombre —señala Mamá, acariciando la mejilla de Vitalii.

Le hago un gesto a Kovan, y él lo anuncia. —Les presento a Vitalii Thomas Krayev.

—¡¿Thomas?! —pregunta Mamá en shock, llevándose la mano a la boca—. Vesper, cariño, ¿le pusiste el nombre de tu padre?

—Fue idea de Kovan —admito—. ¿Qué te parece?

Mamá me mira fijamente y luego rompe a llorar. Sollozos intensos que le sacuden todo el cuerpo.

—Ay, Mamá —gimoteo—. Que alguien la abrace. No puedo salir de esta cama.

Waylen corre a su lado y la abraza. —Vamos, Mamá. Hoy no es día para llorar. Tenemos que celebrar al nuevo miembro de la familia.

—Lo siento —hipa Mamá—. Es que… no me lo esperaba —se inclina hacia mí y baja la voz—. Pensé que seguías enfadada con él.

—Así es —digo—. Pero eso no significa que haya dejado de amarlo. Solo desearía que las cosas hubieran sido diferentes. Espero que Vitalii sea lo mejor de los dos hombres que le dieron nombre.

Mamá niega con la cabeza, con los ojos aún llenos de lágrimas. —Estoy tan orgullosa de ti, cariño. Te mereces un felices por siempre.

—Hablando de felices por siempre —dice Kovan, apretando mis dedos de los pies bajo la manta—, hay algo que tenemos que decirles a todos.

Me pongo el anillo de compromiso bajo las sábanas y saco la mano para revelar el enorme diamante. —¡Estamos comprometidos!

Charity chilla tan fuerte que Vitalii casi se despierta. Mamá rompe a llorar de nuevo, y los chicos empiezan a felicitarnos con gritos y exclamaciones. Observo con alegría cómo Waylen le da a Kovan un abrazo cariñoso que ni siquiera parece forzado.

Luka le pasa a Vitalii a Mamá, y ella se hunde en el sillón junto a la ventana, arrullándolo. Los chicos forman un círculo alrededor de Kovan para charlar mientras Charity se mete en la cama a mi lado y me toma del brazo.

—¿Cómo te sientes? —pregunta ella, aunque sus ojos siguen desviándose hacia Pavel.

—Cansada. Adolorida. Pero sobre todo, feliz como el demonio.

—Me alegro muchísimo por ti, cariño —dice—. Haces que la maternidad se vea bien. Tan bien que creo que yo también podría intentarlo algún día.

—Ah, ¿sí? —arqueo una ceja—. ¿Seguro que no vas demasiado rápido? Pavel y tú no llevan mucho tiempo juntos.

—No, así es —coincide—. Pero no puedo dejar de imaginarme un futuro con él. No puedo creer que esté diciendo esto, pero quiero la cerca blanca, la casa en las afueras y la minivan aparcada en la entrada.

Me río a carcajadas. —Por favor. A Pavel jamás lo pillarían conduciendo una minivan.

—Él conduciría una por mí —dice ella con seguridad.

—Dios mío, Char. Hablas en serio.

—Me estoy enamorando de él, V. Duro. Si me pide matrimonio, no podré negarme.

—¿Crees que esa sea una posibilidad en un futuro próximo?

Se encoge de hombros. —Solo sé que estaba lista para casarme con él en nuestra primera cita.

—¡Charity!

Se encoge de hombros otra vez. —Cuando lo sabes, lo sabes.

Me vuelvo hacia los chicos. Kovan está de pie en medio de Waylen, Osip y Pavel, con el rostro animado mientras describe el momento del nacimiento de Vitalii. Mueve las manos al hablar y sus ojos brillan de orgullo y alegría.

Charity tiene razón en eso: *cuando sabes, sabes.*

Y, mirando a Kovan con nuestro hijo durmiendo plácidamente en los brazos de mi madre, rodeado de todas las personas que más amamos en el mundo, sé con absoluta certeza que este es exactamente el lugar donde se supone que debo estar.

VESPER

—¡No deberían estar aquí! —la cara de Luka se arruga cuando Kovan y yo entramos en la cocina. Se le caen los hombros como si hubiéramos arruinado la Navidad otra vez.

—Vivimos aquí, *malysh* —dice Kovan con una risita, dejando el portabebés de Vitalii en la mesa de la cocina—. Pensé que te alegraría vernos de vuelta en casa.

—Sí —Luka levanta el labio inferior—. Pensé que llegarían más tarde. Aún no hemos terminado.

Waylen está de pie junto a él, junto a la estufa, con una cuchara de madera en la mano. El aroma a carne picada y salsa de tomate fresca impregna el aire, intenso, cálido y absolutamente divino después de tres días de comida de hospital.

—Dios mío —inspiro hondo—. Huele increíble.

—Se suponía que iba a ser una sorpresa —se lamenta Luka—. Ahora, está arruinada.

Me agacho frente a él, ignorando el tirón brusco en mi abdomen aún sensible. —Nada está arruinado. Sigue siendo una grata sorpresa, Luka. Gracias. ¿Fue idea tuya preparar una cena especial para darnos la bienvenida?

Asiente con tristeza. —Papá me contó que, cuando nací, el tío Kovan y el tío Pavel tenían preparada una cena casera especial cuando me trajo del hospital. Quise hacer lo mismo con el bebé.

Mi corazón late con esa fuerza dolorosa que siempre me da cuando Luka menciona a su padre. —Ay, Luka. Eres un niño maravilloso. Y esta *es* una sorpresa… de las mejores. ¿Qué tal si Papi se lleva a Vitalii un rato y yo los ayudo a ti y a Waylen a terminar esto?

—No, se supone que deberías estar descansando —protesta Luka—. Papi dice que, durante los próximos seis meses, eres una princesa.

—Reina —corrige Kovan, bajando a Vitalii de su portabebés—. Tu mamá no es nada menos que una reina.

—Bueno, prefiero el título de mamá, esposa y doctora, muchas gracias. Y no te preocupes… no pienso hacer ningún trabajo pesado —me siento en uno de los taburetes y le muevo los dedos a Luka—. Solo dame algo para cortar, picar o pelar. Soy tu chica.

Luka mira a Kovan, que asiente. Solo entonces revuelve el refrigerador buscando zanahorias.

—El pequeño necesita un cambio de pañal —anuncia Kovan—. Lo llevaré arriba. ¿Estás bien? —me pregunta.

—Estoy en buenas manos aquí.

Pasamos la siguiente media hora terminando la cena. Más precisamente, Luka y Waylen terminan la cena mientras yo me siento al borde del camino y finjo que ayudo pelando exactamente tres zanahorias. Luka se toma la cocina muy en serio, midiendo los condimentos con cuidado y removiendo la salsa con precisión y meticulosidad. Waylen lo deja tomar la iniciativa y le ofrece sugerencias amables cuando es necesario.

Es doméstico y perfecto. Todo lo que nunca supe que quería.

—¿Mamá? —Luka se acerca al mostrador frente a mí, con harina en su cabello oscuro—. El bebé Vitalii se llama así por dos personas,

¿verdad? ¿Mi papá y tu papá?

Waylen me mira desde la estufa. Lo veo calculando si debería intervenir.

—Así es —digo.

—¿Tu también perdiste a tu papá?

—Hace varios años.

—¿Cómo era él?

Waylen apaga el quemador y se sienta con nosotros en la barra. Probablemente se esté preguntando si necesito refuerzos para esta conversación. Pero Luka merece respuestas sinceras, incluso si son complicadas.

—Él también era médico, como yo —digo—. Era un buen padre, pero también un hombre con muchos defectos.

—Defectos… ¿Eso significa que era malo? —la frente de Luka se arruga.

—Para algunos, probablemente. Para mí era el mejor. Debo aceptar que no lo conocía tan bien como creía.

—Ah —Luka lo procesa—. ¿Te gustaría que estuviera aquí?

Hago una pausa, intentando responder con sinceridad sin abrumarlo. No es una pregunta que quiera analizar con demasiado detenimiento. —Hay días que desearía que estuviera aquí. Y otros, es más sencillo que no esté.

—¿Por qué?

—Algún día te lo explicaré todo, Luka, pero es complicado y puede que todavía no lo entiendas. Digamos que mi padre no era tan valiente ni tan fuerte como tu papá. No pudo hacer lo que había que hacer.

—Entonces, ¿por qué le pusiste a Tali su nombre?

—Porque no *siempre* fue tan malo, Luka. Muy poca gente lo es.

—Creo que mi mamá lo es —murmura Luka—. Siempre es mala. Y a veces me pone muy triste.

Me inclino sobre el mostrador y tomo su pequeña mano. —No está aquí, Luka. Ya no puede hacerte daño. Papi y yo no la dejaremos.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. No dejaremos que nadie te haga daño. Ni ahora ni nunca.

Su rostro se hunde de alivio. —¿Puedo ir a ver al bebé?

—Claro, chiquillo. Adelante.

Él corre hacia las escaleras.

Cuando se va, Waylen exhala profundamente y niega con la cabeza. —Eso fue inesperado.

—Es natural que sienta curiosidad. Llegará el día en que querrá toda la información.

—¿Vas a decirle la verdad?

—Si tiene edad suficiente para hacer preguntas, también tiene edad suficiente para escuchar las respuestas. Y no me interesa crear una imagen perfecta de cómo era Papá. Es una mentira. Planeo ser honesta con mis hijos siempre. Como Papá nunca lo fue con nosotros.

Waylen me observa la cara. —Mírate.

—¿Qué? —pregunto, repentinamente cohibida.

—Mi hermanita, ya crecidita.

—Gracias por apoyarme.

Me da una palmadita en la mano. —Gracias por darme dos sobrinos increíbles. Espero ser el tío genial. Planeo dejar en ridículo a Osip y Pavel.

Me río y robo un trozo de zanahoria de la tabla de cortar. —Esto va a ser divertido.



Me quedo en la puerta de la habitación del bebé y observo a Luka inclinado sobre la cuna de Vitalii. Lleva veinticinco minutos cantándole, negándose a separarse de él, igual que Kovan. Su voz es suave y dulce mientras canta una canción de cuna.

—Deberías estar en la cama, con los pies en alto —regaña Kovan mientras viene del final del pasillo.

—Deja de tratarme como un bebé. Soy perfectamente capaz de estar de pie unos minutos, sobre todo con esta vista tan bonita —señalo a los chicos—. Lleva siglos cantándole a Tali.

—Está obsesionado. Incluso me ayudó a cambiarle el pañal a Tali antes y no se quejó ni una sola vez del olor.

—¿Kovan?

Su atención se queda fija en Luka. —¿Hm?

—¿Hay alguna novedad sobre Ihor?

Se gira bruscamente hacia mí. —¿Ihor?

—Sí. Tu ex *vor* psicótico, el padrastro de Luka, la nube oscura que se cierne sobre nuestro pequeño y perfecto capullo. ¿Lo recuerdas?

—¿Por qué preguntas?

—Porque… —me vuelvo para observar a nuestros niños—. Por *ellos.* Nunca he sido más consciente de lo que podemos perder, Kovan. Tenemos que encargarnos de Ihor y tenemos que hacerlo ya.

—¿Tenemos?

—Creí que ya estábamos de acuerdo. Estamos juntos en esto.

—Nena…

—No, no hagas eso. No me apacigües, Kovan. Esta es nuestra familia. Son nuestros hijos. Es responsabilidad de ambos protegerlos. Esto ya no es solo tu responsabilidad. Soy su madre.

—Y eres una madre increíble. Pero te necesitan aquí, con ellos.

Me alejo de su alcance. —Nunca estarán a salvo hasta que nos ocupemos de Ihor. Y no podré dormir por las noches mientras él esté ahí fuera.

—Oye —Kovan me agarra por los hombros y me acerca más—. ¿Recuerdas la promesa que te hice? No dejaré que nada te haga daño, Vesper. No dejaré que nada lastime a nuestra familia.

—Luka tiene miedo, Kovan —susurro—. Tiene nueve años. No debería tener miedo en absoluto. Debería poder ser un niño… feliz, despreocupado, completamente ajeno a todos los males y peligros de este mundo.

Kovan suspira. —No es un niño normal, Vesper. Es inteligente, observador, intuitivo. Y nació en la Bratva. Nunca iba a ser un niño despreocupado. Tali tampoco lo será.

—Necesito que estén a salvo, Kovan —consigo decir a pesar del miedo. Me empiezan a temblar las manos—. Necesito saber que van a estar bien.

—Lo estarán. Me aseguraré. Tienes que confiar en mí.

Me abraza, pero el miedo no desaparece. Permanece conmigo, áspero y pesado, dificultándome la respiración. Cada sombra en la habitación del bebé parece amenazante ahora. Cualquier sonido afuera podría ser un peligro inminente.

No es que no confíe en él… simplemente no puedo dejar de imaginar todas las maneras en las que esto podría salir mal. Nunca he sido más consciente de la presencia de Ihor acechando a la distancia, un depredador esperando el momento oportuno para atacar.

Por mucho que quiera hacer algo al respecto, no sé qué puedo hacer. Solo sé que tengo que hacer algo.

Puede que este no fuera mi mundo originalmente, pero ahora es mi lucha.

Nuestra lucha.

KOVAN

Soy un *pakhan*. Líder de más de doscientos hombres que obedecerían mis órdenes sin cuestionarlas.

Pero nada de eso significa nada para mi hijo bebé cuando decide explotar por todo mi pecho.

—Han pasado tres horas desde mi último mensaje a Osip —gruño, manteniendo a Tali a distancia mientras él patalea y balbucea de alegría—. Se suponía que me mantendría al tanto cada hora.

Vesper me quita al bebé de los brazos y arruga la nariz. —Amor mío, no te lo tomes a mal, pero es difícil hablar de negocios cuando hueles a caca.

Me echo a reír. —Voy a lavarme.

—Por favor, hazlo. Disfruto viendo esos abdominales, pero que estén cubiertos de mierda de bebé arruina un poco la fantasía.

Ella está ahí parada con una combinación nude transparente que muestra cada curva: la curva de sus senos, su vientre plano que, por alguna razón, se recuperó más rápido de lo que creía posible. Si pidiera tres deseos ahora mismo, uno sería que nuestro médico le dé el alta a Vesper para tener sexo de inmediato y así poder penetrarla en cada superficie de esta casa hasta que grite mi nombre.

Desafortunadamente, tenemos otras cuatro semanas de esta mierda del celibato médico.

Cuatro semanas de pura tortura.

Para *ambos*.

Al menos, todo lo demás ha sido perfecto. He pasado cada día con Luka, Tali y Vesper… aprendiendo a cambiar pañales sin que me meen encima, dando largos paseos con Tali pegado al pecho, viendo a Luka leerle cuentos a su hermanito con más paciencia que la mayoría de los adultos. El tiempo libre ha sido un lujo que nunca supe que quería.

Un lujo que solo puedo permitirme porque he confiado en Pavel y Osip para que se encarguen de mi negocio mientras estoy de baja por paternidad no oficial.

Pero ahora estoy empezando a pensar que han tomado esa confianza demasiado literalmente.

En cuanto salgo de la ducha, con el cabello todavía goteando, Vesper nota mi cambio de humor. —¿Qué sucede?

—Mis tenientes no se comunican —respondo—. Eso es lo que sucede.

—¿Quizá no haya nada que informar?

—Estamos hablando de Ihor —tomo mi teléfono de la mesita de noche—. Ese hombre no sabe pasar desapercibido. Yana le contó lo del bebé… te lo aseguro. Y no hace falta investigar mucho para descubrir que estás de baja por maternidad.

—¿Crees que te están ocultando algo?

Finalmente, mi teléfono suena con un mensaje de texto de Osip, como si hubiera sido convocado por nuestra conversación.

OSIP: ***Oye, hermano, estamos manejando el asunto. No tenemos información concreta que compartir.***

Levanto la pantalla. —¿Ves? Las mismas tonterías que lleva enviando toda la semana. Pavel también.

—Tal vez realmente no esté pasando nada.

—Entonces ¿por qué no los hemos visto? ¿Cuándo fue la última vez que vinieron a cenar? ¿O solo a ver cómo estaba el bebé? —me pongo una camisa por la cabeza—. Algo pasa. Y estoy a punto de averiguar qué.

Vesper se acomoda en el sillón junto a la ventana y se levanta la camisa para alimentar a Tali. Nunca me canso de verla amamantar a nuestro hijo.

—Vuelvo esta noche —me arrodillo junto a la silla para acariciar su brazo—. Si necesitas algo…

—Lo sé. Te llamo y estarás aquí en diez minutos.

—No quiero dejarte.

—También lo sé —sonríe—. Solo ten cuidado. ¿Y Kovan?

—¿Sí?

—Descubras lo que descubras, no les hagas daño. Son familia. Probablemente creen que te están protegiendo.

Le beso la coronilla y salgo, ya en modo negocios. No les aviso a Pavel y a Osip que voy.

Las visitas sorpresa son más efectivas cuando las personas no pueden preparar sus mentiras.



Los encuentro dando una sesión informativa completa sobre seguridad en nuestra sala de conferencias principal. Tres equipos se apiñan alrededor de la mesa, pendientes de cada palabra.

Pavel me ve primero, pero Osip está tan absorto en su presentación que no se da cuenta de que entro.

—No podemos permitir que esto vuelva a suceder —dice Osip mientras señala algo en la pantalla de proyección—. Por eso queremos mayor seguridad en…

Se detiene a mitad de la frase cuando Pavel le da un codazo fuerte en las costillas.

—Adelante, Osip —lo animo con sarcasmo—. Quiero saber qué no puede volver a suceder. Sobre todo porque tus mensajes me dijeron que no ha pasado nada.

El rostro de Osip palidece. Abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir.

Eso es lo que pensé.

Me dirijo a los equipos de seguridad. —Fuera.

Los hombres salen enseguida, dejándonos solos a Pavel, Osip y a mí. Me dirijo a la cabecera de la mesa donde están.

—Están en mi lugar.

Ellos retroceden como si me hubieran crecido colmillos.

—Oye, Kovan…

—Déjenme detenerlos ahora mismo —levanto una mano—. ¿Les dije o no les dije que me informaran en cuanto hubiera novedades con Ihor?

Los hombros de Osip se desploman. —Lo hiciste.

—¿Les dije o no les dije que me avisaran antes de convocar cualquier reunión con los equipos de seguridad?

—Lo hiciste —murmura Pavel.

—Entonces, ¿qué *carajo* es esto?

Osip le lanza una mirada a Pavel. —Te dije que se enojaría.

Pavel se rasca la mandíbula. —Mira, sé que estás enojado. Sé que nos diste instrucciones específicas. Pero también eres padre primerizo y pensamos que querrías disfrutar de este tiempo con tu familia sin tener que lidiar con las tonterías de Ihor.

Me siento con fuerza en la silla. —Entonces *sí han* estado pasando cosas. Sabía que Ihor no se quedaría quieto.

—No lo ha hecho —admite Pavel—. Pero han sido cosas sin importancia. Distracciones. No nos pareció que valiera la pena interrumpir tu tiempo con Vesper y el bebé.

—No te correspondía a ti tomar esa decisión —aprieto los puños sobre la mesa—. Necesito saber todo. Siéntense y cuéntenme exactamente qué ha pasado. No olviden ningún detalle.

Pavel y Osip toman sus asientos habituales, parecen niños llamados a la oficina del director.

—Dos accidentes de auto durante los viajes rutinarios de reabastecimiento —empieza Osip—. Uno el día que nació Tali, otro tres días después. Los hombres de Ihor causaron ambos, pero huyeron antes de que pudiéramos atraparlos.

—¿Quedó alguna evidencia?

—Nada. Solo querían inquietarnos. Rastreamos las placas de los autos y son de alquiler de segunda mano al azar.

—También hubo un allanamiento en el almacén de Ingleside —continúa Pavel—. Atrapamos al hombre, pero se tragó una pastilla de cianuro antes de que pudiéramos interrogarlo. Enviamos su cuerpo a Ihor como mensaje.

Cada vez me enojo más. —¿Qué más?

Intercambian otra mirada… guardando lo peor para el final.

—Ihor ha estado visitando a los nuevos miembros de la junta del hospital —dice Pavel—. Intenta intimidarlos, ponerlos en nuestra contra. Ya tenemos a todos bajo protección.

—¿Y?

—La policía estuvo husmeando la semana pasada —dice Osip—. Un soplo anónimo sobre tráfico de armas. Creemos que los despistamos, pero…

—Pero ahora estamos en su radar —doy un puñetazo en la mesa—. Maldita sea… esto es justo lo que necesitaba saber de inmediato.

—Lo solucionamos —insiste Pavel—. La policía no ha dado seguimiento en cinco días. Todos nuestros equipos han sido informados. La seguridad es estricta.

—Debería haber sido yo quien informara a esos equipos. Debería haber sido yo quien convocara esta reunión —me levanto y empiezo a dar vueltas detrás de mi silla—. Actuaron a mis espaldas.

—Intentábamos proteger tu tiempo con tu familia —argumenta Pavel —. Tali no será un bebé por mucho tiempo. No queríamos que te perdieras estas semanas solo porque Ihor está siendo un pesado.

—No tengo tiempo libre —espeto—. No puedo permitirme ese lujo. Cuando no presto atención, la gente muere. Así de simple.

—Lo entendemos —dice Osip en voz baja.

—¿En serio? Porque esto se acaba ya. Necesito saber todo lo que ocurre en esta organización. Cada amenaza, cada reunión, cada estornudo sospechoso. ¿Entendido?

—Entendido —dicen ambos.

Me dirijo a la puerta y me detengo. —Una cosa más.

Ambos se tensan, probablemente esperando un castigo. En cambio, pienso en las palabras de Vesper. En la familia y las buenas intenciones.

—Gracias —digo—. Por querer darme tiempo con mi hijo.

Pavel sonríe. —Cuando quieras, hermano.

—Pero no lo vuelvan a hacer nunca más, joder.

Su sonrisa se ensancha. —Anotado.

—Ahora, llama a Denis —ordeno—. Tenemos trabajo por hacer.

VESPER

Nunca en mi vida he estado tan emocionada por una cita con el médico.

Aunque, para ser justos, este también es mi chequeo de las seis semanas. Lo que significa que, una vez que me den el alta, puedo saltar sobre Kovan como he soñado hacer prácticamente desde que di a luz.

Eso es lo que no te dicen sobre tener un bebé. Tu cuerpo está destrozado y débil. Estás sangrando y amamantando, y tienes dolor en zonas que no sabías que podían dolerte.

Pero aun así anhelas las cosas que anhelas.

Café.

Alcohol.

Sexo.

Especialmente el sexo.

Aunque puede que sea solo yo. Puede que sea un efecto secundario de tener un novio… perdón, *prometido*… tan atractivo como el mío.

Todas las noches, cuando nos vamos a la cama, es un ejercicio de autocontrol el no subirme a bordo y hacer lo que quiera con él.

Así que quizá sea bueno que haya estado tan ocupado estas últimas semanas que apenas nos hemos acostado juntos. Suele colarse a mi lado en mitad de la noche, cuando duermo profundamente. Solo me doy cuenta de que está ahí cuando me pasa un bebé llorón que pide leche. Se queda despierto conmigo mientras le doy de comer a Tali y luego vuelve a poner al bebé en su cuna, cantándole canciones de cuna rusas todo el rato.

No sé de dónde saca la energía, porque yo desde luego no la tengo. Y estoy en casa todo el tiempo.

Y esa es otra razón por la que esta visita al médico es tan emocionante.

Me encanta estar en casa con mis niños… pero no estoy destinada a ser ama de casa. Me odio por siquiera pensarlo, pero no puedo negar que la locura por estar encerrada comenzó aproximadamente una semana después de que Kovan volviera a ser *pakhan* a tiempo completo.

—¿Cómo lo lograste, Mamá? —pregunto mientras Nikolai nos lleva a la clínica privada de la Dra. Mann en el centro de la ciudad—. ¿Cómo afrontaste dejar tu carrera para quedarte en casa con Waylen y conmigo?

Mamá se ajusta el pañuelo, el que oculta cómo se le está cayendo el cabello por la quimioterapia. —Bueno, para empezar, no era una doctora que salvaba vidas a diario; era contadora. No era precisamente una actividad espiritualmente plena. Cuando tuve a Waylen, me di cuenta de que prefería ser madre. Quedarme en casa no fue una elección… fue mi vocación.

Observo su rostro pálido por el retrovisor. Los tratamientos le han resultado más duros de lo que deja ver. La sesión de esta mañana la dejó con náuseas y agotada, pero insistió en acompañarme de todos modos.

—Dios, eso me hace sentir aún peor.

—¿Por qué?

—Porque no me siento así —explico en voz baja—. Extraño trabajar. Extraño el hospital. Extraño tener algo que hacer cada día que importe más allá de cambiar pañales y darles de comer. No me malinterpretes… amo a mis niños… me encanta ser su mamá, pero…

—No basta con ser solo su mamá, ¿verdad?

Me muerdo el labio. La culpa me recorre el pecho. —Soy horrible, ¿verdad?

—Cariño, claro que no. Eres doctora, y muy buena, además. No deberías sentirte culpable por querer algo para ti. La gente da por sentado que una mujer se convierte en madre y todo lo demás en su vida se detiene. Pero ¿por qué debería ser así? No se espera que los hombres abandonen sus vidas al tener un bebé. Entonces, ¿por qué deberías hacerlo tú?

Es justo lo que necesitaba oír. —Gracias por decirlo.

Se acerca desde el asiento trasero y me da una palmadita en el hombro. —Volverás al trabajo enseguida.

—No es solo eso —digo—. No es solo mi trabajo lo que me preocupa. Odio sentirme tan inútil. Odio saber que Kovan está ahí fuera, haciendo cosas, y yo aquí, esperando noticias suyas. A veces, me dan ganas de irrumpir en la sede de Krayev y trabajar a su lado.

—¿Es esa una opción?

Suelto una risa amarga. —Para nada. Kovan probablemente me seguiría la corriente durante diez minutos y luego me acompañaría al auto para llevarme de vuelta a casa. No para de decirme que somos compañeros y que estamos juntos en esto, pero luego no me dice qué está pasando. Sigo preguntándole por Ihor y me da respuestas vagas y sin sentido.

—Él solo está tratando de protegerte.

—¡No necesito que me protejan, Mamá! —bajo la voz, consciente de que Nikolai me escucha—. Soy una mujer adulta. Soy su pareja. Merezco saber qué pasa para que no me pillen desprevenida cuando la cosa se ponga fea.

—Entonces díselo.

—Planeo hacerlo todas las noches… y luego, todas las noches, me duermo en cuanto Tali se duerme. Para cuando me despierto, lúcida y capaz de conversar de nuevo, Kovan ya está trabajando. Apenas lo he visto esta última semana.

Mamá no deja de frotarme el hombro. —Pronto todo esto terminará y él estará más cerca. Tú tendrás tu trabajo y él el suyo, y encontrarás tu ritmo, cariño, te lo prometo.

Quiero creerle. Pero seis semanas en este limbo me hacen cuestionarlo todo. —Espero que termine pronto. Siento que estoy esperando a que mi vida comience.

—Tu vida está sucediendo ahora mismo, cariño. No dejes que Ihor te la quite.

Bajo la mirada cuando mi teléfono vibra contra mi muslo. El nombre de Kovan ilumina la pantalla y siento ese cosquilleo tonto de colegiala que siempre me da cuando me escribe.

KOVAN: ***Solo quería desearte suerte en la cita. Lamento no haber podido estar presente, pero pienso llegar temprano a casa esta noche… y quiero demostrarte cuánto te quiero.***

La implicación de esas palabras me hace encoger el estómago de deseo. Saco la foto que me tomé esta mañana antes de irme: yo con el sexy conjunto de lencería roja que Osip me regaló por Navidad. La adjunto con un mensaje.

VESPER: ***Qué curioso… Iba a decirte lo mismo. ¡Seis semanas, bebé!***

Justo después de enviar el mensaje, la camioneta se detiene frente a la clínica de la Dra. Mann. Me vuelvo hacia Mamá, fijándome en su tez gris y en cómo agarra la manija de la puerta. —¿Por qué no te sientas aquí y me esperas, Mamá? Ya has estado en suficientes consultorios médicos.

—¿Estás segura, cariño? A mí no me importa. Pero, si quieres un poco de privacidad, puedo esperar aquí.

—Estás cansada. La quimioterapia de esta mañana fue demasiado, ¿verdad? Deberías haberte quedado en casa descansando, como te dije.

—Quiero estar aquí para ti mientras pueda.

Las palabras duelen. *Mientras pueda.* Porque, a pesar de nuestros mejores esfuerzos y la magia de la medicina moderna, quizá no tengamos tanto tiempo como pensábamos.

—Bien. Entonces puedes estar aquí para mí. La cita no debería durar mucho. Esto es solo para darme el alta para… eh… actividades normales —se me acalora la cara y agacho la cabeza.

Mamá se ríe. —Anda, que te den de alta. Por cierto, puedo quedarme con los niños esta noche —me guiña el ojo.

—¡Mamá! —salto del auto para evitar su mirada cómplice.

Entro corriendo, seguida por mi equipo de seguridad habitual. Nikolai, Tikhon, Aleksei y Filipp se despliegan detrás de mí en formación. En la entrada, los detengo.

—Nikolai, Tikhon, vengan conmigo. Aleks, Fil, quédense con mi madre. Está cansada y va a descansar en el auto.

Asienten y se acomodan. Dos regresan a la camioneta mientras Nikolai y Tikhon me siguen a la clínica.

En cuanto la recepcionista oye mi nombre, se endereza en su silla. Sus gafas de montura de leopardo se deslizan por su nariz. —¡Dra.

Fairfax! Claro, es la prometida del Sr. Krayev. Por aquí. Le informaré a la Dra. Mann que ha llegado.

El trato especial todavía me resulta extraño. Antes de Kovan, era solo una cara más entre la multitud. Ahora, soy alguien a quien la gente presta atención. Alguien a quien llevan al frente de la fila.

Me conduce a una habitación espaciosa pintada en un suave lavanda con arte abstracto en las paredes. La Dra. Mann ha hecho todo lo posible para que el espacio parezca menos clínico, pero la mesa de exploración y el equipo médico lo delatan.

Solo tengo que esperar unos minutos antes de que entre la doctora en persona, con su cabello rubio suelto sobre los hombros. —Hola, Vesper, ¿qué tal estamos hoy?

—Genial. Emocionada de que me des el visto bueno.

Ella levanta una ceja. —Qué ganas tenemos, ¿verdad?

Me arden las mejillas. —Eh… algo así.

Riéndose entre dientes, la Dra. Mann empieza a ponerse los guantes. —Acuéstate, por favor, y pon las piernas en los estribos.

Hago lo que me dice, dejando que la bata de papel ondee alrededor de mi cintura. El examen es rápido y profesional. La Dra. Mann tararea mientras trabaja.

—Bueno, ¡parece que ya te recuperaste! Todo se ve genial.

—Entonces… ¿puedo pasar por el salón de belleza justo después de esto? —pregunto, medio en broma—. Porque necesito urgentemente una depilación brasileña.

La Dra. Mann se ríe. —Ve a depilarte, chica. Estás lista.

—¿Totalmente lista?

—Eres libre de tener tantas relaciones sexuales como quieras. Pero te aviso: ahora *puedes* volver a embarazarte. Así que, si eso no está

en el plan, puedo explicarte tus opciones de anticonceptivos.

—¿Puedo tomar la píldora?

—Sí, puedes. No debería ser un problema. El DIU y el parche también son opciones.

—Me siento cómoda tomando la pastilla.

—Como quieras. Si empiezas la primera dosis hoy, debería hacer efecto en los próximos siete días. Haré que en recepción te den la receta —se quita los guantes y los tira a la papelera—. En resumen, mi trabajo aquí ha terminado. ¡Un placer, como siempre!

—Gracias, Dra. Mann.

Me saluda con la mano y sale de la consulta. En cuanto se cierra la puerta, ya estoy buscando mi teléfono.

Con valentía, me quito la bata del hospital por completo. Me acomodo en la camilla, inclinando el cuerpo para lucir mis curvas posparto. Seis semanas de lactancia han hecho maravillas con mi pecho.

Saco varias fotos y las reviso para encontrar la mejor. Nada mal para una mujer que tuvo un bebé hace seis semanas. La verdad es que me veo bastante bien.

Selecciono la foto más sexy y se la envío a Kovan sin mensaje. Hay fotos que no necesitan palabras.

En cuanto lo envío, me visto rápidamente, con la adrenalina corriendo por mi cuerpo mientras pienso en esta noche. Ha pasado tanto tiempo y estoy desesperada por satisfacer esta necesidad imperiosa que me ha estado volviendo loca.

Necesito llamar a Charity. Esta noche tiene que ser perfecta.

Sentándome de nuevo en la mesa de examen, marco su número.

—Hola, amiga —responde al segundo timbre—. Qué oportuno. Acabo de tomar mi hora de almuerzo.

—Por favor, dime que estás libre esta noche —le suplico.

—¿Qué pasa esta noche?

—Mis hijos necesitan una niñera y yo necesito muchísimo tener sexo con mi prometido.

—Lista para volver a montar, ¿eh? Qué bien. Monta ese semental toda la noche.

—Eso planeo. Solo necesito asegurarme de que mis potrillos estén bien cuidados esta noche.

—Que nunca se diga que Charity Page se negó a que su mejor amiga tuviera sexo. Estaré allí esta noche a las seis, lista para cuidar de los niños para que puedas hacer vibrar la cama con tu hombre.

—¡Que Dios te bendiga!

—Solo recuerda, es una calle de doble sentido. Llegará el día en que necesite una niñera para mis hijos para poder tener sexo. Entonces te necesitaré.

—No hace falta decirlo.

—Perfecto. Ahora, vayamos a lo importante: ¿Qué te vas a poner?

—Tengo un montón de lencería nueva que ha estado guardada en mi armario. Planeo estrenarla esta noche.

—¿Y qué me dices de ese vestido azul tan sexy que vi cuando te ayudaba a organizar? Ah, ¿o del body morado de…?

Charity sigue hablando, pero he dejado de escuchar. Hay una sombra fuera de la puerta que lleva ahí treinta segundos. No se mueve. Solo flota.

Si fuera Nikolai o Tikhon, ya habría tocado. O me habrían llamado. Una enfermera habría entrado enseguida tras un rápido golpe a la puerta.

Entonces ¿quién está acechando ahí afuera?

—¿Char?

Se interrumpe a media frase. —¿No quieres ponerte el verde? ¿Te parece demasiado la tanga? Porque sinceramente creo que deberías ir a por todas. A lo grande o vete a casa, como dicen.

—Char, estoy en la oficina de la Dra. Mann. Llama a Pavel o a Osip y diles dónde estoy. Diles que contacten a mi equipo de seguridad. Nikolai está al mando hoy.

Su tono cambia al instante. —¿No estás con tu equipo de seguridad ahora mismo?

—No sé qué es, pero sé que algo anda mal. Solo llama a uno de ellos. Tengo que irme.

Cuelgo y pruebo el número de Nikolai. Un segundo después, oigo que suena al otro lado de la puerta. Tres timbres.

Luego, el timbre se detiene.

Joder.

—Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios… —me alejo de la puerta, escaneando la habitación en busca de algo que pueda usar como arma.

El arte en las paredes es demasiado grande y pesado. El instrumental médico está guardado bajo llave. No hay nada más que una bata de papel y mi bolso.

Antes de que pueda decidirme, la puerta se abre.

Entra una figura alta, oliendo a colonia cara y humo de cigarrillo. Lleva el cabello oscuro peinado hacia atrás y una mirada desenfrenada y alegre.

—Ihor —susurro.

—Dra. Fairfax —sonríe, cerrando la puerta—. Ha pasado mucho tiempo. Se ve increíble para ser una mujer que acaba de tener un bebé.

—¿Dónde están mis guardaespaldas?

—Muertos. Igual que lo estarás tú si no vienes conmigo. Ahora mismo.

Las opciones pasan por mi mente rápidamente. Correr… ¿pero a dónde? La puerta está detrás de él y no hay otras salidas. Luchar… ¿con qué? Gritar… ¿y esperar que alguien me oiga antes de que me mate?

Ir con él no es una opción.

No para mí. No para mis hijos.

Agarro el marco de cristal de la pared a mi lado y se lo arrojo a la cabeza.

KOVAN

—¿Está caído?

—Completamente —dice Pavel con satisfacción—. San Rafael está oficialmente limpio.

—¿Qué pasa con la lista de clientes? —pregunto.

—Ya me encargué de eso —responde Osip mientras se recuesta en el sofá frente a la pared de cristal de mi oficina—. Les han informado a todos que ya no hay lista de espera y que, si buscan comprar un órgano, recibirán una visita de la policía.

—¿Algún problema?

—Unos pocos —admite Osip—. Pero en cuanto empiezo a contarles detalles personales sobre sus vidas y seres queridos, se quedan muy callados. No creo que tengas problemas con los clientes. Nadie quiere admitir que estuvo dispuesto a comprar órganos ilegales en el mercado negro.

—No me preocupan los clientes —digo—. Me preocupan los Keres.

—Ihor es la cabeza —dice Pavel—. Le cortamos la cabeza y la serpiente ya no podrá morder.

—Sí. El problema es acercarse lo suficiente a la cabeza para cortársela —hojeo los archivos que cubren mi escritorio—. Lleva casi

dos semanas desaparecido. Ni siquiera Denis ha sabido nada de él. Yana también es un fantasma. Es su nueva estrategia: esconderse hasta que olvidemos que existen.

—¿Quizá sepan lo que viene? —sugiere Osip con esperanza—. Quizá decidieron huir antes de que los acorralemos.

—No es probable —resoplo—. Conozco a Ihor. Lo conozco de toda la vida. No es de los que se esconden. Prefiere morir. Por suerte para él, estoy más que dispuesto en hacer los honores.

Pavel señala mi escritorio. —Tu teléfono está sonando.

Bajo la mirada. El nombre de Vesper en la pantalla me hace sonreír antes de responder. —Vesper, ¿cómo…?

Su respiración me paraliza. Pesada, presa del pánico, rápida. Más rápida de lo que debería ser si todo hubiera ido bien en su cita con la Dra. Mann.

—¡K-Kovan! —jadea—. I… Ihor… Él estuvo aquí… Estoy… Hay tanta sangre… Ay, Dios… tanta sangre…

La línea se corta.

He conocido el miedo en mi vida.

Cuando tenía doce años, me rompí la pierna intentando demostrarle a mi padre que yo era un hombre de Bratva tan curtido como él.

Hace unos años, entré corriendo en una habitación de hospital justo a tiempo para ver a mi hermano morir.

En el momento en que Luka me llamó Papi por primera vez, me di cuenta de que, por el resto de mi vida, sería responsable de él y del tipo de hombre en el que resultara ser.

Estoy acostumbrado al miedo. Por mucho que intentes evitarlo, tiene la capacidad de infiltrarse en los rincones de tu vida y mantenerse firme. Estoy acostumbrado a eso.

Al menos eso creía.

Pero lo que siento ahora no es nada comparado con lo que he sentido en el pasado. Esto es lo que sentirías si te operaran sin anestesia. Estás despatarrado, abierto, vulnerable, completamente en carne viva.

No hay nada entre tú y ese cuchillo. Nada que alivie el dolor. Nada que atenúe el filo de la agonía que te desgarra la carne y los huesos, recordándote que, a pesar de toda tu fuerza y valentía, sigues siendo humano.

Sangras rojo.

Sientes dolor.

Conoces el miedo.

Y a veces solo hay una cosa entre tú y el olvido. Una llamada telefónica.

Ihor… Él estuvo aquí… Estoy… Hay tanta sangre… Ay, Dios… tanta sangre…

Intento devolver la llamada. Sin respuesta.

Nikolai no responde.

Tikhon tampoco.

Vamos a toda velocidad por la autopista hacia la clínica de la Dra. Mann cuando Pavel consigue comunicarse con Aleksei.

—¿Qué carajo está pasando? —pregunta Pavel.

Por un momento solo puedo oír la respiración agitada de Aleksei. —Pavel, Filipp y yo estamos estacionados al frente, con Annabelle. ¿Pasa algo?

Pavel se gira hacia mí. Le quito el teléfono de la mano y grito. —¿Dónde cojones están Nikolai y Tikhon? ¿Por qué no contestan?

—No… no sé, jefe —tartamudea Aleksei—. Entraré ahora mismo a ver cómo están.

—¡No dejes sola a Annabelle! —gruño—. Tú ve a comprobarlo. Deja a Filipp con Annabelle. Vamos en camino.

Cuelgo y me dirijo a Osip, que pisa el acelerador.

—Se separaron —digo—. Vesper entró en la clínica con Nikolai y Tikhon. Probablemente Ihor los acorraló en algún lugar y…

—Para —dice Pavel—. No te desesperes. No sabemos qué ha pasado. Y, hasta que lo sepamos, no podemos permitirnos el pánico.

Pero estoy entrando en pánico. Estoy entrando en pánico a lo grande.

Porque me he vuelto complaciente. La madre de mi hijo tenía una cita hoy y, en lugar de estar allí, la envié al mundo con cuatro hombres que claramente no están capacitados para protegerla.

Estúpido, estúpido, estúpido.

—Ya casi estamos —dice Pavel.

—¿Tuviste suerte contactando a Vesper? —pregunta Osip, mirándome a los ojos por el espejo retrovisor.

—No contesta —digo con voz áspera—. No contesta porque probablemente no pueda.

—Kovan, no sabemos…

—O ese cabrón la tiene. O…

—Kovan, detente.

—…ya la mató.

Decirlo en voz alta no lo mejora. Solo duplica el pánico. Solo agudiza el miedo. Siento que el mundo se me escapa. Porque si Vesper resulta herida… o peor aún, muerta… se acabó para mí.

También podría pedirle a Ihor que me meta una bala en la cabeza, porque no tiene ningún sentido mi vida sin ella aquí para compartirla.

Osip frena a fondo y se detiene bruscamente frente a la clínica. Entro corriendo, ignorando a la secretaria asustada con sus ridículas gafas de leer mientras intenta preguntarme mi nombre.

Doy vuelta la esquina… y me quedo congelado.

Aleksei y Filipp me dan la espalda. Están de pie junto a un cadáver, la sangre se filtra por el suelo y fluye libremente por las baldosas blancas.

Casi llega a los zapatos de Aleksei, pero él no parece darse cuenta.

—No, no, no… Vesper —digo con voz ahogada, empujando a Aleksei para llegar hasta mi mujer.

Caigo de rodillas en el suelo, justo en el charco de sangre, con un grito angustiado en el fondo de mi garganta, esperando escapar.

Solo bastará mirarla a la cara.

Excepto que, cuando mi mirada se centra en el cuerpo, no es lo que esperaba. No veo su cabello rubio perfecto, ni su rostro en forma de corazón. No veo el cinturón de Orión bailando sobre su mejilla derecha.

Lo que veo es un cadáver grande y desgarbado envuelto en un traje oscuro.

—Nikolai —susurro, y mi mano cae pesadamente sobre su pecho—. Joder.

—Tikhon está ahí dentro, jefe —dice Aleksei—. C-creemos que se arrastró hasta la sala de examen después de que lo apuñalaron… para ayudarla…

Me levanto de un salto y abro la puerta de una patada. Gira sobre sus bisagras y golpea la pared con tanta fuerza que toda la

habitación parece temblar.

O tal vez sea yo… tal vez soy yo el que está temblando.

—¡Vesper!

De nuevo espero ver su cuerpo tendido en el suelo, con sangre brotando de ella mientras se aferra a la vida.

Pero está intacta. Está arrodillada sobre las baldosas, con la mano sobre el pecho de Tikhon mientras solloza en silencio. No estoy segura de si la sangre que la cubre es suya o de otra persona.

Pero está viva.

Lo único que puedo registrar es un dulce, dichoso y hermoso alivio.

Ella está viva.

Por ahora, eso es todo lo que importa.

KOVAN

—¿Vesper?

Me mira, pero sus ojos están vacíos. Como si viera a través de mí algo completamente distinto. Sus pestañas están oscuras por las lágrimas, amontonadas en púas húmedas.

—Está muerto —dice. No es una pregunta… sino una afirmación a la espera de confirmación.

Miro el cuerpo de Tikhon. Sus ojos miran al techo, sin ver. Las luces fluorescentes se reflejan en sus pupilas. Me agacho y le cierro los párpados, luego tomo la mano ensangrentada de Vesper entre las mías.

—Ya no siente dolor.

Se aparta bruscamente de mi contacto. —Había tanta sangre, Kovan. Tanta sangre por todas partes.

Examino su cuerpo en busca de heridas. Tiene los brazos manchados de sangre, las manos completamente cubiertas. Pero es la sangre de él, no la suya. No resultó herida. El alivio me golpea tan fuerte que casi me desplomo.

Parpadea lentamente. Una gruesa lágrima le resbala por la mejilla. —Lo vi morir. He visto morir a tanta gente, pero esto fue diferente.

No pude hacer nada al respecto. Fue demasiado rápido. Él fue demasiado rápido.

—¿Fue Ihor? ¿Estuvo aquí?

Ella asiente. Su labio inferior no deja de temblar. —También intentó matarme.

—Pero no lo hizo —le recuerdo—. Fracasó.

Miro alrededor de la sala de examen. Hay suministros médicos esparcidos por el suelo, una silla volcada y sangre salpicada en la pared detrás de la mesa de examen. Todo está arruinado. Pero ella no. Está a salvo.

—¿Dónde está ahora? —pregunto.

Parpadea rápidamente. La constelación de pecas que le cruza la mejilla está oculta bajo las manchas de la sangre de Tikhon.

—No lo sé. Se fue. No sé a dónde fue.

Me trago la decepción. Esperaba acorralar a ese cabrón. Acabar con esto de una vez por todas. Pero quizá sea mejor así. Puedo concentrarme en Vesper.

—Ven conmigo. Te llevaré a casa.

Ella no se mueve. —¿Qué hay de Nikolai?

Considero mentir por medio segundo. —No lo logró.

Su respiración se vuelve rápida y superficial. —¿Está muerto?

—Sí.

—¿Cómo?

—Te cuento luego. Ahora mismo…

—Quiero saberlo —la vida brilla en sus ojos por primera vez desde que entré—. Quiero saber cómo murió.

Suspiro. —Lo apuñalaron en el cuello. Debió haber muerto al instante.

—Tikhon no lo hizo —mira el cuerpo a su lado—. Todavía estaba vivo cuando entró. Estaba intentando… intentando… intentando…

—No pasa nada —la abrazo mientras hipa y se estremece y jodidamente se desmorona—. Solo respira. No tienes que decir nada. Te llevaré a casa.

Me aparto para mirarla a los ojos. Asiente una vez, y lo interpreto como un permiso. Con todo el cuidado que puedo, la levanto en brazos y la saco de la habitación. Me coloco de forma que no pueda ver el cuerpo de Nikolai en el pasillo.

La Dra. Mann y su equipo de seguridad se han reunido fuera de la sala de examen. Todos observan el caos que reina en sus impecables pisos blancos. Cuando la Dra. Mann me ve, palidece.

—No tengo ni idea de cómo ha pasado esto —murmura—. Se supone que no se permite la entrada a este edificio a personal no autorizado.

—Está claro que tiene agujeros en el sistema, doctora.

Le tiemblan las manos. —Haré que lo arreglen enseguida.

—Arréglalo o no. Ahora me da igual. Vesper no volverá aquí —me vuelvo hacia Osip—. Ocúpate de los cadáveres.

Aleksei está de pie junto a la puerta de entrada cuando me acerco. Camina de un lado a otro, con los brazos rígidos a los costados. Al verme, se pone firme. —Jefe…

—¿Filipp sigue con Annabelle? —interrumpo.

—Sí.

—¿Ella sabe lo que pasó?

—No, señor. Solo cree que la cita se está retrasando.

—Bien. Que siga así. Le diré a Pavel que hable con ella en un momento. Hasta entonces, no le digas nada. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Hablamos luego. Por ahora, avísale a Filipp que ambos ya no están en el equipo de seguridad. Con efecto inmediato.

Baja la cabeza. —Entendido, señor.

Paso junto a él sin decir nada más y siento a Vesper en el asiento del copiloto de mi camioneta. No espero a nadie más… simplemente me pongo al volante y conduzco.

Vesper permanece sentada en completo silencio, mirando el parabrisas. Sus hipos y sollozos casi han desaparecido, aunque de vez en cuando, uno la recorre como una réplica. Sus manos descansan en su regazo, aún cubiertas de sangre seca.

No intento hablar con ella. Ni siquiera la toco. Simplemente conduzco hasta llegar a casa.

Después de estacionar en la entrada y apagar el motor, camino hasta su lado y la levanto de nuevo en brazos. Suspira contra mi pecho, pero no se resiste. Oigo a Waylen y Luka jugando en el jardín, pero no les aviso de nuestra presencia mientras subo las escaleras sigilosamente.

Llevo a Vesper directamente al baño principal. La coloco sobre la encimera y empiezo a quitarle la ropa. Se queda allí sentada, inmóvil, pero atenta. Al menos su respiración se ha normalizado. Muestra leves signos de vida.

Primero le limpio la sangre. Cada vez que la toalla se enrojece, pero solo deja ver piel intacta debajo, siento un poco más de alivio.

Él no la lastimó de ninguna manera importante.

No físicamente, al menos. El daño que Ihor le causó a su mente aún está por determinar.

Una vez desnuda y limpia, la meto en la bañera. El agua tibia sigue saliendo del grifo. El suave chorrito llama su atención. Levanta la mano y desliza los dedos por el chorro como si nunca hubiera visto agua caer.

Me siento en el borde de la bañera y le paso los dedos por el cabello. Los mechones rubios ahora están suaves y limpios.

—¿Kovan?

Su voz casi me deshace. Tan tímida y asustada. —¿Qué necesitas?

—Necesito que me sostengas.

Me levanto y me quito la ropa. Luego me meto en la bañera detrás de ella, atrayéndola entre mis piernas. Su cabeza descansa contra mi pecho y deja escapar un profundo suspiro.

—Probablemente quieras saber qué pasó —murmura.

—No si no quieres hablar de eso.

Se gira ligeramente para que pueda verle la mitad de la cara. Una sonrisa débil, un ojo lleno de lágrimas. —Gracias por tu paciencia. Sé que es difícil para ti.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien.

Se muerde el labio. —Nikolai y Tikhon…

—Conocían los riesgos de su trabajo. Son hombres de Bratva, Vesper.

—Murieron por mí.

—Si hubieran hecho bien su trabajo —gruño—, Ihor nunca se habría acercado a menos de un cuarto de milla de ti.

Se aparta de mi pecho y se gira para mirarme. Levanta las rodillas y se apoya en ellas. —Me salvaron la vida, Kovan. Por favor, no te enfades con ellos.

Decido no decirle que ya despedí a Aleksei y Filipp. No necesita esa culpa extra ahora.

—¿Qué pasó? —pregunto en cambio.

Se queda callada un rato, respirando, recuperándose, antes de empezar. —Acababa de terminar mi examen con la Dra. Mann. Me dejó sola para cambiarme. Estaba hablando con Charity por teléfono cuando vi una sombra detrás de la puerta. Algo se sentía mal. Sabía que Nikolai y Tikhon estaban ahí fuera, pero esto era diferente.

Ella hace una pausa, se ajusta, continúa.

—Le dije a Charity que llamara a Osip y Pavel. Luego intenté llamar a Nikolai. Oí su teléfono sonar al otro lado de la puerta, pero no contestó.

—Ihor ya lo había alcanzado.

Ella asiente. —Entró y empezó a amenazarme. Me dijo que, si no lo acompañaba, me mataría como mató a Nikolai y a Tikhon.

Todo su cuerpo se estremece.

—Cuando me negué, vino a mí con su cuchillo.

Aprieto los puños bajo la espuma, donde ella no puede verlos. El tendón cruje, pero es solo agua de baño sin vida la que estoy estrangulando hasta la muerte. No es lo que desearía que fuera: la maldita garganta de Ihor.

—Así que hice lo único que podía hacer —dice Vesper—. Luché.

—¿Luchaste? —no puedo ocultar mi sorpresa—. ¿Peleaste con Ihor?

—Bueno, lo intenté. Había un cuadro en la pared. Lo agarré y le di un golpe en la cabeza.

—¿Lo dejaste inconsciente?

—Ojalá. La cabeza del hombre debe ser de cemento porque solo logré frenarlo. Pero al menos soltó el cuchillo. Me dio tiempo de intentar golpearlo de nuevo —se abraza, goteando agua y burbujas de jabón—. Estaba tan furioso que tenía los ojos rojos. Eran… Él era… como una especie de demonio.

Siento ganas de golpear algo, pero me obligo a mantener la calma. Se trata de ella, no de mí. Mi rabia tendrá que esperar. Ella necesita mi comprensión primero.

—¿Qué pasó después?

—Me agarró del cabello y me tiró el cuadro de la mano. Me tenía inclinada sobre la mesa de examen —sus ojos se iluminan al continuar—. Hice todo lo que pude, todo lo que me enseñaste. Arañé y pateé. Luché, Kovan, te lo juro.

—Lo hiciste increíblemente bien, Vesper. Estuviste increíble.

—No suficientemente increíble. Sin importar lo que yo hiciera, él no paraba. En un momento, me dio una bofetada… —se aprieta la mejilla como si estuviera reviviendo el golpe—, y se me nubló la vista. Pensé que ya me había llegado la hora. Pero oí que se abría la puerta. Alguien entró.

Su mano cae al agua en cámara lenta, como una mariposa moribunda.

—Ihor estaba tan concentrado en intentar noquearme que no se dio cuenta.

—¿Quién era?

—Tikhon. Tenía una puñalada en el costado. Apenas podía caminar, pero se arrastró hasta allí y se abalanzó sobre Ihor. Tenía el arma desenfundada, estaba a punto de disparar, pero Ihor huyó. Salió disparado de la habitación y desapareció.

Un sollozo irrumpe en sus labios.

—Tikhon se desplomó. Hice todo lo posible por detener la hemorragia, pero ya había perdido demasiado. Solo pude sostenerle la mano mientras moría.

—Ven aquí, *krasivyy* —atraigo a Vesper hacia mis brazos mientras los escalofríos comienzan a desgarrarla nuevamente.

—Me salvó la vida, Kovan. Si no fuera por Tikhon, estaría muerta. Estaría… Estaría… Y luego Luka, y nuestro bebé, y tú, estarían…

Incluso la posibilidad de lo que no puede decir me paraliza de miedo. No mentía antes… mi vida no tiene sentido sin ella.

—Está bien, mi amor. Estás bien. Ahora estás a salvo.

Se traga los sollozos para poder hablar. —Solo podía pensar en que tenía que volver a verte. Hubo un momento en que Ihor me rodeó el cuello con las manos, justo antes de que apareciera Tikhon, y pensé que iba a morir. No quería morir antes de volver a verte.

—No vas a morir, Vesper. No vas a morir en mucho tiempo. Cuando te llegue la hora de partir, tendrás ciento cinco años y estarás rodeada de nuestros bisnietos.

Ella sonríe entre lágrimas. —Qué bien suena.

La saco de la bañera y la llevo a nuestro dormitorio. Alterno entre secarle el agua con la toalla o con besos. Ella me deja, desnuda y vulnerable, pero ya sin complejos.

Una vez que está seca, la atraigo a mis brazos y la abrazo fuerte, saboreando su calidez y su innegable presencia.

Ella está aquí. Ella está viva.

—Tenía un miedo terrible —digo con voz áspera, quizá la primera vez que lo digo en voz alta—. Nunca había tenido tanto miedo en mi vida. Cuando llamaste…

—Lo siento. Reproduje esa llamada más tarde, después de colgar. Sé cómo debió sonar. Debí haber sido más clara.

Le tomo la cara entre mis manos y la vuelvo hacia la mía. —No puedo perderte, Vesper.

—No me voy a ninguna parte.

Atraigo sus labios hacia los míos y la beso con avidez, vertiendo todo mi alivio en ese beso. Sabe salada por las lágrimas. Mis manos se deslizan por su espalda. Extraño esto: su piel sedosa, su figura perfecta, la suavidad de sus senos. Tocarla se ha convertido en mi adicción favorita.

Debería parar. No está en el estado mental adecuado para esto.

Pero en cuanto intento apartarme, ella vuelve a atrapar mis labios. Aprieta su cuerpo contra el mío mientras su mano acaricia mi pene.

—¿Estás segura? —susurro mientras ella besa mi pecho.

—Sí. Te deseo, Kovan. Te deseo con todas mis fuerzas. Necesito que me hagas olvidar.

La agarro por el culo y la levanto hasta mis caderas. Se sienta a horcajadas sobre mí mientras la apoyo contra la pared, con mi polla apretándola. Siento lo mojada que está. Lo ha estado deseando tanto como yo.

Beso sus senos, mi lengua acariciando sus pezones. Los dedos de Vesper se enredan en mi cabello mientras empuja sus caderas hacia mí. Una embestida y estoy profundamente dentro de ella, sintiéndome completo como nunca antes. Está apretada, húmeda y hermosa a mi alrededor.

Follamos un rato, un borrón de extremidades y posiciones, de respiraciones mezcladas. No puedo dejar de tocarla y ella no puede dejar de tocarme. Porque estoy vivo. Ella está viva. Mientras esto dure, ambos seguiremos así.

En un momento dado, sin embargo, me aprieta la cara entre las palmas de sus manos y acerca mi frente a la suya. —Kovan —jadea mi nombre, con la mirada ebria, pero fija en mí—. Yo…

—Cásate conmigo.

Frunce el ceño, confundida. —Ya me lo pediste, y ya dije que sí.

—Te pido que te cases conmigo esta noche —digo, mientras las palabras me salen a raudales, sin planearlo, sin pensarlo—. No solo esta noche… sino ahora mismo. Solo tú y yo. Que las estrellas nos sirvan de testigos.

—Kovan…

—Podemos hacer la gran boda después —continúo—. También podemos hacer todo el papeleo después. Pero quiero intercambiar votos contigo ahora mismo. Quiero llamarte mi esposa. Quiero comprometerme contigo ahora mismo. No puedo esperar más.

Sus paredes se aprietan a mi alrededor. —Esto es una locura.

—Sí, lo es. Pero se siente bien. Dime que me amas, Vesper.

—Te amo.

—Entonces, cásate conmigo.

—De acuerdo —ríe, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad—. Demos un espectáculo a las estrellas.

Aún hundido en su interior, la llevo hasta las puertas francesas que dan al balcón de nuestra habitación. Las abro de golpe y entra una brisa. El aire de la noche refresca nuestra piel acalorada. Sobre nosotros, el cielo está despejado y estrellado.

—Yo, Kovan Krayev, te acepto, Vesper Fairfax, como mi esposa. En la salud y en la enfermedad, en el peligro y en la seguridad, en esta vida y en lo que venga después.

Ahora llora, pero también sonríe. —Yo, Vesper Fairfax, te acepto, Kovan Krayev, como mi esposo. En todo lo que nos depara el futuro, bueno y malo. Te elijo, siempre.

La beso bajo las estrellas. Cuando nos separamos, ambos estamos sin aliento.

—Te amo —le digo.

—Yo también te amo.

Entonces la arrastro al suelo porque ya no cabe esperar más. Hacemos el amor a cielo abierto, con las estrellas como testigos y la noche como nuestra catedral. Y, por primera vez desde aquella llamada de esta tarde, siento que todo va a estar bien.

Porque ella está aquí. Ella está viva. Ella es mía.

Y nunca la dejaré ir.

VESPER

Algunas personas usan armas.

Algunas personas usan cuchillos.

Esta noche, mi arma preferida es la lencería.

Llevo un body de seda negra que apenas se considera ropa. La tela es tan transparente que es prácticamente invisible, y el aro me levanta mis senos hasta el techo. Los diseñadores tenían un objetivo claro: que mis pezones fueran los protagonistas.

Bueno, misión cumplida.

El dobladillo me llega justo debajo del trasero, que está envuelto en lo que estoy casi segura es la tanga más fina del mundo. Me pasé diez minutos intentando averiguar cuál lado era cuál. Para cuando me la puse, necesitaba una siesta.

Pero no me detuve allí.

Me sequé el cabello con el secador hasta que quedó en ondas perfectas. Me apliqué el maquillaje justo para verme naturalmente guapísima. Y luego vino el verdadero reto: estos tacones de aguja con los que he estado practicando durante treinta minutos seguidos.

Menos mal que hice las rondas de práctica, porque ya me he caído de cara tres veces. Dos de esas caídas me dejaron tirada en el suelo

con los tacones apuntando al techo como en una pose de yoga demente.

¿Y ahora? Ahora puedo caminar por la habitación sin comerme la alfombra. Mi andar es más elegante. Tengo la confianza por las nubes.

Las cosas se ven bien.

Estoy sentada contra el asiento de la ventana, con una pierna cruzada sobre la otra en lo que rezo parezca seductoramente natural, cuando Kovan finalmente entra por la puerta.

Él, en cambio, tiene un aspecto fatal. La corbata le cuelga suelta, la camisa está arrugada y tiene nuevas líneas de expresión alrededor de los ojos que no tenía esta mañana. Sea lo que sea que le haya pasado hoy, sin duda le ha dado una paliza.

Pero todo ese cansancio desaparece en el momento en que me ve.

Se queda boquiabierto. —¿Vesper?

—Hola, esposo —esbozo una sonrisa sensual—. Te estaba esperando.

Enciende otra lámpara y se quita la chaqueta. Sus ojos no se apartan de mi cuerpo. —Dios mío. Te ves…

—¿Cómo me veo? —me levanto lentamente, asegurándome de arquear bien la espalda.

—Jodidamente increíble.

Me giro hacia la ventana y cierro las cortinas con aires de grandeza. Mi trasero está a la vista, y me aseguro de tomarme mi tiempo con cada panel. —¿Esta cosa vieja? Solo me la puse.

Antes de que pueda darme la vuelta, ya está detrás de mí. Su pecho se aprieta contra mi espalda, y puedo sentir cuánto le gusta mi atuendo. Su aliento caliente me roza la oreja.

—No empieces algo que no puedas terminar, esposa.

Sus manos se deslizan alrededor de mi cintura, pero me suelto antes de que pueda sujetarme bien. —¿Quién dice que voy a empezar algo?

Empieza a desabrocharse la camisa y tengo que contener un gemido. Este hombre es completamente injusto. Se supone que yo tengo la ventaja, pero entonces empieza a desnudarse y, de repente, me cuesta recordar mi propio plan.

—¿A qué jugamos? —tira su camisa a un lado—. Porque no tengo ganas de jugar esta noche.

—Qué lástima —le agarro las manos y lo empujo hacia atrás, sentándolo en el sillón junto a la ventana—. Yo sí.

Bailo a su alrededor, suficientemente cerca para que pueda ver destellos de piel, pero tan lejos para que no pueda tocarme. Cada vez que me alcanza, me doy la vuelta.

—Vesper, maldita sea…

Me detengo frente a él y doy un giro lento, asegurándome de que me vea bien. —¿Te gusta?

Tiene los nudillos blancos por la fuerza con la que se agarra a los apoyabrazos. —Te lo voy a arrancar de una vez.

—No vas a romper nada. Esto fue caro.

—Vale cada centavo —sus ojos están clavados en mi pecho—. Ahora, ven aquí.

En lugar de obedecer, me acerco y apoyo las manos a ambos lados de su silla. Inmediatamente se inclina hacia adelante y captura uno de mis pezones a través de la seda, su lengua obrando magia que me hace temblar las rodillas.

—¿Quieres saber cómo estuvo mi día? —busco la hebilla de su cinturón.

Ya respira con dificultad. —Claro.

Libero su pene y lo rodeo con mis dedos. Está duro como el acero, y el sonido que hace cuando empiezo a acariciarlo debería ser reprimido y vendido como afrodisíaco. ASMR para amas de casa cachondas como yo.

—Charity y yo teníamos planeado un día divertidísimo —digo con tono informal, como si no le estuviera haciendo una paja a mi esposo—. Manicura y pedicura, películas horribles, comida china para llevar. Ya sabes, cosas de mejores amigas.

—Suena genial —sus caderas ya se mueven, aferrándose a mi agarre.

—*Habría* sido genial… —ajusto el ritmo, justo lo suficiente para hacerlo sudar—, *si* de verdad hubiera sucedido.

Cuando me quedo paralizada, él también. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tu equipo de seguridad no la dejó pasar por la puerta —me arqueo y le paso la lengua por la oreja—. ¿Adivinas por qué?

Gime y me agarra el culo con ambas manos. —Joder, Vesper…

—Porque al parecer… —le muerdo el lóbulo de la oreja con fuerza para llamar su atención—, has decidido que ahora soy prisionera.

Le suelto la polla y doy un paso atrás tan rápido que casi se cae hacia adelante.

El cambio del placer a la confusión es instantáneo. Me mira como si le acabara de dar una bofetada. —¿Qué demonios acaba de suceder?

—¡*Tú* sucediste! —levanto las manos—. ¡Tus nuevas y estúpidas normas de seguridad sucedieron! Charity ni siquiera pudo pasar la puerta principal porque decretaste que nadie entra ni sale sin tu aprobación.

Sigue sentado ahí con la polla al aire, con cara de perdido. —No sabía que venía.

—No debería tener que aprobar a mi mejor amiga contigo, Kovan.

—El nuevo equipo tiene protocolos estrictos…

—¿Dónde está mi antiguo equipo? —me cruzo de brazos—. ¿Dónde están Aleksei y Filipp?

Él no me mira a los ojos. —Reasignados.

—¿A dónde?

—Otras funciones.

—¿Qué "otras funciones", Kovan? Porque, la última vez que revisé, su único trabajo era protegerme.

Se pasa las manos por el cabello. —El nuevo equipo está mejor entrenado.

—¡El nuevo equipo no me deja salir de casa! —me cuesta controlarme—. Quería recoger a Luka del colegio hoy, y se negaron. ¡Se negaron! Se supone que soy su madre, y tus matones no me dejaron recoger a mi propio hijo.

—Es temporal…

—¡No me importa si es temporal! Me importa que hayas tomado esta decisión sin consultarme. Me importa que hayas convertido nuestra casa en una prisión y que yo sea la única que no tenga voz ni voto.

Finalmente se vuelve a meter en sus pantalones y se pone de pie. —Vesper, casi te mueres en la clínica.

—Pero no lo hice —me acerco a él—. No morí, Kovan. Luché y sobreviví, y ahora actúas como si fuera de cristal.

—No puedo volver a pasar por eso —su rostro está desolado por la angustia—. Creí que estabas muerta. No podía respirar, no podía

pensar, no podía hacer nada más que imaginar mi vida sin ti.

De repente, se me va la voluntad. Vuelvo a subirme a su regazo y le enmarco la cara con las manos. —Sé que tienes miedo. Sé que quieres protegerme.

—Entonces *déjame* —suplica.

—¿Confías en tus hombres?

—Por supuesto que sí.

—Entonces, deja que hagan su trabajo. Que me protejan mientras vivo mi vida.

Me acerca más y siento que se le pone duro de nuevo a pesar de nuestra discusión. —No me gusta tener esta conversación cuando estás medio desnuda.

—Entonces, mejor acabemos rápido —me froto contra él lo justo para hacerlo sisear—. Lo que pasó en la clínica fue mala suerte. Un rayo no cae dos veces.

—Podría hacerlo.

—O puede que no. Y no puedo pasarme la vida esperando lo que podría o no suceder —le tomo la cara de nuevo—. Se supone que este matrimonio es un equipo. Los equipos no toman decisiones unilaterales sobre la vida del otro.

—¿Qué pasa si no podemos llegar a un acuerdo?

Sonrío y deslizo mis dedos hacia abajo para bailar claqué sobre su erección otra vez. —Entonces, te vas a familiarizar mucho con tu mano derecha.

—Eso es chantaje.

—Así es el matrimonio, cariño —ño aprieto lo justo para que se quede sin aliento—. Tú usas tus fortalezas; yo uso las mías.

—Tus fortalezas son completamente injustas.

Me río y lo beso, solo un poquito antes de alejarme. —Nos vemos a mitad de camino.

Se queda callado un buen rato, sus manos moviéndose inquietas por mi espalda. —Debería haber hablado contigo primero.

—Sí, deberías haberlo hecho.

—Y quizá los nuevos protocolos sean un poco excesivos.

—¿"Un poco"?

—Vale. Son muy excesivos —suspira—. Podemos ajustar algunas cosas.

Le rodeo el cuello con los brazos. —Te amo.

—Eres un problema.

—Del mejor tipo —me remuevo contra él—. ¿Quieres castigarme por ser tan difícil?

Su sonrisa se vuelve maliciosa. —Pensé que nunca lo preguntarías.

Se levanta, conmigo todavía abrazado a él, y me tira en la cama. Lo que sigue es el tipo de castigo que me hace querer portarme mal más a menudo.

Mucho, mucho más a menudo.

KOVAN

—¿Qué pasa? —pregunta Pavel en el momento en que me encuentra solo en la terraza.

Levanto el teléfono. —Dos llamadas perdidas de Denis. Incluyendo un mensaje de voz que suena fatal.

—Vamos a escucharlo.

Le doy play. Se oye estática por el altavoz y bocinas de autos retumban de fondo. Entonces se oye la voz de Denis, áspera y débil. Arrastra las palabras tan mal que resulta incomprensible. Es una mezcla de ruso e inglés, con fragmentos sueltos, cortados y retorcidos.

—¿Entiendes algo de esto?

Pavel mira el teléfono con los ojos entrecerrados, frunciendo el ceño mientras se concentra. —Creo que habla de una promesa… ¿O quizá de un prisionero?

—Joder —alzo la voz hacia la casa—. ¡Osip!

Osip corre a la terraza, alerta y listo. —¿Dónde está el fuego?

—¿Sabemos dónde está Denis esta noche?

—Puedo averiguar dónde está en menos de cinco minutos.

—Hazlo. Rápido. Tenemos que llegar a él cuanto antes.

Mientras Osip desaparece en la casa, Vesper aparece en la puerta. Lleva una combinación blanca y negra con un escote tan pronunciado que se le asoman los senos. Debería darle un código de vestimenta, sobre todo cuando están los chicos.

Lo haría… si no me preocupara que me muerda la cabeza.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta. Está contentísima desde que supuestamente reduje la seguridad a la mitad.

Al menos eso es lo que ella cree que hice. La seguridad es exactamente la misma que antes. Pero ahora la mitad de los hombres están apostados fuera del recinto, lo que significa que no los ve. En realidad no cedo, pero aun así me llevo el crédito.

Lo cual se traduce en sexo. Mucho, mucho sexo de agradecimiento.

Un hombre mejor se sentiría culpable por engañarla. Qué lástima que no sea un hombre mejor.

—Todo bien. Solo estoy haciendo un reconocimiento de algunos de mis hombres. Quizá tengamos que salir un rato.

Frunce los labios. —¿Los tres?

—No debería tomar mucho tiempo.

—Eso fue lo que dijiste ayer cuando saliste para esa "reunión de negocios".

—¿Por qué están entre comillas las palabras "reunión de negocios"? —pregunto—. *Fue* una reunión de negocios.

Sale a la terraza con las manos en las caderas, así que sé que habla en serio. —Nadie tiene una reunión de negocios a las once de la noche, Kovan. ¿Por quién me tomas?

La rodeo con el brazo y la atraigo hacia mí. —¿Alguien hermosa?

—Buen intento —a pesar de la mirada que me dirige, se ríe.

Estoy a punto de besarla cuando veo a Osip aparecer al fondo. Levanta su teléfono para mostrarme la ubicación.

Le doy a Vesper un beso distraído y la suelto. —El deber llama.

Suspira profundamente. —Espero de verdad que atrapes a este bastardo pronto. Quiero que me devuelvan a mi esposo.

—Lo tienes. Solo que llegará un poco tarde a casa esta noche. Pero no te preocupes… —le mordisqueo la oreja antes de besarle la nuca —. Te daré una serie de orgasmos alucinantes para compensarlo.

Se pone colorada como un tomate y se gira para ver si Pavel u Osip lo han notado. Pero los dos ya se han marchado discretamente.

Satisfecha de que nadie nos esté escuchando, sonríe. —Te tomo la palabra.



El edificio de apartamentos abandonado se encuentra en la peor zona de la ciudad, el típico barrio donde las farolas no funcionan y las sirenas suenan toda la noche. El ayuntamiento tiene previsto demolerlo en dos semanas.

Eso es demasiado tarde para Denis.

Lo encontramos tendido en un charco de su propia sangre afuera de las escaleras de entrada.

Con solo mirarlo, sé que lo encontramos con solo unos minutos de ventaja. Tiempo suficiente para sacarle información, no tanto para salvarle la vida.

—Denis —me equilibro sobre una rodilla mientras lo miro.

Lo han apuñalado varias veces. Una docena de heridas rojas y brillantes en su abdomen. Sus ojos luchan por enfocar los míos en la

oscuridad. El blanco de sus ojos es brillante, un marcado contraste con el rojo que mancha el resto de su rostro. Cuando abre la boca, sale más sangre a borbotones.

—Está bien —le digo—. El dolor se acabará pronto.

Denis se atraganta con su propia sangre, pero se oye un sonido de gárgara saliendo de la parte posterior de su garganta.

—Está tratando de hablar.—lo agarro suavemente por los hombros y lo levanto.

Se aferra a mi camisa. Su agarre es fuerte para un hombre que pronto morirá.

—M-mi f-familia… —murmura.

—Cuidaré de ellos —le aseguro—. Cumpliré mi promesa, Denis. Lo juro.

El miedo en su rostro desaparece al instante. Si no fuera por la sangre que gotea de él, parecería casi pacífico.

—¿Fue Ihor? —pregunto—. ¿Él hizo esto?

Siento algo en mi muñeca. Denis intenta introducir algo en mi palma. Es un trozo de tela. Una calavera roja cosida en tela negra.

—Esto es una señal de pandilla —digo.

—¿Entonces no es Ihor? —pregunta Osip, confundido.

—Denis, ¿quién te dio…?

Pero cuando levanto la vista del retazo de tela, Denis ya se ha ido. Sus ojos miran fijamente, sin pestañear, a la farola que cuelga sobre nosotros.

—Joder —lo recuesto sobre el cemento rugoso—. Saquen su cuerpo de la calle. Quiero que lo limpien y lo preparen para el entierro.

—¿Crees que fue un ataque al azar? —pregunta Osip—. Esa señal de pandilla… ya la he visto. Son de bajo nivel. No tienen nada que ver con las Bratvas.

—Pero se les puede pagar para que hagan el trabajo sucio de una Bratva —gruño—. Denis era la mano derecha de Ihor. El hecho de que lo atacaran tan pronto después de desertar es significativo. Puede que Ihor no haya asesinado a Denis, pero sin duda ordenó esto.

Osip niega con la cabeza. —No lo entiendo. Ihor cree que Denis es su hombre.

—¡No seas tan jodidamente estúpido, Osip! —estalla Pavel, mirando a Denis con pesar—. Es obvio lo que significa esto.

Osip parpadea mirando a Pavel, su piel se tiñe de un amarillo cetrino bajo las farolas. —¿Lo es?

Me limpio la sangre de las manos contra el trasero del pantalón. La mancha roja se extiende por la tela oscura. —Ihor lo sabe.

—¿Sabe qué exactamente? —susurra Osip, aunque sospecho que ya ha llegado a la misma conclusión.

—Que Denis se convirtió —me levanto con las rodillas crujiendo—. Que lo hemos atrapado. Que su lugarteniente de mayor confianza nos ha estado dando información durante semanas.

Pavel se pasa la mano por la cara. —¿Cómo es posible? Fuimos cuidadosos. Denis fue cuidadoso.

—Ser cuidadoso no significa ser invisible —saco mi teléfono y reviso mis contactos—. Alguien vio algo. Alguien habló. O quizás Ihor es más listo de lo que creíamos.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Osip.

Miro el cuerpo de Denis una vez más. Un hombre que murió por elegir el lado correcto. Un hombre que dejó atrás esposas e hijas

que nunca lo volverán a ver.

—Ahora asumimos que Ihor sabe todo lo que Denis sabía. Cada ubicación. Cada casa segura. Cada plan que compartimos con él —empiezo a caminar hacia el auto—. Y nos preparamos para la guerra.

—¿Y los demás que se convirtieron? —pregunta Pavel, poniéndose a mi lado—. ¿Están todos comprometidos?

—Tenemos que actuar como si lo estuvieran —me detengo en la puerta del conductor y miro hacia la esquina sucia donde murió Denis—. Contacten a todos y cada uno de ellos. Díganles que desaparezcan durante cuarenta y ocho horas. Nuevas ubicaciones, nuevos teléfonos, todo nuevo.

—¿Y después de cuarenta y ocho horas?

—Después de cuarenta y ocho horas, sabremos a quién más ha llegado Ihor —abro la puerta del auto—. Porque quien no contacte para entonces está muerto o nunca se convirtió para empezar.

Osip se sube al asiento del copiloto. —Esto lo cambia todo.

—No —lo corrijo mientras enciendo el motor—. Esto no cambia nada. Siempre supimos que Ihor era peligroso. Siempre supimos que era inteligente. Lo único que ha cambiado es que ahora sabemos que está listo.

KOVAN

—¿Kovan?

La voz de Vesper atraviesa la niebla de mi cabeza. Llevo tres horas sentado en esta silla, con la mirada perdida, dejando que la oscuridad me consuma. El peso en mi pecho se siente permanente ahora… un bloque de hormigón que se asentó allí en el momento en que encontré a Denis desangrándose en esos escalones.

Se levanta de la cama, sus pies descalzos en silencio sobre la madera. La luz de la luna ilumina su piel a través de mi camiseta vieja. Está tan desgastada que prácticamente es transparente. Su cabello cae en ondas sobre sus hombros, despeinado por dormir, pero todavía tan hermoso que me deja sin aliento.

—¿Por qué estás sentado aquí en la oscuridad? —pregunta.

Niego con la cabeza. —No puedo hablar de eso.

Ella da un paso atrás y al instante quiero tragarme mis palabras. No quise sonar frío ni quiero ser un bastardo. Simplemente no sé cómo procesar el fracaso.

Y esta noche… esta noche no ha sido más que un fracaso.

En lugar de refugiarse en la seguridad de nuestra cama, se acerca. Se arrodilla frente a mí y posa sus manos sobre mis muslos con una

presión suave.

—Puedes contarme qué pasa. Puedes contarme lo que sea, Kovan.

—Vuelve a la cama, Vesper.

Endereza la columna. Aprieta la mandíbula con esa terquedad que conozco tan bien. —Soy tu esposa. No me voy a ninguna parte —sus manos suben y bajan por mis piernas, de las rodillas a los muslos y de vuelta—. Si no quieres hablar de ello, no te lo exigiré. Pero me sentaré aquí contigo en la oscuridad todo el tiempo que necesites.

—No tienes que hacer eso.

—Tengo un anillo en el dedo que dice que sí. Y aunque no lo tuviera, seguiría aquí. Porque te cubro las espaldas, Kovan, aunque no confíes en mí.

Levanto la cabeza de golpe. —Confío en ti. No se trata de confianza.

Ella suspira, pero no responde. En cambio, se incorpora y atrae mi cabeza hacia su pecho, rodeándome con sus brazos.

No tomo la decisión consciente de sostenerla; simplemente ocurre. Mis brazos rodean su cintura y aprieto mi rostro contra el algodón suave que cubre sus senos. Puedo oír su latido a través de la tela: firme, fuerte, vivo.

El sonido me llena de algo indescriptible. Esperanza, quizá. O simplemente la necesidad desesperada y angustiosa de aferrarme a algo bueno cuando todo lo demás se derrumba.

La arrastro hacia mi regazo y me inclino hacia su calor.

Nos abrazamos mientras la luz de la luna cambia de gris opaco a plata brillante. El tiempo transcurre de forma diferente cuando estás sentado entre los restos de tus planes y los brazos de tu ser querido. Los minutos se convierten en horas. Las horas se condensan en segundos.

Finalmente, mi pecho se afloja lo suficiente para que pueda hablar.

—Denis está muerto.

Sus brazos me aprietan. —Denis… ¿el hombre de Ihor?

—Era el único hombre en quien Ihor confiaba. Ahora está muerto. Y con él, nuestra mejor oportunidad de ganar esta guerra. Hemos perdido el factor sorpresa.

—Entonces, ¿Ihor sabía que Denis se había unido a ti?

Asiento. —No había otra razón para matarlo. Ninguna razón para matar a ninguno de ellos.

Se queda rígida en mis brazos. —¿Hay más?

—Justo después de encontrar a Denis, recibimos otra llamada. Otro de nuestros hombres. Luego otro. Luego otro —apenas puedo articular las palabras, son tan amargas—. Cinco en total. Todos hombres a los que Ihor tuvo bajo su control hasta que les di esperanza. Hasta que les prometí algo mejor.

—Entonces, ¿él sabe lo que has estado haciendo?

—Ha decidido pasar a la ofensiva. Pero lo está haciendo con inteligencia… contrata mercenarios para que no pueda desafiarlo abiertamente. Está jugando al gato y al ratón.

—¿Qué quieres decir?

—Localizó a una pandilla local y les pagó para que mataran a nuestros hombres. No hubo nada noble en sus muertes. Nada honorable. Los mataron a tiros en callejones y estacionamientos como perros.

Levanto la vista y veo que ha palidecido, aunque su mandíbula sigue firme. La palidez de su piel me hace estremecer. —Lo siento. No debería haber…

—Kovan Krayev —espeta—, ni se te ocurra disculparte por compartirlo conmigo. Jamás. No me importa lo mal que se ponga ni

lo aterrador que sea… *quiero* saberlo. Sobre todo si es algo que te hace querer quedarte a oscuras solo.

Ella toma mi rostro entre sus manos, mirándome con una intensidad tan feroz que, por un momento, creo que realmente puede arreglar todo lo que está roto en mi mundo.

—No quiero que te preocupes por esto —insisto en voz baja—. Puedo con ello.

—Sé que puedes. Lo que quiero decir es que no tienes que lidiar con esto solo. Ya no tienes que hacer nada solo, Kovan. Estoy aquí ahora; soy tu esposa. Quiero estar aquí.

Mi barbilla se hunde en mi pecho. —Todos esos hombres… prometí protegerlos.

—No puedes proteger a todos todo el tiempo, mi amor —su voz se vuelve suave, tranquilizadora—. Pero te diré lo que puedes hacer ahora. Puedes cuidar de sus familias. Estos hombres… dejaron atrás gente, ¿verdad? ¿Seres queridos? ¿Madres, padres, esposas, hijos?

—Sí.

—Entonces, asegurémonos de que todos estén bien atendidos. Ofrezcámosles funerales dignos del sacrificio que hicieron. Puedo planearlo todo.

—No tienes que hacer eso.

—Yo quiero.

Niego con la cabeza ante este ángel que, de alguna manera, cayó en mi regazo. —¿Por qué?

Ella sonríe y me toma la mano, dándome un suave beso en los nudillos. —Porque soy tu esposa. Es mi trabajo.



Tres días después, estoy frente al espejo de nuestra habitación, luchando con una corbata de seda que se niega a cooperar. He hecho este mismo nudo miles de veces, pero hoy mis dedos no funcionan bien. Todo se siente torpe y mal.

—¡Joder! —tiro la corbata al suelo.

Oigo un suave sonido detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a Vesper observándome, con nuestro hijo acunado en sus brazos. Camina hacia la cuna a su lado de la cama y acuna a Tali con cuidado, luego recoge mi corbata tirada.

—Déjame.

Me quedo completamente quieto mientras ella se acerca, esa suave sonrisa jugando en sus labios mientras coloca la seda alrededor de mi cuello.

—Yo solía atarle las corbatas a mi papá cuando él tenía reuniones o conferencias importantes —murmura—. Decía que yo era su amuleto de la suerte.

La observo trabajar, noto la concentración en su rostro, la forma en que sus dedos se mueven con confianza, preguntándome por millonésima vez si cometí un pecado grave al arrastrarla a mi mundo.

¿Qué dice de mí el haberla arrastrado a este pozo negro? Si de verdad la amaba, ¿no debería desearle algo mejor que esta vida?

—Listo —me toca el pecho—. Perfecto. Estás listo.

—Gracias.

—Por supuesto —retrocede un paso para mirar el traje que llevo puesto—. ¿Me das cinco minutos? No tardaré mucho.

—¿Tardar mucho para qué?

—Tengo que vestirme para los funerales.

Mi rostro se endurece. —Vesper, no vienes conmigo.

Su sonrisa se desvanece. —¿Disculpa?

—Agradezco todo lo que has hecho estos últimos días, pero no es necesario que estés en el funeral. Tienes a Luka y a Tali, y este va a ser un día muy largo.

—Estoy preparada para un día largo. Iré contigo, Kovan. Ya está decidido.

—Vesper…

—¡No! —grita, cortante y feroz—. Entiendo que están pasando muchas cosas, pero evitarme no puede ser una de tus estrategias de defensa. Soy tu esposa, Kovan. ¿A menos que intentes decirme que esas promesas que hicimos en el balcón solo eran un juego de simulación?

—Por supuesto que no lo eran…

—Entonces, ¿por qué me alejas?

—Vesper, no te estoy alejando.

—¿Y entonces qué pasa? —extiende la mano tímidamente y la pone sobre mi brazo—. Por favor, dime qué te pasa, porque me estoy volviendo loca.

Trago saliva. *Ahora o nunca, cobarde.*

—Supongo que tengo miedo de que, si estás expuesta demasiado a mi mundo, querrás abandonarlo.

Me mira tanto tiempo que empiezo a entrar en pánico. Eso es todo… quería una salida y se la di. *Tonto. Maldito imbécil.*

—Para ser un hombre inteligente, a veces puedes ser estúpido.

Parpadeo. —¿Disculpa?

—Te amo, Kovan. No importa lo que vea, no importa lo que oiga. No importa lo feo que se ponga, te amo y no me voy a ningún lado — me tiende la mano y la tomo sin dudarlo—. Vamos, esposo. No queremos llegar tarde.

Hay un momento de incertidumbre en su expresión. Está esperando que me oponga, que me resista, que insista en que se quede.

Pero me doy cuenta de que por mucho que quiera hacer todas esas cosas, la quiero aún más a mi lado.

Así que le aprieto la mano.

Y nos vamos juntos.

VESPER

—¿Por qué no te sientas?

Me vuelvo hacia Pavel con una mirada penetrante. —No soy yo quien lleva seis horas de pie —mi mirada regresa a mi esposo, que da otra vuelta por la abarrotada funeraria. Es su tercera vuelta en los últimos veinte minutos.

Habla con una de las viudas. Es más joven de lo que esperaba, probablemente de unos treinta y tantos, o como mucho de cuarenta. Su brazo rodea con gesto protector a un niño que parece tener la edad de Luka. Cabello oscuro, ojos marrones y serios que no paran de mirar a su madre y al imponente hombre agachado ante ellos.

Se seca los ojos con un pañuelo arrugado mientras Kovan se acerca. Su mano se posa en su brazo. No entiendo sus palabras desde aquí, pero lo que sea que esté diciendo la hace sonreír entre lágrimas. El niño lo mira boquiabierto, con asombro.

Ha estado haciendo esto todo el día. Moviéndose de familia en familia, de grupo en grupo. Encontrando las palabras adecuadas para hacer sonreír a la gente cuando deberían estar destrozadas. Dándoles razones para tener esperanza cuando la esperanza parece imposible.

Sigue tan inmaculado como cuando llegamos al funeral hace seis horas. Su traje negro permanece impecable, planchado a la

perfección. Su sonrisa permanece sincera con cada persona que se le acerca. Su postura se mantiene recta, sin la menor señal de cansancio.

Pero yo lo sé mejor.

He estudiado a Kovan de cerca durante los últimos meses, he memorizado sus señales, aquellas que probablemente él ni siquiera se da cuenta de que tiene.

Él está *exhausto.*

—Tiene que sentarse —le digo a Pavel, sin apartar la vista de mi esposo—. Lleva horas en esto. ¿No puedes encargarte tú un ratito?

Pavel me acerca una silla. Con un suspiro de derrota, me hundo en ella, y mis piernas doloridas sienten un alivio inmediato.

—No, V. Él es el *pakhan*. Tiene que ser él quien hable con todos, quien tranquilice a todos. Este es su trabajo, y no es fácil. Por eso se necesita un hombre fuerte para manejarlo, y Kovan es el hombre más fuerte que conozco.

—¿Pero debería tener que ser fuerte todo el tiempo? —suplico.

Pavel parece desconcertado por la pregunta. Como si le hubiera preguntado por qué el agua está mojada o por qué el cielo es azul.

—Sí —dice simplemente—. Es el *pakhan*.

—Bueno, al diablo con esto. Voy a traerle comida y agua, lo haré sentar diez minutos y…

Pavel se interpone en mi camino antes incluso de que me haya levantado del todo de mi asiento.

—¿Me disculpas? —pregunto apretando los dientes.

—No, no lo haré —dice, educado pero firme—. No puedes dejar que te vean cuidándolo, V. Te lo dije: él es quien manda aquí. Necesita que te vean cuidando de todos los demás.

—Pero…

—Tiene que demostrar fuerza ahora. Y es difícil si su esposa lo obliga a sentarse para darle de comer uvas y secarle el sudor de la frente.

Le lanzo una mirada fulminante. —Eso no es lo que intento hacer.

—Lo sé —dice—. Mira, sé que intentas ayudar. Pero créeme, así no se hace.

Reprimiendo mi frustración, escucho a Pavel y permanezco en mi silla. Pero mantengo la vista fija en Kovan todo el tiempo, observándolo moverse por la sala con la destreza de un político y la preocupación genuina de un hombre al que realmente le importa esta gente.

—¿Cuánto tiempo más va a durar esto?

—El tiempo que sea necesario.

Mis rodillas amenazan con doblarse por el cansancio de este día interminable, y soy yo quien está sentada. No puedo imaginar cómo se siente Kovan ahora mismo.

Pero al mirarlo, uno pensaría que está tallado en granito. No hay grietas en su armadura, ni señales de que vaya a bajar el ritmo pronto.

Quiero desesperadamente ir hacia él. Quiero rodear sus anchos hombros con mis brazos y abrazarlo hasta que la tensión finalmente abandone su cuerpo.

Pero Pavel tiene razón. Todo en este mundo se trata de poder. De percepción. De no dejar que te vean tropezar.

Kovan deja a la viuda y a su hijo, alborotando el cabello del niño antes de dirigirse al frente de la sala. Se acerca a la plataforma elevada donde se exhiben imágenes de los caídos entre elaboradas

coronas y guirnaldas. Flores que encargué a medida, según los deseos de cada familia.

Me sentí orgullosa de mí misma en los días previos a este funeral. Orgullosa de mi pequeña contribución.

Pero ahora, de pie en esta habitación llena de dolor y rabia y desesperada esperanza, mis flores parecen insignificantes. Una venda bonita en una herida que nunca sanará del todo.

Kovan sube a la plataforma y toda la sala queda en silencio. Todas las miradas están fijas en él. Siempre me ha causado ese efecto, pero ahora me doy cuenta de que no soy especial.

Ha conseguido que todos en esta sala también se enamoren un poquito de él.

—Este día es para recordar —comienza Kovan. Su voz se escucha con facilidad en el enorme salón, aliviada por el silencio sepulcral—. Este día es para apreciar y agradecer. Cinco hombres perdieron la vida a mi servicio, y estamos aquí para despedirnos de cada uno de ellos.

Hace una pausa. Siento que la sala contiene la respiración.

—Pero nada de eso es por lo que estoy aquí hoy.

El silencio se vuelve absoluto. Ni siquiera se oye el sonido de la respiración.

—Estoy aquí hoy para hacerles una promesa. A los cinco hombres que murieron a mi servicio y a sus familias, les digo que no dejaré que estas muertes queden sin respuesta. Habrá retribución por lo que hemos perdido.

Sus ojos verdes recorren a la multitud, y puedo ver el fuego que arde en ellos incluso desde aquí. —Todos son familia —concluye Kovan—. Y cuidaré de todos ustedes. Lo juro por los nombres de los hombres que perdimos hoy.

En cuanto termina de hablar, comienzan los aplausos. Al principio son lentos, luego aumentan… aplausos cargados de emoción, reforzados por rostros sombríos que aún no han encontrado el cierre. Continúan durante lo que parece una eternidad y Kovan permanece allí, solo en esa plataforma, como una figura solitaria observando cómo todos lo aplauden.

Quiero estar ahí arriba con él, pero aprieto los puños y me recuerdo que ya no basta con ser solo la esposa de Kovan.

Tengo que ser la esposa de un *pakhan*. Una esposa de Bratva.

Las reglas aquí son diferentes.

60

VESPER

Es casi medianoche cuando finalmente llegamos a casa.

Voy directo a la guardería para ver cómo está Tali, que duerme plácidamente en su cuna con la niñera de turno a su lado. María levanta la vista de la manta que está tejiendo y me cuenta rápidamente cómo ha estado su día: cuánto ha comido, cuándo ha dormido la siesta, cuánto ha jugado con sus juguetes. Respiro aliviada sabiendo que mi bebé está sano y salvo.

Me deslizo a la habitación de Luka, solo para ver su rostro dormido. Está tan acurrucado entre sus mantas que apenas se lo ve, pero puedo ver lo suficiente para saber que está tranquilo. Contento.

Satisfecha de que mis hijos estén bien, regreso a nuestra habitación. Kovan ya está en la ducha. La puerta del baño está cerrada y oigo correr el agua.

Estoy de pie fuera de la puerta, todavía con mi vestido negro de Prada y mis cuñas de Valentino. Mi cabello sigue recogido en su moño perfecto, aunque se me han escapado varios mechones durante el largo día.

Probablemente quiera estar solo. Fue un día agotador y se mantuvo alejado de mí todo el tiempo. Quizá sea su forma de decirme que yo también lo haga.

Empiezo a alejarme de la puerta… pero algo me hace detenerme.

—Al diablo con eso —susurro en voz baja mientras me llevo la mano hacia atrás para abrir la cremallera del vestido.

Se siente increíble liberarse de la tela rígida. Me quito los tacones y me quito las horquillas del cabello, dejándolo caer suelto sobre mis hombros. Desnuda, me deslizo silenciosamente al baño.

La habitación está llena de vapor. Apenas puedo distinguir la silueta de Kovan a través de la puerta de cristal de la ducha. Está de espaldas a mí, y por el potente sonido del chorro, no me ha oído entrar.

Mi corazón late con fuerza mientras abro la puerta de la ducha y entro. La pared de calor me envuelve el cuerpo de inmediato, y tengo que parpadear para protegerme de la niebla.

Kovan se gira al oír el sonido y, cuando sus ojos se encuentran con los míos, veo todo lo que se negó a mostrar hoy.

El agotamiento.

La preocupación.

El peso de la responsabilidad que amenaza con aplastarlo.

Todas mis dudas se disipan al instante. Camino directo a sus brazos y lo atraigo hacia mí. —Estuviste increíble hoy —murmuro contra su pecho—. Absolutamente increíble.

No dice nada, pero sus brazos me aprietan hasta que apenas puedo respirar. No me importa. Preferiría que me cortara la circulación antes que terminar este abrazo.

Él necesita esto.

Ambos lo necesitamos.

Finalmente, me suelta y me mira, con la confusión reflejada en sus ojos verdes. —No tenías que quedarte todo el tiempo —dice—. Pavel

u Osip podrían haberte llevado a casa después de presentar tus respetos a las familias.

—Tú te quedaste, así que yo también. Mi lugar está a tu lado, Kovan.

Frunce el ceño, observándome la cara. —Debes estar agotada.

—Ni la mitad de cansada que tú —digo, extendiendo la mano para acariciarle la mejilla. Tiene la piel áspera por la barba incipiente, y tiene arrugas alrededor de los ojos que no tenía esta mañana—. Estuvimos allí horas, y no te sentaste ni una vez. Ni un minuto. Quería ir a tu lado, quería estar ahí para ti, pero Pavel me lo impidió. Dijo que tenías que encargarte de esto solo.

—Sé que no entiendes por qué…

—Pero sí lo hago —interrumpo—. No me gusta, pero lo entiendo. Necesitas que te consideren invencible. Necesitas inspirar confianza y fe para que tus hombres te sigan a donde sea, incluso al infierno si es necesario. Es algo que Ihor nunca tendrá, Kovan. Deberías estar orgulloso.

Me aparta un mechón de cabello mojado de la cara. —Quizás sí lo entiendas.

—Te dije que podía con este mundo, Kovan. Es brutal, lo sé. Pero creo que tengo lo necesario no solo para sobrevivir, sino para prosperar.

Entonces sonríe, la primera sonrisa sincera que le he visto en todo el día. —¿Cómo pude dudar de ti?

—Porque *debiste* haber dudado de mí. Yo misma dudé. Para ser sincera, hubo un momento en que yo tampoco creí poder hacerlo.

—¿Qué cambió?

—Tú —le explico—. Me hiciste promesas. Me convertiste en tu esposa. Me mostraste lo que es una verdadera pareja. Y me di

cuenta de que, mientras estés a mi lado, puedo con todo.

Sus manos se deslizan alrededor de mi cuello, sus pulgares acarician mi mandíbula. —Eres una mujer extraordinaria, Vesper Fairfax.

—Y solo podría amar a un hombre extraordinario —murmuro, acercándome más a él—. Te pasaste el día entero cuidando de todos los demás. Ahora, déjame cuidarte a ti.

Puedo ver que no le resulta fácil ponerse en manos de otra persona. Ni siquiera en las mías. Sus músculos se tensan cuando apoyo las palmas de las manos sobre su pecho y siento el ritmo constante de sus latidos bajo mi tacto.

—Vesper… —comienza.

—Shh —murmuro, dejándome caer lentamente de rodillas en el suelo de la ducha—. Ya no hay tiempo para hablar, esposo. Déjame cuidarte ahora.

Me mira fijo, el agua gotea entre las protuberancias de sus abdominales mientras envuelvo mi mano alrededor de su miembro endurecido. Al principio me tomo mi tiempo. Acaricio, provoco, le doy besos suaves en los huesos de la cadera mientras él se aferra a las paredes de la ducha a ambos lados.

Cuando por fin lo tomo en mi boca, se estremece y parece derretirse contra el azulejo. Basta con ese primer roce de mi lengua, y es mío… listo para entregarme este terrible día.

Así será nuestra alianza, me doy cuenta. Él será el líder que el mundo verá. El *pakhan*, el don, el hombre sin debilidades ni defectos.

Pero a puerta cerrada, puede bajar la guardia. Puede ser humano.

Y, lejos de ser su debilidad, yo puedo ser su fortaleza.

Lo tomo más profundamente. Sus dedos se enredan en mi cabello mojado mientras exhala mi nombre. Sabe limpio, a ducha,

masculinidad y perfección. Está tan duro que apenas me cabe en la boca, pero estoy decidida.

Abriendo más los labios, muevo la cabeza hacia adelante y hacia atrás, dejando que su punta llegue a la parte posterior de mi garganta.

—Dios mío —gime, apretándome el cuero cabelludo—. Cariño, sí… justo así…

Me tomo mi tiempo. Lo lamo con la lengua hasta que puedo tomarlo por completo. Cuando estoy lista, lo trago tan profundo que puedo sentirlo golpear mi garganta, y cuando empieza a respirar con más fuerza, embistiendo con creciente urgencia, me mantengo firme. Soporto su dolor, su estrés, su agotamiento… todo lo que me da.

Y cuando él se corre con un jadeo entrecortado que hace que mi centro se contraiga de necesidad, lo bebo y trago cada gota.

Eso es lo que hace una buena esposa.

VESPER

Es un buen día.

He vuelto a usar mis jeans de antes del embarazo sin tener que acostarme en la cama para subirlos. Mis senos lucen fantásticos con un poco más de relleno, gracias a mi bebé, que siempre tiene hambre. Y Kovan ha aceptado dejarme visitar San Rafael para ver cómo están mis pacientes y hablar en persona con Richard.

La palabra "dejarme" me rechina, pero reprimo la irritación. *Elige tus batallas, Vesper.*

Me toma aproximadamente una hora comunicarme con todos mis pacientes y charlar con la Dra. Walters sobre su estado. Hay una pequeña parte de mí que está molesta por lo bien que está en mi ausencia. Mi sustituta es competente, meticulosa, y los niños la adoran. Debería estar encantada. En cambio, siento una extraña territorialidad en mi trabajo, lo que me hace sentir insignificante y pequeña.

Pero me alegro por mis pacientes. Elegí a un candidato digno. Solo espero tener un trabajo esperándome cuando regrese.

Entro a la oficina de Richard con una gran sonrisa, verdaderamente agradecida por no tener que lidiar más con esa serpiente de Jeremy. Porque mi hombre lo manejó por completo. Igual que maneja cada problema que se le presenta.

—Hola, Richard —me acomodo en la silla de cuero frente a su escritorio.

Se levanta y me ofrece café… por fin puedo volver a tomar café… y luego nos ponemos a charlar un rato. *¿Cómo está tu esposa? ¿Cómo están los niños? ¿Va bien el hospital?*

Me doy cuenta de que disfruto la conversación más de lo que esperaba. Resulta que pasar la mayor parte del tiempo con un bebé reduce el nivel de interacción con adultos.

—Debo decir que te ves muy bien para ser una mamá que solo lleva cuatro meses de posparto.

—Gracias. He empezado a hacer yoga ahora que estoy en casa todo el tiempo. Por fin entiendo porque le gusta tanto a la gente.

Sonríe distraídamente, mirando su teléfono por tercera vez desde que entré. Su pierna rebota bajo el escritorio. Lo que sea que quiera discutir, lo pone nervioso.

—¿Y el bebé cómo está?

—Maravilloso. A mi hijo mayor, Luka, le encanta ser hermano mayor. Cuida mucho del bebé por mí —observo su rostro, intentando interpretar su expresión—. Richard, ¿está todo bien? Pareces tenso.

—Es un momento especial —dice, ignorando por completo mi pregunta.

—En realidad lo es —asiento, preguntándome hacia dónde se dirige esta conversación.

—Lo que me lleva a algo que quería discutir contigo —Richard se aclara la garganta y juguetea con su taza de café como si guardara los secretos del universo.

Yo espero. Él espera.

—¿Bueno? —pregunto.

Se aclara la garganta. —Me preguntaba si te gustaría extender tu baja por maternidad.

Parpadeo dos veces, segura de haber oído mal. —Lo siento… Tendrás que repetirlo. Creo que no lo entendí bien.

Tiene las mejillas sonrojadas. —Si no me equivoco, es tu primer bebé, ¿verdad? Debe sentirse abandonado tu hijo desde que llegó el bebé.

Ahora estoy irritada. —A Luka le encanta ser hermano mayor. Y no está celoso porque no hay razón para estarlo. Lo quiero tanto como a Tali.

—Por supuesto, no quise insinuar… solo… quería darte la opción…

No me mira a los ojos. Hay señales de alerta por todas partes.

—Como dijiste, este es un momento especial —dice, y luego da un giro brusco—. Mi esposa es abogada, ¿lo sabías? —no espera mi respuesta—. Ejerció hasta que tuvimos a nuestro primer hijo. Intentó volver a trabajar cuando él tenía seis meses, pero era demasiado difícil compaginar una carrera tan exigente como la abogacía con la crianza de un hijo. Así que decidimos que sería mejor para nuestra familia que se tomara más tiempo libre. Al final, se tomó once años antes de volver.

Se me dispara la presión. —Disculpa, ¿me estás pidiendo que me tome los próximos *once años* libres?

El rubor de Richard se intensifica. —¡Claro que no…! Solo te ofrezco la oportunidad de pasar más tiempo de calidad en casa con tus hijos.

Arqueo una ceja y le dedico mi mirada más fulminante. —¿Y si me niego, entonces qué? ¿Soy una mala madre?

—No, no, Vesper. Claro que no. Me temo que me has malinterpretado.

—Claramente. Porque no entiendo a dónde quieres llegar, Richard. A menos que busques una manera fácil de decirme que estoy despedida.

Richard suspira profundamente. —Eso no es lo que pasa aquí, Vesper. Tu trabajo es tu trabajo. Nadie te lo va a quitar.

—Entonces, ¿estás diciendo que, si me tomo los próximos diez años libres y decido volver en una década, mi trabajo estará aquí, esperándome?

—Mientras yo siga al frente de la junta, sí; puedo decirlo con seguridad. Y, sinceramente, con tus credenciales, no importaría quién la dirija. Te contratarán de inmediato. Sin hacer preguntas.

—Todavía tengo preguntas —me levanto, con la ira creciendo en mi pecho—. Hay algo raro aquí y quiero saber qué es.

—Le estás dando demasiadas vueltas a esto, Vesper. Solo te doy una opción. Tú y tu esposo tienen que decidir si la toman o no.

Me quedo paralizada. —¿Qué tiene que ver mi esposo con esta decisión? Estamos hablando de mi carrera. Mi trabajo, mi decisión.

—Por supuesto —murmura Richard, volviendo a mirar su escritorio.

Las piezas encajan. —Esto no viene de ti, ¿verdad? ¡Viene de Kovan!

El estremecimiento de Richard lo delata de inmediato.

—Tengo razón, ¿verdad? Kovan te llamó y te convenció de que me propusieras una extensión de mi baja por maternidad.

Richard suspira profundamente. —No quería hacerlo. Pero es difícil decirle que no a tu esposo.

—¡Increíble! —me dirijo hacia la puerta con furia creciendo en mi pecho.

—Vesper, ¿a dónde vas?

—Voy a decirle a mi esposo lo que pienso —espeto, saliendo corriendo de la oficina de Richard sin mirar atrás.

Supongo que no es un buen día, después de todo.



—¡Fuera!

Hay al menos una docena de hombres de pie alrededor de la oficina de Kovan en la sede de Krayev. Algunos rostros me resultan familiares, la mayoría no. No tengo ni idea de si son importantes colegas de negocios, *vors* de bajo nivel o algo intermedio.

Y, ahora mismo, me importa un carajo.

—¿Vesper? —Kovan se pone de pie, la imagen del control tranquilo, a pesar de que sus cejas se han disparado hacia la línea del cabello.

—¿No me oyeron? —gruño—. Necesito un momento a solas con mi esposo. Lo que significa que necesito que todos salgan. Ahora.

Hay una breve pausa. Todos los hombres se giran hacia Kovan, esperando su permiso. Él les hace un gesto breve con la cabeza, y solo entonces todos empiezan a caminar hacia la puerta.

Incluso eso me molesta.

—Qué entrada —comenta Kovan cuando nos quedamos solos—. Por cierto, esos jeans te quedan increíbles.

—Los halagos no te ayudarán aquí.

—No intentaba halagarte —rodea su escritorio—. Solo estaba siendo honesto.

—¿Honesto, eh? Qué interesante. No sabía que fueras capaz de serlo.

Hace una pausa. —¿Qué tal tu reunión con Richard esta mañana?

—¡Púdrete!

Suspira, como si no esperara menos. —No debería sorprenderme. Richard no me parece sutil.

—Esto no es su culpa. Al igual que obligarme a jubilarme anticipadamente no fue idea suya.

—Esa nunca fue mi intención.

—¿Entonces qué, Kovan? —me cruzo de brazos—. Ahora estamos casados, ¿así que tengo que quedarme en casa y ser la ama de casa recatada? ¿No hay trabajo para mí, porque el feminismo no existe en tu versión de nuestras vidas?

—Estás siendo dramática.

—¡Y tú eres un imbécil misógino!

Él permanece allí, imperturbable, destilando confianza sensual y atractivo masculino. Lo cual me enfurece aún más porque, a pesar de lo enojada que estoy con él ahora mismo, no me impide querer abalanzarme sobre él.

—No fue una gran maniobra para que dejaras tu trabajo —explica—. Hablé con Richard antes de tu reunión y surgió el tema.

—¿Qué fue exactamente lo que "surgió"?

—La paternidad. La situación con Ihor. Pensé que, con todo lo que está pasando, agradecerías un poco más de tiempo en casa con los niños.

—Ahí está otra vez —espeto con disgusto—. Me molesta la insinuación de que, si no quiero quedarme en casa con los niños todo el tiempo, eso me convierte en una mala madre. Una mala mujer.

Levanta las manos. —Nadie dijo eso.

—¡*Tú* lo estás diciendo! No directamente. Pero puedo leer el subtexto. Lo he hecho toda mi vida. ¿Alguien te ha dicho a ti que dejes de trabajar para poder pasar más tiempo con los niños?

—No…

—¡No! —exploto—. Porque no es algo con lo que los hombres tengan que lidiar. Son las mismas tonterías patriarcales con las que las mujeres tenemos que lidiar constantemente.

Kovan da un paso adelante y me agarra por los hombros, mirándome fijamente. —Vesper, me encanta que seas doctora. Quiero que sigas siéndolo todo el tiempo que quieras. Pero los niños solo serán jóvenes una vez. ¿De verdad quieres perderte esta etapa de sus vidas?

Me lo quito de encima. —Estás siendo pasivo-agresivo y no lo aprecio.

—¿En qué sentido estoy siendo pasivo-agresivo?

—Por no ser sincero conmigo. Por no ser honesto conmigo. Por intentar hacerme creer que esto es por altruismo cuando no es así.

—Solo quiero…

—Quieres que me quede encerrada en mi jaula dorada hasta que atrapes a Ihor —interrumpo—. ¿No es cierto?

Se pasa la mano por el cabello. No dejo que su evidente cansancio me afecte.

—Puede que haya algo de verdad en eso.

Me muerdo el labio, intentando mantener la calma. —Sé que estás frustrado. Cada día que pasa sin que pilles a Ihor te estresa… lo entiendo. Pero no puedes esperar que yo deje de vivir mi vida por eso. Me prometiste que no me harías tu prisionera.

—No eres prisionera, Vesper. Esto es solo temporal… hasta que atrape a Ihor.

—¿Y si nunca atrapas a Ihor?

Su expresión se oscurece peligrosamente. —Esa no es una opción.

—Quedarme en casa a tiempo completo tampoco lo es para mí —insisto—. Me encanta ser madre y amo a mis hijos, pero soy médica y he trabajado duro para forjar mi carrera. No voy a echarlo todo a perder ahora solo para complacerte. Lo siento, pero no te casaste con esa persona. No dejaré que me hagas sentir culpable por querer algo más que ser esposa y madre.

Giro sobre mis talones y corro hacia la puerta. Cuando vuelvo a mirarlo, la mirada de Kovan se ha vuelto oscura y tormentosa.

Maldita sea. Se enoja mucho mejor que yo.

Aun así, hago lo mejor que puedo para responder a su enojo con el mío.

—Mi baja por maternidad termina en dos meses. Al final de esos dos meses, volveré a trabajar. Te guste o no.

KOVAN

Tenía dos meses.

Dos *malditos* meses para acorralar a ese bastardo y volarle los sesos.

Pero encontrar a Ihor está resultando más difícil que acabar con él, y mi plazo de dos meses vence oficialmente hoy.

Porque hoy Vesper vuelve a trabajar… me guste o no.

A menos que planee romper cada promesa que le hice desde que nos casamos y convertirme en el imbécil controlador que ella ya teme que soy.

—¿En qué piensas? —Annabelle entra en la cocina, golpeando el suelo de madera con su bastón. Últimamente se mueve más despacio, pero la quimioterapia la mantiene a raya por ahora. Pequeñas victorias.

—No quieres oír lo que estoy pensando ahora mismo.

—Déjame adivinar… ¿porque Vesper empieza a trabajar hoy?

Me aparto de la cafetera. —¿Te lo contó?

—Soy su madre. Necesitaba a alguien con quien desahogarse —Annabelle se acomoda en el rincón del desayuno con una pequeña

mueca—. Puede que se esté haciendo la dura con lo de volver al trabajo, pero le preocupa molestarte.

De alguna manera, eso no me hace sentir mejor.

La ayudo a sentarse, aunque le disgusta que lo haga. —No intento controlarla —le digo, sirviéndole café a Annabelle—. La quiero viva cuando termine lo de Ihor. No puedo protegerla si nunca está en casa.

—Vesper heredó lo mejor y lo peor de su padre —Annabelle acepta la taza con un gesto de agradecimiento—. Es brillante, intrépida y testaruda. Cuanto más la presiones para que se quede en casa, más se resistirá.

—Por eso me eché atrás por completo. Eso no cambia el hecho de que hay un psicópata ahí fuera que quiere hacerme daño a través de ella.

—Puedes explicárselo hasta que te pongas colorado. Ella lo entenderá, pero eso no significa que vaya a hacer lo que quieres —la sonrisa de Annabelle es triste—. Siempre fue testaruda. Creo que eso fue lo que te atrajo de ella en primer lugar, ¿no?

No puedo negarlo. —Sí, bueno. Su terquedad podría hacer que nos maten a ambos.

—Te casaste con una mujer fuerte, Kovan. La vida sería aburrida si ella se diera por vencida cada vez que te preocupas.

Me bebo la mitad del café de un trago. La cafeína no me hace ningún bien al nudo en el estómago. —Quizás.

—Apóyala, incluso cuando no quieras. Ella lo recordará en los momentos difíciles —Annabelle me da una palmadita en la mano—. Créeme… si llevas casado el tiempo suficiente, habrá muchos momentos difíciles.

—Lo estoy intentando.

—Yo sé que lo estás.

Quince minutos después de que Annabelle regrese a su habitación para su siesta matutina, Vesper entra a la cocina vistiendo pantalones negros y una blusa de seda que me hace agua la boca.

Se detiene en seco al verme. —Pensé que ya te habías ido a trabajar.

—De hecho, pensé en llevarte —sus cejas se elevan hacia la línea del cabello—. Es tu primer día de regreso.

—Kovan… —suspira mi nombre como si fuera un niño que se portó mal.

—¿Qué? Te estoy apoyando.

—O siendo posesivo.

—¿Por qué no ambas?

Eso casi le saca una sonrisa. Sus labios se contraen antes de girarse para servir café. —Tengo seis guardaespaldas siguiéndome a todas partes. ¿De qué sirve si tú insistes en rondarme también?

—Porque no confío en que nadie más te cuide —deslizo el maletín de cuero por el mostrador antes de que pueda darse vuelta—. Y porque es tu primer día de vuelta. Quiero ser yo quien te lleve.

Se da la vuelta, taza de café en mano… y se queda paralizada al ver el maletín. De cuero negro, con cierres de plata y sus iniciales bordadas en la parte delantera.

—¿Qué es esto?

—Una ofrenda de paz. Quizá una disculpa —me apoyo en el mostrador, mirándola a la cara—. Lo mandé a hacer a medida.

Deja la taza y abre los cierres. Se queda sin aliento al ver los instrumentos médicos guardados en terciopelo: estetoscopio, martillo de reflejos, otoscopio, todos grabados con sus iniciales.

—Dios mío —levanta el estetoscopio con dedos reverentes—. Kovan, esto es… —me mira y, por primera vez en semanas, no hay recelo en su expresión—. ¿Me los mandaste a hacer?

—Quiero que sepas lo orgulloso que estoy. Eres una doctora increíble, Vesper. Con esto apoyo tu carrera.

Me rodea el cuello con los brazos y hunde la cara en mi garganta. —No tienes idea de lo que esto significa para mí.

—Dado lo mucho que luchaste por ello, creo que sí.

Se aparta para mirarme. —No tienes que preocuparte tanto, ¿sabes? Tendré seguridad conmigo constantemente. Estaré en un hospital rodeada de gente. No va a pasar nada.

—Mejor que no —la preocupación me invade a pesar de mis esfuerzos—. Solo sígueme la corriente, ¿vale? Ten cuidado. Llama si algo no te parece bien. No vayas sola a ningún sitio y no dejes a tu guardia de seguridad por mucho que te tiente.

Me toma la cara con ambas manos. —Lo prometo. Estaré bien.

—Tienes que estarlo —cubro sus manos con las mías—. Pase lo que pase, mantente alerta. Protégete.

—Lo mismo te digo —su palma se desliza hasta posarse sobre mi corazón—. Te amo demasiado como para perderte.

Apoyo mi frente en la suya… este momento tranquilo de conexión se ha convertido en algo nuestro. Huele a café y al champú caro que usa. Si alguna vez la pierdo, no sé cómo seguiré adelante.

—Si se trata de elegir entre salvarte a ti misma o salvar a un paciente, sé egoísta. Sálvate a ti misma.

Ella no lo duda. —Lo haré.

Tengo que sonreír. —Estás mintiendo.

Me besa con fuerza y me guiña un ojo. —Vamos, esposo. Prometiste llevarme y vamos a llegar tarde.

Me aprieta el trasero al salir de la cocina. Pero apenas ha salido de la puerta cuando mi teléfono empieza a vibrar con mensajes.

Miro la pantalla.

PAVEL: ***Alerta roja. Ven ahora.***

VESPER

Ya estoy de vuelta.

Es lo que he deseado durante meses. Ponerme la bata de médico es como volver a casa. Su peso sobre mis hombros, el roce familiar del algodón almidonado, el brillo arcoíris de mi placa al reflejar la luz fluorescente… todo en ella grita que pertenezco a este lugar.

Esto es lo que soy. La Dra. Vesper Fair… No, eso no está bien.

El nombre todavía me sorprende cuando lo veo impreso en mi credencial.

Dra. Vesper Krayev.

Va a llevar algún tiempo acostumbrarse a eso.

Pero, a pesar de la satisfacción de volver a estar en mi elemento, no puedo dejar de pensar en Kovan. En algún punto entre la cocina y el auto esta mañana, su comportamiento cambió por completo.

En un momento, me besaba y me regalaba esos hermosos instrumentos grabados. Al siguiente, miraba su teléfono con miedo en la mirada.

Algo pasó. Algo tan malo que lo dejó frío y distante en treinta segundos.

Le pregunté al respecto media docena de veces durante el viaje. Cada vez, me esquivó con un beso o un chiste o cambió de tema por completo. Para cuando llegamos al hospital, estaba demasiado emocionada por volver al trabajo como para insistir.

Error estúpido.

He pasado toda la mañana distraída, haciendo el trámite de controlar a los pacientes mientras mi mente divagaba hacia ese momento una y otra vez.

Estoy en medio de la revisión de gráficos cuando suena mi bíper.

Richard Lovell - Oficina - Urgente

El mensaje me revuelve el estómago. Richard no usa urgencias a menos que sea algo serio. Me disculpo de las rondas y voy directo a su consultorio, agradecida de haber decidido volver al trabajo poco a poco hoy. No tengo cirugías programadas hasta la semana que viene, solo estoy poniéndome al día y reencontrándome con mis pacientes.

La oficina de Richard se ha transformado por completo desde la última vez que estuve aquí. Atrás quedaron las llamativas pinturas al óleo de Jeremy y su enorme escritorio de caoba. En su lugar, Richard ha instalado muebles modernos, líneas limpias y una docena de plantas alegres en macetas de cerámica de aspecto caro. El espacio ahora resulta realmente acogedor.

—Me gusta lo que has hecho con el lugar —comento mientras entro.

Richard no sonríe. Ni siquiera reconoce el cumplido. En cambio, señala la silla frente a su escritorio con un gesto ceñudo.

Mi pulso se acelera. —¿Qué sucede?

—Siéntate, Vesper —parpadea y añade—: Por favor.

Me hundo en la silla, consciente de pronto de lo silenciosa que está su oficina. Las plantas son lo único vivo en la habitación. —Richard,

me estás asustando.

Saca una gruesa carpeta manila y la coloca sobre el escritorio, entre nosotros. Le tiemblan las manos al abrirla y revela una pila de papeles que debe tener al menos cincuenta páginas.

—Se presentó una queja ética contra usted —dice en voz baja—. Hace como una hora. Se presentó a toda la junta en simultáneo.

—¿¡Qué!? *¡¿Otra?!*

—Intenté desestimarla de inmediato, pero investigué las consecuencias legales. Si tiro una queja tan detallada sin una revisión adecuada, podría enfrentar cargos penales de hacerse pública.

Cojo los papeles con manos temblorosas. El membrete de arriba es oficial: Junta Médica Estatal de California. Pero son las acusaciones de la primera página las que me dan ganas de vomitar.

Malversación de fondos hospitalarios.

Robo de órganos para venta en el mercado negro.

Negligencia médica que resultó en la muerte del paciente.

—Esto es una locura —hojeo página tras página de documentación: registros bancarios, informes quirúrgicos, historiales de pacientes. Todo parece oficial. Todo apunta directamente a mí—. Richard, sabes que esto es una mierda. Sabes que yo nunca…

—Claro que lo sé —se seca el sudor del labio superior—. Pero mira la página quince.

Encuentro la página y la hojeo rápidamente. Es un informe quirúrgico de hace seis meses: una apendicectomía de rutina a un niño de doce años. Según este informe, le extraje el riñón durante la intervención y lo vendí por doscientos mil dólares.

El problema es que recuerdo perfectamente esta cirugía. Fue una operación rutinaria. De manual. El niño se recuperó por completo y

se fue a casa dos días después.

Pero la documentación que tengo delante cuenta una historia diferente.

Fallecimiento del paciente durante una cirugía debido a un error quirúrgico. Extracción no autorizada de un órgano. Sospecha de falsificación de documentos.

—Todo esto es falso —susurro—. Cada página es inventada.

—Te creo completamente. Pero demostrarlo no será fácil —Richard se desploma en su silla—. La denuncia la presentó alguien con acceso a los registros internos del hospital. Alguien que sabía exactamente qué casos analizar y qué formularios falsificar.

Aprieto los puños. —Ihor.

—No puedo decirlo oficialmente, pero ¿extraoficialmente? Esto tiene sus huellas por todas partes —Richard mira hacia la puerta cerrada y luego baja la voz—. El momento tampoco es casualidad. ¿Tu primer día de vuelta, y de repente salen a la luz estas acusaciones?

Dejo los papeles con cuidado, aunque lo que realmente me gustaría hacer es romperlos en pedazos. —¿Y ahora qué?

—Con efecto inmediato, quedas suspendida de todas tus funciones médicas en espera de una investigación completa. No tengo otra opción, Vesper. Si te permito seguir ejerciendo mientras se revisan estas acusaciones, podría comprometer todo el caso.

Quiero vomitar. Después de meses de luchar para volver al trabajo, me obligan a salir en mi primer día. —¿Por cuánto tiempo?

—Indefinidamente. Si se demuestra que estos cargos son legítimos, perderás tu licencia médica para siempre.

—¿Y si se demuestra que son falsos?

—Entonces, te reintegran con todos los privilegios y probablemente una cuantiosa indemnización por parte de quien presentó

documentos falsos —la mueca de Richard se suaviza—. Sé que no hiciste esto, Vesper. Todos los que han trabajado contigo lo saben. Pero tengo que seguir el protocolo.

Me levanto lentamente, las piernas temblorosas y el corazón latiéndome con fuerza. —Entiendo.

—Hay algo más —Richard juguetea con su bolígrafo—. Tu esposo vino esta mañana, justo después de dejarte.

Eso me llama la atención. —¿Kovan estuvo aquí?

—Dejó muy claro que, si algo te sucedía bajo mi supervisión, habría consecuencias. Violentas —Richard intenta esbozar una sonrisa débil —. Nunca me habían amenazado con tanta educación.

A pesar de todo, casi sonrío. —Lo siento.

—No te preocupes. ¿Un hombre que ama tanto a su esposa? Lo respeto. Ojalá tuviera mejores noticias para ti.

Le estrecho la mano. —Gracias por decírmelo tú mismo. Y por intentar ignorarlo.

—Haré todo lo posible para agilizar la investigación. Cuanto antes demostremos que estos documentos son falsos, antes podrás volver al trabajo.

Recojo mi bolso y el estuche de cuero con instrumental médico que Kovan me regaló esta mañana. No se me escapa la ironía: me dio herramientas para celebrar mi regreso al trabajo, y ahora, me voy el primer día.

—¿Richard? —me detengo en su puerta—. No le digas esto a Kovan todavía.

Arquea las cejas. —Vesper, no puedo ocultarle algo tan serio. Sobre todo después de la conversación de esta mañana.

—No te pido que mientas. Solo dame veinticuatro horas para averiguar cómo decírselo yo misma. Ya tiene bastantes problemas

ahora mismo como para añadir esto a su lista.

Richard parece querer discutir, pero algo en mi expresión debe convencerlo. —Veinticuatro horas, es todo lo que puedo darte.

—Eso es todo lo que necesito.

Salgo de su oficina con la cabeza bien alta, aunque por dentro me estoy derrumbando. Dos de mis guardaespaldas me esperan en el pasillo: Shura y Efim, dos caras nuevas con las que me he propuesto no encariñarme. No después de lo que les pasó a Nikolai y Tikhon.

—Cambio de planes, caballeros —les digo—. Nos vamos temprano a casa hoy.

Shura abre la boca para hacer preguntas, pero parece pensárselo mejor. —Lo que usted diga, Sra. Krayev.

Me cambio la bata en mi oficina, la doblo con cuidado y la guardo en mi casillero. ¿Quién sabe cuándo la volveré a necesitar? ¿Si es que la volveré a necesitar?

El estuche de cuero se siente más pesado al llevarlo por los pasillos del hospital. Toda esa gente que Kovan conoce, todo el dinero que gastó en grabados personalizados, todo para nada. Los instrumentos permanecerán en su estuche forrado de terciopelo, sin usar, mientras lucho por demostrar mi inocencia.

Afuera, el sol californiano brilla demasiado y el aire es demasiado cálido para la época del año. Me pongo las gafas de sol y espero a que Efim traiga el auto, intentando parecer tranquila y serena mientras por dentro grito.

Entonces, mi teléfono vibra.

Todo mi cuerpo se enfría al leer el mensaje.

NÚMERO DESCONOCIDO: ***Tengo a Luka. Si quieres volver a verlo con vida, vendrás sola. A tu antiguo apartamento.***

Llega en treinta minutos o tendré que enviártelo pieza por pieza.

El teléfono se me resbala de las manos y cae al suelo con un ruido.

Shura aparece a mi lado al instante. —¿Sra. Krayev? ¿Se encuentra bien?

Miro el mensaje, lo leo una y otra vez, esperando que las palabras cambien. No cambian.

Ihor tiene a mi hijo.

Mi hijo de nueve años que me llama Mamá y construye robots y sueña con ser astronauta. El niño que me salvó el corazón cuando ni siquiera sabía que estaba roto.

—¿Señora? —la mano de Shura se cierne cerca de mi codo—. ¿Qué ocurre?

Recojo mi teléfono caído y borro el mensaje. Si Shura lo ve, llamará a Kovan de inmediato. Insistirá en tener refuerzos, en seguir el protocolo, en hacer todo al pie de la letra.

Pero Ihor fue claro. *Ven sola, o Luka morirá.*

No puedo correr ese riesgo.

No lo haré.

—No pasa nada —miento, intentando mantener la voz firme—. Solo es estrés laboral. ¿Puedes llevarme a algún sitio antes de irnos a casa?

—Claro. ¿A dónde?

Estoy a punto de contestar cuando el teléfono vuelve a vibrar. Esta vez, son instrucciones muy claras.

—En realidad —digo mientras Shura me abre la puerta del auto—, primero tengo que ir al baño. Tengo problemas de mujeres. Puedes

esperar en el auto.

Shura frunce el ceño. —Señora, el Sr. Krayev fue muy claro al decir que no la dejaría sola. Sobre todo hoy.

—Solo tomará cinco minutos, lo prometo.

—Lo siento, pero no puedo…

—Shura —me giro para mirarlo de frente, dejándole ver la desesperación que con tanto esfuerzo intento ocultar—. Te pido que confíes en mí. Cinco minutos. Es todo lo que necesito.

Me mira fijamente un buen rato. Finalmente, asiente. —Cinco minutos. Ni un segundo más.

Me deslizo en el asiento trasero y cierro los ojos, intentando calmar mi corazón acelerado. Luka es inteligente. Ha sobrevivido a cosas peores. Solo tengo que llegar a él antes de que Ihor decida que es más útil muerto que vivo.

Solo tengo que salvar a mi hijo.

Incluso aunque me mate.

64

KOVAN

—Perdóname, detective, pero no estoy seguro de por qué estás aquí.

El detective Maverick Channing del Departamento de Policía de San Francisco me dedica una sonrisa que inspira confianza. Qué lástima que me haya pasado toda la vida desconfiando de la policía, y este Columbo de bajo presupuesto no va a hacerme cambiar de opinión.

—Escuche, Sr. Krayev, usted es un miembro respetado de la comunidad, un empresario exitoso y un filántropo generoso. Estoy de su lado.

Lo guío por el almacén que ha decidido invadir, con cara de indiferencia. —Qué forma tan curiosa de mostrar apoyo… asaltando mi propiedad con la mitad del departamento.

—Recibimos una denuncia anónima sobre almacenamiento ilegal de armas —explica por enésima vez—. El procedimiento habitual nos exige investigar todas las amenazas creíbles a la seguridad pública.

—Claro. Pero sigues estando de mi lado.

No capta mi sarcasmo. —Por supuesto —señala alrededor—. Estoy seguro de que aquí no pasa nada ilegal. Por eso no veo motivo para no echar un vistazo rápido —su sonrisa se ensancha—. ¿A menos que prefieras que vuelva con una orden de registro…?

¿Cree que caeré en una trampa de novatos como esa? Es aún más tonto de lo que sospechaba.

La orden ya está impresa y doblada en su bolsillo trasero… puedo ver la esquina que sobresale. Está esperando a que le pida un abogado porque supone que necesito tiempo para ocultar pruebas.

Pero su estrategia tiene dos defectos fatales.

Uno: Soy considerablemente más inteligente de lo que él cree.

Dos: Retiré todos los artículos ilegales de este almacén hace seis meses en preparación para exactamente este escenario.

Ihor puede enviar a todos los detectives de California tras de mí. No encontrarán nada más que inventario comercial legítimo.

—No se necesita orden judicial, detective. Registre cuanto quiera —gesticulo con magnanimidad hacia el almacén—. No tengo absolutamente nada que ocultar.

Su confianza flaquea. Esta no es la reacción de pánico que esperaba de un hombre culpable. Chasquea los dedos hacia su equipo y grita —: Dispérsense. Registren cada rincón, cada caja, cada sombra. Si hay contrabando aquí, lo encontraremos.

Adelante, muchachos.

Salgo, donde Pavel y Osip esperan junto a nuestros autos, ambos con aspecto tenso pero listos. El almacén solo contiene electrónica de alta gama, componentes informáticos y piezas de automóvil. Mercancía cara, pero completamente legal.

—¿Almacenamiento subterráneo sellado? —pregunto en voz baja.

—Soldado y pintado encima —confirma Osip—. Ahora necesitarían planos y martillos neumáticos para encontrar los niveles ocultos. El chivatazo anónimo de Ihor nos hizo perder el tiempo a todos.

Recupero mi teléfono, que silencié cuando llegó el detective Channing con su equipo de búsqueda. La pantalla se ilumina con

notificaciones que me revuelven el estómago.

Quince llamadas perdidas del equipo de Shura, que custodiaba a Vesper. Ocho de la unidad de Mikhail, que protegía a Luka. Tres más de la Preparatoria Cordingly.

Algo está muy, muy mal.

—¿Qué pasó? —Pavel se acerca, leyendo mi expresión.

—Varios equipos de seguridad han intentado contactarme. Pavel, llama a Mikhail de inmediato. Averigua por qué el equipo de protección de Luka ha estado llamando sin parar.

—¿Por qué no los llamas tú mismo?

—Porque primero llamaré a Shura —marco el número del jefe de seguridad de Vesper—. Quince llamadas perdidas de sus guardaespaldas.

Lo último que necesito es una crisis mientras el detective Channing documenta cada uno de mis movimientos. Pero me alejo del almacén y rezo para que Shura atienda pronto.

—¡Jefe! —el alivio en su tono es inconfundible—. Por fin. Tenemos un problema grave.

—¿Está herida mi esposa? —pregunto en voz baja pero con urgencia.

—Ella nos esquivó, señor.

Voy a aplastar este teléfono con mis manos. —Explícamelo.

—Terminó su reunión con Lovell alrededor de las once. Salió con aspecto conmocionado y nos dijo que iba a acortar su jornada. Efim estaba recuperando el vehículo cuando anunció que necesitaba ir al baño de mujeres urgentemente.

Las piezas ya están encajando en mi mente.

—Barrí el interior para despejarlo y luego me coloqué frente a la puerta del baño. Protocolo para baños públicos. Pero estaba tardando mucho más de lo normal, así que me preocupé por su bienestar.

—¿Cuánto tiempo esperaste?

—Siete minutos antes de que yo…

—¿Siete putos minutos? —apenas puedo contenerme—. ¿Le diste *siete* minutos sin vigilancia?

—Mencionó específicamente problemas femeninos, jefe. Dijo que podría tardar un tiempo en solucionarse.

—Te manipuló, *mudak*. Te dijo exactamente lo que necesitabas oír para tener el tiempo suficiente de desaparecer.

—Sí, señor. Ahora me doy cuenta —su vergüenza es evidente—. Cuando por fin entré al baño, ella ya no estaba. Escapó por una ventana trasera que da a la escalera de incendios.

Me masajeo las sienes, luchando contra un dolor de cabeza cada vez mayor. —¿Qué se llevó?

—¿Disculpe, señor?

—¿Qué llevaba cuando entró a ese baño?

—Su bolso. Y ese estuche de cuero negro con sus iniciales… el que le regalaste esta mañana.

—Continúa buscando. Contáctame de inmediato si descubres algo.

Termino la llamada y me enfrento a Pavel, que acaba de terminar su propia conversación. Su expresión sombría me indica que la situación de Luka es igual de catastrófica.

—A ver si lo adivino —digo—. Nuestro sobrino ha desaparecido.

—Completamente —Pavel se guarda el teléfono en el bolsillo—. Después de terminar su clase de educación física, fue al vestuario a cambiarse de ropa. Mikhail esperó afuera, como era habitual.

—¿Y?

—Pasaron veinte minutos. Mikhail entró al vestuario y lo encontró vacío. El equipo de Luka seguía en su taquilla, pero él ya no estaba.

—¿Cámaras de seguridad?

—Supuestamente, fuera de servicio por mantenimiento —la expresión de Pavel se ensombrece—. A Mikhail le parece que el momento fue sospechosamente oportuno.

—Ihor orquestó esto.

—Obviamente —coincide Osip—. Primero agarra al niño y luego lo usa para atraer a Vesper a la trampa que tiene preparada.

Puedo ver cómo se desarrollan todos los acontecimientos. Vesper recibe un mensaje amenazante sobre la seguridad de Luka. Sus instintos protectores superan su sentido común. Abandona a su equipo de seguridad y corre directamente hacia el peligro.

—Ihor ahora los tiene a ambos —concluyo.

—¿Cuál es nuestro movimiento? —pregunta Pavel.

—Los localizamos antes de que Ihor determine que…

—¿Hay algún problema, caballeros? —el detective Channing se acerca, observándonos con atención—. Parecen muy alterados por algo.

—Mi hijo está enfermo —digo con la mayor calma posible. Tengo que hacer todo lo posible por controlar mis emociones. Si parece que voy corriendo a apagar un incendio, solo voy a hacer que el hombre sospeche más—. Tengo que ir a recogerlo a la escuela.

—Un hijo enfermo, ¿eh? Qué desgracia. ¿No tiene madre?

—No voy a molestar a mi esposa en su primer día de regreso al trabajo —digo entre dientes, resistiendo las ganas de darle un puñetazo en la cara—. Entonces, detective, dime: ¿encontraste lo que buscabas?

Su sonrisa se agría. —No. El almacén está limpio.

—Porque tu chivatazo anónimo probablemente fue una broma. Lamento que te la hayas tragado. Quizás la próxima vez seas más listo.

Frunce el ceño. —Esto no ha terminado, Sr. Krayev. Sé que oculta algo y voy a averiguarlo.

—Y aquí estaba yo, pensando que estabas de mi lado.

Lo saludo con la mano mientras se aleja furioso, llevándose a sus hombres. Me quedo allí, la imagen de la calma mientras se alejan.

Cada segundo que pasa me dan ganas de arrancarme los pelos. En cuanto desaparece el último auto patrulla, corro a mi auto.

Osip y Pavel me siguen. —Hermano, primero tenemos que averiguar dónde están —me recuerda Pavel, subiéndose al asiento del copiloto —. Eso llevará tiempo.

—No, no lo hará —insisto, enciendo el motor y acelero a fondo—. Llama a un equipo. Quiero refuerzos listos por si los necesitamos.

—Ni siquiera sabemos dónde los tiene Ihor —insiste Pavel.

—Yo sí —murmuro mientras cogemos velocidad—. Sé exactamente dónde están.

VESPER

Esta misma mañana le prometí a Kovan que no haría nada imprudente. Le dije que mantendría un perfil bajo y haría mi trabajo. Le juré que bajo ninguna circunstancia descuidaría a mis guardias.

Ahora, aquí estoy, rompiendo cada una de las promesas que hice.

Pero no siento culpa. La culpa es de quienes se arrepienten de sus decisiones. La culpa es de quienes se equivocan.

No me arrepiento de esto. Y ciertamente no me equivoco.

No cuando ese psicópata tiene a mi hijo.

Estar afuera de mi antiguo edificio de apartamentos es como adentrarse en la vida de otra persona. La persona que vivía aquí era, de alguna manera, más pequeña. Más callada. Aceptaba cualquier migaja que el mundo le arrojara y decía que era suficiente.

Esa mujer está muerta.

La maté el día que decidí luchar por mi familia.

Dejo mi teléfono en el auto que robé para venir aquí: un Honda Civic negro que algún pobre universitario probablemente esté reportando como desaparecido ahora mismo. Robo de auto… puedo añadirlo a mi creciente lista de delitos.

Kovan estaría orgulloso de lo mucho que he abrazado este estilo de vida Bratva. Si sobrevivo hoy, exijo ser miembro de pleno derecho de la hermandad. Después de ese impresionante robo de auto, me lo he ganado.

El pasillo del edificio huele a desinfectante y a comida ajena. Las luces fluorescentes parpadean en el techo, tiñendo todo de un amarillo enfermizo. Subo las escaleras de dos en dos, con el maletín médico apretado contra el pecho como una armadura de batalla.

Por supuesto, la puerta del apartamento 4B está abierta de par en par.

Me detengo en el umbral, esperando ser emboscada en cuanto entre, pero no pasa nada. No aparece nadie. Solo me sale aire frío.

Entro con cautela. El apartamento se siente vacío, abandonado. Como un escenario esperando a que los actores le den vida.

Y luego… *hora del espectáculo.*

Una figura alta bloquea la puerta detrás de mí.

—Hola, Vesper. Me alegro de volver a verte.

Me doy vuelta y me trago un grito.

Ihor Makhova luce extraordinariamente bien vestido con su traje azul oscuro, pero la ropa cara no puede ocultar que ha perdido mucho peso desde nuestro último encuentro. Sus pómulos sobresalen marcadamente, haciendo que sus ojos oscuros parezcan hundidos. Huecos. Como si ya estuviera a punto de convertirse en un cadáver.

—¿Dónde está Luka? —pregunto.

Un grito apagado resuena desde el dormitorio.

Todo mi cuerpo se sacude hacia el sonido antes de que la palma de Ihor golpee mi esternón, deteniéndome en seco.

—No tan rápido. Tú y yo necesitamos hablar primero.

—Por favor. Necesito ver a mi hijo.

—¿*Tu* hijo?

Ese familiar gemido nasal, como de uñas sobre una pizarra, proviene del dormitorio antes de que *ella* salga como una araña que sale de su tela. Yana entra en la sala detrás de Ihor, con los labios torcidos en una mueca de desprecio que me encantaría borrarle de la cara.

—No es tuyo —espeta—. Nunca lo fue.

Cuadro los hombros y levanto la barbilla. —Tendremos que aceptar que no estamos de acuerdo en eso.

Yana se lanza hacia adelante, pero Ihor la agarra por la cintura antes de que pueda alcanzarme y la lanza hacia atrás. Su columna impacta contra la pared con tanta fuerza que hace vibrar las ventanas, pero ella apenas parece notar el impacto.

—¡Esa perra es mía! —le grita, con la boca llena de saliva—. ¡Me lo ha quitado todo!

—Lo haremos a mi manera, Yana —entona Ihor.

Ella lo fulmina con la mirada. —No nos sirve. No la necesitamos, bebé. Déjame matarla para terminar con esto.

Ihor se acerca a ella con deliberada lentitud. Por un instante, sus movimientos parecen casi tiernos… su mano se eleva hacia su rostro como si fuera a acariciarle la mejilla o a acomodarle el cabello tras la oreja.

Luego, sus dedos se envuelven alrededor de su garganta y la inmoviliza contra la pared.

—Obedecerás las órdenes, perra inútil. Soy tu amo y harás lo que te diga. ¿Entendido?

Los ojos de Yana se abren de par en par mientras le araña la muñeca. Sus uñas impecablemente cuidadas le dejan rasguños rojos y furiosos en la piel. A pesar de todo lo que le ha hecho… a Luka, a

Kovan, a mí… ver a alguien estrangularla me provoca una oleada instintiva de compasión.

—¡Basta! ¡Suéltala!

Con una mirada de sorpresa en mi dirección, Ihor me suelta. Yana se desploma contra la pared. Se desliza hasta sentarse en el suelo, respirando con desesperación.

—No n-necesito que l-luches mis batallas por mí, perra —jadea entre respiraciones entrecortadas.

—De acuerdo —respondo—. La próxima vez, solo dejaré que te mate.

Ihor se gira hacia mí y se alisa la chaqueta como si nada. —Luka ahora nos pertenece. Si quieres que esté a salvo y bien tratado, te sugiero que hagas exactamente lo que te digo.

La mirada de Yana no se aparta de mi rostro. A pesar de ceder, no ha abandonado sus planes de asesinato. Lo veo en su expresión… solo espera el momento oportuno para terminar lo que empezó.

Vuelvo la mirada hacia Ihor. —Estoy aquí, ¿verdad? Seguí tus instrucciones al pie de la letra.

Arquea una ceja. —Entonces, ¿Kovan no sabe dónde estás?

—Nadie lo sabe. Me deshice de mis guardias como me pediste, robé un auto y conduje hasta aquí sola. Mi teléfono está apagado y en el asiento del copiloto, donde me dijiste que lo dejara.

Ihor asiente con aprobación. —Impresionante. Ya veo por qué Kovan se enamoró de ti.

Yana deja escapar un bufido burlón.

—Gracias a ti —continúa Ihor, rodeándome—, lo he perdido todo. Mi negocio, mis hombres, mis ingresos. Todo lo que trabajé durante décadas para construir se ha ido.

Me mantengo firme. —Kovan planeaba acabar con la organización de órganos mucho antes de que yo apareciera.

—Sigue diciéndote eso, estúpida. —su risa me pone los pelos de punta—. ¿Crees que lo cambiaste? ¿Crees que tu coño tiene algún poder mágico que transformó a un asesino en un santo?

Me niego a morder el anzuelo. —Quiero ver a Luka. Ahora.

—Verás a Luka… siempre y cuando aceptes seguir mis reglas.

—¿Cuáles son?

—Hazme caso. Obedéceme. Sé obediente en todo momento.

—Son la misma cosa.

—Entonces, deberían ser fáciles de recordar —sonríe con los labios finos y agrietados—. Esta noche subirás a un avión. Ya hay documentos falsos preparados. Una vez que aterrices… muy, muy lejos de aquí… te llevarán a una casa donde vivirás durante un tiempo.

El terror me atenaza el pecho. —¿Y Luka?

—Si te portas bien y sigues las instrucciones, Luka se unirá a ti dentro de un mes.

—¿Qué? —Yana se gira para mirarlo, con la voz altísima, como un lamento de arpía—. ¿Le vas a enviar a mi hijo?

—Ella necesita motivación para cooperar, Yana. Luka le proporciona esa motivación.

—¡Al carajo con eso! ¡Es mi hijo, y ella no se le acerca!

—No tienes ningún interés en el niño.

—¡Ese no es el punto! —los ojos de Yana brillan de furia—. ¡Eres miope y estúpido! ¿Crees que esa perra será tu fuente de ingresos? ¿Crees que puede salvarte?

—Kovan hará lo que sea por ella —explica apretando los dientes—. Incluso entregarme la Bratva, la operación de órganos y cualquier otra cosa que yo exija.

Mi corazón late tan fuerte que me pregunto si Luka puede oírlo a través de la pared. Quizá pueda escabullirme entre ellos mientras discuten. Están tan concentrados en su lucha de poder que quizá no se den cuenta…

—¡Idiota! —grita Yana, alzando las manos—. ¿No lo entiendes? Ahora cree que la ama, pero ojos que no ven, corazón que no siente. En cuanto se vaya, ¡la reemplazará con otra puta! Y ahora que tiene un hijo propio, ¿por qué debería preocuparse por Luka?

—No conoces a Kovan como yo. Él se preocupa por el niño. Y también por ella.

Yana resopla. —Es un hombre. No son capaces de ser leales.

—Vitalii lo era —la voz de Ihor se vuelve venenosa—. Te fue fiel todo el tiempo que me estabas follando. Tan enamorado que, incluso después de saber que lo engañabas, decidió creer que Luka era *su* hijo.

La revelación me deja paralizada. ¿Luka está escuchando esto? ¿Puede oír cómo destruyen lo que le queda de comprensión sobre su ascendencia?

Me dirijo hacia la puerta del dormitorio, pero la atención de Ihor se centra inmediatamente en mí.

—¿Tanto quieres ver a Luka? —su sonrisa se vuelve cruel—. Venga, pues.

Me agarra del brazo y me arrastra al dormitorio. La imagen que veo me revuelve el estómago.

—¡Luka!

Mi hijo está atado al marco de la cama con una cuerda deshilachada en cada muñeca. Tiene la mejilla roja como un tomate… alguien le dio una bofetada tan fuerte que le dejó la huella de una mano. Las lágrimas le resbalan por la cara, pero, por lo demás, parece ileso.

Corro hacia él y él grita—: ¡Mamá!

—¡No es tu puta madre! —Yana nos sigue a la habitación—. ¿Me oyes, niño? ¡Para ti no es más que la puta de tu tío!

Me doy la vuelta, colocándome entre ella y Luka. —Soy la esposa del *pakhan*, igual que tú lo fuiste. Solo que mi esposo sigue vivo y viene por ti.

Antes de que Ihor pueda detenerla, Yana saca una navaja automática del interior de su bota y ataca.

—¡No! —grita Luka.

Yana se lanza contra mí con el cuchillo. Moviéndome por puro instinto, me lanzo hacia la derecha y la hoja se clava en la cabecera de madera con un golpe seco.

—¡Te voy a matar, perra! —Yana arranca el cuchillo de un tirón. Vuelan astillas de madera—. Y cuando termine contigo, destriparé a ese enano que has parido, así no habrá disputas sobre quién hereda la Bratva Krayev.

—¡Basta! —la voz de Luka se quiebra de terror.

Con el dorso de la mano, Yana le da un golpe en la cara. —¡Niño estúpido! ¿No ves que estoy luchando por tu derecho de nacimiento?

—Solo luchas por ti misma —mantengo mi cuerpo entre ella y Luka —. Esto no tiene nada que ver con él. Y te advierto: la próxima vez que lo toques, te mataré, zorra tóxica.

Probablemente no sea lo más inteligente que decirle a una mujer que sostiene un cuchillo y que claramente está lo suficientemente desquiciada como para usarlo.

Pero cada persona tiene un límite en lo que puede soportar.

—¿Qué vas a hacer? —se ríe Yana, levantando la navaja de nuevo—. Aunque tuvieras un arma, no tienes las agallas para…

—¡Argh!

—¡Luka!

Mi niño, de alguna manera, se libera de una de sus ataduras y se lanza contra la navaja de Yana, golpeándola con su pequeño puño en los hombros. El impacto le quita el cuchillo de las manos y este resbala por el suelo de madera.

—¡Quítate! —grita Yana, corcoveando como un caballo salvaje—. ¡Quítate de encima!

Pero Luka la rodea con las piernas por la cintura y le araña la cara con furia desesperada. En el forcejeo, la cuerda que le quedaba alrededor de la otra muñeca se rompe, liberándolo por completo del poste de la cama.

—¡Basta! —grita Ihor.

Da un paso adelante y, sin esfuerzo, arranca a Luka de la espalda de Yana. Luego, con brutalidad despreocupada, arroja a mi hijo de nueve años sobre la cama.

—¡Es suficiente! —la cara de Ihor se ha puesto morada de rabia—. ¡Luka, escucharás a tu padre!

—¡Tú *no* eres mi padre! —Luka se pone de pie de un salto sobre el colchón, tan erguido como su pequeño cuerpo le permite.

—Tengo noticias para ti —la mueca de Ihor se vuelve aún más cruel —. Tu madre se acostaba conmigo mientras ese idiota con el que se casó intentaba jugar al *pakhan*. Nunca lo supo, pero yo soy tu verdadero padre.

—¡No! —los ojos grises de Luka brillan con desafío—. Mis padres son Vitalii Krayev, Kovan Krayev y Vesper Fairfax. Ellos son los padres

que yo elijo.

Si no temiera por nuestras vidas, estaría llorando. Este niño… mi niño… tiene más coraje en su pequeño cuerpo que la mayoría de los hombres adultos.

—¿La eliges? —Yana recupera el cuchillo, con movimientos erráticos por la rabia—. ¿Quieres que ella sea tu madre? Entonces, podrás verla morir.

Ella me ataca de nuevo, y esta vez, no soy lo suficientemente rápida.

Nos tumbamos juntas en la cama, su peso me quita el aire de los pulmones. Intento apartarla, pero es más fuerte de lo que parece. Un dolor intenso me recorre las costillas… no sé si por su rodilla o por el cuchillo.

Solo sé que tengo que luchar. No voy a dejar que Luka me vea morir.

Agito el puño hacia arriba y le doy en la nariz. El cartílago cruje bajo mis nudillos y la sangre le corre por la cara a borbotones. Gruñe, pero no baja el ritmo. De hecho, el dolor solo la vuelve más cruel.

El cuchillo se eleva sobre mí, su hoja de acero capta la luz de la tarde que entra por la ventana.

Luego se detiene.

Los ojos de Yana se abren de par en par por la sorpresa mientras la tiran hacia atrás con una fuerza violenta.

No puedo ver quién es mi salvador en medio del caos. No puedo oír nada por encima de la adrenalina y la sangre que me golpea los oídos.

Pero sé exactamente a quién agradecer.

Sabía que vendría. Prometió que me mantendría a salvo.

Y Kovan Krayev siempre cumple sus promesas.

KOVAN

Cuando entro furioso en la habitación, tengo medio segundo para evaluar qué está pasando. Es un revoltijo de cosas: Yana, Luka, Ihor, Vesper. Un cuchillo, una cama, una cuerda, una pesadilla.

No pienso… no tengo tiempo.

Yo simplemente reacciono.

Aparto a Ihor de un empujón, agarro a Yana por la cintura y la aparto de Vesper. Yana pierde la cabeza. Se pone furiosa: grita, araña, muerde y patea como un animal rabioso. Pierdo de vista el cuchillo, y a Ihor. Solo puedo pensar: *Alejen a esta zorra de mi familia.*

Me doy cuenta de que estoy solo. Pavel y Osip deberían estar justo a mis espaldas.

¿Dónde carajos están?

Saco mi arma y apunto al centro de Yana, pero, antes de poder disparar, algo pesado me golpea la nuca. El arma sale volando de mi mano mientras caigo con fuerza.

No hay tiempo para recuperarse. Caigo al suelo y ruedo, luego me pongo de pie de un salto, esperando otro golpe que no llega. Ihor está de pie sobre mí, pero su atención está fija en la ventana.

—¡Yana! Cierra la puerta… ¡Su refuerzo está aquí!

Ella sale del dormitorio a trompicones mientras Ihor se gira hacia mí. Detrás de él, Vesper corre hacia Luka y lo abraza.

—¿Cómo nos encontraste? —me pregunta Ihor—. ¿Te avisó?

—Ella no hizo nada. Simplemente soy más inteligente que tú.

Ruge y saca su arma. La mía resplandece desde debajo de la cama, demasiado lejos para alcanzarla. Sin otra opción, me lanzo directamente hacia él, forcejeando por controlar su arma. El cañón apunta al techo, pero un movimiento en falso y el arma se dispara. No se sabe quién recibió la bala.

Detrás de nosotros, Yana regresa a la habitación. —Ven aquí —le espeta a Luka, que niega con la cabeza, desafiante.

Vesper se interpone entre ellos. Estoy demasiado ocupado forcejeando con Ihor como para concentrarme en su intercambio, pero oigo que la discusión se intensifica.

Entonces se oye un chillido. Un grito. Vesper y Yana caen al suelo en una maraña de extremidades mientras Luka le grita a Yana que pare.

—¡No! ¡Mamá! ¡Déjala en paz!

—Tranquilo, Luka. Estoy aquí. ¡Te cuidaré! —grito por encima del caos.

Ihor se ríe. —¿Cómo vas a hacer eso cuando estás muerto?

Le doy un codazo en la cara. Se tambalea, entrecerrando los ojos, y le doy un puñetazo en el estómago.

—¡Mamá!

Me tomaría tres segundos acabar con Ihor, pero no puedo ignorar el grito de terror de Luka. Necesita ayuda, y tres segundos bastan para acabar con una vida.

En el momento en que Ihor cae al suelo, semiconsciente y sangrando, me apresuro a apartar a Yana de mi esposa. Pero, al girarme hacia ellos, me quedo paralizado.

—Luka… —susurro.

Él está allí de pie, temblando, sosteniendo un cuchillo ensangrentado mientras Yana presiona ambas manos contra sus costados, con la sangre filtrándose entre sus dedos.

—Tú… me apuñalaste —jadea, mirando a Luka con incredulidad.

Luka mira del cuchillo a Yana. —Tenía que detenerte —dice en voz baja—. Tenía que proteger a mi mamá.

—Pequeño… —Yana da un paso al frente, extendiendo una mano ensangrentada hacia él. Vesper agarra a Luka y lo aparta de su alcance, pero no hace falta.

Porque Yana nunca llega tan lejos. Se tambalea, se le ponen los ojos en blanco y cae al suelo.

—La maté —gimotea Luka—. La maté.

Vesper lo agarra y lo atrae hacia su pecho, apartando su rostro del cuerpo de Yana. —Está bien, cariño. Todo va a estar…

Su mirada encuentra la mía, y luego se abre de par en par con pánico al notar algo detrás de mí. Abre la boca para advertirme, pero ya siento su sombra acechando.

Me agacho justo a tiempo para esquivar la bala que me pasa silbando por la cabeza. —¡Luka, Vesper, cúbranse!

¿Dónde carajo están mis hombres?

Busco mi arma, pero está demasiado escondida debajo de la cama. Tendré que hacerlo con mis propias manos.

Por mí está bien.

Primero necesito desarmar a ese cabrón. Mientras se acerca, apuntando de nuevo, giro y le doy una patada fuerte en la espinilla.

—¡Joder! —Ihor se dobla, con los ojos encendidos de furia mientras el arma se le resbala de las manos.

Pero Ihor no llegó al poder por casualidad. Me lleva veinte años, pero esos años lo han vuelto más letal. Tiene fuerza y astucia. En muchos sentidos, él me entrenó. Me enseñó a disparar. Me convirtió en el luchador que soy hoy.

Lo que significa que conoce todas mis debilidades.

Antes de que pueda atacar, me golpea en las costillas. Me tambaleo hacia atrás, intentando tomar aire antes de su siguiente golpe.

Esquivo su segundo puñetazo por centímetros, sintiendo el viento rozarme la mejilla. Se oyen golpes fuera del apartamento. Luego, un estruendo.

—¡Tío Pavel! —grita Luka—. ¡Estamos aquí!

La mirada de Ihor se dispara desesperadamente. Sabe que está acorralado. Si mis hombres están aquí, ya han superado a los suyos.

—¿El último hombre en pie, Ihor? —sonrío.

—Supongo que necesitarías un ejército para derrotarme. No puedes hacerlo solo, ¿verdad, chico?

Niego con la cabeza, decepcionado. —¿Crees que puedes hacerme bajar la guardia? Esas tácticas están por debajo de ti.

La habitación se llena. Miro por encima del hombro y veo a Pavel, Osip y a varios de mis hombres en la puerta.

—Lo tenemos —anuncia Osip.

—No —me vuelvo hacia Ihor—. *Yo* lo tengo.

Me acerco con cautela a su arma caída. Mientras Ihor se lanza hacia adelante, intentando alcanzarla primero, le doy una fuerte patada en las rodillas. Se oye un crujido espantoso, y luego Ihor cae como una piedra.

—¡Joder! —ruge, agarrándose la rodilla destrozada.

Me agacho y recojo el arma. Ihor me mira fijo, con los ojos entrecerrados por el miedo.

—¿Vas a suplicar por tu vida, anciano? Te ofreceré la cortesía de tus últimas palabras.

Ihor mira a Luka. —El niño es mío.

Me agacho frente a él, balanceando la pistola entre los dedos. Una bala es demasiado buena para este pedazo de mierda. Debería estrangularlo con las manos. —¿Sí?

—No miento —insiste Ihor—. ¿Qué ganaría mintiendo ahora? El niño es mío. Soy su padre.

—Lo sé.

La habitación queda en silencio. Un silencio sepulcral. Oigo la respiración agitada de Luka, los murmullos suaves de Vesper, los jadeos de pánico de Ihor.

Tiene una mirada espantosa. —¿Lo sabes?

—Vitalii me lo contó —amartillo el arma—. Mi hermano no era tan ciego como creías. Supo desde hacía mucho tiempo que Luka no era su hijo biológico —me pongo de pie, alzando la voz para que Luka oiga cada palabra—. Pero no importaba, porque amó a Luka desde el primer momento. Puede que no fuera el padre de Luka, pero eligió serlo. Igual que yo elijo ser su padre ahora.

El rostro de Ihor palidece. Puedo ver su muerte en sus ojos.

—Vesper, lleva a Luka afuera —ordeno—. Osip, ve con ellos.

Vesper rodea los hombros de Luka con su brazo y se van con Osip.

Pavel se pone a mi lado. —Tus hombres nos detuvieron afuera —le dice a Ihor—. Me preocupaba no poder verte morir.

—Ni hablar, hermano. Siempre te iba a esperar —le doy una palmadita a Pavel en el hombro—. Juntos, vengaremos a Vitalii.

Levantamos nuestras armas al mismo tiempo.

Yo apunto a la cabeza de Ihor.

Pavel apunta a su corazón.

—¡No…! —es todo lo que Ihor consigue decir antes de que resuenen nuestras armas. Dos balas disparadas al unísono.

No estoy seguro de qué bala impacta primero. No importa.

Lo único que importa es que está muerto.



Cuando salgo de ese edificio diez minutos después, Vesper grita mi nombre.

Pero no se separa de Luka. Están sentados en la entrada del edificio vecino. Luka lleva una manta sobre los hombros mientras Vesper lo acuna, meciéndolo suavemente.

Tiene los ojos abiertos, pero vidriosos. Atormentados. Tiene todo el derecho a estarlo después de lo que vio hoy, de lo que se vio obligado a hacer.

—Luka… —susurro, arrodillándome frente a él.

Me mira de reojo, todavía con la mitad de la cara escondida en el pecho de Vesper. —La maté —susurra—. Maté a mi propia madre.

—No. No lo hiciste. Yana sigue viva.

—¿Qué? —Luka se endereza y por fin le veo la cara entera. Tiene una mejilla más roja que la otra, ambas manchadas de lágrimas. Parece mayor. Toda la inocencia que le quedaba se ha desvanecido en la última hora.

—Respiraba —le aseguro—. Está viva.

—Entonces, ¿no la maté?

—No, hijo. No lo hiciste.

Luka jadea y luego rompe a llorar. Vesper lo atrae hacia sí y ambos lo abrazamos mientras llora.

Una vez que se acomoda, me siento en la entrada junto a ellos. —Quiero que sepas lo orgulloso que estoy de ti. Hoy protegiste a Vesper y te defendiste. Eres un héroe, Luka.

—Eres *mi* héroe —coincide Vesper, besándole la frente.

Sonríe entre lágrimas… la primera señal de que va a estar bien. —Tenía que proteger a Mamá. Es lo que tú habrías hecho.

—Te pareces mucho a mí. Y también a Vitalii.

La sonrisa de Luka se desvanece. —Lo que dijo Ihor…

—Olvida lo que dijo Ihor. ¿Recuerdas lo que te dije yo?

Luka asiente lentamente. —Que tú y mi papá eligieron ser mi padre.

—Así es, *malysh*. La familia es a quien eliges. Somos familia porque nos elegimos el uno al otro. Eso fortalece nuestro vínculo.

Vesper me mira a los ojos y asiente. Una lágrima se desliza por el cabello de Luka. —Ya estamos a salvo, cariño —le dice—. Por fin se acabó.

—¿Mamá? ¿Papá?

Le pongo la mano en la rodilla. —¿Sí?

—¿Podemos volver a casa con Tali ahora?

Vesper ríe, un estallido de pura alegría en medio de tanta muerte. Abraza fuerte a Luka con un brazo y me agarra la mano con el otro.

—Eso suena perfecto —susurra—. Vámonos a casa.

Pavel lleva a Luka a mi camioneta, pero Vesper se queda atrás, entrelazando sus dedos con los míos. —¿Es cierto? —pregunta en voz baja, mirando a Luka—. ¿Yana sigue viva?

Niego con la cabeza. —Es demasiado joven y demasiado sensible para haber matado a su madre. Así, puede dejarme esa carga a mí. Soy suficientemente fuerte para llevarla. No tiene por qué enterarse.

La mano de Vesper me aprieta. —Gracias.

—Soy su padre. Mi deber es protegerlo.

Se hunde en mis brazos. Por un instante, escucho sus latidos al ritmo de los míos.

—Tengo una pregunta —dice, apartándose para mirarme—. ¿Cómo nos encontraste?

Sonrío. —¿Recuerdas el regalo que te di esta mañana?

Sus ojos se abren de par en par con asombro. —¿El estetoscopio?

—Tiene un rastreador.

—Estás loco —dice, entre risa e incredulidad. Sus ojos azules se iluminan de alivio y felicidad. Nunca se había visto más hermosa.

—Estoy loco por ti —coincido mientras acaricio la curva de su cuello.

—Vámonos a casa —murmura con una suave sonrisa que me llevaré a la tumba—. Vamos a estar con nuestros hijos.

EPÍLOGO: VESPER

SEIS MESES DESPUÉS

—¿Kovan?

Meto la cabeza en la habitación de los niños y encuentro a Pavel y Charity metiéndose de lleno en la vida familiar cuidando a los dos niños.

Charity tiene a Tali en su regazo, pero él está más interesado en arrastrarse hasta la pista de carreras que Pavel y Luka están construyendo. Piezas de plástico se esparcen por la madera mientras debaten la configuración óptima de la curva.

—Estuvo aquí hace diez minutos —me dice Charity, balanceando distraídamente a Tali—. Jugó con los niños, le cambió el pañal a Tali, les dio un beso a ambos y luego desapareció.

—Maldita sea. ¿Te dijo a dónde iba?

Pavel y Charity intercambian una mirada… el tipo de mirada que comparten las parejas casadas cuando guardan secretos.

—Está ocupado hoy, V —dice Pavel—. ¿Es urgente?

—Depende de tu definición de urgencia. Luka, ¿mencionó Papi adónde iba después?

—Dijo que tenía algo especi…

—¡Ay, no! —Pavel se lanza hacia adelante mientras parte de la pista se derrumba—. Lo siento, chiquillo, fue culpa mía.

—Sigue en lo tuyo. Lo encontraré yo misma —le guiño un ojo a Luka al despedirme y me apresuro por el pasillo.

Primero reviso su oficina… vacía. Luego el gimnasio, la cocina, incluso la bodega. Nada.

Termino asomando la cabeza en la habitación de Mamá. Está recostada en la cama haciendo el crucigrama, con las gafas de lectura sobre la nariz.

—Mamá, ¿has visto a Kovan?

—De hecho, creo que te estaba buscando. Estuvo aquí hace una hora preguntando por tus planes para la noche.

Frunzo el ceño. —Qué raro. ¿Por qué no me lo pregunta directamente? Tiene mi horario memorizado. Sabe que tengo la noche libre.

Mamá se encoge de hombros. —Tuvo una reunión con el FBI hoy. Quizá se le olvidó.

—¡¿El FBI?! —la miro fijamente—. ¿En serio? No me lo dijo.

Hace una mueca. —Uy. Lo siento, cariño. No quise meterlo en problemas. Creí que lo sabías.

Ese es el punto… *debí* haberlo sabido. Kovan me lo cuenta todo. Le devuelvo el favor. El hecho de que me ocultara algo tan importante significa que la reunión era sobre mí.

Las acusaciones que Jeremy plantó contra mí llegaron hasta el FBI. Gracias a quién soy y a mi matrimonio, he podido seguir con mi vida con normalidad, pero aún siento un hacha colgando sobre mi cabeza. El FBI lleva meses investigando San Rafael.

Gracias a Jeremy e Ihor, todos los caminos conducen de nuevo a mí, cortesía de toda la información falsa que plantaron.

No ayuda que tengan pruebas reales de los crímenes de mi padre, lo cual encaja a la perfección con la narrativa de la "familia mafiosa" que tiene una posibilidad muy real de acabar conmigo.

—Vesper…

—No te preocupes, Mamá —giro por el pasillo—. Lo encontraré.

Estoy dando vueltas por la sala cuando Osip entra, mirándome divertido. —Si quieres jugar a la pelota —dice, riendo—, tengo un palo en el patio que podemos usar.

—Muérdeme, Osip. ¿Dónde está mi esposo?

—Pero no es tu esposo de verdad, ¿verdad? —sonríe Osip—. O sea, todo ese asunto del matrimonio bajo las estrellas fue romántico y todo eso, pero legalmente no cuenta.

—Por el amor de Dios, ¿por qué estamos hablando de esto?

Osip retrocede un paso, como si le preocupara que lo mordiera. —Uy. ¿Qué te tiene tan alterada?

—¿Sabías que Kovan se reuniría hoy con el FBI?

Parpadea rápidamente. —No estoy seguro de que me lo haya dicho…

—Déjate de tonterías, Osip. Eres un mentiroso terrible. ¿Dónde está?

Señala hacia el jardín. —Creo que fue a caminar por ahí.

Genial. El hombre apenas ha tenido tiempo para una conversación seria conmigo estos últimos días, pero sí para un paseo tranquilo por el jardín.

Me dejo los zapatos y corro descalza al césped para alcanzar la máxima velocidad. Mi falda ondea tras de mí mientras busco a mi esposo. Al final tengo que gritar su nombre. Es muy Catherine y Heathcliff en los páramos.

Excepto que lo que está en juego es mucho más importante.

—¿Vesper?

Kovan aparece tras los rosales. Su camisa blanca realza el verde de sus ojos.

—Te he estado buscando todo el día —le espeto—. ¿Qué es eso de una reunión con el FBI? Se trata de mí, ¿verdad? Han concluido la investigación y me han declarado culpable. Iré a la cárcel. ¿Por eso me has estado evitando toda la tarde?

Kovan da un paso adelante y me agarra los hombros. —Alguien ha tomado demasiado café hoy.

—Solo una taza. ¿Por qué no me contaste sobre esta reunión?

—Porque no quería preocuparte. Está claro que salió muy bien.

Me muerdo el labio. —Kovan, me estoy volviendo loca…

—Has sido absuelta de todos los cargos —interrumpe—. No irás a juicio, Vesper. Estás oficialmente libre de culpa.

Mis pulmones se llenan de aire. Por un instante, me siento ingrávida. Entonces—: ¿En serio?

—En serio —Kovan sonríe.

—Pero, ¿cómo?

Me abraza. —Encontré a Jeremy.

—¡No! —jadeo—. Creí que había desaparecido del planeta.

—Nadie desaparece hasta que yo lo hago desaparecer. Encontré a ese patético cabrón escondido en el oeste de Texas. Se cambió el nombre y se creó una identidad completamente nueva. Creo que planeaba irse del país. No contaba con que lo alcanzara antes de que diera el paso.

—Entonces, ¿confesó?

—Me aseguré de que lo hiciera.

—¿Eso significa que…?

Me pone un dedo en el labio para callarme antes de que pueda entrar en detalles espeluznantes. —Jeremy Fleming irá a prisión por mucho tiempo, Vesper.

Me fallan las piernas, pero Kovan me sujeta. —No puedo creerlo. Se acabó, ¿no?

—Se acabó. Estás libre de culpa. Todos lo estamos. Keres está oficialmente muerto, Jeremy está bajo custodia, e Ihor y Yana son comida para gusanos.

Tomándolo de la mano, caminamos juntos hacia el banco de piedra, y me dejo caer pesadamente. —Estoy en shock.

—Te dije que te protegería, ¿verdad? —dice Kovan—. No puedo creer que alguna vez hayas dudado de mí.

Apoyo la cabeza en su hombro. —Siento que por fin puedo vivir mi vida. Siento que por fin puedo ser feliz. Gracias, mi amor.

—No necesitas agradecerme. Haría lo que fuera por ti.

Acerco su rostro al mío y lo beso como lo beso en nuestra habitación… de esos que tienen un motivo oculto, que están destinados a llevar a otras cosas. Cosas sensuales. Cosas sucias.

—Vaya, espera un segundo…

Esa es la primera vez. Él nunca interrumpe este tipo de beso.

—¿Dijiste que me estuviste buscando todo el día? —pregunta.

—Claro —respiro hondo e intento recuperar el aliento—. ¿Sabes qué? No importa.

—Vesper…

—Bueno, las cosas se han sentido un poco raras en el hospital estos últimos meses. No sé si sea por la investigación del FBI o si algo ha cambiado para mí, pero…

—¿Sí?

—Creo que quiero dejar San Rafael.

Parece aturdido. —¿Y hacer qué?

—Estaba pensando en una consulta privada —explico—. Podría abrir mi propia clínica. Como la de la Dra. Mann, solo que contrataría mejores arquitectos. Y mejor seguridad.

Él sonríe. —Es una idea brillante.

—¿Lo crees?

—Mientras sea lo que quieras.

—Creo que sí. Los últimos seis meses han sido muy intensos. Me he saltado tantas horas de dormir que no puedo contarlas, y estar de guardia significa que tengo que seguir decepcionando a los niños cada vez que me llaman. D esta manera, seguiré ejerciendo la medicina, pero tendré más control sobre mi horario. Más tiempo en casa con los niños y más tiempo contigo.

—Suena jodidamente perfecto. —Me jala hacia su regazo.

—Llevo todo el día queriendo decírtelo, pero has estado muy ocupado. ¿Fue por la reunión del FBI o hay algo más que deba saber?

Kovan sonríe. —Bueno, ya que preguntas…

Se pone de pie y me ayuda a levantarme también. Luego me guía por el jardín hasta llegar a la alcoba… el pequeño y bonito jardín a media altura, separado del resto del terreno por árboles altos y plantas con flores.

Excepto que no es la alcoba tal como la conozco.

Un magnífico arco de tres metros se alza imponente entre los sauces, adornado con lilas, milenrama y altramuces. Todo el espacio está cubierto de luces de colores que cuelgan sobre…

Bueno, sobre todos. Mamá. Pavel. Charity. Waylen. Osip. Y, por supuesto, nuestros hermosos hijos.

Me vuelvo hacia Kovan y niego con la cabeza. —No entiendo qué pasa.

—Lo que pasa es que hoy conseguí que tu nombre quedara limpio. Y pensé: ¿qué mejor manera de celebrarlo que hacerlo oficial y casarnos? Legalmente.

Me quedo boquiabierta. —¿Quieres decir…?

—Me he ordenado —interviene Waylen mientras se acerca a nosotros—. Y ya se han procesado todos los trámites legales. Solo queda pronunciar los votos.

—Pero ya dijimos nuestros votos.

—¡No delante de nosotros! —grita Luka, mientras apoya a Tali en su cadera.

—Los queremos a ambos, Vesper —dice Mamá—. Y deberíamos ver cómo se casan.

Me vuelvo hacia Kovan, con lágrimas en los ojos. Me besa suavemente en los labios.

—¿Bueno, doctora? ¿Qué dices?

Parpadeando para contener las lágrimas, me río y asiento. —Hagámoslo oficial.

Todos aplauden y gritan. Luka corre hacia nosotros y nos damos un gran abrazo grupal, solo los cuatro. Entonces, Kovan me toma la cara con las manos, con los ojos brillantes de felicidad.

—Te estaré esperando debajo del arco —dice, separando a Tali de Luka antes de caminar hacia el otro extremo del césped.

Luka se endereza. Ya casi me llega al hombro. —Vamos, Mamá. Te acompaño al altar.

No puedo evitar reír entre lágrimas.

Mientras caminamos hacia Kovan, todos empiezan a lanzar pétalos de rosa. Mamá y Charity ya están sollozando, y las piernas regordetas de Tali tiemblan de emoción al vernos acercarnos a Luka y a mí.

No es el día de la boda que había imaginado.

Es mucho mejor.



Epílogo Extendido: Vesper

Quince Años Después…

¡Descárgalo ahora!